



LAURA GOMARA

VIENEN MAL DADAS

Vienen mal dadas

Laura Gomara



Rocaeditorial

A Lauren Bacall

*«Creemos estúpidamente que,
por alguna razón,
un acto criminal debe ser más
premeditado y deliberado
que un acto inocuo. En
realidad, no hay diferencia.
Los actos poseen una
elasticidad
de la que los juicios éticos
carecen.»*

ROBERTO SAVIANO,
Gomorra

Contenido

Portadilla

Dedicatoria

Cita

20 minutos

1

2

3

4

5

20 minutos

6

7

8

La Voz de Galicia

9

La Vanguardia

10

11

12

13

14

15

Agradecimientos

Créditos

20 minutos

Aparece una mujer ahogada en la costa de Calabria

Redacción. 05.07.2011

Un grupo de turistas españoles encontró el cadáver de una mujer joven, todavía sin identificar, en una playa calabresa de la provincia de Vibo Valentia en torno a las cinco de la tarde de ayer. El mar devolvió el cuerpo, que fue recogido por los servicios médicos y trasladado al hospital de la localidad más cercana. La Policía cree que la mujer murió ahogada. Sobre las causas, no se descarta ninguna posibilidad, incluido el suicidio; la mujer estaba completamente vestida y no llevaba traje de baño.

16 de abril de 2014

*E*n la sala de espera, limpia y funcional como un acuario, se estaba caliente, mucho más que en el cuartucho donde Ruth se había helado hasta los huesos mientras la chica que la depilaba le explicaba los beneficios del aquayoga. Se puso la cazadora de paño negro y se ajustó el fular rojo alrededor del cuello. Después sacó la cartera.

—Como te decía, este mes estamos de rebajas, tenemos una oferta en láser, piernas enteras al setenta por ciento. —La esteticista, vestida con un uniforme blanco parecido al de las enfermeras, mascaba chicle mientras dibujaba un setenta dentro de un círculo rojo en el folleto de propaganda.

Ruth sacó de la cartera el vale que le habían regalado las compañeras de la oficina por su cumpleaños y lo dejó sobre el mostrador. La chica del chicle continuaba a lo suyo.

—Te saldría a trescientos cincuenta y ocho euros las cinco sesiones, en vez de los mil trescientos que sería el precio completo. Es una ganga. —Escribió en rojo mil

trescientos y lo tachó con gesto teatral mientras Ruth jugaba con el cierre de la cartera.

—Bueno, tal vez a final de mes —dijo dando por hecho que tanto la chica como ella sabían que no sería así—. De momento aquí tengo el vale para la sesión de prueba.

La chica miró el vale de refilón, pero lo dejó donde estaba, en el centro de la mesa.

—Piensa que, cuando llegamos a un número de ofertas nos llaman de arriba y nos las cortan. A final de mes puede que no pueda hacértela... Lo digo por ti, para que no te quedes sin ella.

Ruth se encogió de hombros y pensó en la comisión que se llevaría la chica por cada venta, ¿un cinco por ciento?, ¿tal vez un quince? Ella había llegado a llevarse el veinte.

—Mira, hacemos esto, tú me dejas a cuenta algo, no sé, treinta euros, y yo te reservo la oferta. A final de mes vienes y pagas el resto.

Treinta euros, claro. Y quinientos si quieres, pensó Ruth.

—No, no puedo.

La esteticista no levantó la vista del papel en el que había estado escribiendo el precio final.

—¿Cómo que no puedes? —preguntó distraída.

Ruth pensó que nunca se acostumbraría cuando las mejillas comenzaron a arderle.

—Es que, mira —dijo despacio, como si estuviera hablando con un niño muy pequeño—, tengo diez euros para pasar lo que queda de mes, no tengo nada más en el banco hasta que cobre, así que no puedo dejarte nada a cuenta.

No le importaba que una desconocida supiera de su miseria. Sabía que la verdad la haría callar y que aquella noche se iría a la cama con algo en lo que pensar. Pero no podía evitar la reacción física de la vergüenza. Las mejillas ardiéndole, por muchas veces que se repitiera la escena. Aquella pérdida de control le irritaba mucho más que la pobreza en sí. Por fin, la chica la miró, ahora era a ella a quien se le subían los colores.

—¿Diez euros? ¿Hasta final de mes?

Ruth asintió con la cabeza ligeramente inclinada y una sonrisa helada. La esteticista se puso pálida. Había dejado de mascar el chicle. Ruth notó cómo miraba su cazadora de paño que tan solo le llegaba hasta la cintura, el pelo largo y limpio, con la raya a un lado, los zapatos elegantes aunque algo gastados, las uñas cortas, cuidadas y sin pintar, la cara lavada, de un color intenso, aceitunado, con maquillaje suave en los párpados. Después los ojos verdes, los apellidos comunes que aparecían en su ficha. Santana Rivera. No, no era extranjera. Parecía normal, del barrio, con familia. La chica parpadeó una vez. Estaba procesando la información, Ruth esperó a que se diera cuenta de que tenía que pasar el vale por el ordenador y

darle un ticket. Cuando la chica se lo entregó, Ruth lo metió en la cartera, que cerró con un clic.

—Tal vez dentro de unos meses. —Sonrió.

La chica aún no se había recuperado, pero reaccionó rápido.

—Sí, cuando quieras. ¡Ánimo!

Por supuesto, pensó Ruth mientras cerraba tras ella la puerta acristalada y se enfrentaba a la noche y a un chaparrón que no esperaba, ¡ánimo!, cuando ella quisiera, todo en este mundo es cuestión de voluntad. Si no somos ricos es porque somos unos vagos y no queremos esforzarnos. Si te mueres de hambre es tu culpa. Tu culpa. Tu culpa.

Consultó el reloj, le daba tiempo a pasar por casa y cambiarse para el trabajo. Su segundo trabajo. No estaba siendo un buen año. Los mil euros al mes que ganaba en sus empleos a tiempo parcial no cubrían la hipoteca y los gastos mínimos, los cientos de miles de pequeños detalles. Tan solo aquel mes: dentista —una muela partida por la mitad—, cuarenta euros; transporte..., bueno, hacía un par de meses que había dejado de pagar por el transporte; alquiler, cien euros; gastos del piso, treinta euros... Hipoteca, setecientos euros. Mejor no pensar en ello. Todavía podía apañárselas para sobrevivir como las ratas. A base de arroz, café soluble y verdura, con diez euros para pasar quince días.

Sin tolerar imprevistos.

Sin ningún incidente.

18 de abril

—Sí, sí, estuve allí ayer pero no necesitan a nadie.

(...)

—No, no digas eso. Hoy he engrasado un par de persianas en Gràcia, al menos nos da para pasar unos días.

(...)

—Ya, ya sé que tus padres...

(...)

—Pero espera.

(...)

—Vale, hasta ahora.

El mecánico cerró la tapa del móvil. Era un modelo antiguo, de los que ya nadie quería, que había sacado por veinte euros cuando su Smartphone había cascado el huevo y le habían dicho en la tienda, después de tres semanas de espera, que el arreglo costaría ciento cincuenta euros. Lo guardó en el bolsillo y miró el vagón con aire abatido. La mayoría de los pasajeros tenía la vista fija en una pantalla, muchos de ellos le daban golpecitos con cara de concentración, otros sonreían, unos pocos parecían preocupados, como si les hubieran dicho que su madre acababa de morir o que la bolsa había caído medio punto en Singapur.

El metro dio un frenazo y el mecánico se agarró con

fuerza a la barra cromada. A unos metros de él, sonó un estrépito metálico que le hizo volver la cabeza. A un hombre mayor se le había caído el andador. El anciano a duras penas se mantenía en pie aferrado a una barra horizontal mientras una mujer negra le acercaba el aparato. El resto del vagón seguía abstraído en sus teléfonos. El mecánico ahogó un juramento. Se preguntó si él también era así antes de quedarse sin nada y empezar a ver lo que pasaba a su alrededor.

Tras las paradas del centro de la ciudad, el vagón empezó a llenarse de gente del barrio que volvía a casa. No eran personas que él conociera, pero en Barcelona, como en muchas otras ciudades grandes, suponía él, puedes decir de qué zona es una persona solo con verla. Las mujeres a las que había engrasado la persiana aquella mañana, por ejemplo, eran claramente burguesas del Eixample Dret, o el Ensanche Derecho como se decía antes, que se habían instalado en Gràcia porque las cosas no iban, tampoco para ellas, todo lo bien que debían.

Había estado hablando un buen rato con la dueña, una catalanona con buen ojo para los números y una voz de mando que se oía desde el otro lado de la calle, y creía que al final había aceptado sus servicios porque le había parecido menos garrulo que los demás tipos que entraban, día sí y día también, ofreciendo lo mismo. A veces los ricos decidían darte limosna, camuflada como un trabajo que ni era digno ni estaba bien pagado, porque les

parecías agradable o más civilizado que el resto, como un perro callejero pero mestizo, fruto de una juerga nocturna de un buen macho labrador con una perrita larga de amarre y corta de miras.

Miró las paradas que quedaban hasta el fin de la línea y palmeó el móvil en el bolsillo del pantalón. Los padres de Esther ya no podían seguir pagando la hipoteca de su hija. Sería cuestión de meses que el banco los echara a la calle, sin dejar de exigirles el pago. Ya les había pasado a cuatro vecinos de la escalera y a más de diez en el bloque. Ni siquiera se podían ayudar entre ellos, como hacían antes. Los primeros años de la crisis se habían llevado los pocos ahorros que tenían y ahora todos, incluso los que tenían trabajo, vivían al día, sin posibilidad de planificar más allá de final de mes.

Al menos, pensó como un suspiro, ellos no tenían niños pequeños. Su hija tenía ya nueve años y no necesitaba demasiado. Un plato caliente en la mesa y libros de aventuras de la biblioteca del barrio. Una cama donde dormir y la terraza de casa de sus abuelos, donde había espacio suficiente para construir un fuerte apache. Sus vecinos de puerta con puerta tenían un niño de seis meses y otra de año y medio. Solo con pensar en el precio de los pañales, la comida y los cachivaches que necesita cada crío que viene al mundo, se mareaba.

El mareo dio paso a la rabia que empezó a agolparse en su interior como si fuera sangre y el mecánico movió la

cabeza para intentar borrar aquellos pensamientos. Fijó la vista en un hombre trajeado, grande y oscuro, que lo miraba con insistencia desde hacía un par de paradas. No parecía el típico ejecutivo. En vez de maletín de piel y móvil de última generación tenía la nariz rota, mal cicatrizada, y una pose relajada, con las manos en los bolsillos del pantalón. El aspecto de un nuevo rico del cemento o de la droga, peligroso como un lobo y demasiado grande para un barrio como aquel.

El hombre apartó la mirada y la dirigió al otro lado, donde solo quedaban el anciano y la mujer negra. El mecánico se quedó mirándolo un rato, más para no pensar en llegar a casa y enfrentarse a una vida que nunca imaginó que acabaría siendo así, que porque el tipo le despertara curiosidad. Sin aquellos ojos de depredador clavados en los suyos, parecía un tipo más normal, atlético y corpulento, con nariz aguileña y rasgos angulosos. Le recordaba a un amigo portugués con el que había ido al colegio, un as del balón, como decían entonces.

El convoy se detuvo bruscamente y una voz femenina anunció por los altavoces que era el final del trayecto. El mecánico cogió la deteriorada caja de herramientas que tenía entre las piernas y esperó a que los demás pasajeros salieran. A su derecha, el viejo del andador esperaba su turno para bajar el escalón. La mujer negra salió corriendo hacia las escaleras. Cuando por fin el viejo se puso en

marcha, lo hizo con un chirrido metálico amplificado por las cavidades del túnel.

El chirrido del andador era casi insoportable. Un par de personas se giraron a mirar de soslayo al viejo que avanzaba por el andén despacio pero con la cabeza alta. El mecánico esperó un poco, echó a andar tras él por el andén y lo alcanzó unos metros antes de llegar a la escalera.

—Venga, hombre, que le echo una mano con eso — dijo elevando la voz—. Si ese juguete suyo sigue dando esos alaridos, las vecinas de abajo le denunciarán por escándalo público.

El viejo lo miraba sin comprender. El mecánico le sonrió, se arrodilló junto a la caja de herramientas y la abrió. Ante él se desplegó un mundo de llaves, pinzas, alicates y organizadores llenos de pequeños frascos. Alcanzó el espray de teflón que usaba para la cadena de la bici de su hija y lo aplicó con cuidado en las juntas del andador. Después comprobó que el rozamiento hubiera desaparecido en todas las juntas.

—De momento ya está, pero tiene que llevar ese cacharro suyo al taller o un día le dará un disgusto. — Movi6 energicamente el aparato para comprobar que ya no sonaba y lo posó frente al anciano.

—Gracias, joven —dijo con sorna y le tendió la mano—. Ramon Julivert, cantante de ópera.

El mecánico encajó la mano extrañado.

—David Muñoz, engrasador de persianas, antes mecánico.

—Y quiero que sepa que hace diez años que uso este trasto y nunca me ha dado ningún problema. Es un artilugio de precisión, de la casa Walsen, y va suave como la seda.

El mecánico asintió, ya veo, le dijo, mientras cerraba la caja y la levantaba con esfuerzo, pero estoy seguro de que sus vecinos me enviarán un lote de Navidad.

El hombre trajeado en el que se había fijado David observó la escena desde la boca de las escaleras. El andén de enfrente se había ido llenando de gente, se acercaba el siguiente convoy. El mecánico se despidió del anciano en la puerta del ascensor y se acercó a las escaleras eléctricas. El hombre trajeado fue tras él. Su nombre era Hugo Correa.

20 de abril

A Ruth Santana volvió a alcanzarle otro chaparrón cuando volvía del trabajo. Amanecía un día cubierto de nubes negras pero pasajeras, las franjas más bajas del cielo estaban teñidas de rojos anaranjados y el viento resonaba en las alturas como una advertencia divina. Ruth caminaba a paso rápido, huyendo del previsible temporal entre los edificios simétricos de los bloques Florida. Todos tenían las mismas ventanas cuadradas con persianas marrones, los mismos viejos aparatos de aire

acondicionado colgados de las fachadas, ropas idénticas secando en los tendales. La misma pobreza, cada vez más consciente y despierta, asomada a sus ventanas.

Aunque la sucursal de su trabajo de noche era la de la Zona Franca, aquel día volvía de una sustitución con los ojos llenos de Eixample: la diferencia entre los bloques de cemento armado que daban un aire de cuartel al barrio al que se había mudado hacía unos meses y los elegantes inmuebles con balcones de forja, fachadas decoradas y entradas con solera despertaba en ella una sensación de injusticia, de rencor de clase que todavía no podía definir como tal. Tan solo sentía rabia. Imaginaba la vida de algunas de las mujeres que vivían en aquellas casas y se levantaban a las cinco de la mañana para fregar las dichas escaleras con solera durante diez o doce horas porque su sueldo, desde hacía más de dos años, era lo único que entraba en una casa con dos o tres niños.

Antes de vivir entre ellas, las suponía felices, como las napolitanas que había visto por la tele en una película italiana... Pero ya no, no desde que vio, precisamente en los bloques junto a los que pasaba en aquel momento, cómo la policía arrastraba a un chaval de catorce o quince años hasta la calle, un chaval muerto de miedo, con lágrimas en los ojos y los dientes apretados.

Los vecinos, los padres, hasta el perro y el periquito estaban ya fuera, increpando a las bestias uniformadas, equipadas para la guerra, que se enfrentaban a caceroladas

y a insultos, y a alguna pedrada, por obedecer a bancos y supuestos gobernantes y hacerles el trabajo indigno de quitarle a alguien su casa. Esa misma noche la familia volvió a ocupar el piso, o eso le habían dicho. No tenía otro sitio al que ir. Como la mayoría, pensó Ruth. Como ella misma.

Rebasó el último bloque de cemento y tomó una calle lateral hasta el edificio en el que vivía. El color azul cobalto del cielo a lo lejos decía que en alguna parte de la ciudad ya había amanecido, pero los pájaros guardaban silencio, esperando a que las nubes descargaran de un momento a otro. Ruth no llegó a tiempo. Los gruesos goterones comenzaron a caer como si hubieran abierto un grifo y tuvo que correr hasta el portal para no empaparse.

Ella no había vuelto a ocupar la casa, pensó, mientras abría la puerta echando un último vistazo a la calle estrecha para comprobar que no hubiera nadie. La abandonó con cierto alivio cuando llegó la orden de desahucio.

Agotada por la carrera y por la falta de sueño, subió los cinco pisos despacio, sin hacer caso al dolor intenso en las piernas, y entró en el sombrío recibidor.

Pasó por el comedor sin prestar atención al tipo que dormía en el sofá, frente a una mesita baja cubierta de restos de comida y ceniceros a rebosar, y enfiló el pasillo en el que estaban las habitaciones de los inquilinos que pagaban cien euros por tener una cama en la que caerse

muertos. Parecía que hiciera semanas que nadie abría las ventanas, el piso olía a tabaco rancio, a aceite incrustado en las paredes, a grasa y humedad condensadas y a aire respirado tantas veces que estaba desprovisto de oxígeno. Ruth pasó por el baño, que todavía olía a la lejía que había echado hasta en los azulejos el día anterior, y luego entró en su habitación y echó el pestillo.

Siempre que lo hacía pensaba, dependiendo del día con más o menos socarronería, que estaba en la habitación de un hotel. Abrió el pequeño respiradero que daba al patio de luces, rezando para que la india del tercero no empezara a cocinar hasta dentro de un par de horas. Después se quitó el uniforme con gesto dolorido: el pantalón de trabajo, ancho y sujeto a la cadera con una goma que había tenido que coser varias veces para que el pantalón no resbalase hasta el suelo; la chaqueta de cremallera, con el logo de la agencia de transportes bordado en la solapa; la camiseta de algodón gris; la ropa interior también de algodón. Cogió el pijama de dos piezas que guardaba doblado dentro del armario y se lo puso sentada en la cama.

La habitación era estrecha, apenas cabía la cama y una silla que hacía de mesita de noche. Sobre ella Ruth dejó la cartera, la tarjeta de identificación y las llaves del piso. Junto a la puerta, estaba el armario donde guardaba todo lo que le quedaba, todo lo que había querido llevarse de una casa y de una vida que ya no estaba tan segura de si

alguna vez habían sido las suyas.

Para recordarlas, se tumbó en la cama y acarició las sábanas de raso azul celeste. Unas sábanas de cama de matrimonio, de esas con las que tienes que tener cuidado porque puedes resbalar hasta caer al suelo. Se había encaprichado de ellas un día que entró en unos grandes almacenes, cuando la casa todavía estaba sobre plano, y las había comprado para darle una sorpresa a Toni: este es el primer ladrillo de nuestra nueva vida, le dijo. E incluso en aquel momento le había sonado a publicidad de préstamo hipotecario. Pero las sábanas no le recordaban a todas las noches que había pasado con él, durmiendo entre ellas; le recordaban la ilusión del momento en el que las eligió entre montones de telas desplegadas por la dependienta, cuando había decidido que podía ser diferente, que tenía una oportunidad.

Es absurdo guardar las sábanas, pensó mientras se daba media vuelta e intentaba relajarse. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que aquella no había sido su oportunidad, había sido la oportunidad de la constructora. Pero las sábanas le gustaban y por eso las conservaba.

Volvió la cabeza para mirar el reloj digital que tenía sobre la silla y vio que podía dormir tres horas del tirón. Se encogió mirando hacia la pared y cerró los ojos con fuerza.

20 de abril, un día menos.

Pero ¿un día menos para qué?

No tenía sentido contar los días si no le quedaba nada por delante.

21 de abril

El hombre llamado Hugo Correa salió de la estación de Sants por la puerta sur y dejó atrás a los pocos taxistas que esperaban apoyados en el capó y con un cigarro colgando de los labios a algún cliente que pudiera pagar una carrera larga.

Cruzó la plaza a grandes zancadas, dando algún rodeo para esquivar los charcos que se formaban en las irregularidades del hormigón, y pensó un par de veces en quién diablos había armado esa plaza, maldiciendo en voz baja los millones desperdiciados en aquella cagada monumental.

Por suerte para él, a aquella temprana hora de la tarde el lugar estaba desierto. Las tormentas que habían caído y el cielo plomizo invitaban a la gente a recluirse en casa y enchufarse a cualquier programa de la tele. Hugo Correa nunca había entendido la televisión, tal vez porque a su casa llegó muy tarde, cuando él ya no se pasaba por allí ni para dormir.

Se sentó en uno de los bancos individuales de cemento armado que quedaban encarados al parque de la Espanya Industrial e hizo un barrido de la zona. Frente a él, con unos diez metros de desnivel, se extendían las fuentes del parque, en aquel momento vacías y con su resbaladiza

base de hormigón cubierta de grandes pozas de agua y flores amarillas que la lluvia había hecho caer a centenares sobre los charcos de barro. Algunos críos habían improvisado unas rampas con pedazos de madera sobre las zonas secas, pero no se les veía por allí. Tampoco a los grafiteros que se habían dedicado a firmar en cada una de las torres y las gradas que rodeaban el pequeño lago artificial. El suelo estaba demasiado húmedo para los primeros y había demasiada luz para los segundos.

A unos cincuenta metros a su derecha se alzaba un hotel para putas y ejecutivos, protegido por un murete de ladrillo gris que impedía la visibilidad. A la izquierda continuaba el parque y tras él solo quedaba la gran explanada yerma de la plaza. Nadie alrededor.

Hugo Correa echó a andar hacia un recinto redondo entre la plaza y el parque, cercado por gruesas columnas y rematado por algo que tenía la intención de parecerse a un faro. La torre-faro atravesaba el tejado plano y su cuerpo circular ocupaba la parte interior del recinto, de apenas seis metros de diámetro. Se rio por lo bajo, con una nota de amargura, y siguió avanzando hasta las columnas exteriores.

Junto a la base del faro había dos carros de supermercado calzados con pedazos de cartón. Los dos estaban llenos a rebosar y cubiertos con gruesas mantas pardas. Apestaba a orines, sudor viejo y comida en mal

estado pero a Hugo Correa no pareció molestarle. Con cierta familiaridad, se quitó el abrigo y la americana gris y los dejó sobre la barandilla que protegía al caminante despistado del desnivel con el parque, desabrochó los botones de los puños y se remangó la camisa blanca hasta los codos mostrando unos antebrazos fuertes y atezados por la exposición al sol. Después se acercó al primer carro y lo desvistió de las mantas.

Una nube de moscas se dispersó con un zumbido unísono. En el interior del carro el olor era todavía más intenso. Se mezclaban piezas de ropa de abrigo, latas de comida, algunos cartones de vino y una sorprendente cantidad de muñecos de peluche en diversos niveles de degradación. De uno de ellos, abierto en canal y supurando un líquido oscuro, procedían las moscas. Hugo Correa pensó que probablemente habían decidido que era un buen lugar donde desovar. Como el interior de los peces o el de los cadáveres.

Un trueno retumbó a cierta distancia sorprendiendo a Hugo Correa, que pensó que alguno de los edificios de alrededor debía de haber ocultado el rayo. Echó un segundo vistazo al interior del carro y concluyó con un gesto de fastidio que lo que buscaba no estaba allí. Con movimientos rápidos, lo cubrió con las viejas mantas y se acercó al segundo carro.

Bajo las frazadas había varias decenas de latas de cerveza y viejos libros de bolsillo ennegrecidos por el

tiempo y la humedad. A diferencia del otro, el contenido de este estaba ordenado meticulosamente. Los libros formaban bloques compactos que se asemejaban a dientes cuadrados y las latas, dos grandes círculos de metal gris. Visto desde arriba parecía una cara con una sonrisa macabra. En la esquina inferior izquierda destacaba un pequeño paquete estrecho y alargado, forrado con papel de periódico. Sonrió esquinado y un colmillo blanco asomó por la comisura de sus labios. Cogió el paquete y volvió a cubrir el carro con las mantas.

Después de echar un vistazo alrededor, recuperó el abrigo y la americana y caminó hacia la rampa de caracol que bajaba hasta el parque. Antes de entrar en el túnel, se paró un momento a escuchar junto a la verja que cerraban por las noches para aislarlo de bandidos como él. La parte baja estaba oxidada por las meadas y el suelo cubierto de envoltorios de plástico y cristales rotos. No oyó nada y se adentró en el pasadizo.

Avanzó los primeros metros con cierta dificultad, tratando de no rozar las paredes de hierro que desprendían un polvo de óxido anaranjado. Quien haya hecho este parque, volvió a maldecir para sí mismo, lo hizo con el culo.

A un par de metros de la salida oyó un ruido seco y el sonido de algo arrastrándose. Otro trueno volvió a retumbar, esta vez sí, precedido de un rayo que iluminó el túnel. La tormenta eléctrica estaba justo encima. Correa

sabía que tenía que protegerse de la lluvia o el material se echaría a perder. El primer ruido volvió a repetirse y un viejo enjuto y flaco apareció en la boca del pasadizo. Arrastraba tras él un pequeño carro de la compra. El viejo lucía una rala barba blanca y sombrero de ala ancha. Hugo Correa cubrió el paquete con el abrigo y pasó junto a él con pasos rápidos. Cuando llegó a su altura, el viejo le guiñó un ojo y soltó una carcajada seca y ahogada.

25 de abril

El despacho donde Ruth Santana trabajaba por las mañanas estaba situado en un piso cerca de la Via Laietana. Era el área administrativa de una de las mayores imprentas de la zona y sus eficientes empleadas se pasaban el día entre altas, bajas, solicitudes, permisos, contratos, la Cuore, nóminas, folletines de prevención de riesgos laborales, post sobre cómo evitar la toxoplasmosis en el embarazo y capuchinos de la máquina que compartían con el resto de la planta.

La oficina era un único espacio largo y estrecho, delimitado a ambos lados por placas de pladur y de cristal que separaban el territorio de las secretarias y administrativas de los cubículos individuales de los abogados y gestores. Pese a ocupar gran parte de la superficie, aquellos despachos estaban vacíos la mayor parte del tiempo, con sus titulares eternizados en las cómodas salas de reuniones o realizando desconocidas

gestiones fuera, y los pocos días en los que todos estaban habitados, un silencio cohibido caía sobre las empleadas, como si esperaran el castigo inminente por algún mal comportamiento. Aquellos días solo se oía el teclear de los ordenadores de las dos filas de mesas enfrentadas en el espacio común.

Ruth era un refuerzo administrativo que se había incorporado en Navidad y que nadie se había acordado de finiquitar. Trabajaba cinco horas por las mañanas haciendo lo que a las demás les daba pereza y, de forma indirecta y siempre discreta, como si fueran favores de amiga, hacía recados personales y llevaba cafés.

Una de las cosas que más le gustaba a Ruth Santana del despacho era que tenía una moqueta corta y limpia de color verde azulado. A veces se permitía quitarse un zapato y pasar la planta desnuda del pie por la superficie rugosa. Justamente estaba haciendo eso cuando sonó el teléfono que tenía a su derecha. Descolgó el auricular y al otro lado de la línea sonó la última voz que esperaba oír:

—¿Cómo va, cariño?

—¿Perdón? —Ruth cubrió el auricular con la mano izquierda para evitar que nadie escuchara aquella conversación.

—Que cómo van las cosas, ¿estás bien? —insistió la voz aguda y medio adormilada. Pero Ruth sabía que no le importaba cómo estuviera ella.

—¿De dónde has sacado este número? —dijo con un

tono neutro, casi indiferente.

—Lo he buscado en internet, ¿sabes?, no estaba segura de que fuera el número de tu despacho pero cuando llamé el otro día me dijeron que sí que trabajas aquí y me dieron este número más largo.

—Por favor... —suspiró Ruth mientras vigilaba con el rabillo del ojo a la mujer rolliza con un escotado vestido lavanda que se acababa de sentar en uno de los extremos de la mesa. Era la jefa de secretarias.

—Solo te llamaba para preguntarte cómo estás, cariño.

—Ya...

—Y, bueno —en aquel momento la voz perdió la monotonía que la caracterizaba y se convirtió en un gemido cercano al llanto—, para pedirte si podrías dejarme cincuenta euritos porque este mes llega el seguro de la casa y los del préstamo ese en el que me metió tu padre, me han embargado el paro y...

—No, mamá, no, no tengo nada que dejarte, ya te lo dije —susurró Ruth con los dientes apretados y bajando la voz todavía más.

La mujer del vestido lavanda tenía los ojos, redondos y brillantes, como los de un gato, clavados en ella.

—Bueno, cariño, lo que sea. —La voz al otro lado de la línea empezó a llorar—. Ya sé que siempre te estoy pidiendo, pero...

—Por favor, estoy trabajando. —Colgó el auricular con un golpe seco, alejando inmediatamente la mano de la

superficie de plástico, como si estuviera tocando algo tóxico.

Sin mirar a su jefa, se levantó con el rostro desencajado de rabia y vergüenza y avanzó entre las sillas hacia el baño. Una vez allí, apoyó la espalda contra la pared y respiró hondo varias veces para evitar llorar o gritar. Después se quedó quieta, con los ojos fijos en la pared de azulejos grises hasta que le pareció que llevaba demasiado tiempo allí encerrada. Entonces se lavó las manos, se las secó con un trozo de papel y volvió a su puesto.

No hacía ni un minuto que se había sentado cuando una mujer enfundada en unos pitillos estrechos y abalorios de cuero en torno al cuello y las muñecas le hizo un gesto con la mano a través de la mesa.

—Ruth, guapa, si vas a por un café de la máquina, tráeme otro a mí.

La joven asintió cortés y anotó lo que quería la mujer de los pitillos. Nunca querían solo un café, solía ser un capuchino con sacarina y chocolate y un cruasán de los de abajo, no de la máquina, o un bocadillito pequeño y un zumo de naranja natural del Jamaica, dos calles más abajo, o el periódico y una caja de ibuprofeno de la farmacia. Y evidentemente a Ruth siempre le pillaba todo de paso.

Así que se levantó, cogió su chaqueta y su bolso del ropero común y salió de la oficina todavía dándole vueltas a la llamada de su madre. Le preocupaba que volviera a

llamar. Le preocupaba su voz estridente pero atontada por el diazepam al otro lado de la línea. Le preocupaba quién pudiera coger el teléfono en su lugar.

Bajó los ocho pisos en uno de los ascensores con capacidad para doce personas y después de saludar al conserje, salió al bullicio de Via Laietana. Intentó pensar en otra cosa, por ejemplo, en cómo le había sorprendido, las primeras semanas en las que trabajó allí, el contraste entre el suave teclear de la oficina y el estruendo de los coches al pasar disparados hacia el Eixample.

Hacía un par de días que la lluvia había dado tregua y aquel era un día claro y fresco de primavera. Aunque el sol apretaba cuando te exponías a él, no estaba lo suficientemente alto como para colarse entre los edificios de la avenida. Se abotonó la chaqueta y caminó calle abajo hacia el Jamaica.

El local era amplio, hacía esquina y estaba abierto a la acera. Conservaba el suelo hidráulico original, y las sillas macizas pero astilladas crujían al sentarse. Varios grupos de turistas se arremolinaban frente a la barra. Se armó de paciencia y se puso a la cola. Mientras esperaba, paseaba la mirada por el contenido del expositor, a rebosar de cruasanes, ensaimadas de crema, magdalenas y napolitanas con cabello de ángel. Sintió que le rugía el estómago. La noche anterior había cenado poco y por la mañana se había encontrado con que había desaparecido de la cocina el paquete con las tostadas que le quedaban.

Soltó un largo suspiro y se propuso guardar la comida en la habitación, bajo llave. La vida en el piso era la guerra y si alguien te puteaba y no había consecuencias, la tierra conquistada se convertía en un derecho. Volvió a mirar el expositor y sacó la cartera. La abrió y contó una moneda de euro, otra de dos euros y tres de veinte céntimos. Tres euros con sesenta. Más los veinte que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, pero esos no contaban porque eran de Mabel, la mujer de los pitillos.

Se recordó a sí misma de niña, en verano, en un pueblo de interior, abrasado por el sol, cogiendo a escondidas centimillos de la vuelta del pan. Cerró los ojos. Las pesadillas por haber robado. Sabía que era irracional, pero no podía hacerlo, ni veinte céntimos.

Guardó la cartera y sacó una pequeña libreta que abrió por la última página escrita. Leyó la letra apretada y de largos trazos verticales. Todavía sonreía cuando recordaba que en el instituto una amiga aficionada a la grafología le había dicho que su letra era así porque tenía prisa por comerse el mundo.

ABRIL

Entradas

– Nómina Nouvelle Époque: 500,03

– Nómina agencia: 322,65

Total: + 822,68

– Extra: 0 euros

- Canguro Sandra vecina x 2: 12 euros
- Venta ropa: 6 euros

Salidas:

Gastos fijos

- Hipoteca Sant Cugat: 648 euros
- Alquiler habitación: 100 euros
- Tarjeta de metro: 9,90 euros
- Saldo móvil: 5 euros

Total: 762,90

Tengo: 59,78 + 18 euros

Gastos de vida

- Súper semana 1: 14,30 euros
- Cafés: 1,80 euros
- Dentista: 25 euros (debo 15)
- Farmacia: 6,75 euros
- Pan (semana 1): 2,25 euros
- Súper semana 2: 10,10 euros
- Súper semana 3: 5,98 euros
- Gastos piso 8 euros (debo 10)

Volvió a contar. 3,60. Tenía sentido. Eso era lo que le quedaba. A día 25. Por suerte aquel mes había podido hacer un par de canguros y vender algo de ropa. Y en pocos días cobraría. Echó un vistazo a la cola, un cliente indicaba lo que quería en alemán a la chica peruana. Abrió la libreta por una de las páginas iniciales.

Gastos recortados desde enero

- Tabaco
- Coche dado de baja
- Contrato del teléfono móvil
- Comisiones (cambio de banco cuenta 2)
- Metro (solo usar billete en caso de urgencia)
- Tinte (último baño hacia color natural 06/02)
- Cosméticos (jabón para la cara, crema corporal, cuchillas, etcétera)
- Sasha (tía Marisa se encarga de ella, de la comida y la arena de gato hasta que todo mejore)

Sacó un bolígrafo del bolso y añadió apoyando la libreta sobre la palma de una mano:

Notas

- Vender contenido cajas casa tía Marisa
- Encontrar + canguros o casas que limpiar los fines de semana

Hizo una pausa, entornó los ojos con gesto cansado y añadió:

- Seguro. ¿Vale la p

—Dime, reina.

Ruth Santana levantó la cabeza y vio a la dependienta sonriéndole. Los guiris habían volado y el Jamaica volvía

a parecer la mezcla de cafetería de señoras y bar de carajillo de siempre. Pidió el encargo de Mabel mientras guardaba la libreta y el bolígrafo en el bolso. La chica le dejó una bolsa sobre la barra y Ruth pagó, metió el cambio dentro de la bolsa y salió a la acera.

No pudo andar ni dos pasos porque se encontró el semáforo en rojo. El sol empezaba a asomar entre los edificios y a bañar el asfalto con su luz melosa. En la acera estrecha, en la que apenas cabían dos personas, había dos pequeñas mesas redondas de la cafetería, desafiando con sus grandes placas de mármol todas las ordenanzas municipales. En una de ellas alguien había dejado un bocadillo a medio comer.

Miró dentro del local, la dependienta charlaba animada con un camarero alto con pinta de *latin lover*, que le sonreía con suficiencia. Miró a su alrededor, la gente avanzaba con la cara pegada a sus teléfonos o miraba embobada las moles de cemento que se alzaban a ambos lados de la calzada de cinco carriles. El semáforo cambió a verde. Ruth cogió el trozo de bocadillo y cruzó rápido, con el botín escondido delante de su cuerpo menudo. Recorrió unos cuantos metros y le echó un vistazo antes de hincarle el diente. No tenía mala pinta y sabía a gloria.

Mientras subía en el ascensor, pensó que era el segundo acto vergonzoso que se permitía en menos de media hora. Se notaba que era final de mes, se dijo, sabía que coleccionaría unos cuantos más de aquel tipo antes del día

1. Como coger un abrigo de la basura o un pequeño calefactor eléctrico que todavía funcionaba. A algunos otros, como colarse por debajo de los tornos del metro o darse la vuelta y caminar en sentido contrario con discreción cuando veía el uniforme rojo de los revisores dentro de un vagón, ya se había acostumbrado. Muchas noches pensaba que no eran actos realmente bochornosos, pero a ella no la habían educado para aquel tipo de vida.

Cuando llegó al despacho y le entregó el café y el cruasán a Mabel, esta la hizo esperar un momento y tensó por ambos lados la camisa holgada que llevaba Ruth.

—No sé, nena, cómo puedes estar tan delgada, qué envidia, ¿a qué sí, Anna?

La jefa, sentada a la derecha de la otra, asintió sin prestarle atención.

—Es la juventud.

—Pero ¿tú estás segura de que comes? —insistió Mabel, todavía sujetando los extremos de la camisa de Ruth con el índice y el pulgar en forma de pinza.

Ruth sonrió y se apartó un poco para liberarse de las garras de la mujer de los pitillos.

—Es constitución, acabo de comerme un sándwich mientras volvía.

No era del todo mentira, se consoló.

—Ay, ya veo... —suspiró la otra mientras abría su sobre de sacarina y lo vertía sobre el café caliente—. Pues nada, volvamos a lo nuestro.

Ruth se encaminó hacia su silla, pero Mabel volvió a detenerla elevando el brazo por encima de su cabeza.

—Por cierto, la camisa te amarillea un poco. Ahora en Zara he visto unas monísimas, no muy caras, yo me cogí dos —dijo guiñándole un ojo.

—Gracias, me pasaré.

Madrugada del 6 al 7 de mayo

*P*asaban las doce de la noche cuando Hugo Correa surgió de una de las angostas calles que rodean la catedral. La plaza de la seo, inmensa tras la estrechez de las callejuelas, se encontraba iluminada por potentes focos que dejaban ver toda la superficie de grandes losas como si estuvieran a plena luz del día. El hombre avanzaba deslizándose entre las sombras proyectadas por los edificios cercanos. Ningún otro ser vivo se movía en la plaza. Ni siquiera se oía el quejido sordo de algún animal nocturno o la fricción plástica de la basura arremolinándose en las esquinas.

A Hugo Correa, la quietud y el silencio, tan solo rotos por el sonido leve de sus pasos, le resultaban tranquilizadores. Cruzó la explanada con rapidez, por el lugar en el que la distancia entre los locales cerrados y la escalinata de la basílica era más corta. Las torres del magnífico templo estaban iluminadas por dentro, como si las llamas sagradas fueran devorando poco a poco su interior, contenidas por los muros de piedra arenisca. Pero él no miró las torres, ningún peligro podía alcanzarlo

desde tan arriba, si no es que fuera el poder divino y él hacía tiempo que no creía en ningún dios.

Subió de dos en dos los peldaños de la desgastada escalinata y entró por una de las calles adyacentes a la nave principal. Sobre él, decenas de gárgolas de muecas funestas se sucedían marcándole el camino. Caminaba a paso vivo, con el paquete envuelto en papel de periódico todavía sujeto bajo el brazo. Había refrescado y se había puesto la americana y el abrigo. Por precaución, aminoró el paso antes de entrar en la plazoleta que se abría junto a una de las puertas laterales. Paró en el ángulo que formaba la calleja por la que avanzaba con el arco de entrada a un jardín interior y observó la pequeña plaza tenuemente iluminada por un único farol de forja adosado a la pared más alejada de él.

Protegido por la oscuridad, vio un bulto acurrucado en las escaleras del fondo. Se planteó tomar otra ruta, pero tendría que retroceder hasta la plaza de la catedral, donde quedaba al descubierto. Forzó la vista y distinguió una figura sentada, con los brazos alrededor de las rodillas y la cabeza alta, mirando al frente.

Era una mujer. Ella no había notado su presencia y continuó ajena cuando él se acercó un par de metros para verla mejor. Era joven y estaba muy delgada. Llevaba una casaca oscura y amplia que dejaba al descubierto sus brazos escuálidos y los pómulos se marcaban bajo los ojos de una manera antinatural, como si pugnarán por

escapar de un rostro demasiado pequeño. Iba bien peinada, con un moño tirante y limpio sobre la nuca, y la ropa parecía planchada. No parecía que viviera en la calle, pero no siempre lo parecía; Hugo Correa sabía que dirían lo mismo de él.

Sonrió con su mueca de cazador mientras evaluaba el peligro que entrañaba su presencia en ese recodo mal iluminado. A su espalda quedaba el pórtico cerrado del jardín que había visto a través de una ventana enrejada; a su izquierda, un muro de piedra de más de dos metros que se remataba con una galería alta y porticada, también cerrada con rejas. Más por costumbre que por necesidad, valoró la posibilidad de saltar la verja y la desestimó porque probablemente quedaría atrapado al otro lado. Miró a su derecha y vio la puerta lateral del templo, decorada con varias arquivoltas ojivales y cerrada con sólidas planchas metálicas. La única salida era la calleja por la que había entrado, que unos metros más adelante se bifurcaba. Si alguien se acercaba por cualquiera de los dos extremos, sus pasos lo delatarían con tiempo suficiente para escapar.

Recorrió la distancia que lo separaba de la mujer y pudo ver su expresión. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en el muro de la puerta lateral, y la mandíbula tensa. Continuaba sin dar señales de haber notado que había alguien más en la plazuela.

Hugo Correa se sentó un par de peldaños por debajo de

ella, dejando un metro de distancia, y acomodó el paquete bajo sus piernas flexionadas. El frío húmedo de las piedras se abría camino entre las capas de tela y se expandía por sus huesos, como si fuera un diapasón. Sintió un escalofrío. Esa sensación le traía recuerdos de los que no podía ocuparse en aquel momento.

—Buenas noches —dijo, y su voz resonó contra los muros devolviendo un eco apagado.

La mujer no respondió. Ni siquiera se movió, pero Hugo Correa pudo ver cómo todo su cuerpo se tensaba, preparándose para huir. Su cuerpo pequeño y elástico le recordó al de una gacela, y su alma de depredador se relamió ante la perspectiva de correr tras ella.

—Estoy pensando —dijo finalmente ella con voz ronca, como si hiciera horas o días que no pronunciaba una palabra.

Sobre ellos, el cielo no mostraba ninguna estrella, solo se oía el silencio entre las piedras viejas, ni un crujido de madera, ni el zumbido de un insecto o el estruendo de un motor. Nada. Nadie vivía entre aquellos edificios institucionales, la catedral estaba vacía, no había vecinos ni un alma por la calle. Se preguntó si la mujer sería consciente de lo vulnerable que era allí sentada, donde nadie podría oírla gritar. Sintió curiosidad por saber cuánto tiempo llevaría allí, con la mirada fija en el muro de enfrente, inmóvil como una estatua.

—No quiero molestarte, pero es casi la una de la

mañana y ha refrescado, vas a coger frío —dijo en un vano intento de romper el hielo. Y no tardó en darse cuenta de que no era la manera correcta de abordar aquel barco.

—Creo que si cojo o no cojo frío es mi problema, no el tuyo.

Hugo Correa se levantó con un movimiento brusco para quitarse el abrigo y ponerlo sobre los hombros de ella.

—No te acerques —la voz de la mujer sonó como un silbido, pero no denotaba miedo ni amenaza, tan solo una sutil advertencia, como el gesto de un jinete a su montura cuando esta duda al obedecer una orden.

Correa se detuvo a medio gesto y volvió a sentarse. Ella volvió la cabeza para mirarlo y él vio vida en sus ojos por primera vez. Eran glaucos con vetas oscuras e inmensas pupilas negras, se estrechaban en los extremos, un poco rasgados, con un sesgo oriental que no llegaba a serlo del todo. Se había equivocado, no estaba ante una gacela, estaba ante un gran felino.

—¿Qué quieres? —soltó ella sin dejar de mirarlo con atención. Parecía estar calibrando si era de verdad peligroso o podía ahuyentarlo de un zarpazo.

Él se rio y acomodó los brazos sobre las rodillas.

—Esa es una pregunta difícil —respondió.

—Aquí no hay nada a la venta. Te he dicho que estoy pensando —dijo la mujer con serenidad.

Le sorprendía la falta de temor de aquella mujer y se

preguntaba si podría sacar algo de ella o si solo perdía el tiempo.

—De acuerdo. De todos modos, si quieres saber mi opinión, estás demasiado delgada para que me plantee pagar por ti.

Ella volvió a mirar fijamente la pared de enfrente. Tenía unas manos bonitas, largas y cuidadas, con las uñas cortas y limpias. Parecían unas manos eficientes. Hugo Correa calibró que toda ella parecía una máquina precisa aunque no pudiera adivinar todavía su función. La luz del farol le iluminaba directamente el lado del rostro que él no veía y proyectaba sombras sobre la línea de la mandíbula. Tenía la piel dorada y una nariz recta y antigua que, junto a su total inmovilidad, ayudaba a afianzar el símil con una estatua romana. Los ojos estaban rodeados de unos cercos oscuros, de sirena insomne. Al cabo de unos minutos, la mujer preguntó con voz lacónica, carente de curiosidad:

—¿Haces voluntariado o algo así?

Hugo Correa prorrumpió en una sonora carcajada. Estiró las piernas y se acomodó sobre los estrechos escalones de piedra.

—No. ¿Qué te hace pensar eso?

—Estaba pensando en la opción menos mala.

Un par de hinchas como cubas con camisetas de España pasaron por delante de ellos y los miraron como si compartieran un secreto. La mujer seguía impassible,

inmune a todo lo que pasaba fuera de su cabeza.

Empezaba a creer que no iba a sacar nada en claro de aquella tipa y andar por ahí con el material encima era peligroso. Estaba perdiendo el tiempo, o quizás solamente se estaba haciendo viejo y se estaba acomodando. Le vinieron a la cabeza las largas noches durmiendo de tres en tres en los cajeros, los días en parques y bancos y el rechazo de la gente que ahora lo miraba como si él mismo fuera un cajero automático que de un momento a otro se fuera a poner a escupir billetes.

Un dolor agudo le recorrió la columna y pensó que estaría mejor si apoyaba la espalda en algún sitio. A menos de un metro, quedaba la parte más baja de la verja que cerraba la galería. Olía a hierro oxidado y a la basura que la gente había tirado tras la reja a lo largo de meses. Desechó la idea. Nunca había entendido por qué había gente que escogía aquel tipo de lugares para instalarse. La piedra era fría y húmeda, los vecinos pobres, muchas veces peligrosos, las instituciones solían estar saturadas y el Ayuntamiento mostraba su faceta más irritada porque no le interesaba que apestados como ellos dañaran la imagen de la Barcelona turística. La voz de la mujer le sacó de sus pensamientos:

—No te irás hasta que te diga algo, lo que sea, ¿verdad?

Volvió a mirar su perfil a contraluz. Y por primera vez vio ira en su mirada.

—Es de noche, todavía hace frío, tú también deberías buscar un sitio donde dormir.

—Por Dios, no te me vayas a poner protector. Y déjalo, de verdad. Mira, me jode que un gilipollas salido como tú me eche de un sitio en el que yo estaba primero. Pero, muy bien, lo acepto. —La mujer se levantó con esfuerzo, bajó la escalera y apoyó la espalda contra el muro, justo debajo del farol. Una vez allí, se frotó los riñones con las dos manos y la falda le bailó en torno a los tobillos. No mediría más de uno sesenta.

—No insinuaba nada, no soy ese tipo de tío.

—Vete tú a saber el tipo de tío que serás —sentenció la mujer felina mirando otra vez a lo lejos.

Hugo Correa no se movió de su sitio, no quería asustarla haciéndole pensar que iría tras ella si corría. Aunque probablemente lo hiciera.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No pareces muy respetable —respondió ella volviendo a centrar en él sus ojos glaucos.

—¿Por qué? —Sonrió solo de un lado, dejando a la vista la mitad de la dentadura.

La mujer imitó su sonrisa. Hugo Correa tuvo la sensación de encontrarse frente a un espejo. Pero entonces aquellos ojos rasgados recorrieron sus mejillas sin afeitar, el corte del traje, los zapatos.

—Porque llevas un disfraz —dijo finalmente y cruzó los brazos sobre el pecho—. Mírate, por mucho que lo

intentes no pareces un pijo, pareces un matón reciclado. Se ve en los detalles, en los gestos. En los zapatos horteras, demasiado brillo para ser de una persona que siempre ha tenido dinero, en el corte de pelo barato, demasiado agresivo, de otra clase social, en la piel, esas marcas no son de hacer submarinismo... Ningún yuppie tendría esa piel. Por no hablar de las manos. Las manos lo dicen todo.

—¿Qué dicen?

—Que has trabajado en algo manual, mucho tiempo o desde muy joven.

—¿En qué? —La situación empezaba a darle mala espina.

—No lo sé. Te diría en el campo y te reirías en mi cara, y con razón, yo soy de ciudad.

—¿Y yo no?

—No lo pareces.

Hugo Correa se levantó de un salto, recogió el paquete envuelto en papel de periódico y lo colocó bajo el brazo. Se quedó de pie en el último peldaño. Desde esa altura le sacaba dos cabezas.

—Espero que no todo el mundo sea tan observador como tú.

Ella volvió a fijar los ojos en el enrejado del jardín interior.

—Solo hay que mirar —musitó con un hilo de voz.

La ancha casaca verde no le dejaba ver la forma de su cuerpo, pero lo imaginó flaco y huesudo, propio de una persona enferma. Aunque la cara era bonita. Un cerco de pestañas claras protegían los ojos que le habían sorprendido por su fiereza, la nariz recta otorgaba cierta dignidad a una boca pequeña y apretada como un gran botón rosado. Parecía que era justo allí, apiñada en el centro del rostro, donde se concentraba toda su carne. Pero cuando se fijó en el cuello, pudo imaginar la dureza que se escondía tras la fina capa de piel, sangre y músculo. Observó su pelo recogido con lúgubres ideas de tumores y enfermedades terminales. No parecía una peluca, pero nunca se sabe.

Súbitamente molesto ante la proximidad de la muerte, consultó su reloj de muñeca. Hacía tan solo diez minutos que estaba allí, pero si alguien lo estaba siguiendo, había tenido tiempo de sobra para alcanzarlo. Avanzó hasta el centro de la plazuela y miró a ambos lados de la calle desierta. Caminó unos cuantos metros sin hacer ruido hasta la bifurcación y comprobó que no hubiera nadie esperándolo. La mujer seguía sin prestarle atención.

—¿No te da miedo? —dijo él.

—¿El qué?

—Que sea..., ¿cómo lo has dicho? Un matón disfrazado.

La mujer volvió a mirarlo con un mohín de burla en los labios, pero habló con voz severa:

—Llega un momento en el que nada te da miedo.

Hugo Correa estaba desconcertado, pero seguro de que mentía.

—¿Cuándo?

—Cuando no te queda nada que perder.

Él apoyó la espalda contra el muro de piedra donde ella había clavado la mirada mientras estuvo sentada en las escaleras.

—Entonces solo queda matarse.

—Sería una opción —contestó la mujer encogiendo los hombros.

—¿Vía lenta o vía rápida? —preguntó con una risa débil y macabra.

—Creo que hace tiempo que sigo la lenta. —Ella dejó al descubierto unos dientes pequeños y redondos.

Asintió con vehemencia, aprobando la opción de la mujer. Sacó un paquete de Chesterfield del bolsillo de la americana y le ofreció un cigarrillo. Ella lo cogió con dedos temblorosos.

—Ya veo —comentó mientras se palpaba los bolsillos en busca de un encendedor—. Y, además del tabaco, ¿SIDA, priva?, ¿lo normal?

La mujer puso los ojos en blanco, se separó de la pared e hizo un gesto amplio y teatral con los brazos. Se la veía más viva de lo que había parecido en todo ese tiempo.

—Mírame. Me moriré de hambre. —La última palabra

resonó entre las piedras vetustas hasta alcanzar las siniestras gárgolas que contemplaban la escena desde las alturas.

Hugo Correa se olvidó del mechero. No dudó de que decía la verdad.

—¿Por qué?

Ella alzó la vista por primera vez al cielo sin estrellas. Mantenía la expresión sombría y sujetaba el cigarro apagado entre el índice y el pulgar, como si fuera una batuta y le reprochara a las estrellas su falta de atención.

—Ya no lo sé.

Encontró el mechero en el bolsillo trasero del pantalón, ese en el que en teoría no hay que guardar nada, y se acercó despacio para ofrecerle fuego. Es el primero en ocho meses, le dijo ella mientras daba la primera calada.

Fumaron en silencio durante un rato. A la mujer ya no parecía molestarle que él estuviera allí. Correa se preguntaba cuál sería su historia. Volvió a consultar la hora y vio que eran más de la una y veinte. No podía entretenerse mucho más o empezarían a preocuparse. Cuando dejó caer la manga sobre el reloj, oyó unos pasos rápidos en alguna de las calles circundantes. Escuchó en tensión hasta que constató que el sonido se alejaba de ellos en vez de acercarse.

—No creo que no te quede nada. —Dio la última calada. Algo le decía que valía la pena perder unos minutos más para desentrañar el misterio de aquella mujer

—. ¿Qué ha pasado hoy?

—¿Por qué tiene que haber pasado algo? —Lo midió con desconfianza.

—Porque el resto de noches no estás aquí. Si me lo cuentas, prometo que me iré. No podré conciliar el sueño si no sé qué hace una chica como tú en un sitio como este a la una de la mañana de un martes.

—¿Una chica como yo? —Se rio ella. Y su risa sonó ronca y leve, como un mar lejano.

—Una niña pija vestida de mendiga —dijo Correa mostrando el colmillo de lobo—. Yo también sé mirar.

La mujer le dio la razón y volvió a cruzar los brazos sobre el pecho.

—Me han robado la cartera.

Él asintió, esperando a que continuara. Como no lo hizo, preguntó qué había dentro.

—Todo lo que tenía —contestó ella.

—¿Todo? ¿No te queda nada en el banco?

Ella volvió el cuerpo para quedar de cara a él y apoyó su escaso peso sobre un pie.

—En algo te has equivocado. Puedes decir que fui educada para ser una princesa, tienes razón, pero el vestido de mendiga no es un disfraz, como el tuyo. Sé que ahora me vas a decir que vaya a la policía a denunciarlo, que pida prestado dinero a mi familia, amigos, cualquier cosa de esas. ¿Crees que no lo he pensado ya? —Negó

varias veces con la cabeza, como si aquello fuera a darle fuerza a sus argumentos—. Pero no. Las cosas no funcionan así. Yo... yo estoy cansada, estoy en el límite, ¿sabes? Trabajo once horas al día para pagar la hipoteca de una casa de la que me han echado, trabajo sola, de noche, marcando paquetes en una agencia de transportes para sobrevivir, solo para sobrevivir mes a mes. Ahora mismo estoy faltando a ese trabajo y no sé si mañana me echarán a la calle y lo peor es que siento que empieza a darme igual. No sé cuánto tiempo valdrá la pena todo esto. Porque no es que me dé miedo trabajar, es... Lo que me ahoga es la sensación de rabia, de impotencia. Por mucho que yo haga, nada va a cambiar, no está en mi mano. —La mujer se quedó mirándolo. Sus ojos rasgados parecían una herida abierta en la piel del rostro.

Hugo Correa tenía la impresión de que hacía mucho tiempo que quería soltar todo aquello y no había tenido a quién contárselo. Decidió aprovechar los pocos minutos que le quedaban para preguntar lo que le interesaba. Tenía la impresión de que sí que podría sacar tajada de aquel encuentro.

—¿Cuándo ha sido?

—No lo sé. —La mujer volvió a apoyarse en la pared y cruzó un tobillo sobre el otro. Tenía los pies pequeños, enfundados en unos zapatos planos y elegantes que se anudaban con cordones—. Hacía las cinco, cuando salía del trabajo... Del primer trabajo, quiero decir. En algún

punto entre Via Laietana y la plaza del Ayuntamiento.

—¿Llevas aquí desde entonces?

—Primero he dado un par de vueltas para ver si se me había caído por ahí —dijo mirando las losas de piedra bajo sus pies—. Sé que es una estupidez, aunque se me hubiera caído no habría durado ni un minuto en el suelo.

Hugo Correa se ajustó la americana al cuerpo ancho y recuperó el paquete del suelo.

—¿Por qué sigues pagando?

—¿La casa?

Él asintió.

—Porque es mi deuda —dijo ella.

—No. —Correa negó con la cabeza—. Ellos te ofrecieron algo que sabían que no podrías pagar, te vendieron la moto diciéndote que no pasaba nada, coge la pasta y cero riesgo.

—Sigue siendo mi responsabilidad.

El hombre volvió a mirar el cielo encapotado y por un momento los muros de piedra que los rodeaban le parecieron una jaula. Sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y empezó a contar billetes de cien. La mujer lo miraba escéptica con los brazos de nuevo cruzados sobre el pecho.

—¿Con seiscientos tendrás suficiente? —dijo él con los billetes en la mano—. No llevo nada más.

—Por favor. —Soltó una carcajada fría y seca que se

acercaba más a un suspiro o a un gemido de cansancio que a una muestra de humor, y añadió con una voz súbitamente más grave—: No voy a aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Tú deberías saberlo —contestó ella—. Deber siempre implica devolver. No quiero tener más deudas con nadie. Y, no te ofendas, menos contigo.

—Es un regalo —dijo Hugo Correa intentando aparentar inocencia.

—Nada de eso. Nada es un regalo, nadie regala nada, si no lo quieres en dinero lo querrás de otro modo.

—Todavía piensas que quiero comprarte.

—Todo el mundo quiere comprar a todo el mundo, en un sentido u otro.

—Y tú no quieres que te compren.

—Yo no puedo permitirme deber más.

—De acuerdo, no voy a darte el dinero. —Correa se acercó a los escalones de piedra y dejó los billetes en el que ella había estado sentada—. Voy a dejarlo aquí. Y sé que tú no lo cogerás, lo hará la primera persona que pase por aquí cuando te vayas. Me parece bien.

—Haz lo que quieras. Es tu dinero.

Hugo Correa se acomodó el paquete bajo el brazo y se acercó a la mujer con intención de tenderle la mano. Vio cómo ella se estremecía y se alejó a tiempo.

—Adiós —le dijo.

Ella no contestó. Volvía a estar sumida en sus pensamientos, muy lejos de allí. Cuando estaba a punto de girar la esquina, él se paró un momento.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

La mujer le volvió a dirigir esa sonrisa que se parecía tanto a la suya.

—¿Lo ves? Ya estás pidiendo algo a cambio de un dinero que no he aceptado.

Hugo Correa volvió a ponerse en marcha bajo la mirada atenta de las gárgolas.

—Solo era para hacer las cosas más fáciles —dijo mientras vigilaba cada recodo con la sensación de haber encontrado la pieza que le faltaba.

Ruth Santana contó sus pasos. Cuatro, seis, doce, dieciséis... Cada vez eran más tenues pero puso atención en escucharlos hasta que estuvieron lo bastante lejos como para no oírlos. Temía que se pararan a esperar, que se agazaparan tras una esquina para espiarla, volver y caer sobre ella.

Cuando constató el completo silencio, sintió un escalofrío y notó que estaba temblando. Se pasó las manos por los brazos descubiertos. Estaba helada. Seguía apoyada contra el muro de piedra, bañada por la luz del farol y mirando fijamente el pórtico del Museu Frederic

Marès. Se preguntó qué tipo de objetos habría en aquel museo y qué tipo de gente lo visitaría. Sintió una curiosidad que, tal y como vino, se desvaneció. No podía permitirse ni siquiera la curiosidad.

Pese a frotarse los brazos no conseguía entrar en calor. Volvió el rostro hacia la derecha y su mirada tropezó con los billetes situados sobre el cuarto peldaño de aquella escalera que subía a ninguna parte. Los miró con desprecio y, en un arrebato, corrió hacia la puerta del museo. Debía pensar rápido, se había acabado la hora del recreo. Tenía cosas que hacer.

Sacó su viejo móvil, lo encendió y llamó al jefe de la agencia para contarle que su madre había tenido un accidente con las pastillas y que estaba en la UCI. «Siento mucho no haber llamado antes pero no sabíamos si estarían a tiempo de hacerle un lavado de estómago y me he puesto muy nerviosa. Gracias, no, no se preocupe, creo que mañana podré ir, todo está mejor. Sí, hasta mañana. Gracias.» Colgó.

Miró la hora en la pantalla, todavía no eran las dos. Esa noche podría dormir unas horas más, si lograba conciliar el sueño. Pero primero tenía que llegar a casa. Rebuscó en el bolso para comprobar que al menos las llaves seguían ahí. Pero no el billete de metro. Eso estaba en la cartera. Robada. Ruth Santana suspiró. El dinero también seguía ahí y ella no le había quitado los ojos de encima. Se sentía vil por el hecho de compartir espacio con aquel fajo de

billetes, por no haberse ido todavía de la plaza. Se alejó un poco más. A esa distancia casi no podía verlos. Al fin y al cabo eran solo papel arrugado, no eran una realidad para ella. Cerró los ojos e intentó recordar la cara hostil del hombre. Había sentido miedo. Pero se había esfumado cuando se había dado cuenta de que no le quedaba absolutamente nada que perder.

Sonó un crujido sordo a cierta distancia, como si alguien hubiera resbalado y el zapato hubiera derrapado hasta lograr frenar. Ruth Santana alzó los ojos de los billetes y miró al punto donde la pared de la iglesia se curvaba y nacía otra calle. Era el lugar por el que se había alejado el hombre. Escuchó con atención pero no oyó nada más. Contuvo la respiración. Al cabo de un minuto volvió a oír un sonido. Esta vez era irregular, como un golpe seco seguido de algo arrastrándose y ruedas que chirriaban. Ruth dio un salto, corrió hasta la escalera y cogió los billetes. Después echó a correr calle abajo hasta salir a la plaza de la catedral.

Guardó el dinero en el bolso y avanzó a paso ligero hasta Via Laitana. Allí paró un taxi y le dio la dirección del pisucho donde dormía. Durante el trayecto, se quedó agazapada en el asiento con la mirada perdida. Había vuelto a contraer otra deuda y estaba segura de que aquel hombre la buscaría para saldarla. Decidió gastar solo lo imprescindible de aquel dinero y devolverle... Se rio de sí misma, las cosas no funcionaban así, en las películas

siempre pedían intereses, unos intereses que nadie se podía permitir. Y, aunque no hubiera intereses, ¿acaso estaba gastando algo más de lo necesario?

Sacó los billetes y los analizó uno a uno bajo la luz amarillenta del taxi. Vio que el conductor la miraba de reojo por el retrovisor. No parecían marcados de ninguna manera, pero ella no tenía ni idea de cómo se marcaban los billetes. Tal vez solo se detectara con infrarrojos... Decidió no pensar más en tonterías. Volvió a guardarlos en el bolso.

El taxi la dejó frente a su portal y Ruth se coló veloz escaleras arriba. Mientras se acostaba entre las sábanas de raso sintió asco de sí misma. Era una rata.

12 de mayo

*E*l mendigo cogió las monedas con dos dedos ennegrecidos, contó tres euros y volvió a dejarlas en la gorra. Llevaba varias horas apostado en la última esquina de los bloques Florida y había visto a amas de casa volver de la compra cargadas como burras, a niños salir del colegio y lanzarse piedras como si fueran balas, a viejos pasear calle arriba y calle abajo, con las manos enlazadas a la espalda y saludándose metódicamente unos a otros.

La suya no era una figura inusual en el barrio y la mayoría de los vecinos no percibía su presencia. Algunos le lanzaban miradas apresuradas mientras rebuscaban en los bolsillos y la beata de turno se acercaba con los ojos llenos de compasión, santiguándose mientras hacía su obra de caridad de la semana. Todavía alguna mujer joven lo miraba con más curiosidad que lástima, y el mendigo, llamado Roberto Arteaga, no entendía por qué.

Apoyó la nuca contra la pared y estiró las piernas, agarrotadas por las horas de inmovilidad. A mediodía el calor comenzaba a apretar e iba en mangas de camisa. Por suerte, ahora tenía un lugar donde dejar la ropa de abrigo

y dinero para lavarla en las grandes máquinas del barrio chino. Entre sus piernas abiertas descansaba el viejo macuto cargado con las cosas que no podía permitir que le robaran. Todavía no se fiaba de ellos.

Volvió a fijar la vista al frente y la vio. Avanzaba a buen paso por la acera contraria y aquel día llevaba unos pantalones de raso oscuros y anchos y una camisa blanca, también demasiado grande para su cuerpo menudo. La piel era olivácea pero estaba pálida y los labios mostraban un color blanquecino y enfermo.

El exmilitar Roberto Arteaga había visto a muchas mujeres así, al borde de la extenuación, pero había sido en lugares en los que encontrabas a gente degollada en los campos de maíz, y esas mujeres, que tenían la suerte de estar vivas y avanzaban entre la sangre y la mierda, se ofrecían por una lata de alubias. Esta parecía dispuesta a despedazarte con lo que tuviera a mano si te cruzabas en su camino. La mujer esquivó a una familia filipina con un carrito de bebé y metió el brazo por el cristal roto de un portal. La puerta se abrió y ella desapareció dentro.

El mendigo rebuscó en el macuto hasta encontrar una libreta de tapas desgastadas y lo que quedaba de un lápiz. El día anterior había seguido con cuidado a aquella misma mujer desde un edificio de Via Laietana hasta una agencia de transportes en la Zona Franca y, tras cinco horas de espera, la había vuelto a seguir hasta el barrio. Pero se le había escapado acortando por los callejones trazados entre

los bloques y no la había visto entrar en el portal. Ahora ya sabía cuál era.

Correa había dado órdenes de encontrarla y él había sido el afortunado. Tan solo quedaba saber su nombre. Al parecer, el Gallego la había encontrado una noche vagando por la parte vieja y había estado hablando un rato con ella. La mujer debió de decirle algo importante, algo que había encendido la bombilla del viejo marino y le había dado la última pieza para aquel golpe que todavía no quería contarles.

La mayoría pensaba que la niña había encendido otra cosa y que el jefe solo quería follársela, pero aceptaban el capricho porque querían tenerlo contento y seguir con el negocio. Después de verla, Roberto Arteaga ya no pensaba lo mismo que ellos. La muchacha era una gata a la que solo le quedaban los huesos y el pellejo. Y el jefe podría tener, incluso sin pagar, decenas de tías de mejor calaña. El Gallego querría a la muchacha para algo, si era para matarla, para sacarle información o para chantajear a alguien, eso a él no le importaba.

Pensó en cómo podría saber el nombre de la mujer antes que Bosco. Cuando el jefe les había resumido la situación y les había dicho a Charro, al Niño y a él que se apostaran en la zona de Via Laietana y la catedral y que siguieran a una mujer que respondiera a su descripción, lo habían tachado de loco y le habían recriminado que era buscar una aguja en un pajar.

Los primeros cuatro días habían seguido a diversas mujeres pero ninguna de ellas había resultado ser la que quería el jefe. Entonces Bosco se había ofrecido para localizar a las rateras que habían robado a la chica y recuperar la documentación. Había dicho que a veces la guardaban para robar en las casas, sobre todo cuando en la cartera había mucha guita.

Bosco había sido taxista y conocía a las bandas de carteristas de gran parte de la ciudad, dijo que no le costaba nada probar. Pero Canales, el segundo de a bordo, no veía con buenos ojos pedirles favores a los rumanos. Bosco insistió con su habitual zalamería. No era un favor, dijo, eran sus contactos y le debían unas cuantas a él.

Roberto Arteaga se alegraba de haberla encontrado. Después de seis días podrían retomar la vigilancia y el acopio de material para asuntos más importantes. Sí, estaba seguro de que era ella, no podía haber muchas fulanas de cuarenta kilos que trabajaran en Via Laietana y al mismo tiempo en el turno de noche de una agencia de transportes.

El mendigo recogió sus pertenencias con parsimonia y se puso en pie. Cruzó la calzada y aprovechó que nadie lo miraba para entrar en el portal en el que había entrado la mujer. Metió el brazo en el agujero que había dejado el cristal roto, tanteó la manilla y la hizo girar.

Una vez dentro del recinto oscuro y húmedo, se dirigió hacia los buzones. Muchos ni siquiera tenían nombre.

Leyó todos los letreros pero la mitad de ellos podían ser el de la mujer. Sacó la libreta y el lápiz del macuto y anotó los nombres que le parecían más probables. Dejó fuera a los indios, los chinos y los que eran claramente latinos como Oswaldo Rodrigues y Melisa Cotaquispe, vecinos del tercero cuarta. El Gallego había dicho que la chica era de la zona.

Cuando acabó, salió del portal y volvió a su esquina. Quería ver a qué hora salía la loba de su guarida. Acomodó los riñones sobre el macuto y sonrió con una mueca. Se sentía útil por primera vez en mucho tiempo.

Ruth Santana avanzaba decidida por la calle que la llevaba a su piso. Estaba de buen humor, en el bolso guardaba algunas pastas y bocadillos que habían sobrado de una reunión de los jefes aquella misma mañana y eso retrasaría algunos días más la visita al banco de alimentos.

Lo había evitado durante todos aquellos meses por dos razones: para preservar su salud mental, convenciéndose de que saldría de esta, y para no dar que hablar en un barrio en el que se sabía todo y una mujer joven y sola al borde de la indigencia podría despertar un tipo de compasión que a ella no le hacía ninguna gracia.

La sonrisa se desvaneció de sus labios. Ya no podía engañarse más a sí misma. Si no quería morir de hambre, no podía seguir fingiendo que no tenía ningún

problema.

Recordó los billetes del hombre de la catedral. Se había visto obligada a usar casi veinte euros y, aunque no quería gastar más, sabía que lo acabaría haciendo. Le vino a la mente la sala gris y sobrecalentada de la oenegé. Pero lo prefería a tocar un céntimo más de aquel dinero.

Delante de su portal esquivó un cochecito de bebé y en el giro vio a un mendigo sentado en la acera de enfrente. No, no quería acabar en la calle.

Subió las escaleras de dos en dos e inhaló el olor a curri que salía de las ventanas que daban al patio. Hacía días que su estómago no se tomaba la molestia de avisarla, pero sabía que tenía hambre. Mientras abría la puerta del piso pensó que no recordaba la última vez que había comido carne. Entró y fue hasta la cocina a servirse un vaso de agua.

—Tía, te he llamado como cinco veces —dijo uno de sus compañeros de piso sin moverse del sofá, en el que estaba tumbado todo lo largo que era, fumando en una pipa de agua amarillenta.

Ruth Santana ni siquiera recordaba su nombre y no tenía ni la más remota idea de cómo había conseguido su móvil.

—Lo tengo apagado, hoy no lo llevo encima.

Él la miró con los ojos a punto de salirse de las órbitas y las largas rastas balanceándose a su alrededor.

—Pero ¿en qué época vives? —La situación le pareció

lo suficientemente grave como para incorporarse—. No tienes Whatsapp y tenemos que dejarnos la pasta enviándote SMS, y ahora encima ni siquiera llevas el móvil encima.

—No va a llamarme nadie —dijo ella saliendo de la cocina con su vaso en la mano—. Sabes dónde está mi puerta, si quieres decirme algo, es ahí donde tienes que llamar.

Giró sobre los talones y se dirigió a su habitación dejando tras ella los cumplidos que le dedicaba el colgado de las rastas desde el sofá. ¡Solo quería que me subieras unas birras! ¿Tanto te costaba?, le oyó decir desde el salón antes de dar un portazo y cerrar con llave y pestillo.

Dejó el vaso en la mesita de noche, cegó con una sábana la ventana que daba al patio y buscó el libro que tenía guardado en el fondo de una bolsa de viaje que llevaba semanas preparada con lo imprescindible para salir corriendo de aquel antro. Algo le decía que la hostilidad de sus compañeros pronto pasaría a palabras mayores.

Era un viejo ejemplar de tapa dura escrito por un tal Salgari que le había regalado antes de irse el señor Ambrós, el dueño de la joyería de Sant Cugat en la que había trabajado más de seis años. Había rondado por casa pero nunca lo había llegado a leer. Lo guardaba porque le gustaba el libro como objeto, las tapas azul oscuro y las letras abigarradas en color dorado. Y porque se lo había

regalado el viejo Ambrós, al que quería como a un padre.

Lo abrió por la última página y palpó el forro. El dinero seguía ahí. Respiró aliviada pero su expresión era torva, contrariada. No estaba segura de qué le hacía sentir peor, haber cogido el dinero o sentir cierto alivio por haberle contado su situación a alguien. A alguien tan peligroso como aquel hombre.

Cerró el libro y lo volvió a guardar en el fondo de la bolsa de viaje. Después sacó del bolso la comida cuidadosamente envuelta en servilletas de cóctel y la colocó en un cajón del armario, junto a dos cartones de zumo y una caja de galletas. Sonrió satisfecha mirando el montón ordenado de bocadillitos y pastas. Calculaba que el botín le duraría tres o cuatro días.

Tres horas después Ruth Santana volvía a salir a la calle vestida con el uniforme naranja y gris de la agencia de transportes. Eran más de las siete de la tarde, todavía hacía sol y había mucha gente por las aceras, volviendo a casa del trabajo o con bolsas de la compra.

Cruzó la calle y comenzó a bajar por la acera opuesta a su portal, en dirección a la boca de metro. Había podido dormir un poco y cuando se había levantado, el tío de la pipa de agua ya se había marchado, pero el salón estaba ocupado por otro de los habituales y la novia, que estaban a punto de montárselo en el sofá. Ruth ya no recordaba cuánta gente vivía en aquel piso entre fijos y enchufados.

En uno de los locales cerrados, el único que no tenía

cartel de «Se alquila o se vende», acababan de abrir una heladería. Era pequeña y estrecha y parecía más bien uno de esos negocios que solo abren la temporada de verano para los helados y la de Navidad para vender turrónes.

Ruth se paró frente a la vitrina y leyó las etiquetas con los sabores. Hacía más de dos años que no se comía uno. Recordaba claramente la última vez, era otoño y estaba con Toni en Venecia. Ese había sido su último viaje al extranjero. Y ahora la posibilidad de cruzar la frontera le parecía tan remota como que le atacara un tiburón en la bañera.

Aquel día, en Venecia, habían comprado helados pese al frío húmedo de noviembre porque, como muchos turistas, habían llegado a la conclusión de que no podían marcharse de Italia sin probar el famoso, el original helado italiano. Palpó las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón del uniforme, eran el cambio de uno de los billetes de veinte que le había devuelto el taxista la semana anterior. Eran solo dos euros. Solo, pensó, burlándose de sí misma, solo dos euros.

Llevaba más de un minuto parada frente a la tienda y la mujer que la atendía la miraba con curiosidad. Ruth Santana expulsó el aire con fuerza, como si hubiera dado una calada invisible, y pensó que a veces había que destensar un poco la cuerda para que no se rompiera. Totalmente consciente de que más tarde se arrepentiría, entró en el local y le pidió a la mujer una tarrina de café y

naranja.

En la pequeña heladería hacía calor. Al ver que se abanicaba con una mano, la dependienta le explicó, mientras formaba la bola de helado con movimientos lentos pero expertos, que era el motor de la vitrina lo que calentaba tanto el aire. Ruth decidió esperar en la acera. Junto al portal de al lado seguía el mendigo que había visto antes, justo en el mismo lugar. Con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra la pared, parecía dormido.

Lo observó desde la puerta de la heladería. El hombre tenía la piel quemada y una cicatriz voluminosa y abultada que le atravesaba el cuello de lado a lado. Pese a las manos ennegrecidas por la mugre, el pelo canoso estaba relativamente limpio e iba bien afeitado. Tenía aferrada entre los brazos una bolsa de tela cilíndrica, con lo que Ruth suponía que eran todas sus pertenencias. Se preguntó qué guardaría un hombre así en la bolsa.

El mendigo abrió los ojos y ella se sobresaltó. Eran unos ojos claros y opacos, que absorbían la luz en vez de reflejarla, y le parecieron los de un sonámbulo o un demente. Entonces el hombre parpadeó, confuso, y sus ojos volvieron a ser los de un hombre cuerdo.

Ruth Santana desvió la vista al frente y miró cómo la dependienta clavaba una cucharilla de plástico en su helado. Pagó los dos euros con diez y caminó calle abajo, en dirección a la boca de metro, sin mirar atrás.

—Ruth Santana.

Hugo Correa levantó la mirada del tablero de ajedrez y le preguntó a Bosco qué quería decir con eso.

—El nombre de la mujer —respondió el otro sonriendo satisfecho—. Es Ruth Santana.

Correa asintió y movió pieza. Frente a él, un hombre viejo y con un sombrero de ala ancha calado hasta las cejas apartaba la mirada de la televisión encendida y se ponía unas gafas sucias para ver la jugada.

—¿Querías saberlo, no? —continuó Bosco dejándose caer en una silla frente a los jugadores—. Llevaba bastante pasta encima, así que las rumanas se habían guardado el DNI para ir a su casa un día de estos, pero sus chulos han preguntado por ahí y la casa es del banco. Piensan que la mujer tiene que estar metida en drogas o ser puta o algo así. Dicen que no tenía pinta, pero estando como están las cosas...

El Gallego continuaba sin apartar la vista del tablero. Parecía que Bosco estaba contento por haber descubierto el nombre antes que nadie. Tal vez creía que compensaría ciertas apropiaciones de dinero común no del todo justificadas. Se disculpó con una mirada ante el viejo del sombrero y se levantó de la silla de mimbre, que crujió cuando la liberó de su peso.

—Gracias, hermano —dijo abrazando al amigo—. Nos va a ser muy útil, ya lo verás. —Rodeó con el brazo los hombros de Bosco y lo guio hasta un sofá destartalado

que había al otro lado de la gran sala de techos altos y resquebrajado suelo de gres.

A medida que se alejaban, se oía menos la televisión. En pantalla, un subinspector de los Mossos, envarado dentro del uniforme, hablaba muy serio sobre un fuego cruzado entre bandas que había matado a un crío en L'Hospitalet. Correa fijó la mirada en el rostro redondo y sanguíneo del policía con la vaga sensación de haberlo visto antes.

Bosco y él se sentaron en el sofá. A su alrededor, el papel de las paredes tenía grandes manchas de humedad y se caía a jirones, dejando ver grandes superficies de yeso con nombres y fechas marcadas que se remontaban a décadas atrás. Apenas había muebles que sortear pero no faltaban viejas alfombras descoloridas y montañas de trastos inservibles que diversos ocupantes anteriores habían dejado allí. Aquel salón era la habitación más grande del piso y hacía las veces de comedor, sala de reuniones y dormitorio improvisado.

Hacía un par de meses que se habían instalado en aquel piso de Sant Antoni. Por lo que sabían, antes de convertirse en su guarida había sido durante muchos años casa de okupas y más recientemente garito de chinas, hasta que encontraron un piso en el Eixample. En las habitaciones también había restos de alguna juerga cara: un zapato de esos por los que las mujeres pagan un sueldo o dos, que habían colocado sobre un viejo monitor de

tubo con la pantalla rota, algunas botellas vacías que valían más que la ginebra que llevaban dentro y unos cuantos espejos altos y de marcos dorados que no se habían tomado la molestia de llevarse y que alguno de ellos iría sacando poco a poco seguramente para revenderlos en los Encants.

Era Bosco, con sus contactos no del todo recomendables en el barrio Chino y la parte vieja, quien había encontrado el piso. El día que se lo enseñó a Hugo Correa no cabía en sí de gozo y les convenció, a Canales y a él, para correrse una juerga que les dejó dos días tirados sobre los colchones mohosos y hundidos que seguían tirados en el suelo de aquella sala. Hugo Correa todavía lo recordaba diciendo: «Vosotros decís que no, pero cuando acabe todo esto, yo me voy a las Seychelles, y no vuelvo».

Ahora Bosco fumaba en el sofá junto a él, con la misma sonrisa de trilero pintada en la boca.

—¿Sabes dónde vive ahora? —preguntó el Gallego.

—Estoy en ello —respondió el otro encendiendo un canuto con las brasas del Ducados—. Ahora que sabemos el nombre, no tiene que ser muy difícil tirar del hilo. Cosa de un par de días.

Un hombre canoso pero de cuerpo robusto y firme entró por una pequeña puerta lateral que quedaba oculta por un jirón de papel rasgado. Llevaba un macuto colgado del hombro, tenía la mirada baja y arrastraba los pies

sobre las alfombras como si llevara horas caminando y tan solo buscara un lugar donde descansar.

—Arteaga —le llamó Hugo Correa desde el sofá—, ¿has encontrado algo?

El hombre se acercó a ellos y se dejó caer entre los desgastados cojines de crochet de una butaca.

—Sé dónde vive —dijo dejando el macuto a su lado—, pero no sé el piso. No hay nada en los buzones.

Hugo Correa lanzó al aire la misma sonrisa depredadora que se le había dibujado en los labios cuando encontró a la mujer sentada en las escaleras. Bosco se revolvió en el sofá y las medallas de oro que colgaban sobre su camisa morada tintinearón al chocar entre sí.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Hugo Correa.

—Entrar en el portal. Ha pasado allí tres o cuatro horas, después ha salido, se ha comprado un helado y ha bajado al metro —respondió Arteaga.

—¿La has seguido en el metro?

—No, ya sabía a dónde iba.

Bosco se levantó del sofá y masculló que iba a ver qué tal les iba a los chicos con el material. Los otros dos se despidieron de él con un gesto. Correa sabía que estaba mosqueado, pero también que se le pasaría en un rato. Oyó que al pasar junto al viejo del sombrero, que no había apartado los ojos de la imagen coloreada del subinspector, comentaba:

—Tú, Eusebio, hoy vuelves a machacar al Gallego sin

pestañear.

Bosco desapareció por un pasillo y Correa continuó interrogando al antiguo soldado.

—¿Qué más sabes? —preguntó mientras sacaba tres quintos de una nevera portátil y dejaba uno sobre el tablero de ajedrez, delante del viejo del sombrero.

—Los dos sitios donde trabaja.

—¿Dónde? —apremió el jefe mientras le tendía otro quinto a él.

—De noche, en una agencia de transportes de la Zona Franca, tiene que estar dentro, en el almacén, porque la persiana está echada y solo entran furgones para descargar un par de veces en toda la noche. De día en una imprenta, está en Via Laietana con Princesa, se llama Nouvelle Époque.

—¿Cómo sabes lo de la imprenta?

—Llevaba una carpeta con el logo cuando bajó a comprar los desayunos, después solo tuve que mirar cuál coincidía.

—Buen trabajo —dijo Correa—. A partir de aquí sigo yo.

Arteaga se llevó una mano a la sien y asintió con aire poco marcial.

—¿Ahora podemos volver con lo nuestro? —preguntó mientras apuraba el quinto a largos tragos.

Hugo Correa se levantó y estrechó el hombro fuerte del

hombre canoso.

—Sí, puedes seguir con la vigilancia en San Martín. Ese lo haremos en unas semanas. Ahora duerme un poco.

Arteaga fue a tumbarse en el sofá donde se habían sentado los otros, se quitó los zapatos y la guerrera, abrazó el macuto y se quedó dormido en apenas un minuto.

Hugo Correa volvió a su partida de ajedrez. Seis movimientos más tarde el viejo del sombrero le hacía un jaque mate.

Madrugada del 15 de mayo

Un haz amarillento se filtraba por las rendijas de los tablones de madera que tapiaban las ventanas e iluminaba la estancia. Hugo Correa aprovechaba esa luz mortecina para estudiar, hundido en una butaca floreada con la tapicería rasgada de lado a lado, el contenido de una carpeta amarillenta. No le hacía falta leer, se sabía de memoria cada recorte de periódico, cada reverso de fotografía escrito con aquella caligrafía amplia y anticuada que tanto había querido.

Junto a él, sobre la pequeña mesa plegable en la que normalmente reposaba el tablero de ajedrez, había esparcidos diversos mapas de carretera y varias fotocopias del plano de un lujoso chalé, cada una de ellas con números y anotaciones de colores. Sobre todo ello, a guisa de pisapapeles, reposaba una botella de Chivas medio vacía.

La gran puerta de doble hoja del fondo del salón se abrió sin ceremonias y apareció la cabeza de Bosco en el umbral. Tenía los ojos enramados y llevaba la camisa a medio abrochar, dejando al descubierto tres gruesas

cadenas de oro enredadas en el vello del pecho. Tras él se oía la risa de una mujer. Solo estamos de paso, dijo. Hugo Correa se puso de pie, sin prisas, y ocultó la carpeta en el lateral del brazo de la butaca. Sonrió esquinado y le indicó con un gesto a su compañero que podía hablar.

—Puedo decirte dónde estará la chica flaca esta mañana.

Cleopatra y Marco Antonio. Leche de burra, los secretos de belleza de la última faraona. Cleopatra, joven y griega, envuelta en una alfombra, desenrollada frente al rubio César. Un César tocado por la edad pero todavía atractivo. Usarse a sí misma como arma política para mantener el poder. Una foto de Elizabeth Taylor y Richard Burton. Años después, la griega entre egipcios y el otro romano, el traidor, derrotados, quemando naves y huyendo al interior. Suicidándose como... ¿como qué? Ah, sí, como en un drama de Shakespeare.

Ruth Santana cerró la revista y observó el retrato robot de la reina en la portada, tenía la sensación de haber leído aquel mismo artículo cientos de veces. Dejó la revista a su lado, donde alguien debía de haberla olvidado y levantó la cabeza para mirar la pantalla que estaba unos metros frente a ella. Varios números de color rojo pasaban sobre el fondo negro y pixelado: D78, D79, D80, D81, C19, C22... Miró la papeleta que tenía en la mano, junto a la

carpeta en la que guardaba la denuncia que había hecho en comisaría para que le permitieran renovar el DNI sin pagar la tasa. Al ritmo al que iban, le quedaban horas por delante, pensó mirando el pequeño papel en el que se leía D133.

Sonó un pitido y la pantalla mostró durante unos segundos un número parpadeante, el D82. Como nadie acudió a la cita, la máquina volvió a sonar y mostró el número sucesivo. Ruth sonrió, había gente que perdía el turno por haber salido a comer o a estirar las piernas, tal vez esperaría menos tiempo de lo que pensaba.

Sin poder entretenerse ya con la revista, observó la sala que sería su jaula y su refugio durante las horas siguientes. Blanca, inmensa y claustrofóbica, de techos bajos y separada por paneles que la convertían en un laberinto, símil perfecto de la burocracia que se pavoneaba entre sus muros. No había ventanas y eso la ponía nerviosa. Había podido escoger un banco vacío, casi al fondo, pero a su alrededor todos estaban ocupados. Había familias con niños a los que tenían que hacerles el pasaporte para poder ir de vacaciones a Tombuctú, parejas aburridas, cogidas de la mano y probablemente sin nada que decirse, pequeños grupos de amigos que parloteaban con un acento insoportable de la zona alta, madres e hijas que pasaban las páginas del *Hola* con el mismo golpe de muñeca, mucho carrito de niño llorando y, por encima de todo eso, las empalagosas baladas que salían de la radio

del policía que vigilaba la entrada.

Se revolvió en el asiento y volvió a fijar la vista en la pantalla. Sonó un pitido. El C23. Por el rabillo del ojo, Ruth vio que alguien se sentaba en el extremo opuesto de su banco. Echó un vistazo rápido y contuvo el aliento. No podía ser él.

—¿Un café? —dijo el hombre de la catedral dirigiéndose a ella.

Le mostró dos endebles vasos de plástico de los que suelen servir las máquinas de las oficinas. En sus manos endurecidas parecían formar parte de una vajilla de juguete. Aunque Ruth no se imaginaba a aquel tipo jugando a las cocinitas.

Le tendió un vaso. El líquido era negro, concentrado, y tenía espuma. Aspiró el aroma mientras se hacía a la idea de la presencia a su lado del hombre de la catedral. No sentía miedo, le invadía una conocida sensación de inevitabilidad.

Él sorbía su café a pequeños tragos con expresión consternada, mientras ella se preguntaba cómo narices podía haberla encontrado. Y para qué la quería. Tal vez, pensó, escudándose bajo un parapeto de razonamientos a los que seguiría dándoles vueltas durante días, la había seguido hasta allí desde el trabajo. Y sus intenciones... no podían ser buenas.

Ruth probó el café. Bajo la luz de los fluorescentes, podía ver al hombre mejor que la noche en que se

encontraron. Era alto, fibroso y oscuro, como se describía a los piratas en los libros que había leído de pequeña. Pero vestía traje y camisa y no llevaba pendiente, aunque se adivinaba una marca antigua en el lóbulo de la oreja. Con un gesto canalla y una mirada torva y en apariencia sincera, estudiaba cada rincón de la sala. Como poco antes había hecho ella. La piel parecía quemada por el sol, salada y vuelta a secar durante años. Tenía algunos surcos prematuros alrededor de la boca y los ojos, una nariz aguileña y las facciones angulosas, fuertes, asimétricas, podría decirse que atractivas. Le parecía menos hosco y hostil, tal vez porque estaban rodeados de gente, en una comisaría, y no en un paraje desierto de madrugada.

—¿DNI o pasaporte? —preguntó Ruth para romper el silencio.

—Pasaporte —contestó el hombre y le tendió un documento sobado.

Ruth Santana lo abrió por la primera página. Junto a una foto poco favorecedora se leía el nombre de Hugo Correa, nacido el 8 de septiembre del 76. Pasó las páginas despacio, sintiendo el tacto rugoso del papel. Comprobó decepcionada que el pasaporte no tenía ningún sello. El suyo tampoco, pero por alguna razón esperaba que un tipo como aquel tuviera un pasaporte sellado en lugares exóticos en los que ella sabía a ciencia cierta que nunca pondría el pie. De las últimas páginas cayó una papeleta con el número C62.

Así que tal vez era verdad que el tal Hugo Correa estaba allí renovando su aburrido pasaporte. O tal vez no. Ruth estiró las piernas sobre el asiento. Mentía, sin duda alguna, el hombre mentía. Hacía tiempo que Ruth Santana había dejado de creer en las casualidades. Era una cosa más que no podía permitirse.

—Viajas poco —le dijo devolviéndole el documento.

—No tengo oportunidad.

Ruth Santana tomó un nuevo sorbo de café. Pese a la falta de azúcar, hacía meses que no tomaba un café tan bueno como aquel. Mientras bebía, pensaba en que nadie parecía haber notado la presencia del hombre. A su alrededor, todo seguía igual, la pantalla escupía números cada cierto tiempo, los rostros mutaban en otros muy parecidos y ellos dos parecían eternos, envueltos en el guirigay de la sala y los últimos hits nacionales en la radio.

Volvió a explorar con la mirada su perfil afilado. No estaba segura de si le apetecía oír lo que el hombre tenía que proponerle. Nadie se tomaba las molestias que se había tomado aquel tipo para invitar a otra persona a un café decente. Y, sobre todo, nadie va regalando seiscientos euros a desconocidos por la cara. El tal Hugo Correa había terminado su café y dejó el vaso de plástico manchado en el banco de metal, entre los dos.

—Tal vez te interese algo, un negocio —dijo finalmente. Sus palabras sonaron como un cañonazo en la

cabeza de Ruth.

Ella pensó que, como dicen en las películas, empezaba el baile.

—Ya tengo trabajo, gracias —respondió usando un tono que no admitía réplica.

Él se rio y le lanzó una sonrisa que habría derretido a más de una voluntad, pero a Ruth le entraron unas ganas locas de partirle la cara. No le gustó la violencia de aquel pensamiento e intentó encontrar su origen, sin éxito. Se limitó a cruzar las manos sobre el regazo y a mirar al frente.

—Sé que parece raro —empezó él.

—Parece más que raro.

—Entiendo que no te fíes de mí.

Ruth volvió la cabeza hacia él.

—Por supuesto que no me fío de ti, no te conozco.

—Normalmente es de la gente a la que conocemos de la que menos nos tenemos que fiar.

—En eso tienes razón —concedió. Relajó los hombros y posó las manos a ambos lados del cuerpo.

—Yo tampoco te conozco.

Ruth expulsó aire de los pulmones lentamente, con el automatismo de un viejo hábito que ya no se podía permitir. Mataría por un cigarro.

—Entonces, ¿por qué me ofreces este negocio a mí y no a cualquier otra persona de esta sala?

—Porque necesitas el dinero más que ellos.

Sintió un ligero escalofrío. Recordó los billetes tirados en la escalera y pensó que el hombre lo sabía, tenía que saber que aquella noche había cedido y los había cogido.

—Eso no lo sabes —dijo sin alterarse—. Muchos de ellos pueden estar peor que yo.

Le veía pensar su respuesta, hubiera jurado que estaba escogiendo las palabras justas para elaborar una bonita mentira.

—Sí, podría haber sido cualquier otro, pero me crucé contigo aquel día, en el centro.

—¿Y ya está?

—Y me caes bien, supongo que eso también cuenta.

Como diría su abuela si siguiera viva, y en ese caso ella no estaría en aquella mierda de situación, eran solo zalamerías. Se acomodó en el duro banco metálico, fijó la vista en la pantalla, esperando a ver su número parpadeando en rojo emergencia, y dio por zanjada la conversación. Pero podía notar la presencia del hombre muy cerca. Podía olerlo, una mezcla extrañamente familiar entre tabaco rubio y olor a playa, a salitre y sol caliente. Ruth cruzó las piernas y dejó su vaso vacío en el suelo. Pasaron algunos números más, en la pantalla brillaba el D90. El tal Hugo Correa seguía a su lado y parecía no saber cómo romper el silencio. Lo vio removerse en el asiento un par de veces.

—No te pido que te fies de mí —acabó diciendo él—,

aceptaré tus condiciones.

Ruth Santana no quería tener que explicarle su vida. Empezaba a echar de menos la revista, aunque hubiera leído veinte veces el mismo refrito sobre la reina de Egipto y la eficacia de la leche de burra como hidratante corporal.

—Mira —dijo con voz fría y comedida, como si hubiera repetido aquel discurso en su cabeza decenas de veces—, luego se ven en las noticias casos de mujeres esclavizadas en Rumania recogiendo chatarra, de trata de personas, de tías que acaban en Sri Lanka o, para ponerlo más cerca, en el equivalente a La Junquera que haya en Austria. Mira —repitió marcando todavía más el desafío de barrio que había en la palabra—, no eres un tipo legal, tú lo sabes, y yo no me quiero meter en mierdas. No quiero problemas, y menos problemas que solo te beneficien a ti —añadió señalándole con el índice— y me perjudiquen a mí —remató apuntando a su pecho.

El hombre soltó una risa cálida y echó una ojeada a los bancos de alrededor.

—No te ofrezco problemas. En todos esos casos ha habido una relación personal primero, un engaño, yo te ofrezco una relación profesional, igualdad de condiciones, tú pones los límites, decides cuándo te retiras.

Ruth Santana no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Una relación profesional? ¿Tú pones el piso y yo pongo la carne y vamos al sesenta-cuarenta o como cojones

fueran los porcentajes en aquel tipo de negocio? Un alquiler nunca cuesta tanto y los clientes no son tan difíciles de encontrar. ¿Qué le estaba ofreciendo el maldito tipo aquel? ¿Protección, como el matón de medio pelo que era? La invadió una rabia sorda que le atenazaba los miembros. Notaba cómo las uñas se le clavaban en la palma de las manos y abrió bruscamente los puños. Se sentía insultada en su inteligencia.

No era la primera vez que le ofrecían algo así en los últimos meses. Macarras de barrio que dormían un par de días en el sofá del piso de Florida, hombres sucios de mirada febril mientras volvía a casa a las cuatro de la mañana, hombres bien vestidos, altaneros, más siniestros que el que se sentaba a su lado, en un susurro, en la Gran Via. Si ella fuera a meterse en aquel negocio, tenía muy claro que sería autónoma, lo había pensado cientos de... Se dio cuenta de que lo sopesaba como una posibilidad real y le sobrevino una arcada. Tenía ciertos límites. Había cosas que, fuera cual fuera la situación, no quería hacer. Y, por lo tanto, pensó espiando los números de la pantalla, no iba a hacer.

El hombre de la catedral seguía mirándola esperando una respuesta. Ruth recordó que había cogido los billetes, que le debía dinero.

—Sabes que eso no es verdad —le dijo al fin.

—Lo prometo.

Ruth Santana soltó una risotada nerviosa que le

desprendió un mechón castaño de la cola de caballo. Al mismo tiempo sonó un número y las chicas sentadas dos bancos más allá se levantaron en grupo y se perdieron en el laberinto que conducía a los cubículos de los funcionarios. Ruth se colocó el mechón detrás de la oreja. Por suerte, los números avanzaban rápido y no tendría que soportar a ese proxeneta por mucho más tiempo.

—No valen las promesas —dijo apoyando un brazo en el respaldo bajo del banco—. Si tú prometes, tú consientes, tú permites, el poder lo sigues teniendo tú, y los demás debemos fiarnos de que no cambies de opinión. Tienes el poder de cambiar las condiciones del contrato en cualquier momento, según tus intereses.

El hombre resopló resignado y Ruth supuso que no esperaba aquella respuesta de una mujer joven y desamparada. Sonrió comparándose con las jovencitas que salían en las series nacionales de televisión, todas candidez y amor hasta la muerte. Ya os llegarán los palos, guapas, pensó.

—No tiene que ser así —dijo él.

Ruth cruzó los brazos sobre el pecho y ocultó una mueca. Empezaba a sentirse hastiada y asqueada y el tipo no soltaba prenda.

—Ya me dirás cómo.

—Todavía no sabes lo que quiero proponerte.

—Me lo imagino.

—No lo creo —dijo él cogiendo el vaso de plástico de

Ruth y encajándolo dentro del suyo.

—¿Qué tipo de relación profesional ilegal puede proponerle un hombre bien vestido con una actitud..., dejémoslo en muy extraña, que roza el acoso, a una mujer joven y sin blanca a la que no conoce de nada?

—Todavía piensas que soy un chulo.

—Estadísticamente tienes muchos números para serlo.

—No tiene nada que ver con eso. Si fueras un hombre, te haría la misma propuesta, aunque es cierto que te hubiera entrado de otro modo. Nunca le he propuesto esto a una mujer.

Aquella frase sonaba cómica en los labios de un tipo con la pinta de bucanero que tenía aquel.

—¿Propuesto el qué?

—Que me ayude a reventar cajeros.

Lo dijo como si le estuviera pidiendo que bailaran un tango, pero le asomaba aquella sonrisa suya entre inquietante y provocadora. No era un gesto ensayado para derretir voluntades ni para simular camaradería. Era una mueca esquinada que le hacía parecer un animal peligroso.

—¿Cajeros de bancos? —preguntó ella mirando con disimulo al policía que dormitaba junto a la radio que seguía con sus baladas, a los cochecitos de niños que los rodeaban por todas partes—. Estás loco, ¿por qué me cuentas esto?

—Tú has dicho que no quieres trabajar para mí, quieres

que seamos socios, tengo que ser sincero contigo.

—No me interesa —musitó Ruth volviendo a otear la pantalla.

—¿Qué es lo que no te interesa?

—Acabar en la cárcel.

El tal Hugo Correa hizo un ademán burlón con la mano que sostenía los vasos vacíos y con la otra se arregló la raya planchada del pantalón.

—El truco es no acabar en la cárcel.

—Siempre te cogen —dijo ella.

—Porque la gente se confía.

—¿Y tú no te confías? ¿Te parece el mejor lugar para hablar de esto? ¿Eres consciente de que nos están grabando, de lo que acabas de decir aquí en medio, de que puede que haya hasta micrófonos?

El hombre parecía estar midiendo qué parte de ella desgarrar primero.

—Te agradezco el sentido de la discreción, cualquier otra persona hubiera dicho eso gritando o nerviosa, pero tú lo has planteado como si me propusieras que vayamos a cenar. Gracias.

—No has contestado a mi pregunta.

—La contestaré si cenas conmigo esta noche — propuso mientras guardaba el pasaporte en el bolsillo interior de la americana.

—Primero contesta a la pregunta.

—Ruth...

—No te he dicho mi nombre —le cortó ella.

—Lo sé.

Ella chasqueó la lengua y sonó como el batir de una fusta cortando el aire. Cruzó una rodilla sobre la otra, mirando fijamente al número D118 que parpadeaba en la pantalla.

—¿Qué quieres de mí?

—Te lo he dicho, que me ayudes, de igual a igual.

—¿Vas a chantajearme?

—¿Cómo voy a chantajearte? No tienes nada que perder —dijo el hombre con gesto fatigado—. No hay micrófonos, te lo aseguro, y aunque los hubiera, la inversión debería ser millonaria para captar nuestra conversación entre todo este ruido. La gente no suele hablar de los crímenes que va a cometer en comisaría, excepto los policías, claro, así que este me parece un lugar mucho más seguro que..., pongamos, un bar cutre de la periferia. Las cámaras están a tu derecha y a tu izquierda, pero no estamos montando ninguna escena, ¿por qué deberían fijarse en nosotros? Buscarnos en esta grabación sería como buscar una aguja en un pajar... Y no, no me confío, no improviso, tengo un plan cerrado.

Ruth volvió a hacer aquel gesto, como si expulsara el humo de un cigarrillo imaginario y cerró los ojos.

—No me interesa.

—De acuerdo —cedió él.

Parecía haberse rendido o al menos haberle concedido una tregua. Ruth oía el pitido que marcaba el anuncio de los números pero no abrió los ojos. Le había asaltado un pensamiento que le producía un dolor casi físico. Aquel hombre era la persona con la que había tenido la conversación más larga en meses. Apretó los párpados con fuerza y notó cómo se le tensaban los músculos que rodean la mandíbula.

—No vas a dejarme en paz, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Sabes mi nombre, sabías que iba a estar aquí, vete a saber qué más... —Por fin abrió los ojos y parpadeó varias veces—. Me has enseñado tu pasaporte, me has dicho que te dedicas a robar cajeros, ¿qué me impide decírselo a ese policía?

—¿Qué sacarías con soltárselo? No te he dicho que lo haga, te he pedido que me ayudes. No voy a hacerte daño.

—Eso es lo primero que dicen los atracadores de bancos. —Se rio sarcástica.

—No, dicen «No quiero hacerte daño». Yo no voy a hacerlo.

—Prefiero que eso no dependa de ti, sino de mí. Eso es lo que todavía no entiendes —replicó Ruth irguiéndose en el banco—. ¿Por qué yo?

—Ya te lo he dicho.

—No te creo.

—Te lo aclararé esta noche.

—¿Por qué esta noche?

—Porque faltan dos números para tu turno. Y porque tienes razón, este no es el mejor sitio, pero prefería venir aquí a presentarme en tu casa. No quería asustarte.

—Creo que confesar que sabes dónde vivo es casi lo mismo que presentarte allí.

—Elige tú el lugar, cúbrete las espaldas.

—Eso no cambia nada.

—Toma. —Le tendió un pedazo de papel con un número apuntado en trazos torpes y gruesos. Ella lo sujetó entre el índice y el dedo corazón y lo miró durante un rato antes de metérselo en el bolsillo de los vaqueros—. Media hora antes envíame un mensaje con la dirección y la hora, puede ser un sitio en el que te conozcan. Yo entraré y saldré después de ti, puedes irte en taxi y no podré seguirte.

—¿Para qué? Ya sabes dónde vivo.

—Entonces, ¿para qué tomar precauciones? —Se rio el hombre.

Sonó un pitido y nuevas letras rojas se deslizaron en el fondo negro.

—Eres la siguiente.

Nadie se movió en la sala y la máquina volvió a sonar. D133. Ruth se levantó sin mediar palabra y se internó en el laberinto de burocracia dejando atrás al hombre

llamado Hugo Correa.

Él miró su papeleta, hizo una bola con ella y la encestó en el vaso vacío. Olisqueó el borde, el lugar en el que creía que la mujer había posado los labios. Acercó los suyos. El fuerte sabor del café mataba cualquier rastro de la saliva de ella. Hugo Correa se levantó y tiró los vasos a una papelería cercana a la puerta.

16 de mayo, última hora de la tarde

Frente al abigarrado espejo de marquetería, iluminado por dos grandes globos a ambos lados, Hugo Correa deslizaba la vieja y afilada navaja de su padre cuello arriba. Hacía años que no estaba tan inquieto como aquella noche y se debatía entre burlarse de sí mismo o sentir lástima. Lástima porque la causa de su inquietud era una mujer. Una mujer orgullosa y tosca que parecía disfrutar escurriéndosele de entre los dedos y replicando, tan impasible como mordaz, a cada palabra suya. Ninguno de sus hombres le había costado tanto de convencer, y él tampoco les hubiera dedicado tanto tiempo ni tantas lisonjas.

Limpió la hoja en el agua jabonosa y se contempló en el espejo. Las facciones ásperas, casi arrogantes, nunca habían sido un problema con las mujeres, pero tal vez funcionaban tan solo con cierto tipo de mujeres, con las que estaban hechas de una pasta diferente, más amable, blanda y cálida que la de Ruth Santana.

Les había oído decir en la guarida que andaba caliente y que por eso les hacía perseguir a una gata por el barrio viejo, pero no era solo pasar un buen rato lo que quería de la muchacha flaca. Creía que aquella chica caída del cielo era la pieza que le faltaba para rellenar los puntos ciegos del golpe que llevaba dos años planeando. Porque tenía que ser aquel verano. No podía esperar más.

Ya le había echado el ojo a un casco en Almería y lo tenía apalabrado con el dueño, un promotor en crisis que se moría por quitarse el barco de encima. Era un modelo ligero y funcional, casi nuevo, que el promotor solo había sacado para pasearse algunos domingos sin separarse de la costa. Con aquel cacharro podría costear el Mediterráneo durante meses sin tener que hacer largas escalas y cruzar el Atlántico si fuera necesario.

Movió la palanca esmaltada del moderno sistema de desagüe, se refrescó la cara y al secarse con la toalla de mano rozó la cicatriz de abrasión que le cruzaba el pecho desde la base de la clavícula hasta la segunda costilla. A veces todavía le dolía. La palpó con dos dedos de la mano derecha. No era la única marca, aunque sí la primera. Ni siquiera debería ser tan prominente, pensaba mientras recorría la superficie rugosa, pero no la curaron bien y se pasó días supurando, hasta estar a punto de matarlo por una infección en la sangre.

Era su primer recuerdo importante en el mar. Tenía doce años el primer día que salió a faenar con su padre,

no a echarle una mano en el pesquero, sino a trabajar como los demás. Una buena jornada, una de las pocas en el tiempo gris de las costas de su infancia. Un gris que los años habían tornado negro.

Al terminar, justo cuando estaban amarrando en O Grove, un cabo que él había dejado suelto silbó en el aire y lo tiró de espaldas sobre la cubierta del *Mercedes*. Cuando llegaron a casa, su madre, una mujer dura y recia, a la que con el tiempo había aprendido a comprender, le felicitó por el trabajo pero ignoró la herida. Fue su hermana Rosadelia, con sus manos tiernas y esa mirada de garza que no la salvó de nada en la vida, quien se ocupó de ella, pero no evitó que se infectara al cabo de dos días. Cuando tuvieron que ingresarlo en el hospital, su madre Mercedes solo dijo una frase, antes de entrar en un mutismo del que él no la vería salir: «Nos vas a costar más de lo que das».

Hugo Correa atravesó el lujoso cuarto de baño y entró en la alcoba, amueblada de manera mucho más sobria, casi espartana. Los elementos con los que los dueños anteriores construyeron la casa, como el baño de alabastro, los entarimados de castaño o las lámparas de lágrimas, contrastaban con la sencillez de la cama, un colchón sobre un somier de tablas, o la cómoda de pino.

Se acercó a la puerta corredera del armario empotrado y la abrió. Su interior haría desmayarse de indignación a cualquiera de sus vecinos. En cuatro metros cuadrados, a

lo sumo colgaban seis u ocho perchas, tres de ellas más gruesas, con dos piezas de traje en cada una, y el resto con camisas impecablemente planchadas. En los cajones había algunas prendas raídas pero limpias y un gran petate de lona impermeable. Nada más.

Hugo Correa se puso una de las camisas y mientras la abotonaba le volvió a la cabeza la mirada felina de Ruth Santana. Sabía que aquella noche no podría convencerla de unirse a ellos y esa era otra de las razones de su inquietud. Si algo podía doblegar a aquella mujer, serían el hambre y la miseria. Pero incluso para eso parecía tener un umbral de resistencia muy elevado. Mientras acababa de vestirse, se preguntó si estaba actuando de la manera correcta con ella o si estaba cometiendo un error tras otro. No sabía cómo debía comportarse con una mujer tan diferente de las que habían pasado por su vida.

Mujeres de puerto con diecisiete o dieciocho años. El barrio Rojo de Ámsterdam. Fotos sobadas de Kim Basinger y de Juliette Binoche pegadas con chinchetas a la pared de su litera en los grandes pesqueros del norte, del Atlántico, del Pacífico. Aquella mujer en el puerto de Montevideo que lo retuvo seis meses y por la que volvió un año después, para llevársela a Galicia, pero ella ya no estaba allí.

Después Isabel. Isabel y su voz paciente, de enfermera, atenta con los niños que se estaban muriendo. El gesto mecánico de su madre, de llevarse la mano a la frente y

santiguarse, cuando vio a Isabel vestida de amarillo el día de su boda. Los recuerdos se sucedieron uno a otro en su cabeza, como fogonazos de luz. Él guiando a turistas madrileños para ver mejillones por la Costa da Morte por cuatro perras que no les daban para pagar el alquiler. Isabel perdiendo el trabajo y poniéndose a enlatar pescado en Vigo. La primera noche de trabajo para Veiga. Años después, una Isabel diferente gritándole que estaba hasta los cojones de que trabajara para aquel hombre mientras cerraba la puerta de un deportivo que había comprado para ella. Porque él sabía pilotar barcos pero no conducir coches. Isabel marchándose en el peor de los momentos y él dándose cuenta de que le daba igual.

El sonido de las campanas de la iglesia que quedaba enfrente de la casa le hizo volver a la realidad, al presente, a la muchacha flaca. A Ruth, incluso el nombre lo tenía áspero. Con ella solo había seguido su instinto. Era más dura, más terca y clara de lo que había sido con él ninguna mujer. No sabía cómo manejarla. Cualquier uso de la fuerza o la autoridad haría que la muchacha saliera corriendo, si tenía vía libre, o le desgarrara la yugular si se sentía atrapada. En ese sentido era como un animal salvaje. Hugo Correa no pudo evitar preguntarse si en alguno más.

Se puso el reloj, metió la cartera en el bolsillo del pantalón y bajó la escalera de mármol blanco que quedaba frente al dormitorio. Con Ruth tenía que medir sus

palabras, ser prudente. Incluso la gente a la que había conocido en la calle todavía tenía algo que perder. Pero ella no parecía creer en nada.

Tal y como le había dicho el administrador, comprobó que todas las ventanas del piso bajo estuvieran cerradas. Pese a tener rejas protectoras, debían estar también cerradas para activar el complejo sistema de seguridad que tenían incorporado. Un poco de brisa podía llevar hasta allí a media comisaría del Eixample y eso era lo último que él, y sospechaba que también el administrador, quería.

Tecléo un largo número en la pantalla de la alarma, salió de la casa y cerró la pesada puerta con llave. Tras él se elevaba una fachada elegante, iluminada por los últimos rayos de sol vespertino. El resto de inquilinos, los de los pisos superiores al dúplex, entraban por la calle principal, él era el único que tenía también la llave de aquella pequeña entrada por el pasaje de Mercader. Salió al pequeño jardín compuesto por dos parterres de buganvillas y jazmines y atisbó ambos lados del pasaje. Nada a la vista. Cerró la portezuela y se escurrió a paso rápido hacia la calle Mallorca.

Había sido ella quien le había llamado a última hora de la tarde y, por suerte, le había dejado escoger a él el sitio. Si quisieras matarme, ya lo habrías hecho, le había dicho con aquella voz glacial.

Un comentario absurdo. La última vez que él cenó con

una mujer, ella acabó muerta.

La noche refrescó y, de los veintisiete grados a los que habían llegado aquel día de mediados de mayo, tan solo quedaba un pesado bochorno que presagiaba lluvia. En cuanto salió del metro, Ruth Santana se arrepintió de haberse puesto unas sandalias que le dejaban casi todo el pie al descubierto. Una suave brisa le erizó el vello de los brazos; la fina torera de algodón que llevaba sobre los hombros no podía hacer mucho para que entrara en calor.

Aceleró la marcha y pasó frente al lóbrego edificio del hospital Clínic, donde tuvo que sortear a visitantes con la mirada baja y la expresión abatida. Casi tropezó con una mujer que había roto a llorar en cuanto había puesto un pie en la acera, por fin liberada de la obligación de fingir fortaleza y optimismo. Ruth torció en la esquina de Villarroel con Còrsega y rebasó a uno de los muchos indigentes que se apostaban en los alrededores del hospital para pasar la noche. Mejor tener cerca donde caerse muerto, pensó Ruth con humor macabro.

A treinta metros distinguió el letrero iluminado del local al que se dirigía, un restaurante zafio, decorado con los colores de la bandera italiana y llamado Da Mario. A su espalda sonó una ronca risotada que le heló la sangre. ¡Charlie, Charlie!, gritó la misma voz. Ruth echó a correr y solo volvió la cabeza cuando estuvo a diez pasos del

local iluminado.

Desde allí identificó que los gritos eran proferidos por un viejo mendigo, con un sombrero de ala ancha calado hasta las cejas que solo permitía ver su mirada febril, señalándola con el dedo y riéndose fuera de sí. Tragó saliva. Empezaba a parecerle una idea bastante idiota haber llamado a aquel tipo para que le acabara de contar su oferta. Se había jurado que era pura curiosidad, pero sabía de sobra que la curiosidad mató al gato. Aunque tal vez al gato no le importara gastar una de sus siete vidas.

Sentado sobre el desnivel de la entrada del restaurante, había un chico vestido con uniforme de cocinero, jugando con el móvil. Cuando ella se acercó, dejó de mirar la pantalla para repasarla de arriba abajo y le sonrió mostrando unos dientes delanteros grandes y separados, como los de un conejo. Ruth le lanzó una mirada extrañada y subió el escalón para entrar en el restaurante. Pensó que ahora solo le faltaba que se echara a reír aquel también. Pero no fue así.

Un bello adolescente de rizos y ojos negros salió a recibirla. Este no parecía interesado en nada más que su cartera. Ruth le dio su nombre y el camarero la condujo hasta una mesa vacía y algo apartada desde la cual se veía todo el local. Aunque era viernes, todavía no habían dado las nueve y el negocio andaba a medio gas. Después de sentarse y de pedir agua, observó que había tres mesas más ocupadas por comensales que esperaban los platos

charlando en voz muy alta pero con desgana. Ninguno de ellos parecía peligroso, pero a Ruth la divirtió imaginárselos sacando una pistola de debajo de la servilleta y liándose a tiros, estilo *El Padrino*, o atacándose entre ellos con el picador de hielo. La divirtió por absurdo. Se divertía con lo imposible, con la falta de lógica, porque le permitía relajarse. El camarero dejó una botella de plástico y una cesta con pan a un lado de la mesa y Ruth se sirvió agua.

Pocos minutos después, sonó la campanilla de la entrada y vio que el tal Hugo Correa acababa de entrar. Ochenta y cinco kilos de potencial amenaza, estimó Ruth. El hombre miró hacia su rincón, saludó efusivamente a los camareros y se encaminó hacia ella, que estaba imaginando que uno de los comensales sacaba un revólver y le disparaba. Bang, bang, bang. Tres tiros por la espalda para el grandullón atracador de bancos. Ruth intuyó que iba a rodear la mesa para darle dos besos y le cortó con un seco «Buenas noches».

—No te tomes confianzas, esto es una comida de negocios —aclaró.

Hugo Correa retiró su silla con el aplomo intacto. Parecía que sabía recibir golpes.

—Creía que la cortesía era un requisito en este tipo de comidas —replicó.

—Creías mal. —Ruth cogió la carta que le tendía el adolescente de ojos negros.

Pidió un menú de ravioli y bistec con ensalada. Después de que Hugo Correa encargara el suyo, Ruth miró su reloj de muñeca y creyó conveniente ir al grano. Era su única noche libre en toda la semana y se moría por ocho horas seguidas de sueño.

—Bueno, dime —dijo abriendo los brazos para indicarle que estaba lista para escuchar su oferta—, ¿qué tendría que hacer?

Hugo Correa juntó las manos sobre el mantel a cuadros rojos y blancos y pareció sopesar qué podía decirle y qué no.

—Observar y apuntar —contestó—. Se te daría un lugar, diversas horas, indicaciones de seguridad y una serie de elementos que tendrías que controlar. Calculo que serían un par de semanas de vigilancia. Nos pasarías la información cada noche.

—¿Nada más?

—No, nada más.

—¿Y cuánto me llevaría?

—Una trigésima parte, si sale bien.

Ruth apoyó una mejilla sobre la palma abierta de la mano y arqueó una ceja.

—¿Quién decide las cantidades?

—Yo.

—¿Es negociable? —preguntó ella como si le preguntara si hacían buenos postres en aquel sitio.

—No sabes regatear. —Correa le sonrió de medio lado —. No, no es negociable.

El camarero moreno reapareció con los primeros. Ruth esperó a que se marchara:

—Entonces, ¿somos treinta?

—No, no vamos a partes iguales. Además, hay que contar con lo que cuesta prepararlo. Eso se resta del botín.

—¿Como los piratas?

—Como los piratas —afirmó él con naturalidad.

Ruth procesó las respuestas mientras devoraba la pasta. Era su primera comida decente en semanas, incluso temía que le sentara mal, como a las anoréxicas de los libros o a los judíos de los campos de concentración, reventados por dentro por el alimento que tanto ansiaban. Volvió a la oferta del tal Hugo Correa. No le pedía hacer nada ilegal, solo algo abiertamente inmoral a cambio de dinero.

Él apenas había tocado su plato. La observaba comer con expresión absorta.

—¿Cómo te pasaría la información? —preguntó Ruth.

—Yo te encontraría.

—¿Y cómo sé que me daréis el dinero si no sé dónde encontraros?

—No lo sabes. Si no recibes tu parte, puedes denunciarnos a la policía. —Correa soltó una de sus carcajadas sonoras, las que sonaban sinceras—. Queremos que todo el mundo esté contento.

Ruth lo miró como si le estuviera hablando de platillos volantes y ovejas eléctricas.

—Eso es muy naif y, además, nunca funciona —dijo tendiéndole su plato vacío al camarero.

—Ya se verá —contestó él en tono conciliador.

Le hubiera gustado saber qué tipo de preguntas se le hacen a un gánster cuando te ofrece ser su socio. Repasó rápidamente sus escasas referencias cinematográficas: *Scarface*, *El Padrino*, *Donnie Brasco*... Todas tenían algo en común: acababan mal.

—Me dijiste que había un plan.

Hugo Correa asintió mientras el camarero le servía la lubina y luego siguió callado.

—¿Cuándo vais a parar?

—No puedo decírtelo.

Ambos acabaron sus segundos platos en silencio. Ruth había perdido fuelle, no se le ocurrían preguntas que él fuera a estar dispuesto a responder. ¿Dónde guardáis el botín?, ¿cómo os llamáis?, ¿cuál es el siguiente golpe? No le parecían las más adecuadas. Por fin se le ocurrió una pregunta, la de siempre:

—Vuelvo a repetirte lo mismo, ¿por qué me has elegido?

—Porque te estás muriendo de hambre.

Ruth esperó a que continuara pero no lo hizo.

—Ahora vas repartiendo caridad —se burló.

—Tú eres la persona adecuada, nadie sospecha de una mujer burguesa tomando un té en una terraza convenientemente situada frente a un cajero automático.

Podía ser verdad, pero ¿de qué servía que ella vigilara a plena luz del día?, ¿ese tipo de golpes no se daban por la noche?

—¿Cómo lo hacéis?

Hugo Correa dejó los cubiertos a un lado y se limpió los labios con la servilleta de papel. Ella volvió a fijarse en sus manos rudas y ásperas y sintió cierta fascinación por unas manos tan diferentes a las suyas.

—Te lo diré si aceptas.

Por encima del hombro de Correa, Ruth se fijó en una pared cubierta de fotos enmarcadas de diversas celebridades con el dueño del restaurante, que sería el tal Mario. Le pareció reconocer a Mina y Paolo Conte.

—Piénsalo un par de semanas. Si no me dices nada para entonces, buscaré a otra persona.

Ruth asintió sin apartar los ojos de las fotografías.

—Dejad de seguirme esas semanas.

—Lo intentaré.

—De acuerdo —suspiró ella. Y ante la mirada sorprendida de Correa, se levantó de la mesa y recogió su bolso.

—¿No comes nada más? ¿Postre, café? —dijo en un tono que delataba demasiada urgencia para ser

profesional.

Ruth sonrió ante su azoro y se apoyó en la mesa junto a él.

—¿No te ha dado tiempo de avisar al conductor albano para que me meta en una furgoneta camino de los prostíbulos de Austria? Tengo que ir a trabajar —mintió—. Si en dos semanas no te he dicho nada, esta conversación nunca ha tenido lugar, ¿verdad?

Dejó un billete de diez euros sobre la mesa y se despidió llevándose dos dedos a la frente.

No, pensaba mientras bajaba las escaleras del metro, ¿para qué engañarse? No podría aceptarlo. Era la niña que se sentía culpable por robar el cambio del pan. Era la que no podía evitar pagar su parte de todo para no sentirse comprada. Era cualquier cosa menos una pirata.

Correa volvió la cabeza para ver cómo Santana se alejaba y reparó en las sandalias romanas que abrazaban los pies de la mujer. Apenas dos largas tiras de cuero sujetando el tobillo y la parte delantera del empeine. Cuando ella salió, miró el billete sobre la mesa, negó con la cabeza y apuró su copa de tinto. Aquella mujer le confundía.

Entonces entró Charro con su sobado uniforme de cocinero y se acercó a la mesa:

—¿Cómo ha ido? —le preguntó el chico mostrándole los dientes separados en una sonrisa cargada de segundas intenciones.

—Tendremos que esperar. Ahora tráeme a Canales y sigue a la Flaca. Comprueba si dice la verdad y va a la agencia de transportes de la Zona Franca, y dime si para en algún otro sitio o si habla por el móvil.

El chico se fue por donde había venido. Hugo Correa se quedó solo tomando el café con el esqueleto de la lubina todavía de cuerpo presente. Todo el mundo iba por las pizzas, pero Da Mario era uno de los mejores restaurantes de la ciudad para comer pescado; lo decía él, que se había dejado media vida a bordo de un pesquero. En los días bajos, en los que vagabundeaba por los puertos de los pueblos cercanos en busca de cualquier cosa que pudieran pasarle, había visto a Silvano, el dueño del local, negociar con los pescadores de fin de semana y acabar cargando en el furgón frigorífico cincuenta kilos de pescado para la boda de su hija.

Hugo Correa reparó en el resto de los comensales: parejas del barrio que ya no se arreglaban para salir, alguna familia con niños desmembrando la pizza de jamón york, dos o tres parejas mayores. Cuando empezaba a preguntarse si tanta mediocridad no sería una mala señal, un hombre maduro y pulcro se sentó en el sitio que había ocupado la muchacha flaca. Correa lo recibió con gesto afable y le pidió al camarero que les

trajera un par de copas.

—¿Cómo ha ido, Canales? ¿Lo tienes?

El recién llegado sacó una carpeta de la gastada cartera de piel que llevaba debajo del brazo.

—Sí, el barco que me describiste, el *Pompeo*, está a nombre de Sophia Lombardi, la mujer de Francesco Conte al que en España llaman el Mazas. —El hombre paró de pasar folios para recolocarse las gafas sobre la nariz—. ¿Por qué lo llaman así?

Correa se encogió de hombros.

—El fulano no se oculta demasiado —continuó Canales—, a su abogado solo le falta ponerle su nombre al despacho, en la práctica es su único cliente.

—¿Has hablado con Manzoni?

—¿El abogado? Yo no, un amigo. Tiene el despacho y la vivienda en un pasaje con solera cerca del paseo de Gracia. —Consultó las notas—. Pasaje de Mercader.

Correa asintió indiferente, como si no conociera aquella dirección.

—Aquí tienes lo que querías del barco. No sé lo que se te ha perdido con ese tipo, Hugo, pero no es trigo limpio, más bien está de mierda hasta las cejas.

4 de junio

*E*n las últimas semanas de mayo el calor había empezado a apretar, pero en el despacho en el que Ruth Santana trabajaba por las mañanas parecía que estuvieran en el Ártico. Las mujeres más jóvenes se abastecían de chaquetas de punto y grandes fulares mientras que las mayores, cubiertas apenas por escotados vestidos de tirantes, se turnaban el control del mando del aire acondicionado.

El solicitado aparato las satisfacía a todas cuando se colocaban en fila bajo su chorro fresco al llegar a las nueve y media. El simple trayecto en transporte público las agotaba. Después a nadie se le ocurría apagarlo hasta las tres cuando, antes de echar el cierre, lo hacía una de las más jóvenes, temiendo la perspectiva de llegar al día siguiente y encontrar los discos duros congelados y un par de pingüinos bailando sobre la mesa de reuniones.

Aquel día Ruth había deslizado un pie fuera de la sandalia y lo estaba frotando con descaro en la moqueta para hacerlo entrar en calor cuando oyó que la jefa de secretarías la llamaba. El encargado de cuentas quería

hablar con ella. Algo agitada por la interrupción, metió el pie en la sandalia y se dirigió al despacho situado apenas a tres metros.

Por fin alguien se habría dado cuenta de que la temporada de Navidad se había acabado y era hora de terminar su contrato. Anotó mentalmente que tenía que modificar el currículum antes de irse porque luego sería más difícil acceder a un ordenador en otro lugar que no fueran las bibliotecas públicas, y menos aún a una impresora decente.

El despacho del encargado de cuentas tenía un gran ventanal sobre cientos de terracitas que coronaban los áticos del casco antiguo. Algunas eran simples superficies de cemento repletas de antenas oxidadas y parabólicas, pero muchas otras estaban cuidadas con mimo por treintañeros que comían lechuga bio en sus *lounges* de Leroy Merlin. A Ruth le pareció ver a dos hombres desnudos tomando el sol en una de las más alejadas.

Quitando las vistas, la estancia era sombría y gris, como el propio encargado, de edad indefinida y atuendo impecable, con cara de buena persona. Ruth no recordaba su nombre, pero lo vio escrito con caligrafía barroca en los títulos de diversas universidades que colgaban tras él: Luis González Rovira. Solo recordaba haber visto ese tipo de exhibicionismo académico en las consultas de los médicos.

El dueño de los títulos le sonreía con las manos

entrelazadas sobre la mesa, como si aquel gesto y no el lugar que ocupaba al otro lado de la mesa le concediera el control de la situación. Le preguntó con voz sosegada si todo iba bien.

—Sí, por supuesto —contestó su subordinada con hipocresía profesional—, el trabajo me gusta y me he integrado bien en la empresa, estoy muy cómoda con las compañeras.

—Ya... —González Rovira bajó la mirada, azul tras las gafas de montura al aire, hacia sus manos todavía entrelazadas.

A Ruth aquel «Ya» le sonó como los goznes de las puertas del infierno, abriéndose para liberar a los jinetes del Apocalipsis. ¿Cuáles eran? Ah, sí: el hambre, la guerra, la muerte... ¿y el otro? No lograba recordar el cuarto. Tras ese «Ya», esperaba una fórmula de despido correcta y terminante. Más o menos como la que hacía año y medio le había recitado de carrerilla Monsieur Tours cuando le había dicho que era el último mes que «podían contar con ella», por «problemas de presupuesto» y no debido a «su eficiente y espléndida labor como asesora de Cartier».

—Verás, Ruth —dijo el encargado de cuentas de Nouvelle Époque. Ruth pensó que siempre empezaban así —, te he llamado a mi despacho porque quería preguntarte... —¿Preguntarme?—. Es un tema delicado pero no quiero dar rodeos. —No tenía pinta de ir a

despedirla—. ¿Tienes problemas económicos?

La sangre huyó de sus mejillas y su garganta se tensó, impidiéndole emitir ningún sonido. No eran los jinetes del Apocalipsis, era toda la mala leche de Dios la que se le venía encima. Hizo un esfuerzo por recuperarse.

—No, mi sueldo me parece justo —dijo parapetándose tras una sonrisa pero con una voz parecida al hielo.

—Ya... —repitió preocupado—. Mira, es que hace unos días te vi en un supermercado de Les Corts cogiendo la comida que tiran a la basura cuando cierran.

—No, no puede ser.

Pero claro que podía ser. Había mantenido la promesa de no tocar un duro de lo que le había dado Hugo Correa y no había tenido el valor de presentarse en los bancos de alimentos o en un comedor social. Los supermercados eran más fáciles. Podías cambiar de cadena cada día, podías correr, no había que mirar a nadie a la cara.

—Estoy bastante seguro de que eras tú.

La aludida cogió aire y adoptó su tono indiferente:

—¿Por qué estoy aquí?

—Para ver si todo va bien, si necesitas algo... — González Rovira alargó la mano por encima del escritorio, tratando de coger la suya.

Ruth no se la tendió, no estaba segura de si aquel gesto era algo sexual o solo hipócrita y paternalista. El gilipollas con su BMW, sí, entonces lo recordó, ella también lo había visto a él, se había deslizado despacio

por la calzada, mujer rubia, cinco niños, todo incluido, y había señalado hacia ellos, los que cogían yogures y pan de molde de la basura, con una expresión piadosa, casi santa.

—Se te puede adelantar una parte del sueldo, las pagas extra. Pero es que aquí no te pagamos tan mal, lo he estado pensando durante estos días y no se me ocurren muchas opciones, ¿son problemas de drogas?

Justo antes de que el santo del BMW dijera la última frase, la puerta del despacho se abrió de par en par y apareció Mabel. Se disculpó por la intromisión y dejó unos papeles sobre la mesa del encargado. Después salió y cerró la puerta tras ella con una gran sonrisa pintada en los labios cubiertos de *gloss* brillante.

—No, no son drogas —dijo Ruth a media voz.

—Tienes que confiar en mí, podemos ayudarte. —Su jefe parecía de verdad acongojado.

Ruth no sabía si se refería a él y su congregación, a él y su esposa, o a él y Dios.

—Mire —intentó no sonar brusca—, usted es mi jefe, no es mi amigo, no tengo por qué contarle mi vida personal. Pero no son drogas, no es nada ilegal ni que usted o yo podamos considerar inmoral, no es nada que pueda afectar a mi trabajo. Mientras estoy aquí, soy eficiente. Lo que haga fuera, dentro de los límites de la ley y la moral, es cosa mía.

El encargado de cuentas se quitó las gafas y empezó a

limpiarlas con un paño especial. No parecía convencido por la respuesta pero tampoco tenía muy claro qué decir. Parecía decepcionado, como si esperara una confesión completa de sus pecados desde el día de la primera comunión y ella solo le hubiera contado lo de aquella vez que vio a su padre besar a una mujer que no era su madre en plena calle.

—No, no funciona así —dijo finalmente González Rovira y continuó frotando el paño contra la superficie brillante de los cristales. Volvió a colocarse las gafas y miró a lo lejos por el ventanal.

Ruth siguió la trayectoria de su mirada. La pareja de nudistas había desaparecido.

—Bueno, puedes irte —dijo el jefe con tono seco, como si hubiera perdido todo el interés por ella al no confesar ser una yonqui incurable necesitada de amor y salvación.

En cuanto salió del despacho, todas las miradas se clavaron en ella. En la oficina solo se oía el zumbido de la decena de ordenadores y del aparato de aire acondicionado. Nadie tecleaba. Alguien que estaba a su espalda susurró:

—Guarra, ya decía yo que no era normal que estuviera tan delgada. Heroína, seguro que es heroína, como esa modelo, ¿cómo se llamaba?

—O crack —añadió otra voz.

La jefa de secretarías carraspeó con fuerza y empezó a

aporrear su teclado. Ruth se lo agradeció. Todas las demás la imitaron, ella se sentó en su puesto y nadie volvió a dirigirle la palabra durante toda la mañana.

7 de junio

Aquella noche, Canales se había quedado despierto para ayudarlo con la logística del siguiente golpe. Sin la ayuda de Ruth Santana, la Flaca, como ya la llamaban todos, iba a ser más difícil establecer las rutinas de los furgones sin ser reconocidos. Por lo que Hugo Correa había deducido, tendrían imágenes de al menos cuatro de ellos y no tardarían en detenerlos si husmeaban durante horas alrededor de un cajero en plena avenida de Sarrià.

Le vino a la mente la cara redonda y sanguínea del subinspector de los Mossos que había visto en la televisión. Ya recordaba de qué le sonaba. Era un tal Salvador que le había cogido los datos y dado algunos avisos hacía un par de años, cuando llegó a Barcelona. Lo recordaba como un tipo arrogante, entonces de paisano, que no tenía por qué estar identificando indigentes pero que parecía hacerlo para sentir que seguía a pie de calle, arriesgándose a que un yonqui de quince años lo cosiera a navajazos.

Sacudió la cabeza para olvidarse del poli. No era algo que debiera preocuparlo en aquel momento, el mosso ni siquiera se acordaría de él. Aquella noche lo importante era que los explosivos de acetileno estaban listos y que

Charro y el Niño habían prometido que no pegarían el mismo petardo que la última vez, en la que Bosco y él por poco salen volando con el resto del cajero.

Después de pasar media noche revisando vías de escape y el tiempo de reacción de la autoridad competente, Canales y Hugo Correa descansaban en los sillones más cercanos a las ventanas tapiadas con tablones de madera, no muy lejos del sofá que se había convertido en la cama improvisada de Arteaga. La luz ambarina de las farolas y el aire fresco de la noche se colaban por las rendijas de los tablones. El silencio solo era interrumpido por el rugido de una moto o el aullido de una sirena.

Hacía un buen rato que Canales se había quedado dormido, apoyando su lata de cerveza sobre la prominente tripa de buen comedor y con las gafas de montura dorada en la punta de la nariz que le daban aspecto de contable. Hugo Correa repasaba los detalles con una sombra turbia y la cabeza muy lejos de allí.

Un sonido ahogado desgarró el aire y Arteaga se agitó en el sofá. Correa desvió la mirada justo a tiempo para verle abrir unos ojos febriles y desencajados. El exmilitar jadeaba con el macuto aferrado por las manos crispadas y miraba a su alrededor sin ver. Parpadeó un par de veces, se puso en pie y con movimientos bruscos se deshizo de la chaqueta y la camisa. Demasiado calor para alguien acostumbrado a las tierras del norte, pensó el Gallego.

Viejos tatuajes afeaban los brazos del antiguo militar.

Arteaga bebió de la botella de agua que tenía junto al sofá y avanzó hasta donde estaban Canales y Correa para refrescarse con la brisa que entraba por las rendijas.

—¿Mataste a alguien en la guerra? —murmuró Correa cuando el otro estuvo cerca.

El exsoldado tardó en responder.

—Sí.

—¿Qué se siente?

Arteaga se dio la vuelta y volvió a su sofá arrastrando los pies. Se tumbó sobre los cojines de espuma y se cubrió el torso con la camisa desabrochada. Correa pensó que ya se había vuelto a dormir cuando oyó la respuesta:

—Te mueres también tú.

9 de junio

—Sabes, lo de Ruth no era droga, no —el susurro se aceleró y la voz habló en un tono más excitado—. He ido directamente a preguntárselo a González Rovira y me ha dicho que la vio revolver en la basura de un supermercado, como una indigente.

—No me digas eso...

—Que sí que sí. Pero no sé en qué se dejará el sueldo, en ropa y maquillaje no, desde luego.

La voz se perdió al otro lado de la puerta de los lavabos y Ruth permaneció sentada en la taza, con un trozo de papel en una mano y una compresa sin alas en la otra.

Casi no tenía regla, a la velocidad a la que perdía peso sería cuestión de meses que dejara de bajarle. Y la verdad es que, al precio al que estaban las compresas, sería un alivio.

Una lágrima se deslizó por su mejilla mientras separaba la superficie de plástico de la base y la colocaba sobre la braguita de algodón. Sabía lo que le esperaba. Más susurros y miradas condescendientes.

Hasta aquel día, la jefa de secretarias las había mantenido a raya y nunca se habían acabado de creer el tema de las drogas, pero aquello sí que se lo creerían, querrían creerlo, era un detalle demasiado convincente. Sería su princesita desamparada y empezarían a invitarla a cafés y a hacerle preguntas incómodas. A mirarla con compasión. Tiró de la cadena. Al final tendría que dejar ese trabajo.

Ruth salió del baño y, en vez de tomar el camino de vuelta a su puesto, se dirigió a las máquinas de café que compartían con las demás oficinas. Le temblaban las manos mientras sacaba el teléfono móvil del bolso y lo encendía. Dos euros de saldo, esperaba que fuera suficiente. Buscó el número en la agenda y marcó mientras se secaba bruscamente las lágrimas con un pedazo de papel, dejándose una marca rojiza en las mejillas.

—¿Hola? —contestó una voz masculina.

—Soy Ruth Santana.

—Hola, Ruth, me alegra oír tu voz.

El taxi paró en Gran Via con Comte Borrell y Hugo Correa y Ruth Santana saltaron a la acera. El sol de junio bañaba las terrazas que los restaurantes disponían en los chaflanes del Eixample y clientes de todo tipo almorzaban menús de doce euros bajo inmensos parasoles de colores.

Hugo Correa la guio en dirección al mercado de Sant Antoni. No intercambiaron palabra. Correa caminaba a buen paso y ella avanzaba a medio metro de él, procurando seguir sus zancadas.

Tras un par de manzanas Ruth distinguió la estructura metálica del mercado, que seguía en obras desde la última vez que lo había visto. Estaba rodeado de material de construcción y habían excavado alrededor de los cimientos hasta dejar al descubierto los frágiles pilares que sostenían la fachada. Ruth tuvo la impresión de que podía derrumbarse en cualquier momento y aplastar todo lo que hubiera en veinte metros a la redonda.

Su guía cruzó de acera y caminaron dos manzanas más hasta internarse en la calle Manso y más tarde por Sant Antoni Abad. Giraron a la izquierda hasta acabar en Villarroel y volvieron sobre sus pasos por la calle paralela, rodeando las islas de edificios que acababan de dejar atrás.

Él no le había dicho a dónde iban y Ruth tampoco se lo

había preguntado. Una sensación que hacía mucho tiempo que no sentía se había aferrado a su estómago, era como un nudo que no la dejaba respirar y que mantenía todos sus sentidos alerta, lista para atacar. Una voz en su cabeza le decía que era la sensación de aventura, de incertidumbre.

Por Floridablanca llegaron a la calle Urgell y, nada más girar la esquina, Ruth vio ante sí un impresionante edificio con un grafiti gigante. La fachada sucia y gris, con algunas ventanas como los ojos ciegos de un gigante dormido, le recordaba a las de su barrio de adopción. Pero esta estaba decorada con un inmenso árbol blanco que se elevaba hasta los pisos más altos. A veces parecía convertirse en una criatura marina de blandos tentáculos y otras en un tubérculo venenoso y exótico tatuado con marcas indígenas que avisaban del peligro. Hugo Correa se detuvo frente al edificio.

—¿Es aquí? —preguntó Ruth, jadeante por la carrera.

—No, sígueme.

Cruzaron de acera y entraron en un túnel de techo bajo por el que podía accederse a un jardín interior que el Ayuntamiento había abierto al público. Avanzaron unos pasos y Correa volvió a detenerse junto a una pequeña puerta metálica que, por el dibujo del cartel que la señalaba, parecía usarse para guardar las herramientas de los operarios de mantenimiento. Ruth miró la puerta con desconfianza.

—¿A dónde me estás llevando?

—A conocer a los demás.

Abrió la puertecilla y la invitó a que lo siguiera. Ruth Santana empezó a pensar que estaba cometiendo un tremendo error, pero también se dio cuenta de que no le importaba en absoluto. Estaba corriendo hacia aquel error con todas las fuerzas que le quedaban.

Quería ver qué había dentro de aquel edificio y si lo que se ocultaba entre las sombras iba a acabar con ella de una manera especialmente cruel, siempre podía saltar por una ventana para acabar con todo en cinco o diez segundos. No creía que la caída libre fuera a durar mucho tiempo más. Pensó en su cuerpo reducido a una mancha oscura y viscosa sobre el asfalto, junto a la casa del grafiti. Aquello implicaría que todas las humillaciones, la disciplina, el hambre, la soledad, el dolor en las articulaciones, la tensión al colarse en el metro, la suciedad de su habitación realquilada... Todo habría terminado. Sonreía sabiendo que había escogido al jinete de la Muerte. Que corría hacia el suicidio.

Hugo Correa la miraba desde la puerta con una sonrisa peligrosa. A Ruth le gustaba aquella mucho más que la de galán, sentía que era una sonrisa por la que valía la pena hacerse matar. Parecía mostrar cierto respeto mientras te hundía la hoja en el cuerpo. Tenía algo de sincero, de maldad que viene de cara y no ataca por la espalda.

Agachó la cabeza para pasar bajo el umbral y ella lo

siguió hacia la oscuridad. La pesada puerta metálica se cerró tras ellos y Ruth no pudo ver nada más. Durante unos segundos solo oyó su respiración de pájaro asustado y las bocanadas tranquilas de Hugo Correa. Después él encendió una pequeña linterna y la cogió de la mano.

—Nada de contacto gratuito —le dijo y ella pudo adivinar en su voz ronca que estaba bromeando—. Es para que no te desvíes, esto está lleno de túneles.

Tras el material de jardinería había otra puerta cerrada con llave. Correa la abrió y volvió a cerrarla tras ellos. Olía a humedad, alcantarilla y polvo en suspensión. En Ruth la sensación de aventura iba diluyéndose, reemplazada por una oleada de miedo.

La mano de Correa estaba encallecida, era áspera pero cálida y aferraba la suya con fuerza pero sin brusquedad. El contacto era tan agradable que el miedo desapareció de su mente. Se alegraba demasiado de sentir el roce de la piel de un ser humano como para plantearse retirar la mano.

Era la primera persona que la tocaba desde hacía semanas y la primera a la que cogía de la mano en meses, en tantos meses que temía decir más, bastante más de un año. Algo se rompió dentro de ella y notó que los ojos le ardían pero no podía definir el sentimiento que la abrumaba. No era rabia, porque la ira lo invadía todo, cada acto de su cotidianidad, y la conocía muy bien. Se parecía a la tristeza y al hastío de una derrota continuada.

Sujetó con fuerza la mano de Correa.

—Sí, la temperatura baja mucho aquí dentro — comentó él cuando notó que su mano temblaba.

Ruth se concentró en los escalones que aparecían ante ellos.

Subieron varios tramos de escaleras y pudo ver cómo a ambos lados de cada rellano se abrían otras puertas y pasillos de ladrillo visto que se perdían fuera del alcance del diminuto haz de la linterna. Creyó ver luz al final de algunos desvíos, incluso un fogonazo que parecía la pequeña llama de un mechero, pero logró controlar su inquietud. Un par de pisos más arriba, las bifurcaciones disminuyeron y las paredes empezaron a mostrar ventanas tapiadas con ladrillos en las que había algunas rendijas por las que se colaba el sol del mediodía.

Por fin Correa se detuvo, tanteó en la pared de yeso desnudo y pulsó un pequeño interruptor. Una bombilla solitaria iluminó el amplio rellano de estilo modernista que se caía a pedazos. Entonces apagó la linterna, abrió la puerta de la izquierda, que no tenía bombín, y la guio por un pasillo cubierto de alfombras destrozadas y viejas lámparas de lágrimas sin lágrimas. Aquello era otra cosa. Parecía la cueva de *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, el salón en otro tiempo hermoso de un burdel del lejano Oeste, el palacio de los Romanov años después de ser arrasado por los bolcheviques. Era una guarida pirata.

—Así que esta es la Flaca —exclamó una voz muy

cerca de ella, y Ruth Santana se detuvo en seco sin identificar a quien la emitía.

Alguien encendió un pequeño aplique de pared, que no era más que una bombilla de poco voltaje en el interior de una elaborada caracola de cristal opaco, y entonces Ruth pudo verlo. Un hombre alto y galgano, de repeinado pelo negro y sonrisa de charnego, que llevaba una vistosa camisa color granate y varias cadenas de oro colgadas del cuello. En la mano tenía una manzana a medio comer.

Correa lo saludó y él se adelantó unos pasos para abrir la gran puerta de doble hoja que quedaba en el centro de la pared. Ante ellos apareció una inmensa sala de techos altos y paredes desconchadas con unos pocos muebles repartidos sin ningún orden. Pero Ruth no tuvo tiempo de fijarse en la decoración.

Rápidamente centró su atención en los hombres que la ocupaban. Le pareció que eran muchos y que todos la miraban como si fuera un trozo de carne y ellos perros famélicos. Las ventanas estarían tapiadas con tablones, porque el aire estaba viciado y olía a una mezcla de sudor, comida y humedad.

Ruth se preguntó si, como en las películas, también se podría oler su miedo. Su mano volvió a temblar dentro de la zarpa de Hugo Correa. Sin que ella hubiera reparado en ello, él continuaba sosteniéndola. Entonces la apretó con intención de tranquilizarla y le acarició la muñeca con el pulgar.

El gesto la puso todavía más nerviosa y se liberó con un movimiento brusco. Cruzó los brazos sobre el pecho y se hizo a un lado, alejándose del foco de luz. No tenía muy claro si tenía que salir corriendo ya o esperar unos segundos más.

—Aquí tenéis a, como muy bien la ha apodado Bosco, la Flaca. Por ese nombre la conoceréis todos, igual que ella os conocerá a vosotros por los nombres que nos disteis al entrar.

Hugo Correa se alejó unos pasos de ella y Ruth aprovechó para ceñirse a la pared que le quedaba a la derecha. En las zonas de sombra se sentía más segura. Quiso observar mejor a los congregados. La mayoría estaba a contraluz y no podía distinguir sus caras. La habían educado para tener miedo a ese tipo de hombres, para temer una agresión, para correr y esconderse y gritar con todas sus fuerzas, para no ser capaz de defenderse por sí misma, con garras y dientes si era necesario, para quedarse quietecita y dejarse hacer, para pedir ayuda. Y al pensarlo volvía a ella la rabia. Sentía casi tanta rabia como por ser pobre. La habían educado para ser una princesa. Era una sensación de estafa, de desamparo.

Recordó haber leído en alguna revista sobre unas niñas en Nepal a las que trataban como a diosas de carne y hueso durante toda su infancia, pero al llegar a la pubertad, las abandonaban a su suerte, mancilladas por la sangre, y morían de hambre porque sus pies nunca habían

tocado el suelo. Entonces se dio cuenta de que no odiaba a aquellos hombres. Ellos todavía no le habían hecho nada. Odiaba a aquellos que la habían educado para temerlos, para encogerse en un rincón esperando que pasara todo. Porque el peligro no iba a desvanecerse. Seguiría allí, aunque ella cerrara los ojos para no verlo.

El Gallego ya se los estaba presentando. Señalaba a un hombre entrecano que la miraba con unos ojos grises y cautos:

—Ese de ahí, creo que ya te suena, es Arteaga. Si te interesa, puede enseñarte un par de trucos para dejarnos a todos en la lona en cinco minutos.

Ruth reconoció al mendigo de la cicatriz en el cuello que estuvo apostado delante de su casa hacía unas semanas. El tal Arteaga la saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—Y este que tan amablemente nos ha abierto la puerta es Quim Bosco. Es quien te ha bautizado como la Flaca. Era taxista, así que si quieres ir a algún sitio, puede llevarte o hacer que alguien te lleve gratis, pero no hagas caso de ninguna de las gilipolleces que dice.

Ruth asintió. Con la pinta que tenía el tal Bosco, ese podía ser un buen consejo.

—El que está sentado a su lado, con esa pinta de contable, es Canales, nuestro tesorero, es a él a quien tienes que pedirle la pasta y te dirá cuánto tienes disponible y cuándo y por dónde puedes pasar a

recogerlo. Como puedes imaginar, no guardamos nada aquí. Esa es una de las normas. Aquí puedes traer lo que sea, montañas de mierda si quieres, pasará desapercibida entre toda la que ya estaba cuando llegamos, pero nada relacionado con los golpes. Ni papeles, ni restos de explosivos, ni teléfonos, ni un billete robado. Nada de eso puede estar aquí más de cuatro o cinco horas. Tampoco droga ni nada ilegal. Si a la pasma le da por subir a nuestro palacio, solo tienen que poder acusarnos de ser un agradable grupo de okupas. —Miró hacia el chico joven y rubio que estaba tumbado boca arriba en una alfombra—. Aunque algunos se pasan esta regla por el forro de la camisa.

—Así que no es la cueva del tesoro —murmuró Santana. Su voz sonó más alta de lo que pretendía.

Correa soltó una risotada y a ella le reconfortó ver amabilidad en sus ojos. Supuso que la chispa de simpatía hacia él era una reacción natural ante la situación de peligro: prefería malo conocido que malo por conocer.

—No, solo la guarida de los ladrones —dijo Correa—. A la izquierda tienes a Charro. Sí, así le llaman, nosotros tampoco lo entendemos. Será quien te enseñe de qué va todo esto, cómo se entra y se sale del piso, cómo tienes que hacer la vigilancia... También es el encargado de la cocina y de que aquí se pueda vivir de una manera un poco presentable.

Ruth reconoció al chico que la había mirado de arriba

abajo en Da Mario. En aquel momento le sonreía con sus dientes de roedor. Tenía el cuerpo erguido y estirado y parecía tener su misma edad. Pensó que lo suyo no era un disfraz, de verdad se encargaba de la cocina, pero visto lo visto no se parecía demasiado al John Silver el Largo de las películas.

—Tumbado en el suelo, levanta la cabeza, chaval — continuó Correa—, tienes a Hans, el Niño, le llamamos así porque..., bueno, creo que es evidente porque lo llamamos así.

Ruth volvió a mirar al delicado chico de rasgos nórdicos que acababa de incorporarse sobre la alfombra. Llevaba unos pitillos sucios y desgarrados y parecía uno de los perroflautas extranjeros que a veces se veían por el centro tendiendo la gorra.

—Creemos que es alemán, aunque Charro dice que una noche de subida le dijo que es suizo. Chapurreamos con él como podemos, quien más quien menos aquí todos nos acabamos entendiendo.

Correa se internó más en la sala, la alfombra pelada silenciaba sus pasos. Fue a sentarse en los sillones del fondo, con un gesto como si acabara de realizar un gran esfuerzo.

—Por último, sentado frente el tablero de ajedrez, quizás también lo reconoces, me dijo que te dio un pequeño susto la otra noche, el más veterano de nosotros, Eusebio. Nació en Buenos Aires hace más de setenta años

y lleva veinticinco entrando y saliendo de la calle.

Ruth reconoció al vagabundo con un sombrero de película antigua calado hasta las cejas que había gritado algo cerca del Da Mario.

Su anfitrión hizo una pausa para encender un cigarro. A Ruth le llegó el olor suave de la primera calada y sintió ganas de fumar. Recordó el último que se había fumado la noche en la que se lo encontró en la catedral.

—A mí ya me conoces, verás que también me llaman el Gallego, tú llámame como quieras —Estaba sentado con las piernas ligeramente abiertas y los hombros encorvados hacia delante. Tenía una mirada fiera. Ruth intuyó que, aunque parecía que todos eran iguales, a sus espaldas le llamarían «jefe». Parecía un señor de la guerra encaramado a un trono—. Camaradas, la Flaca nos ayudará vigilando las zonas más conflictivas para nosotros, sobre todo ahora que nos tienen a algunos fichados. También es una pieza importante para el golpe que planeamos para antes del otoño. Trátadla bien y si alguien le pone un dedo encima, tendrá la oportunidad de ver sus propias vísceras caer al suelo antes de morir.

Nadie dijo nada. Parecía que todos creían capaz a Hugo Correa de hacer algo así.

—Ahora, chaval —le dijo a Charro—, ya puedes enseñarle a la señorita sus dominios.

20 minutos

Imitadores de la banda del acetileno se llevan 40.000 euros en Sant Martí

Redacción. 10.06.2014

La red de atracadores que imita los métodos de la extinta banda de Badalona volvió a robar un cajero en la madrugada del sábado, esta vez en el barrio de Sant Martí. Fuentes policiales reconocen que se llevaron más de cuarenta mil euros en efectivo después de reventar el cajero de la sucursal de CaixaBank en la calle Pujades, a la altura de Fluvials.

Se cree que la banda tiene un complejo sistema de vigilancia con el que puede detectar cuándo se van a descargar los furgones de efectivo. Desde CaixaBank

declaran que es difícil aumentar las medidas de seguridad en cada una de las dos mil unidades que componen la red de cajeros de la Ciudad Condal y área metropolitana, pero aseguran que tomarán medidas urgentes.

Los atracadores tienen predilección por las oficinas de esta entidad y eso ha hecho a los Mossos d'Esquadra sospechar que entre sus miembros se halle un antiguo trabajador de CaixaBank. Están investigando las sucursales cercanas al primer atraco porque, dada la especial violencia de la que se hizo uso, se baraja la opción de que se fraguara como una venganza personal.

13 de junio

Ruth Santana vació el sobre de azúcar en el té caliente y removió el líquido con una cucharilla de un hortera color oro cromado. Junto a la taza reposaba abierta una pequeña libreta de espiral y un bolígrafo Parker que le había dado Hugo Correa el día anterior. Junto a la peluca corta rojiza y el bolso de Michael Kors. Su uniforme de trabajo.

Se bebió media taza y consultó su reloj. Eran poco más de las ocho de la mañana y en la cafetería solo había dos personas más. Ruth supuso que las damas que frecuentaban ese tipo de locales de café con leche y cruasán a cuatro euros todavía estaban disfrutando de su sueño reparador.

Desde el lugar de la terraza que había elegido, tenía una visión privilegiada de la oficina bancaria. Podía anotar, sin ser vista, entradas, salidas y rutinas de seguridad. Era el trato al que había llegado con Correa: registrarlo todo y pasar la información. Nada más.

Cuando acabara aquel primer turno, se iría por donde había venido, una complicada ruta que le había mostrado

Charro para eludir las cámaras de vigilancia de los comercios y viviendas vecinos. De modo que, cuando la policía revisara aquellos vídeos, ella nunca hubiera estado allí.

Unos días atrás, antes de explicarle el modus operandi y de marcarle sobre un mapa arrugado de la ciudad las aceras por las que debía moverse, Charro la había guiado por los intrincados pasillos, salas y salitas de lo que ellos llamaban «la guarida». Le había contado que, aunque todo el espacio era de uso común y estaban prohibidas las llaves y los cerrojos, cada uno de los miembros de la banda había ocupado una de las habitaciones en el momento de instalarse y que, normalmente, subrayó con cierto sarcasmo que Ruth no supo cómo interpretar, la usaban para dormir y dejar sus cosas.

Con la sonrisa de un niño que te enseña sus juguetes, primero la había llevado a la habitación que él compartía con el alemán, o suizo, Hans. Era una leonera forrada de pósteres sobre el cultivo de marihuana y películas, entre las que Ruth solo reconoció *Pulp Fiction* y *Memento*. No se veía un palmo de pared hasta un dedo por encima de los colchones que estaban en el suelo con la mitad de sus blancas tripas desparramadas sobre el gres. Toda la superficie que no ocupaban los dos catres estaba cubierta de hebras de tabaco y hierba que crujían bajo las suelas de sus sandalias.

El gran contraste con aquel dormitorio lo representaba

la habitación donde se había instalado el tal Canales. Parecía que habían arrastrado hasta allí los muebles en mejor estado de la casa: algunos butacones todavía limpios y mullidos y un escritorio de madera maciza hasta arriba de periódicos de días y semanas anteriores. Por desgracia para el contable, no debía de haber ningún armario en el piso porque Ruth vio un perchero portátil del que colgaban camisas raídas pero recién planchadas en una de las esquinas.

Solo en una de las habitaciones, la del taxista Bosco, había una cama de matrimonio, con somier, cubierta con una colcha de leopardo y rodeada de ropa arrugada de toda clase y alguna que otra botella de whisky vacía. Aquella sala tenía un aire sórdido a sexo barato que a Ruth le hizo sentir más pena que asco.

La habitación que más le sorprendió fue la que le habían asignado al tal Arteaga, el hombre de la cicatriz en el cuello. En ella no había colchón ni trastos, solo unas cuantas mudas limpias sobre un estante y tres libros apoyados contra la pared de los que no pudo ver el título. Charro le explicó que Arteaga prefería dormir en los sofás del salón, para tener la puerta cerca.

Ruth calculó que el piso tendría más de doscientos metros cuadrados y un centenar de rincones en los que esconderse. En muchas salitas intermedias, demasiado pequeñas para dormir en ellas, se acumulaban infinidad de trastos que no pudo distinguir con claridad porque no

llegaba luz suficiente.

En el recorrido hizo inventario de una bicicleta estática que podría haber pertenecido a su abuela, varias máquinas de coser, cruces, cuadros e imágenes religiosas que nadie se iba a preocupar de volver a colgar, sillas de mimbre y de madera maciza sin respaldo o sin una o varias patas, majestuosos espejos de marco dorado, gran cantidad de botellas de alcohol de colección vacías y algunas boas de plumas apelmazadas. También había montones y montones de números atrasados de periódicos y revistas humorísticas o políticas como *El Jueves* y *Ajoblanco* que formaban pilas de papel amarillento.

Finalmente, Charro le había enseñado el lugar al que podía mudarse. Era una habitación parecida a la de Arteaga, totalmente vacía, con una ventana tapiada que daba a la calle Urgell. Por lo que podía oír al otro lado de la pared, compartía tabique con el gran salón en el que le habían presentado a los demás, pero para llegar hasta allí habían tenido que atravesar dos puertas y un buen tramo de pasillo.

Ruth Santana había rechazado la oferta. Una cosa era trabajar con ellos y otra muy distinta era dormir rodeada de una banda de rufianes de distinta calaña. Después de haberlos tratado un poco, Charro y el Niño le caían bien pero los demás la inquietaban. Se lo había dicho el mismo Hugo Correa: el golpe siempre viene de las personas que duermen más cerca de ti.

Pero una cosa era dormir y otra muy diferente comer. Aquella primera tarde, mientras bajaban las fantasmagóricas escaleras a la luz de una linterna, Charro le había propuesto que, ya que no se fiaba de ellos como para vivir allí, se pasara por la guarida al mediodía entre turno y turno para recoger algún táper. A ver si engordas un poco, le había dicho con la misma mirada de arriba abajo que le dedicó al entrar en el Da Mario.

Charro le había hablado de sus trabajos en Salamanca, Madrid y por la costa andaluza en toda clase de chiringuitos, bares de tapas y más tarde en un par de restaurantes con estrellas Michelin. Su voz era lenta y pausada, como si acabara de despertarse o fuera colocado. Transmitía una serenidad que no cuadraba con el énfasis de su cháchara. Ruth había llegado a la calle con la impresión de que le caía bien, parecía un tipo de trato fácil.

Una mujer mayor que vestía traje de dos piezas y carmín rojo en los labios ajados entró en la oficina bancaria con paso decidido y la cabeza alta, segura de que el personal del banco estaba allí para servirla y rendir cuentas ante ella.

La pelirroja que tomaba notas a veinte metros pensó en el contraste con las mujeres de su barrio: abuelas con batas floreadas que no entendían los extractos que les llegaban por correo postal, madres que se acercaban a suplicar un crédito para mantener a sus hijos. Chasqueó la

lengua y se concentró en anotar en su libreta una breve descripción de la mujer. Hasta el momento le estaba pareciendo un trabajo fácil, pero le preocupaba ese otro golpe del que Correa no quería hablar.

Después de varios minutos de inactividad, reprimió un bostezo y miró el reloj. Pasaban las ocho y veinte. Todavía le quedaban cuarenta minutos de vigilancia antes de coger un bus para llegar a las nueve y media a la oficina, donde la mirarían con compasión y se preguntarían unas a otras que si en aquella mochila llevaba deshechos recogidos de la basura y si las ojeras serían de haberse pasado la noche llorando y lamentándose de su suerte. Aquel día había empalmado el turno de noche en la agencia de transportes con la vigilancia para la banda y empezaba a sentir los efectos de la falta de sueño. Se consoló recordando que tendría toda la tarde para dormir.

Estaba decidiendo si pedir un café cuando el timbre estridente de su teléfono empezó a sonar dentro del bolso de marca. Rebuscó entre los bolsillos forrados de seda, con el corazón a punto de salirse por la boca al pensar que podía ser uno de sus colegas que vigilaban la zona advirtiéndole de un control policial. Encontró el aparato. Cuando vio el nombre en la pequeña pantalla desechó la idea del control policial. ¿Qué era esto? ¿Hollywood? Descolgó el teléfono y le llegó la voz de su madre al otro lado de la línea:

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

Ruth devolvió el saludo sin ningún entusiasmo.

—En un par de domingos voy a Barcelona a ver a tu tía Marga, podríamos vernos un ratito.

Frunció el ceño. Marga no era realmente su tía, era una amiga de su madre que se había pasado toda su adolescencia repitiéndole que lo que tenía que hacer era aprender idiomas y dar el braguetazo con un escocés con pasta.

—No, no puedo, mamá. —Palpó la mesa en busca de una cajetilla de tabaco que no estaba allí. Se arrepintió de no haber comprado la tarde anterior y se prometió hacerlo si todo salía como Correa prometía—. Los domingos hago de canguro de una niña de mi escalera.

No tuvo que esperar demasiado para empezar a oír sollozos intermitentes.

—Pero, no sé..., podemos quedar para comer, ¿la tienes todo el día?

Ruth apoyó una sien en la muñeca. Oía la pesada respiración de su madre como si la tuviera sentada a un palmo de distancia.

—De acuerdo. Pero tengo que estar allí a las cuatro.

—¡Muy bien! —Su madre sonó triunfal y metálica—. También quería decirte que...

—Mamá, estoy bajando al metro y esto se va a cortar en cualquier momento —mintió Ruth mientras garabateaba un conejo saliendo de un sombrero en una

hoja en blanco de la libreta—. Hablamos otro día.

Colgó sin esperar la respuesta. Sabía que volvería a echarse a llorar y no quería oírlo. Ni montar una escena mientras vigilaba un banco.

Para entretenerse, revisó las notas que había incluido Hugo Correa en su libreta. Con los trazos torpes que ya conocía, eran una serie de preguntas en clave que parecían sacadas de un libro infantil escrito con especial mal gusto: «¿A qué hora se levanta mamá conejo?», «¿Los conejitos blancos llegaron de cazar?», «¿En el pueblo hay muchos sitios donde comprar zanahorias?». En torno a esas frases, con apuntes desordenados, ella había anotado con su letra afilada:

Mamá conejo se levantó a las 7.03, tenía el pelo entrecano, usaba gafas con montura color pistacho y se vistió con un traje feo y gris. A las 7.23 llegó el autobús para llevarse a los conejitos al colegio. Algunas mamás conejo salieron a comprar, primero desayunaron en una cafetería con un cartel azul oscuro que abría tan pronto como a las 7.00 y cerraba pasadas las 22.00. Después compraron varias cosas en tiendas con horario comercial. Los vecinos eran muy chismosos y se asomaban a los balcones para ver lo que pasaba en la calle...

Lo que venía a ser: A las 7.03 llega el primer

trabajador, un hombre entrecano, con gafas de color pistacho y vestido con traje y corbata. A las 7.23 llega el furgón blindado. El horario del bar en el que estoy sentada es de 7.00 a 22.00. Los comercios de alrededor tienen horario comercial y cierran a mediodía. Las casas de alrededor tienen balcones que dan a la calle, pueden grabar o hacer fotografías sin ser vistos.

Siguió observando diez minutos más. Aburrida, dibujó el perfil de otro conejo saliendo de un sombrero en la cabecera de la hoja y se rio por lo bajo al imaginar lo que diría Hugo Correa cuando aquella tarde le fuera a entregar los folios arrancados de la libreta, conejos y sombreros incluidos. Por el rabillo del ojo vio actividad en la sucursal y volvió a consultar el reloj de pulsera. Escribió con letra firme: «A las 8.30, mamá conejo abrió la tienda de zanahorias».

El subinspector Jesús Salvador estaba de un humor de perros. El cadáver desnudo de un joven chino le había impedido ver en directo la final del campeonato de semipesados y además su mujer llevaba ya tres días sin hablarle.

Rascó la superficie plateada de la papeleta de rasca y gana con el canto de una moneda de un euro y constató que su racha de mala suerte continuaba. Aquel día tampoco le tocaría el sueldo de su vida. Ni siquiera le

devolvían el dinero.

Tiró el cartón a la papelera y levantó su gran cuerpo de oso de la silla de su despacho acristalado. Tenía que reunirse con su compañera Sílvia Magallanes y los agentes que habían ido a la zona del puerto en la que habían encontrado al chino para preguntar a los trabajadores. Aunque todos sabían que nadie habría visto nada. No hay ninguna sociedad tan cerrada como la china.

Aterrizó en una gran sala repleta de mesas con grandes ordenadores montados sobre la madera oscura. Al pasar junto al espacio de Blanc, algo llamó su atención. En la pantalla del ordenador de la subinspectora de Robos bailaban cuatro capturas de cámaras de vigilancia. Entre diversas figuras vestidas de oscuro, solo uno de los rostros aparecía nítido.

—Esa cara me suena —dijo Salvador.

Olivia Blanc dejó de teclear y volvió la silla para mirarlo.

—¿En serio? Pues nos puedes echar un cable porque no hay quien los sitúe.

La subinspectora amplió la foto al máximo que le permitió el programa. Mientras, Salvador echó un ojo a su impecable escritorio: una foto de sus hijos, una planta de menta natural y tres lápices alineados en una superficie reluciente y sin marcas de dedos. Se preguntó si el orden sería algo innato en las mujeres, pero entonces recordó la mesa de Magallanes, salpicada de manchas de café y con

montones de documentos por archivar que llevaban meses acumulando polvo. Concluyó que era todo mérito de Blanc.

—¿Por qué los buscáis? —preguntó.

—Creemos que pueden ser los que han reventado más de cuatro cajeros en lo que va de año. Las fotos son de hace meses, después se han vuelto más precavidos.

Salvador volvió a mirar el rostro afilado y peligroso de la captura.

—Envíamelas, a ver si consigo acordarme de dónde he visto esa cara.

18 de junio

Tras cuatro días de vigilancia, Ruth Santana esperaba sentada en los bancos del parque infantil a que alguien bajara a abrirle la pequeña puerta metálica que daba acceso a la guarida. Mantenía la mirada fija en las ventanas tapiadas del edificio de enfrente, calculando desde cuál de ellas la podían estar vigilando. A su alrededor los niños de aquellos mismos bloques jugaban bajo un sol de justicia, tanto ellos como sus padres ajenos a lo que pasaba al otro lado de los muros que colindaban con su salones y dormitorios.

Ruth paseó su mirada preocupada por los rostros de los vecinos que la rodeaban. Ninguno le era conocido. Se sorprendió dando pequeños golpes nerviosos a la arena con la puntera de la sandalia. Hacía más de veinte minutos

que había hablado con Hugo Correa.

A lo lejos vio aparecer a Canales. Lo reconoció por el reflejo de las gafas de montura dorada y porque llevaba la misma camisa de tela gastada pero recién planchada que el primer día. El contable le hizo una señal y la esperó a unos metros de la puertecilla del túnel. Cuando ella llegó, se disculpó y le dijo que la llamada de Correa lo había pillado bastante lejos de la zona. Llevaba una novela de bolsillo en una mano y parecía sosegado y paciente, como si ni su presencia ni la llamada de Correa fueran demasiado importantes para él y su mera función allí fuera la de abrir puertas, como un celador.

Canales sacó la pequeña llave del bolsillo delantero del pantalón, abrió y la guio por los angostos corredores y tramos de escalera. Ruth Santana empezaba a acostumbrarse a aquellos paseos. Una vez había puesto rostro, voz y nombre a cada uno de aquellos individuos, y estando más o menos segura de que no iba a acabar en un local de Bagdad, la banda de ladrones le producía menos aprensión, menos respeto. Menos miedo.

Entraron en el lujoso y destartalado recibidor, Ruth se despidió de Canales y tomó la puerta de la izquierda. Atravesó dos salas pequeñas hasta llegar a la habitación que ocupaba Hugo Correa. El Gallego solo guardaba allí cuatro cosas y nadie sabía, o decían no saber, dónde pasaba la mayor parte de las noches y de dónde salía vestido de punta en blanco. Ruth lo había visto con los

dos atuendos y no había podido evitar pensar en el cuento de *El príncipe y el mendigo*. Aunque en el caso de Hugo Correa, por las pintas que gastaba, hubiera sido más adecuado algo como *El mafioso y el buscavidas*.

Sacó de su bolso las hojas arrancadas de la libreta y las dejó en una mesita baja. Después se sentó sobre el colchón desnudo y echó un vistazo a la habitación. Era tan estrecha que parecía más bien un cuarto de servicio y estaba llena de trastos que ya debían de llevar bastante tiempo allí antes de que Correa se instalara. El nuevo ocupante no se había molestado en retirarlos a alguna de las habitaciones vacías. Además de los montones de revistas y los cachivaches viejos, había poco más que el colchón en el que ella se había sentado y una cómoda cubierta de cera reseca sobre la que Correa había arrojado sus cosas, sin encajar antes en ella los cajones que estaban repartidos por la alfombra.

Ruth se fijó en aquella alfombra. Era la que estaba en mejor estado de todo el piso, mantenía los colores originales y parecía limpia. Luego le llamó la atención, encima del montón de ropa del Gallego, el zapato de tacón negro con la suela pintada de rojo que días atrás estaba abandonado, como idea mística de la feminidad en una cueva de piratas, sobre una vieja pantalla de tubo en el gran salón. Se acercó al zapato atraída como una serpiente por el único objeto hermoso en varios metros a la redonda, pero un ruido en la habitación de al lado

interrumpió su movimiento. Se paró a escuchar y distinguió el correr del agua por las tuberías en algún lugar encima de su cabeza.

Era idiota por asustarse de algo así. Se dio la vuelta, atravesó dos habitaciones hasta el recibidor y buscó la puerta de doble hoja del salón común bajo la suave luz de los apliques. Allí estaba Canales, inclinado sobre la pequeña mesa plegable en la que el primer día había un tablero de ajedrez. El contable anotaba cifras en una gran libreta pautada.

—¿Así que no hay nadie más? —preguntó Ruth.

Sin levantar los ojos de los números, Canales negó con la cabeza y le dijo que creía que Charro había dejado algo para ella en el frigorífico. Añadió que si quería quedarse a disfrutar del silencio no era molestia, él tenía que preparar algunas cosas para el día siguiente y estaría un buen rato allí.

Ruth se lo agradeció, pensando en qué podía ser tan urgente para alguien que se dedicaba a robar bancos y no a trabajar en ellos, y cruzó el salón rumbo a la cochambrosa cocina, a la que se accedía a través de un arco al que le habían desencajado la puerta.

Al entrar arrugó la nariz ante aquel auténtico desastre de óxido, grasa y restos de comida, pero Charro le había dicho que había trabajado en sitios mucho peores. También que en las cocinas se movían picos y picos de cocaína y otras sustancias que algunas veces acababan por

accidente en la sopa de los clientes. Ruth se había preguntado cuántos gramos de cocaína habría consumido en la comida de bares y restaurantes desde que tenía uso de razón. No estaba segura de si quería saber la respuesta.

Abrió el frigorífico, que enseguida empezó a quejarse poniendo el ventilador a cien por hora, y vio una bolsa de plástico con su nombre apuntado en rojo a grandes trazos. Se relamió ante la perspectiva de otra cena decente y cerró el electrodoméstico, que continuó quejándose en soledad.

Volvió al salón y se sentó en una de las butacas más alejadas de las ventanas. En aquella primera hora de la tarde, por las rendijas entre los tablones entraba el calor asfixiante mezclado con polvo en suspensión. Se acomodó en la butaca desfondada, estiró los dos brazos sobre la tela raída y cubierta de flores de los reposabrazos, se quitó las sandalias, ocultó los pies menudos entre los pliegues de su vestido y se dispuso a no sentir nada durante unos minutos. A darse una tregua.

Pero el descanso no le duró mucho. A los pocos segundos la puerta de doble hoja se abrió con gran estrépito y alguien entró vociferando:

—Bueeenas tardes, caballeros. ¡Hombre, si está aquí la Flaca!

Ruth soltó un gemido y abrió un ojo, Bosco cruzaba el salón con las piernas arqueadas como un vaquero.

—¿Qué tal, niña? ¿Cómo va la vida?

Lo miró perpleja. No sabía si se lo estaba preguntando en serio y tenía que contestarle o si hablaba por hablar y bastaba con un escueto «Bien».

—Vamos, nena, dime algo —insistió ya junto a ella—, que no te voy a comer.

—¿Por qué?

Canales se rio por lo bajo.

—Vaya por Dios, otra soseras, yo que pensaba que nos íbamos a llevar bien... —El extaxista dio media vuelta para dirigirse a Canales—. Bueno, compañero, ¿a ti qué novedades te trae la vida?

El contable no levantó la vista del papel y se limitó a contestarle que todo era viejo. Ante la falta de interés, Bosco se dirigió hacia un pequeño frigorífico de camping quejándose entre dientes de la pandilla de muermos que le había tocado aguantar.

Ruth volvió a cerrar los ojos y oyó el chasquido de una lata al abrirse y cómo Bosco hacía crujir la estructura de un sillón bajo su peso. Después, el silencio, tan solo roto por el sonido del escaso tráfico que pasaba veinte metros por debajo de ellos y los largos tragos de Bosco a la cerveza fría. Sus músculos se relajaron y empezó a sentir sueño. Pero había algo que llevaba días rondándole por la cabeza cada vez que estaba a punto de dormirse y aquel pensamiento acudió de nuevo a ella.

—Canales —llamó con voz adormilada. Aunque ella no pudo verlo porque seguía con los ojos cerrados, él

asintió y las pequeñas gafas que se ponía para leer le resbalaron hasta la punta de la nariz—, ¿para qué otra cosa me quiere Hugo Correa?

—Un quiqui, niña, te quiere para un quiqui —soltó Bosco desde su butaca.

La Flaca entreabrió los ojos, interpretó el incómodo silencio del contable y rompió con una carcajada ronca.

—No creo que tu jefe sea tan gilipollas, tiene que haber otra cosa —dijo recalcando la palabra «jefe».

—Así que lo admites —dijo el antiguo taxista.

—¿Admito qué?

—Que el Gallego quiere llevarte al huerto, o a la barca.

Canales levantó la vista del cuaderno para mirarla con curiosidad.

—No más que a cualquiera que se le cruce por la calle —dijo ella.

—Ya ya. Pero está muy pesadito contigo.

Ella entendió que Bosco quería averiguar si había algo entre ellos para después comentarlo con los demás y darse aires. Había oído cientos de veces aquel tipo de conversación que en teoría era más propia de mujeres.

—No sabía que me hubiera colado en una telenovela. Entonces, ¿tú con quién estás liado, también con Correa o te van los jovencitos?

—A mí me van más las...

Ruth no quiso oír el final de la frase:

—Bueno, Canales, qué dices tú.

—Todo a su tiempo —contestó el otro.

—Eso quiere decir que te follará a su tiempo —soltó Bosco.

La Flaca se irguió en la butaca, le lanzó una mirada desafiante y levantó la voz:

—¡Por Dios! Tú tienes un problema.

Canales había dejado el lápiz en la mesa y Bosco cambió de expresión frunciendo las cejas, relajando la barbilla. Parecía mucho mayor.

—No no, perdona, Flaca, son cosas del oficio. Al final te quedas un poco turuleta, tú no me hagas caso.

Ella volvió a hundirse en los cojines aplastados de la butaca.

—¿Del oficio, del taxi?

—Sí, por el taxi —contestó acabando la cerveza de un trago.

—Venga ya, no te busques excusas, lo que estás haciendo es ganar puntos para tener el carné de viejo verde —dijo. Ante el extraño silencio del otro añadió en voz más baja—: ¿Tan malo es?

Bosco contraatacó con una sonrisa de bailarín de tangos que ya le había visto el primer día.

—Qué va, niña, si yo en el carro estaba en mi elemento. De día, Rambla arriba, Rambla abajo, recoge guiris, deja guiris, Valencia arriba, Aragón abajo. De noche,

esperando a la salida del Liceo a las catalanonas engalanadas, dos calles más abajo dándole a la sinlengua con las señoritas del barrio Chino, cuando todavía eran señoritas y todavía era barrio Chino... Hasta que me quitaron la licencia. Manda huevos.

—¿Qué pasó?

—Ah, no te emociones, niña, nada sucio —dijo pasándose la palma de la mano por el grueso pelo negro peinado hacia atrás—. Bueno, sucio sí, pero nada gordo, todo muy normal, muy del barrio. —Aplastó la lata con la mano nervuda y la dejó en el suelo, junto al sillón—. Ya hacía un par de años que le venía alquilando el Ford al Jose, un vecino de la escalera. Él hacía de seis a cuatro y yo de cuatro a seis.

—¿Se realquilan? —preguntó Ruth.

Bosco explotó en una carcajada de dientes amarillos.

—Sí, no me mires así, así funcionan las cosas con todo el mundo, no solo conmigo. ¿De dónde te ha sacado el Gallego? —preguntó mirándola con ojos vidriosos y una sonrisa—. El Jose tuvo la mala suerte de que uno de los cuatro inspectores de mierda que hay en la ciudad lo pillara con mi licencia y, como no es familiar, me cayó el puro a mí y me la quitaron. A esto súmale algún problemilla con la bebida y un par de peleas por la partidita de cartas de los sábados. —Canales carraspeó desde su mesa y Ruth vio que miraba a Bosco con las palmas en alto, pidiéndole que dijera toda la verdad—.

Vale, sí, lo del alcohol se me fue de las manos... Se me fue mucho de las manos, ¿contento? Y me dejó la Mari y se llevó a las niñas a Santa Coloma. Yo no sabía hacer nada más. Hacía veinticinco años que conducía un taxi para vivir, y las cosas se fueron poniendo peor. Se pusieron mucho más feas. He estado bastante peor de lo que me ves ahora. Si no hubiera sido por ese de ahí, no estaría aquí contándotelo.

Ruth soltó un «Vaya» que incluso a ella le sonó vacío. Quería preguntar algo más pero no sabía por dónde empezar. Para variar, Bosco guardaba silencio y parecía pensativo. Solo se oía el rasgar del lápiz de Canales contra el papel.

—¿Y tú qué, Flaca? —preguntó el extaxista haciéndola saltar como un resorte—. Todos se mueren por saber cómo has acabado entre las garras del Gallego.

Ella se removi6 en la butaca y le quit6 importancia con el gesto de una mano.

—Mala suerte, como todos.

No pensaba a~adir nada m6s, pero los otros dos la miraban esperando a que continuara. Se pregunt6 si Canales acabaría alg6n d6a de hacer aquello tan urgente que se llevaba entre manos. Tambi6n empez6 a plantearse si se habr6an hecho apuestas sobre el tema. Si era as6, ella quer6a su parte.

—Muy resumido. Me met6 en una hipoteca que no pod6a pagar, el novio me dej6 ante el altar y me han

echado de la casa pero tengo que seguir pagándola.

—¡Pero no la pagues! —soltó Bosco como si fuera lo más evidente del mundo.

—Eso dice Correa.

—Pero tú ni caso.

—Yo ni caso. —Ruth esbozó una sonrisa, ¿qué podía esperar que le aconsejaran un puñado de ladrones?—. ¿Y tú, Canales? ¿Cómo te has metido en esto?

Bosco contestó por él:

—Este trabajaba en un banco, un buen trabajo, sí, señor. Mientras yo hacía la calle, él tenía el culo calentito en su sillón giratorio y se dedicaba a sacarle punta a los lápices.

Canales dejó el lápiz, sorprendentemente bien afilado, sobre el cuaderno.

—Bosco, sabes que no es cierto —dijo mientras comprobaba algo en el cuaderno de cuentas. Después volvió a mirar a Ruth—. Estuve trabajando para La Caixa durante treinta años. Antes hice Contabilidad, mientras este vivalavirgen estaba de farra en Marbella.

—¿Yo? —se defendió Bosco con las manos en alto—. Me tiré a la Pantoja, niña. Tendrías que haberla visto, entonces no la...

—Cuando todavía nadie hablaba de crisis —le interrumpió Canales—, me fui a la calle. Fui de los primeros en caer. Busqué durante dos años pero solo hice algunas entrevistas y no me llevé el puesto. Era

demasiado viejo y en un par de años todos estuvimos igual y se hacían colas interminables para cualquier curro, incluso para el McDonald's. Por esa época me operaron del corazón y ahí fue cuando empezaron los problemas de verdad. —Se colocó las gafas que le habían resbalado hasta la punta de la nariz—. Me dejé la indemnización en operarme por la privada porque en la seguridad social me dijeron *sotto voce* que si lo tenían que hacer ellos no llegaría vivo al día de la intervención.

—Hijos de puta —soltó Bosco.

—Había cometido el error de no comprarme un piso, hacía algunos años que había vendido el de mi madre y desde entonces preferí vivir de alquiler y viajar. Cuando se me acabó el paro no tenía a dónde ir. Técnicamente no podían echarme del piso pero conocía al dueño y me pudo la vergüenza...

—Sois tal para cual, poniendo el culo para que os den bien. Yo estuve viviendo sin pagar la hipoteca hasta que vinieron los Mossos, entonces la Mari se llevó a las niñas y bueno...

—Al final acabé en la calle, donde al cabo de un tiempo encontré a Quim y a Hugo. Lo demás ya te lo puedes imaginar, tú has estado a dos pasos de vivirlo.

Pero Ruth no quería imaginarlo.

20 de junio

La fuerza de la explosión arrojó fragmentos de

casquetes y cristales rotos sobre la acera, destrozando parte de los adoquines.

—Me cago en la puta —tosió uno de los encapuchados parapetados tras el Berlingo negro.

Dos de ellos, protegiéndose del fuerte hedor irritante de los gases con las manos enfundadas en guantes de trabajo, se abrieron paso entre el humo y los escombros. El que había hablado encendió una linterna de gran potencia y enfocó con ella la caja metálica que se había desprendido de la carcasa del cajero automático. Había saltado de la pared con tanta violencia que se encontraba a pocos centímetros de lo que quedaba de la puerta acristalada. Un par de metros por encima, la imagen de una mujer en la pared proponía «¿Hablamos?».

—Nos hemos vuelto a pasar, macho.

Su compañero le hizo callar con un gesto y se arrodilló junto a la caja. Algunos billetes chamuscados revoloteaban dentro de la oficina pero los demás estaban intactos en su recipiente original.

Fuera de allí, las ventanas de los edificios situados frente a la sucursal de Sarrià empezaron a iluminarse como ojos delatores en la noche. De un rápido vistazo, el más alto de los encapuchados pudo ver algunas formas confusas moviéndose en los balcones.

—A la de tres —dijo el que había hablado primero.

Segundos después los dos hombres caminaban encorvados bajo el peso de la caja de metal. Las suelas de

las botas se deformaban sobre los escombros ralentizándoles el paso y los gritos sorprendidos de los vecinos rompían el silencio impuesto tras la bomba.

Con movimientos rápidos y entrenados, los dos hombres colocaron la caja en la parte trasera de la furgoneta, que descendió unos centímetros bajo su peso. El que no había hablado cerró las portezuelas traseras de un golpe seco y le indicó al otro que se metiera en el vehículo.

—Vamos vamos, tío, que el jefe tiene prisa —volvió a la carga la voz aflautada dando un portazo.

El conductor metió la primera cuando oyó el segundo portazo y el Berlingo negro se deslizó en dirección a la Ronda. Apenas habían recorrido doscientos metros cuando un chaval rubio pasó deslizándose sobre un *skate* y les dio dos rápidos golpes en el capó.

—Despejado —musitó Correa agazapado junto a Bosco en el asiento trasero y todavía sudando bajo el pasamontañas emblanquecido por el polvo.

Canales se descubrió el rostro y un minuto después se incorporó al tráfico de Via Augusta. Antes encendió las luces que habían mantenido apagadas durante toda la operación.

Condujo en silencio hasta que dejaron atrás la ciudad y se internaron en una zona industrial. Los hombres tumbados en los asientos traseros se quitaron los pasamontañas.

—Joder, qué calor —dijo Bosco—. ¿Cómo vamos?

—Eusebio nos dio luces hace tres kilómetros, estamos a punto de llegar —le respondió el conductor.

Quim Bosco saltó sobre el asiento trasero y encendió un cigarro con gesto relajado.

—Bueno, al menos esta vez la caja ha cabido en el maletero. Está bien esto de coger una furgoneta...

Los otros dos no respondieron y él no insistió. El error del maletero había sido suyo y los demás no estaban para bromas sobre el tema. No justo después de saltar por los aires medio Sarrià.

Una decena de kilómetros más adelante, Canales giró a la derecha y entraron en una pequeña nave en desuso. En cuanto paró el motor, la oscuridad se hizo absoluta. Volvió a arrancar y dejó las cortas encendidas. Los tres hombres bajaron de la furgoneta y abrieron la parte trasera. Allí estaba la caja, fría y pesada, con más de cuarenta mil euros en su interior, según sus cálculos. Sonaron unos pasos a su espalda y Correa escudriñó la oscuridad que no lograba penetrar los faros del coche.

—David, ¿lo tienes todo listo?

Un hombre con mono de mecánico encendió una linterna de mano y se acercó a observar la caja. Les indicó que la colocaran sobre un banco de trabajo y él la abriría en unos minutos con la sierra radial. No tenía que ser muy diferente al bastidor de un vehículo pesado, al menos eso esperaba.

Mientras David Muñoz trabajaba, Correa y Canales se deshicieron de los monos que llevaban sobre la ropa y los dejaron dentro de la furgoneta. Más tarde Bosco la haría desaparecer. Correa destapó una moto de pequeña cilindrada que habían dejado allí aquella misma mañana y sacó de debajo del asiento dos carteras de piel y una bolsa de deporte. Cuando el mecánico hubo acabado con la caja, repartieron los billetes en los tres fardos y Correa le tendió una de las carteras a Canales.

Fuera de la nave el cielo empezaba a teñirse de azul oscuro y algunos destellos más pálidos se abrían paso en el este, quebrando la oscuridad de la calle vacía.

Los cuatro hombres se despidieron sin muchas palabras y Correa y Canales salieron en la moto con las bolsas del dinero de vuelta a la ciudad de la que acababan de huir.

Poco después de las seis de la mañana, un hombre gris enfundado en un traje desgastado pero digno cogía el ferrocarril en Rubí dirección Barcelona, aferrado a una cartera de piel marrón con más de quince mil euros en efectivo.

Al mismo tiempo, una Honda se dirigía por la N-340 hacia Sant Just Desvern para entrar por el lado opuesto a la ciudad. El hombre que conducía la moto llevaba más de veinte mil euros cruzados a la espalda.

Ruth Santana palpó las llaves que llevaba en el bolsillo

de los vaqueros y miró hacia el árbol blanco que se elevaba inmortalizado sobre el cemento, al otro lado de la calle. Canales le había indicado que podría subir cuando viera un trapo rojo anudado a la forja de uno de los balcones del primer piso, justo debajo del gran ojo del grafiti, pero Ruth llevaba allí más de dos horas.

Apuró la tercera taza de café y volvió a hojear nerviosa el ejemplar de *La Vanguardia* que llevaba el sello del bar. Nada de nada. No había ninguna noticia de un atraco a un cajero en la ciudad de Barcelona. Repasó las páginas de sucesos. «Mujer muerta en Granada a manos de su pareja.» «Primer gran cargamento de cocaína encontrado en las aduanas de Santander.» «Un joven muere al caer de un acantilado en Lloret de Mar.» «Tres niños heridos al explotarles un petardo en las manos tres días antes de San Juan.» Nada. Dobló el periódico por la mitad y fue a dejarlo sobre la barra, desde la que recibió una mirada compasiva de la camarera.

Mientras volvía a su mesa en la terraza del barucho, le pareció ver a Arteaga, con su eterno macuto colgado del hombro, escabullirse por la verja que cerraba el acceso al interior de la isla y el parque. En un segundo la figura oscura ya no estaba allí. Ruth volvió a sintonizar la radio en el móvil y buscó una emisora donde dieran la última hora. Sin éxito.

Eran más de las nueve de la noche y el sol había perdido la fuerza con la que había agotado a la ciudad

aquel día de junio, pero todavía presentaba batalla para iluminar sus calles unos minutos más y reforzar los «Todavía no es tan tarde» que se dedicaban las parejas en las mesas vecinas.

La ausencia de noticias hacía que Ruth temiera lo peor y le hacía perder toda confianza en su futuro inmediato. En su cabeza se proyectaban fragmentos de escenas a cual más inquietante. Tan pronto veía a un detective con un gran mostacho de película de los setenta diciendo: «Han confesado, comisario, los cómplices se encontrarán dentro del piso okupa esta noche. Tan solo tenemos que esperarlos dentro e ir cogiéndolos uno a uno», como se le aparecía la cara de Bosco, cruzada por la cicatriz que Arteaga tenía en el cuello, advirtiéndolo a los demás: «La chavala se lo ha tragado todo, machos, la tenemos a punto de caramelo. Ahora, cuando suba, la dormimos con formol y bajamos su cuerpo al piso de abajo, donde espera el quirófano para...». La sorprendió el sonido de su propia risa, excitada por la cafeína, al imaginar aquellas escenas grotescas. Pero la sensación de inquietud no la abandonaba. Si el golpe había resultado bien, la prensa tenía que plasmarlo. No era posible que pasara desapercibido. Y si no los habían pillado, también deberían mencionar el atraco en algún medio.

Poco después vio la tela roja prometida ondeando sobre el gran ojo ciego del grafiti. Se levantó con un movimiento brusco que estuvo a punto de tirar la silla,

volvió a entrar en el local con el monedero en la mano y entonces lo vio. En la televisión aparecían imágenes de la sucursal que ella había estado vigilando días atrás, destrozada por una bomba. Si no fuera por los colores y el logo corporativos que todavía se distinguían entre los escombros, parecerían imágenes tomadas en una guerra lejana.

Ruth dejó el dinero sobre la barra y corrió hacia el otro lado de la calle bajo la mirada cómplice de la camarera, convencida de que el canalla que le había dado plantón acababa de llamarla por teléfono. Entró en el túnel, con su llave abrió la verja que cerraba el paso al parque fuera de horario y volvió a cerrarla tras de sí.

La noticia había acabado bruscamente y no sabía qué significaban aquellas imágenes: si alguien estaba herido tras la explosión o si los habían cogido al salir de la ciudad. La verdad es que ni siquiera sabía cómo lo hacían. Nadie le había explicado nada, pero no iba a esperar mucho más para averiguarlo. Aunque arriba la esperara Bosco para abrirla en canal y vender sus riñones en el mercado negro, tenía que subir.

Sin detenerse, franqueó la puertecilla metálica. Una vez dentro del trastero de mantenimiento, encendió una linterna que había comprado unos días antes y sorteó escobas y cubos hasta alcanzar la segunda puerta.

El recorrido le pareció complicado y echó en falta las manos amables que la habían ayudado a encontrar el

camino las veces anteriores. Dudó varias veces sobre qué desvío tomar, pero finalmente llegó al deteriorado rellano modernista y se detuvo frente a la puerta de madera maciza.

Del interior del piso le llegaban voces y una música apagada con aires de rumba. Aferrada al picaporte con una mano, intentaba distinguir algunas de las palabras que brotaban a través de la puerta. Escuchaba con la oreja pegada a la madera cuando notó una presión en el hombro que le heló la sangre. La mano la inclinó hacia atrás y su cuerpo rígido por el miedo cayó sobre otro cuerpo mucho más grande y cálido.

—Lo oirás mejor desde dentro —susurró la voz grave y áspera de Hugo Correa muy cerca de su oído.

Con la mano que le quedaba libre, el hombre cogió el picaporte que ella había soltado y abrió la puerta. Tras ella la música sonaba mucho más alta y el coro de voces calló durante un momento. Correa soltó su hombro y la invitó a pasar al interior con un amplio gesto del brazo.

Santana entró serena y desafiante, como si la escena anterior no hubiera tenido lugar, y le lanzó una mirada burlesca a Correa por encima del hombro. La puerta de doble hoja estaba abierta de par en par y el gran salón brillaba iluminado por decenas de sencillas velas que debían de ser las culpables de los regueros de cera que había visto por toda la casa. Sentado ante la mesa plegable estaba Canales contando y amontonando billetes de veinte

y de cincuenta. Ella se volvió hacia Correa.

—¿Ese es el botín?

El Gallego negó con la cabeza.

—Es solo una pequeña parte, una especie de paga y señal. Para lo demás, Canales nos llamará uno por uno. —
Cerró la puerta de doble hoja.

—Pero entonces, ¿sí que estará mi parte? —lo retuvo ella.

—Tenías una de treinta. Según lo que me ha dicho Canales, unos mil quinientos euros... No, no creo que lo tenga todo aquí.

Ruth reprimió una mueca de decepción. Quería devolverle los seiscientos aquella misma noche y quedar en paz. Cruzó los brazos sobre la fina camisa de raso y se sentó en una pequeña butaca cercana a Canales.

—¿Dónde lo guardáis? —preguntó sabiendo que no obtendría ninguna respuesta.

Hugo Correa la miró con aquella sonrisa torcida y peligrosa que ella había aprendido a apreciar.

—Está enterrado en el parque de abajo, debajo del tobogán.

La Flaca le respondió imitando el gesto de bucanero de sus labios. Se sentía como si llevara toda la vida haciéndolo. Y tal vez fuera cierto.

—¿Te vienes conmigo a desenterrarlo? —le dijo siguiéndole el juego—. ¿Mitad y mitad y nos fugamos

juntos?

—¿Harías algo así? —preguntó él.

Soltó una risotada y vio que él se la quedaba mirando como si nunca la hubiera visto reír.

—Hablas con la niña que no se atrevía a quedarse con la vuelta del pan. Ahora en serio, ¿cuándo podré tener mi parte?

—Háblalo con él —contestó Correa señalando a Canales. Y se fue hacia Arteaga, que estaba sentado en el sofá que le servía de cama con el macuto entre las piernas.

Después de que Canales le diera los trescientos euros en efectivo que le correspondían y de concertar una cita fuera de allí para llevarle lo demás, Ruth dio una vuelta por el salón. Bosco parecía ser el encargado de la música e improvisaba una conga solitaria con una botella de JB en una mano, Arteaga y Hugo Correa conversaban en voz queda con un hombre de barba castaña al que Ruth no conocía y el viejo del sombrero de ala ancha, Eusebio, le enseñaba al Niño a marcar una baraja española.

El ambiente era mucho más festivo que la primera vez que los vio a todos juntos, pero eran las mismas personas, tristes figuras como la suya recortadas a contraluz contra los tablones de madera que los hacían invisibles al mundo exterior.

—Buenas noches, muchacha, se te ve muy sola —la saludó una voz conocida desde uno de los butacones que quedaban al resguardo de la luz de las velas.

Ruth tuvo que esforzarse para distinguir las facciones del rostro entre la nube de humo blanco que el ocupante del sillón acababa de expulsar.

—Y a ti se te ve muy tranquilo fuera de la cocina.

Charro se incorporó y la cara agraciada de roedor amable apareció iluminada por la llama más cercana.

—Hoy es el jefe quien se ha encargado de todo. Me ha hecho arrastrarme hasta La Boquería para comprarle pimentón y cosas de esas, pero nada más. Estoy libre.

Ella se sentó a horcajadas en el brazo de la butaca verdosa.

—Así que esto es lo que haces en tu tiempo libre.

—Sí, señorita —dijo el chico ofreciéndole el canuto a medio consumir.

Ruth negó con la cabeza y acomodó la espalda en la oreja de la butaca. La suela de las sandalias dejó de tocar el suelo.

—¿Cómo lo habéis hecho? —preguntó sin darle importancia pero vio cómo Charro le echaba una mirada discreta al Gallego, cuyo afilado perfil de lobo quedaba tenuemente iluminado por un cabo tintineante sobre una gran balsa de cera, y supo que no le daría ninguna respuesta.

—Vamos, lo típico que te encuentras cada día. Unos dan el golpe —empezó Charro—, mientras los demás aseguramos la zona, cegamos las cámaras, controlamos las calles. Esas cosas.

—¿Y todo ha ido bien?

—Sí, esta vez lo hemos clavao.

—Y no puedes decirme quién hace qué —insistió Ruth. No estaba segura de por qué quería saberlo. Tal vez para sentirse de verdad parte de aquello, aunque al mismo tiempo intuía que lo más seguro para ella era saber lo menos posible.

Miró a su izquierda y vio que Charro le recorría con los ojos la pernera del pantalón. Parecía preguntarse si tenía permiso para tocarlo o todavía no.

—Bueno, no te serviría de mucho saberlo, ¿no?

—No, de nada.

El chico no pudo ver la mirada felina en los ojos de Ruth pero sí detectó el frío en su voz.

—¿Vas a pasarte por aquí también esta semana? —preguntó él.

—Si sigues cebándome así, en unas semanas no me cabrá ni siquiera la ropa vieja.

—Esa es la idea.

Notó el calor del dorso de una mano a través de la tela del vaquero. Al final el chico había decidido que sí tenía permiso. Ruth descabalgó la butaca y buscó con la mirada el lugar en el que hacía poco había visto a Correa mientras Charro encendía de nuevo el canuto. El rostro del chico volvió a desaparecer en una nube de humo blanco.

El cabo se había consumido y en el rincón en el que

antes había visto el perfil de Correa no distinguía más que la punta rojiza de un cigarro entre unos dedos que se movían agitados. Se encaminó hacia el punto de luz en la oscuridad.

A unos pasos de las butacas, vio que Correa había desaparecido, pero Arteaga y el hombre de la barba, que vestía un mono de trabajo, continuaban hablando en voz baja. Alcanzó a oír parte de su conversación mientras se retiraba barriendo el salón con la mirada en busca de Correa.

—¿Tienen alarma? —preguntaba Arteaga.

—Claro que no.

—Pero ¿lo comprobaste?

—¿Tú qué crees?

—¿Sí o no?

—Claro que sí.

Ruth pasó de largo a su lado y se acercó a los ventanales, también casi a oscuras en un intento de que no vieran luz desde la calle. Caminó hasta al fondo presintiendo una figura a su derecha que bloqueaba los haces amarillentos que se colaban entre las rendijas de madera.

Hugo Correa espiaba la calle entre las últimas butacas con las manos crispadas sobre los tablones y ojos fatigados. La luz de las farolas iluminaba a medias su rostro y Ruth se quedó mirándolo unos instantes sin que él la viera, calibrando la fuerza de aquel hombre que

lideraba una banda de piratas expulsados del paraíso.

La delató el roce de sus sandalias contra el suelo de gres pero todavía estuvo a tiempo de ver la mirada sorprendida en el rostro después impasible del marino y el vistazo furtivo que dirigió a sus pies culpables.

—¿Qué busca ahí fuera, capitán? —bromeó Ruth.

Correa le dirigió una mirada densa y oscura que ella no le había visto nunca.

—Solo vigilaba.

—¿Por qué?

—Siempre pienso en la policía cuando acabamos de dar un golpe.

—¿Y hay algo fuera?

—No.

—¿Podríamos salir si lo hubiera? —preguntó Ruth colocándose junto a él, con el brazo derecho rozando las astillas de madera—. ¿Si estuvieran subiendo por las escaleras en estos momentos?

El Gallego la miraba como si a fuerza de recorrerla con los ojos fuera a adivinar sus pensamientos, comprender sus intenciones y saber si realmente iba a atacarle por la espalda y si iba a tardar en hacerlo segundos o años. La Flaca no estaba segura de si él pensaba aquello de ella o si eran solo imaginaciones suyas. O tal vez un reflejo de su propia mirada.

—Tal vez —contestó. Luego se alejó de las ventanas y

le indicó que lo siguiera entre los muebles destartados —. ¿Sigues en el mismo sitio? —le preguntó cuando entraron en el área iluminada por las velas.

Bosco acababa de pasarse a los boleros y Eusebio se había unido a él cantando con voz cascada pero experta una canción que hablaba de un montón de tonterías que pasarían el día en que ella le quisiera.

—¿En el piso?

—Sí, en el cuartucho con vistas al patio interior.

Santana decidió no preguntarle cómo había descubierto aquello y en su lugar murmuró una vaga afirmación.

—¿Y el trabajo?

—También.

—¿Los dos?

Volvió a asentir sin entusiasmo.

—¿Por qué no lo dejas?

—¿Por qué iba a dejarlo? —preguntó ella recuperando el tono desafiante.

—Porque esa fue la razón por la que aceptaste este trabajo.

Cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto reflejo. No iba a contarle que las cosas habían mejorado un poco, que después de las primeras semanas de cuchicheos parecía que la gente del despacho estaba empezando a olvidarlo. Se limitó a decirle que eso era cosa suya con una voz que no admitía réplica. Correa le dirigió una mirada

conciliadora y le sonrió con los ojos oscuros.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

La guio hasta la mugrienta cocina, que aquel día estaba algo más limpia de lo habitual. Ruth revisó los fogones, en los que había cuatro grandes cazuelas de metal cubiertas con tapas.

—Todos han cenado ya, pero te he guardado tu parte.

—¿Una trigésima parte?

—Un poco más, Flaca.

El Gallego le señaló la cazuela que reposaba tapada sobre el fogón más grande y le dio la espalda mientras se quitaba la americana y desabrochaba los puños de la camisa oscura. Ella se acercó a una olla, la abrió y asomó la nariz. Dentro había grandes trozos de pulpo con arroz. El olor a marmita de pescado le recordó a la cocina de su abuela.

—Todavía está caliente —le oyó decir.

Cogió uno de los últimos platos limpios de la vajilla dispar y se sirvió. Cuando volvió a mirar, el Gallego tenía a su lado, sobre la encimera, una enorme bolsa de plástico de la que asomaban cabezas de pescado con las mandíbulas rígidas. Se sirvió el plato sopero con el pulpo y cogió un tenedor y una cuchara.

—Es congrio —dijo cuando la vio mirando.

La Flaca se acercó con ojos curiosos justo a tiempo

para ver el afilado cuchillo de pesca que el Gallego sacaba de su funda de cuero. Cogió el primero de los peces alargados y la miró sin sonreír.

—Quizás no te guste ver esto mientras comes.

—¿Qué vas a hacer?

—Limpiarlo. —Dejó el pescado sobre la encimera—. Para mí nada del otro mundo, pero tú eres de ciudad.

Ella ahogó una risa y lo miró con los ojos entornados, fingiendo ira, pero con una sonrisa en la boca.

—¿Por qué no me va a gustar? —preguntó masticando despacio un trozo de pulpo.

—No parece que estés acostumbrada, yo me he criado haciendo esto.

Correa torció el gesto, parecía que estaba preocupado de verdad, como si fuera a hacer algo repugnante y mal visto delante de ella, algo de lo que tuviera que avergonzarse. Santana dejó el plato y se encaramó sobre la encimera para sentarse junto al espacio de trabajo escrupulosamente limpio del Gallego. Quería tener buenas vistas.

—Adelante —dijo con voz tranquila.

Él le dedicó su mueca de cazador y sujetó el pescado con la izquierda mientras hacía el primer corte con la diestra.

La Flaca no dejó de comer mientras lo vio vaciar el vientre del primer congrio y abrirlo en canal hasta la cola. Miraba interesada mientras rebanaba con el cuchillo las

aletas y las espinas, mientras arrancaba la piel a tirones secos, mientras descubría las entrañas del animal y desechaba la cabeza. No dejó de comer ni siquiera cuando un cúmulo de piel sanguinolenta y espinas cayó en su regazo. Lo miró con curiosidad y lo cogió con dos dedos para posarlo en la mano abierta que le tendía el Gallego. El olor agrio, salado y desagradable no lograba acobardarla.

—¿Sigo? —le preguntó cuando acabó con el primero.

Ella asintió con la cabeza paladeando su arroz. El bajo de la camisa de Correa rozaba la encimera y estaba de un color más oscuro. Ruth pensó que sus manos sin guantes apestarían a pescado y sangre ajena durante horas. Por un momento se sintió incómoda por estar disfrutando hasta tal punto de la belleza de un acto sádico como aquel.

—Es un poco asqueroso —concedió después de verle limpiar durante varios minutos y mientras cogía una manzana de una bolsa de la compra que había a su derecha.

—Sí, es un poco asqueroso, pero a ti no parece importarte —replicó Correa mirando el plato que ella había devorado impasible.

—Porque me gusta. Tiene algo, ¿sabes? —Mordió la manzana—. Me gusta ver cómo lo haces.

La Flaca siguió con su manzana mientras el Gallego terminaba de limpiar la encimera y guardaba el pescado en el frigorífico para cocinarlo más tarde.

—Se te ve mejor cara.

No sintió la necesidad de responder. Estaba cómoda allí, mirando al gran lobo feroz cortar inocentes verduras y lavar cacharros. A veces sus ojos fríos se cruzaban con la mirada abrasadora de él, igual de peligrosa, otras veces su rostro inexpresivo se veía reflejado en la mueca impasible del pescador. Y no pasaba nada.

—¿Sabes jugar a las cartas? —le preguntó Correa al cabo de un rato.

Ruth jugueteaba con el corazón de la manzana, decidiendo si comérselo o tirarlo.

—No, ¿por qué?

—Porque los chicos se juegan una parte de lo que ganan a las cartas. Podrías convertir tu trigésima parte en una décima.

Ruth dejó la manzana a su lado para que se oxidara hasta que alguien la recogiera.

—No he jugado nunca.

—Charro puede enseñarte, se le da bien. Supongo que montarán la timba la semana que viene, entre golpe y golpe.

—Prefiero no hacerlo —dijo bajando de la encimera y deslizándose hasta el suelo.

—No perderías más que doscientos euros, si quieres los pongo yo.

—No. —Se alejó hacia la puerta.

—¿Por qué?

—Porque no es justo.

Correa soltó una risotada.

—Yo me llevo cuatro partes, sí que es justo.

Ruth salió de la cocina arrastrando los pies. Lo dejaba enfundando el cuchillo de pesca en la vaina de cuero y con un montón de cabezas de congrio en el fregadero. Intentó no culparle de haber roto su burbuja con un ofrecimiento que la hacía sentir en desventaja.

Volvió al gran salón, donde poco había cambiado. Bosco había dejado de cantar boleros y rompía la baraja marcada del veterano Eusebio en torno a una mesa montada sobre improvisados caballetes. Canales escuchaba la radio en el mismo lugar en el que había estado repartiendo fortuna; probablemente buscaba alguna emisora en la que hablaran de ellos. Ruth se acomodó de nuevo en el brazo de la butaca verdosa y dejó que sus pies se elevaran del suelo.

—Buenas noches, desertora —le dijo la misma voz conocida, envuelta en una nueva nube de humo.

Unas horas más tarde Ruth volvía a casa en la oscura cabina de un taxi, después de aprender los rudimentos básicos del mus y del tute. La noche de verano estaba perfumada, saturada de olores artificiosos que se mezclaban en el aire contaminado: el cuero impregnado de sudor sobre el que estaba sentada, la pólvora de los cientos de cohetes y petardos que la gente tiraba antes de

la noche de San Juan, los afeites que pulverizaban, untaban, ingerían miles de personas para hacer sus cuerpos más atractivos, más válidos.

Cerró la ventanilla y empezó a calcular a cuánto había salido el golpe por cabeza. Si su parte eran mil quinientos y la de Correa cuatro veces más, él no se llevaba más de seis mil euros... ¿Y los demás? ¿Lo mismo que él? No tiene sentido, pensaba Santana, es poco dinero.

Con los tres o cuatro golpes que habrían dado no habían podido acumular mucho más de veinte mil por cabeza y a nadie se le arregla la vida con veinte mil euros. Sobre todo si Correa decía la verdad cuando hablaba de que tenía un plan, de que iban a parar antes de que los pillaran.

Aunque también podían haberle mentido, haberle dado menos de lo que le correspondía. No, tampoco tenía sentido, porque ella lo vería en la prensa al día siguiente. Y, además, hubiera aceptado cualquier cantidad. Correa lo sabía. Ya se llevaba menos que ellos. Eso seguro.

Tenía que haber algo más, aquel golpe secreto del que nadie sabía nada; si no, dentro de poco, cuando Correa decidiera que era demasiado peligroso dar el siguiente golpe, habría un motín en el barco pirata.

10 de julio

*D*esde las ventanas abiertas le llegaba el suave olor de los naranjos plantados a lo largo de la calle Mallorca. Aquella noche el calor de julio había concedido una corta tregua y las finas cortinas de gasa ondeaban bajo la brisa nocturna que refrescaba la habitación casi vacía.

Pese a la bonanza de la temperatura, Hugo Correa no podía conciliar el sueño. Descansaba sobre la cama estrecha, con un brazo apoyado sobre la frente, la ropa arrugada y los pies descalzos.

En el suelo, junto a la cama, había tres pasaportes, decenas de recortes de periódico, postales amarilleadas por el tiempo y la mala calidad del papel, fotocopias en blanco y negro de planos e informes, algunos con membrete oficial, y unas pocas fotografías de diversas épocas, pero siempre de la misma mujer.

Las fotografías mostraban a una niña larguirucha y asustada, vestida con uniforme escolar, junto a una monja con expresión severa; a una adolescente de sonrisa melancólica abrazada a una carpeta, en la playa, con la

melena negra al viento y el cielo gris plagado de gaviotas; a una mujer joven sentada frente a un ordenador, en bata, con unas gafas con la montura metálica y curvada en los extremos y un gato atigrado en el regazo; a la misma mujer algo mayor, rodeando con sus brazos los hombros de dos ancianos, el hombre con una boina que disimulaba las manchas púrpuras que avanzaban más allá de la calva y la mujer ocultando las manos destrozadas por la artrosis. Los tres parecían cansados. Finalmente, la última fotografía la mostraba posando sobre la proa de un yate, con un vestido floreado y apartándose el pelo negro de la cara con la ayuda de unas grandes gafas de sol. Tenía una sonrisa descarnada en los labios pintados de rojo. En un lateral podía leerse, escrito a bolígrafo: «*Pompeo con Francesco, junio de 2011*».

Más allá de las fotos, estaba la carpeta pequeña que lo había contenido todo y en la que todavía quedaban algunos documentos. Hugo Correa se apartó el brazo de la cara y lo estiró para cogerla. Ya no se atrevía a dejar todo aquello en la casa. No desde que había visto al matón de ojos claros y piel oscura rondando la verja de entrada. No desde que había empezado a sospechar que lo habían localizado. De momento solo eran sospechas, detalles. Intentaba tranquilizarse pensando que no eran más que coincidencias y actuaba con sigilo pero sin dar la alarma en la guarida.

Echó un vistazo a la carpeta. Descartó los primeros

papeles y separó la última hoja, en la que había anotado los detalles que le habían hecho sospechar durante las últimas semanas. Tosió y el papel se balanceó arriba y abajo impidiéndole leer. Sabía que tenía mal aspecto, se notaba los labios resecos, los ojos hundidos y la barba crecida.

01/07

Ojos claros, pelo oscuro, corto, hombre robusto. Mirada turbia pero aspecto elegante, pulcro. Visto dos tres veces desde la casa de Mercader. La segunda vez se quedó mirando la fachada más de dos minutos.

06/07

Visto en Sants.

10/07

Visto el mismo hombre entre Provenza y Balmes. Me sigue dos manzanas. Cojo un taxi hasta Urquinaona y metro a Urgell.

Podía ser cualquiera. Podía ser un vecino. Podía ser la secreta preparándose para echarle el lazo. Podía ser un periodista. Podía ser un asesino contratado para acabar con él de una vez por todas. Podía ser un espía que informaba de sus movimientos porque alguien no estaba seguro de quién era y de qué estaba haciendo allí. Podían haberlo enviado Veiga, Conte, incluso el mismo abogado

Manzoni. Manzoni, que aquella mañana lo había saludado desde su coche cuando aparcó en el pasaje para recoger a la mujer y a los niños vestidos de playa y con juguetes inflables que casi no cabían en el cuatro por cuatro. Aquella mañana que quedaba ya tan lejana.

Correa se levantó de la cama, esquivó los papeles del suelo y se acercó a la ventana abierta. Tan solo se oía algún coche pasando a toda velocidad por la vecina calle Mallorca. Había empezado a tomar rodeos todavía más largos para ir al piso de Sant Antoni, jugando a ciegas con la policía o con el narco, sin saber cuál de los dos lo controlaba o si el enemigo estaba solo en su cabeza.

El cerco que había trazado alrededor de Manzoni, viviendo en su mismo edificio, empezaba a tambalearse. No había logrado más que un par de conversaciones de escalera con el abogado y alguna confidencia de la niñera. Nada que lo pudiera llevar hasta Conte. Por otro lado, la información que le había conseguido Canales era mucho más segura y fiable, un camino mucho más llano hasta el napolitano.

Lanzó la carpeta hacia el otro lado de la habitación y los papeles quedaron esparcidos por el suelo. Volvía a pensar en el hombre de ojos claros. Sabía que si cualquiera de las opciones que barajaba eran ciertas, si, fuera quien fuera, había enviado a un sicario para interesarse por él, la parte crucial de su plan se iría por el desagüe.

Miró por la ventana abierta y le pareció que a lo lejos, al este, empezaba a clarear, pero sabía que no era cierto. No eran más que las tres de la mañana. Quedaba mucha noche por delante.

11 de julio

Ruth entró en la librería donde la había citado Canales y dedicó unos minutos a curiosear los títulos que había sobre las mesas mientras su piel se refrescaba con el aire acondicionado. Le sonaban muy pocos nombres y solo algunas cubiertas que había visto anunciadas en los autobuses hacía algunos meses, para Sant Jordi. Todavía le sorprendía que en aquellas fechas todo el mundo hablara de libros, como si durante el resto del año no leyeran ninguno. Ella ya no solía leer y menos todavía comprar libros, ni en Sant Jordi ni ningún otro día. Le asaltó una punzada de nostalgia por sus días de adolescente devoralibros y volteó el que tenía más cerca en busca del precio. Se sonrió, estaban en un barrio muy distinto del suyo, en la contracubierta ni siquiera ponía el precio.

Volvió a colocar el libro con la cubierta visible. Pesaba y era bonito, azul y blanco, con el retrato de un hombre pálido y antiguo que miraba a la cámara. Lo hojeó. Eran notas de viajes de un tal Robert Louis Stevenson, al que —leyó en las primeras páginas— en Samoa llamaron Tusitala, ‘el que cuenta historias’. Lo cerró pensando que

no tenía ni la más remota idea de por dónde caía Samoa. Consultó el reloj y pasó a la sección de cine. Todavía quedaban diez minutos para la hora fijada con Canales. Echó un vistazo y acabó cogiendo un libro negro y feo y leyó un par de párrafos al azar. Hablaban de un donjuán viejo y vacío después de una vida de búsqueda infructuosa.

—¿Vas a comprarlo?

La voz le hizo dar un respingo. Ruth se volvió con el libro todavía en la mano. Allí estaba Canales. Llevaba una arrugada bolsa de papel y también sostenía un libro.

—Yo sí —dijo mostrándole la cubierta del suyo. Se veía el mapa antiguo de una ciudad y en letras rojas y gruesas el título: *Victus*—. Espérame arriba si quieres —añadió señalándole unas escaleras.

En la parte de arriba había una gran cafetería. Avanzó hasta el fondo hasta sentarse en una pequeña mesa de madera. Cuando se acercó el camarero, pidió un té. Sentado frente a ella había un hombre guapo, moreno y de ojos claros, que le sonrió mientras jugaba con el móvil. Ruth intentó responder con cortesía pero torció el gesto, no le gustaba que le apuntaran con los teléfonos móviles, siempre tenía la sensación de que le estaban haciendo una foto. Canales no tardó en llegar.

—Aquí tienes —le dijo mientras le pasaba la bolsa de papel arrugado.

Ruth la abrió, dentro había una novela gruesa de tapa

dura y que pesaba una barbaridad. Miró perpleja al contable.

—Devuélvemelo cuando lo acabes —dijo él guiñándole un ojo—, es uno de mis favoritos.

Ella se lo agradeció, dejó la bolsa sobre su regazo y añadió un sobre de azúcar al té. Suponía que el dinero estaría dentro del libro, entre las páginas o escondido en las tapas. Estuvo a punto de preguntarle a Canales si con Bosco usaba la misma técnica y el mismo lugar para repartir el botín. No se imaginaba al taxista, con su camisa a medio abrir y el pelo engominado, intercambiando novelas sobre Julio César en una librería fina y sosegada como aquella.

Canales pidió un cortado y se entretuvo hojeando su libro nuevo como un niño el día de Reyes. Ruth lo observaba con interés y un punto de envidia, hacía mucho que ella no sentía ilusión por algo tan pequeño y familiar.

—¿Qué vas a hacer con todo esto? —le preguntó finalmente Canales.

—¿Con qué?

—Con el dinero.

Ruth miró tras la espalda del contable, por suerte el hombre del móvil se había ido. Las mesas eran pequeñas y no quería que nadie les oyera hablando de esos temas.

—No lo sé, sobrevivir durante un tiempo. ¿Tú?

—Creo que montaré un pequeño negocio, algo parecido a una gestoría. —Dio un sorbo a su cortado—. Todavía

me quedan más de diez años para jubilarme y también es una buena manera de lavar el dinero.

Ella no se había planteado lavar su dinero, hacerlo legal, solo poder ir pagando la hipoteca mes a mes, pagar un alquiler, pagar los gastos, la comida, sobrevivir, salir del pozo, cortar con su cuerpo el agua que la cubría desde hacía demasiado tiempo, tomar aire hasta que le dolieran los pulmones, respirar, ver la luz del sol.

—¿Podrías ayudarnos a nosotros a hacerlo o crees que es demasiado arriesgado?

—Algo podré hacer... —Se recolocó las gafas doradas sobre el puente de la nariz—. No podré con todo, seguramente ni con la mitad, pero podría ayudar a un par de personas, Bosco ya me lo ha pedido. Lo suyo será todo un reto, quiere saltar de isla en isla hasta llegar a los mares del Sur.

Ruth se rio imaginándose al extaxista bailando alguna danza exótica cubierto de guirnaldas de flores.

—¿Y los demás? —preguntó apurando su té.

Canales se encogió de hombros con la mirada perdida en la pequeña terraza que se abría tras la espalda de Santana.

—Por lo que sé, la mayoría quieren volver a casa, o a algún lugar que en algún momento, hace muchos años, fue su casa. Arteaga quiere alejarse de cualquier ciudad, irse al campo; Eusebio retirarse a un sitio tranquilo, en el interior, aunque tal vez haga un último viaje, a Buenos

Aires.

—¿A Buenos Aires?

—Nació allí. Pero aunque no fuera así, vale la pena ir.

—¿Tú has estado en Argentina?

Canales asintió.

—¿Cómo es?

—Bueno, yo hice el viaje inverso al que suelen hacer todos. Primero llegué a la Tierra del Fuego chilena desde las Malvinas, vimos los glaciares y subimos por las estepas, en un autobús escacharrao, hasta el estrecho de Magallanes. Hacía un frío terrible, diferente, y todo lo que veía a mi alrededor, los árboles, los animales, el cielo, era extraño, como si estuviera en otro mundo.

—¿Por qué la llaman Tierra de Fuego si hace tanto frío?

—Porque cuando la expedición de Magallanes llegó allí vio, desde los barcos, humo y fogatas en tierra firme. Imagínate, en medio de la nada, después de meses sin ver a nadie a quien ellos consideraran un hombre, más al sur de lo que habían estado en la vida, en un barco que se caía a pedazos, con hambre, sed y frío, enfermos, sin comprender nada... Así creo que debieron de sentirse aquellos marineros, aquellos desgraciados a los que habían metido en un barco sin decirles a dónde iban. Y, entonces, vieron, tierra adentro, el fuego, el humo, y se les quedó grabado en la memoria, tanto como para llamar a aquella tierra Tierra de Fuego.

—¿Dónde más estuviste?

—En aquel viaje... —recordó Canales—. Cruzamos el estrecho en ferri y pasé más de dos semanas en la Patagonia, yendo de aquí para allá, viendo todo lo que podía, durmiendo cada noche en un pueblo distinto, o en una tienda de campaña, pasando frío, comiendo platos que sabían tan diferente a la cocina de casa... Intentando memorizar cada detalle. Perdóname, fue el primer viaje realmente lejos, fuera de la vieja Europa.

—Continúa —le pidió Ruth.

—Fui subiendo poco a poco hasta llegar a la zona de la Pampa y después a Mendoza. Recuerdo que llevaba un mapa y el billete de vuelta desde Buenos Aires para el último día de agosto. Sabía que tenía que ir al norte y al este y visité un rosario de ciudades y carreteras hasta que me di cuenta de que me había desviado hacia el otro lado, estaba casi en la frontera chilena. Entonces me entró el pánico, cogí otro autobús y en un día llegué a Buenos Aires... con más de diez días para disfrutar los encantos de la ciudad. Y no tuve suficiente porque volví un par de años después.

—¿Cómo has podido estar en todos esos sitios?

—Vivía solo, sin gastos, aprovechaba mi sueldo para viajar —dijo Canales esbozando una sonrisa que parecía una disculpa.

—¿Dónde más has estado?

—En muchos sitios, fueron años felices, años buenos...

En el 92 estuve en Sri Lanka, después en Islandia, Cancún y toda la zona caribeña, el siguiente año en Bangkok, más tarde en las Filipinas...

—¿Y en Samoa?

—No, en Samoa no.

—Pero ¿sabes por dónde queda?

El contable volvió a mirar más allá de la espalda de la Flaca, donde se abría la terraza, mientras se masajeaba pensativo las bolsas de debajo de los ojos.

—Creo que cerca de Nueva Zelanda, en el Pacífico. ¿Quién ha estado en Samoa?

—Robert Louis Stevenson —soltó Ruth.

—No sabía que te gustara Stevenson. —Le dio una palmada cómplice en la mano y ella bajó la mirada, prefería no decirle que acababa de ver un libro suyo hacía apenas diez minutos—. ¿La isla del tesoro?

Ruth recordó a una niña leyendo a escondidas en la cama un libro grande y vistoso. La niña era ella. Jim y John Silver el Largo. Así que el tal Stevenson era el autor de *La isla del tesoro*... Muy despacio, asintió.

—Y Correa, ¿dónde ha estado? —preguntó para cambiar de tema.

—En muchos más sitios que yo, pero diferentes, nunca por placer. Siempre ha viajado en grandes barcos, en pesqueros que cargan toneladas y navegan durante meses antes de volver a casa.

Ruth se acordó del pasaporte que le enseñó Correa, arrugado por el uso pero con el interior immaculado, sin un solo sello, y le pareció evidente que aquel pasaporte era falso. El auténtico debía de estar repleto de visados de países exóticos y lejanos y seguramente en él figuraría un nombre diferente. También recordó un viejo deseo de aquella niña que leía un libro sobre un joven grumete rodeado de piratas: viajar a la India, Japón, Australia, México...

—Canales, ¿qué tal es Buenos Aires?

Más tarde, en su oscura habitación junto a los bloques Florida, Ruth Santana descubrió mil doscientos euros en un falso forro pegado con cinta adhesiva en el interior de las tapas del libro. Contó el dinero y separó seiscientos euros. Los metió en un sobre con las iniciales H. C.

12 de julio

Jesús Salvador se alejaba a grandes zancadas de la Ciutat de la Justicia. Mientras con una mano se aflojaba el nudo de la corbata, con la otra consultaba la pantalla del móvil. Tres llamadas perdidas de su mujer y un mensaje: «Ve a buscar a Lucas a natación».

Cruzó de acera en busca del coche y se quitó la americana a tirones. Los juicios le ponían nervioso y más cuando tenía que testificar contra una mujer que había matado a una jefa anciana y despótica con midazolam. Hay que joderse, pensó. El abogado de la acusada había

aportado pruebas de maltrato continuado durante años. La vieja no la dejaba ir al baño durante las diez horas que duraba su jornada, la humillaba delante de cualquiera, la hacía levantarse a las tres de la mañana e ir a su casa a servirle el té. Se notaba que la mitad de la sala no quería condenarla. No todo es blanco o negro, no todo son psicópatas asesinos o hijos de puta codiciosos. Algunas veces los que matan son personas llevadas al límite. Y esas veces eran las que hacían temer a Salvador que fuera él quien un día estuviera al otro lado.

Encontró su viejo Seat León y enfiló avenida del Carrilet en dirección a Rambla Badal. Cuando divisó el edificio de la comisaría al fondo de la calle, recordó que había quedado con Blanc en el bar de enfrente antes de subir al despacho.

Envió un mensaje a la subinspectora de Robos diciéndole que fuera bajando y aparcó el coche a un par de calles. Olivia Blanc lo esperaba en la barra con un café con leche todavía humeante.

—¿Te miraste los informes que te pasé? —preguntó a bocajarro.

Salvador le dio las buenas tardes y le pidió al camarero un bocadillo de lomo con queso y una mediana. Se sentó sin prisas en la minúscula banqueta. Blanc, con su metro cincuenta de estatura, ocupaba la de al lado y parecía una dama impávida y elegante sorbiendo su café a medio metro del suelo, pero él tenía que abrir las piernas y

doblar las rodillas para poder apoyar los pies sobre las baldosas repletas de servilletas y huesos de aceitunas.

—¿Qué informes?

—Los de los atracos, Jesús, para eso he bajado.

Olvidaba que a Blanc le costaba horrores alejarse de su pantalla.

—Ah, sí.

—Los tipos de las fotos...

—Sí, estuve repasando y los vi hará cosa de dos años, cuando estábamos peinando el Raval por esa amenaza terrorista que resultó ser una falsa alarma. Iban por separado, los identifiqué, les di un toque y se marcharon.

—Pues parece que ahora van juntos.

—¿Tienes los nombres?

—Qué va, Blanc, para qué coño me iba a quedar con los nombres. Pero tengo algo que te irá hasta mejor....

13 de julio

Ruth localizó a su madre mucho antes de que la mujer teñida de rubio con dos dedos de raíz oscura la viera a ella. Estaba sentada en un banco de la estación, con una expresión entre preocupada y adormilada en los ojos demasiado maquillados y aferrando el bolso de imitación de piel blanca como si alguno de los niños que correteaban a su alrededor fuera a arrebatárselo de un tirón. Viéndola así, le costaba creer que hubiera nacido en

aquella ciudad. Ruth se acercó, le dio un beso y le propuso ir a comer un menú barato que había visto de camino.

Mientras se acercaban al restaurante, su madre se ocupó de informarla de que su tía segunda, Carmen, se había vuelto a divorciar (del mismo hombre, añadió en voz baja), de que la hija de los vecinos del segundo era anoréxica y habían tenido que ingresarla, de que el panadero había sufrido una embolia y de lo preocupadísima que estaba por la propagación del virus del ébola.

—¿Crees que llegará aquí? —preguntó la mujer con una mano recogida contra el pecho y boca temerosa.

Ruth hizo un gesto ambiguo y se sentó en una de las mesas de la terraza.

—¿Tú crees que esto está limpio?

Ruth no se molestó en responder, sabía que su madre no lo necesitaba. Interrumpió el monólogo un camarero alto y musculoso, vestido de negro, que les cantó el menú. Pidieron y su madre se excusó para ir al baño y a echar una ojeada por ahí, a ver si veía una cucaracha.

—Madre mía —dijo en cuanto regresó—, estás muy delgada.

—Sí.

Aunque había engordado más de cuatro kilos desde la última vez que se vieron, su madre no parecía notarlo. Supuso que lo importante era poder compadecerse de ella

y añadir un elemento más a la lista de preocupaciones y desgracias que justificaban la receta del médico de la seguridad social. Ruth movió ligeramente la cabeza para borrar esos agravios. No se quería poner de mal humor tan pronto.

—Pero ¿qué te pasa? No comes. ¿Estás bien? ¿Tomas yogur? ¿Carne? El otro día compré en La Sirena...

—Voy tirando, yo...

—No sabes lo mal que estoy con tu padre... No me pasa la pensión, está por ahí de juerga, a veces me llama, como para convencerme de que vuelva con él. Yo es que... no puedo, porque me llama y me dice que me quiere pero luego no me pasa la pensión. Es que no tiene dinero, ¿sabes? Lo han echado del trabajo.

—Ya... —dijo Ruth rebuscando en los bolsillos de su bolso un paquete de tabaco que sabía que no estaba ahí. Por fin se había callado y la miraba con los ojos húmedos y lastimeros—. Mamá, la tercera vez que volviste con él te dije que hicieras lo que quisieras, yo no puedo hacer más.

Su madre chasqueó la lengua sonoramente mientras engullía la ensalada verde que el camarero alto le acababa de poner delante.

—Pero no lo pintes así —dijo mientras masticaba—, que parece que estemos siempre mal.

—Estáis siempre mal, solo que unas veces te interesa verlo y otras no.

La madre dejó de comer y alargó la mano por encima de la mesa hasta encontrar los dedos fríos de Ruth.

—Ya, pero yo ya soy vieja y nadie me quiere para nada, ni mi hija. A veces me quiero morir, dormirme y no despertarme.

—Muchas veces yo también —musitó y retiró la mano.

—Tomarme toda la caja de pastillas, porque, ¿sabes?, ahora me tengo que tomar tres, si no, no puedo con mi alma.

—El médico te dijo media —dijo mientras recogía alubias y granos de maíz de su ensalada.

—Es que me siento tan encerrada...

—Todos nos sentimos encerrados.

—Ya no puedo ni bajar a desayunar, y mira estos pelos. Hoy... hoy he venido a Barcelona porque era el cumpleaños de tu tía, porque si no, me da una pereza...

—Dejó los cubiertos sobre la mesa—. Yo no quiero vivir así, no puedo. Para vivir así, no quiero vivir.

El camarero les retiró los primeros platos. Habían tenido muchas veces aquella misma conversación, se sabía la parte de su madre de memoria. Y la suya también.

—¿Vivir cómo?

—Pues en la miseria, hija —escupió la madre—. Porque la vida es una mierda...

El camarero se acercó para servir los segundos y la mujer esperó a que se marchara para continuar.

—No tendrás algo para dejarme, ¿verdad? —pidió con ansiedad—. Te prometo que te lo devolveré...

—Mamá —la cortó Ruth clavando el cuchillo de sierra en la pechuga de pollo reseca—, si estoy delgada, no es para que me quede mejor la ropa de Mango. Te lo juro. No es para eso. Si estoy delgada no es porque no coma. No es que no pueda ir a desayunar fuera todos los días o no tenga dinero para ir a la peluquería todas las semanas o no pueda comprar yogures. No. Vivo en una habitación de mierda con un grupo de tíos que se pasan el día fumando hierba en pipas de agua. —No estaba segura de que su madre hubiera entendido aquello pero continuó—: Tengo dos trabajos, y hasta donde yo puedo contar, tú ninguno, estoy pagando la hipoteca de una casa de la que me han echado y en la que llegué a vivir dos años, sola..., y que tú y mi padre me enredasteis para comprar. —No había ningún deje de emoción en su voz—. Tengo veintiocho años y hay meses que recojo la comida que tiran los supermercados. Si tienes hambre, haz lo mismo.

Ruth no le había dirigido tantas palabras seguidas desde la noche en la que le llegó la orden de desahucio del juzgado, hizo las maletas, cerró la casa y bajó a dormir al piso que su madre tenía alquilado en Sant Cugat. Aquella noche lejana en la que acudió a su madre en busca de refugio y consuelo, habían acabado discutiendo a gritos. Lo último que recordaba antes de irse dando un portazo era a la madre en bata culpándola de no haber sido capaz

de retener a lo que ella llamaba «su hombre». Ruth acabó durmiendo en el coche y se dio cuenta por primera vez de lo sola que estaba, de lo sola que siempre había estado.

Después de soltar todo aquello, se dio cuenta de que su situación actual no era exactamente la que había descrito. Su suerte había cambiado, sí, pero sabía que no duraría y de todos modos sería una locura contárselo a su madre. Había ayudado a reventar dos cajeros y llevaba tres mil ochocientos euros cosidos en el forro de la falda porque tenía miedo de dejarlos en el piso y que desaparecieran. Hacía un mes que podía llevar una vida casi normal pero todavía no se había atrevido a dejar la habitación donde vivía ni el humillante trabajo de las mañanas porque el dinero que había ahorrado no le permitía hacer cambios que a largo plazo fueran sostenibles.

Descuartizó lo que quedaba de la pechuga. Incluso había ido al cine dos veces, una de ellas con Charro, aunque a él no le había gustado nada la película. También había estado consultando en los ordenadores de la biblioteca del barrio las ofertas de trabajo en Madrid, en Santiago, en Lima, en Montevideo, y las becas para estudiantes, como se espía con cuidado un sueño lejano que si se hace demasiado público se rompe en mil pedazos.

—Ah, no no... Yo antes que eso me muero... O sí, quizás debería hacerlo. No lo sé —dijo su madre en su susurro casi inaudible.

Ruth sintió cómo sus ilusiones caían en el pozo de atracción fatal de aquella mujer que convertía en desesperación todo lo que tocaba. Por supuesto que su arreglo era temporal. Hugo Correa, Charro y los demás desaparecerían por donde habían venido y ella podría vivir decentemente de sus ahorrillos durante unos meses, pero después volvería al punto de partida. Y en unos años acabaría como su madre, sollozando en la mesa de un bar barato porque su vida era una mierda y no tenía dinero para comprar las dosis que necesitaba de evasión para hacerla algo más soportable, para fingir que le iba bien, para vivir justo en el límite de lo que consideraba la respetabilidad.

—Así que no tengo un duro que dejarte —dijo Ruth—. Y, de verdad, en serio, si es para esto, no me llames más. Será más fácil para las dos.

La mujer se echó a llorar sobre los restos de su plato y Ruth se sujetó las sienes con las dos manos. Sabía que su madre no había oído nada de lo que le había dicho, que pensaba que no le dejaba dinero porque era cruel, y en parte no le faltaba razón. Pero esta vez no le importaba, no le dolía. No era exactamente culpa suya, su madre era así, o se había hecho así, insensible a lo ajeno, a todo lo que no fuera su mundo ordenado e invariable de tareas domésticas y rutinas. Levantarse, maquillarse, arreglarse, bajar a la panadería de siempre a desayunar, hacer algunas compras, subir a casa, limpiarlo todo hasta que se pudiera

comer en el suelo, hacer una comida ligera, dormir la siesta, levantarse, ver la tele, ducharse, cenar, recoger la cena, ver la tele. Día tras día. Solo interrumpía esa rutina cuando no le quedaban recursos para sacarla adelante, entonces salía a pedirle a cualquiera que anduviera cerca.

—Pero yo te quiero —dijo entre sollozos.

—Ya sé que me quieres, pero te estás matando y me vas a matar a mí. Yo no puedo hacer nada más por ti, no puedo, de verdad —dijo Ruth todavía sujetándose la frente.

Imaginó a su madre dentro de unos años como alguna de las indigentes que Charro le había presentado aquellas últimas semanas. Se le encogió el corazón, pero era muy consciente de que todas las veces que había intentado ayudarla habían acabado las dos con el agua al cuello. Su madre quería a alguien de quien depender, a quien vampirizar y de quien sacar cada día pequeñas cantidades de dinero, para sus caprichos, para pequeñas cosas que solo ella consideraba absolutamente necesarias, para mantener la imagen de la burguesa que nunca había sido. Para su madre, que nunca en su vida había manejado un duro propio, la vida era un juego de muñecas y era igual de necesario un mendrugo de pan que unas sombras de Chanel.

Ruth le indicó al camarero que no quería postre y se levantó de la mesa.

—Se trata de tú o yo. Y me elijo a mí, mamá.

—Pero... —protestó su madre aferrando el bolso blanco, dispuesta a salir corriendo tras ella.

—Esto lo pago yo. —Dejó veinte euros sobre la mesa—. Tengo que ir a trabajar.

Pero aquella tarde tenía otro tipo de cita.

Mientras se alejaba a buen paso oyó la voz ahogada de su madre preguntándole si no tomaban café pero no se volvió. A varias manzanas de allí, rozó con la mano el lugar de la falda en el que guardaba el dinero. Se sintió culpable pero esa sensación moriría. Siempre lo hacía.

Nunca se había atrevido a rechazarla tan abiertamente. Se consoló un poco pensando en que su madre probablemente ni lo recordaría, a duras penas tenía noción de la realidad. Pero para ella era una pequeña liberación. Una revolución silenciosa y triste. No podía contener las ganas de llorar.

Sin detenerse bajó la calle Numància hasta que se convirtió en Tarragona, después giró a la derecha hacia Consell de Cent. Antes de la plaza de toros convertida en centro comercial, caminó unas cuantas manzanas y se decidió a bajar hasta Gran Via y allí avanzó por una de las aceras arboladas hasta entrar por Urgell. Había habido mercado de libros de segunda mano en Sant Antoni y el barrio estaba animado con lectores que atesoraban amarillentos volúmenes o manoseados álbumes de coleccionista sobre las pegajosas mesas de las terrazas.

Casi sin darse cuenta se plantó ante el excéntrico

edificio que albergaba la guarida. Tenía la respiración acelerada y los ojos hinchados pero se sentía serena. Consultó su reloj de muñeca. Todavía era pronto, las cuatro de la tarde, y no habían quedado en verse hasta las seis, pero a falta de un lugar mejor donde guarecerse, decidió subir. Con su llave abrió la pequeña puerta metálica, avanzó sin tropezar por los lúgubres pasillos y tramos de escalera, entró en el piso y cruzó el salón en el que solo estaba Arteaga echando una cabezada, con la nuca apoyada en la butaca y exhibiendo la aparatosa cicatriz.

Observó el macuto del exsoldado, aprisionado entre sus piernas, y se preguntó qué llevaría dentro que fuera tan importante como para no abandonarlo jamás. Un leve ruido musical a su derecha la llevó a asomar la cabeza por el arco de la cocina. Charro fregaba un buen montón de cacharros sin más compañía que la de la radio escupiendo alguna canción de moda que a Ruth no le sonaba de nada. Le preguntó si los demás estaban por allí.

—Qué va, tía, aquí estamos Arteaga y yo sin compañía —dijo él deslumbrándola con su sonrisa—. Y, qué quieres que te diga, el viejo no habla mucho, así que eres muy bienvenida.

—Yo tampoco hablo.

—No, pero tú tienes otras cosas —replicó él guiñándole un ojo.

Ruth descartó el comentario y tomó asiento en la vieja

silla de mimbre que había a las espaldas del cocinero.

—¿Cómo se hizo eso Arteaga? —preguntó señalando el cuello del antiguo soldado, visible desde allí.

—Lo degollaron —contestó Charro mientras restregaba con maña un estropajo enjabonado sobre la superficie de trabajo y los fogones—. ¿No dices nada? La gente normalmente piensa que le tomas el pelo.

—No podía ser más que algo así, ¿no? La cicatriz es muy clara, me hubiera sorprendido si me hubieras dicho que era, no sé, un balazo. Pero ¿cómo fue?

—Hace la tela de tiempo, en una guerra.

No le costaba imaginar a Arteaga con un arma en la mano, repartiendo plomo estilo marine estadounidense, como tantos otros que había visto en las noticias de las tres. Por otro lado, le aliviaba saber que aquella herida tan fea no se la habían hecho en la calle, que al menos su ciudad no era un lugar tan peligroso.

—¿No te cansa esto?

—¿El qué?

—Fregar, comprar, cocinar, hacer recados, yo qué sé, hace mucho que no lo hago.

—Qué va, a mí esto me ha gustado desde chico, soy un buen partido. —Charro se volvió para mirarla y asomó sus dientes blancos y ligeramente separados—. Y tú, ¿qué has hecho este bonito día de domingo?

Ruth se removió en el asiento y notó cómo la sensación de rabia volvía a nublarle la vista. Había descargado gran

parte de aquel malestar recorriendo las calles casi a la carrera desde la estación de Sants hasta allí, pero aquel resentimiento se despertaba en ella con facilidad y entonces su cuerpo se ponía en tensión, los puños se convertían en mazas y la mandíbula en un bloque de piedra.

—Le he dicho a mi madre que no vuelva a llamarme, que no quiero saber de ella nunca más. Y esta vez voy a cumplirlo.

—Joder, tía, qué putada. —Charro dejó de fregar y la miró con ojos preocupados—. ¿Y así, con unas cañitas, no se arregla? ¿Vamos de alterne?

—No. —Se rio ella sin ganas—. No es tan fácil.

Le ardían los ojos y una lágrima pesada que condensaba toda la impotencia de los últimos años bajaba por su mejilla. Cerró los párpados, oyó cómo el muchacho se acercaba y sintió que una lengua que olía a cerveza recogía aquella lágrima. Después se quedó quieto apenas a unos centímetros de ella. De inmediato, Ruth abrió los ojos, se levantó y volvió al salón sin decir una palabra. Arteaga seguía en la misma posición, y por un momento ella dudó de que siguiera vivo. Recogió su bolso del suelo.

—¡Eh! ¿Te vas? —oyó que decía Charro a su espalda—. ¿Te he molestado?

—Me voy a que me dé el aire —contestó Ruth.

—Pero si vienes de la calle. ¿Seguro que no te quieres

quedar aquí conmigo?

Seguro, pensó Ruth mientras abría la puerta sin bombín.

—Gracias, Flaca. Mira qué bien educada que la tenemos, nos abre la puerta y todo.

Frente a ella estaban Bosco y Correa esperando a que les franqueara el paso. Santana se hizo a un lado y enfiló a toda prisa los escalones mal iluminados. Cuando bajó dos pisos, tuvo que encender la linterna. Salió al parque y se sentó en un banco para esperar a que llegara la hora de la reunión leyendo las últimas páginas del libro de Canales. Poco después César murió apuñalado en los idus de marzo y las páginas se le acabaron, así que se lavó la cara con el agua de la fuente para quitarse los restos de saliva y sal y se tumbó a la sombra.

Había dicho en serio que necesitaba aire fresco, pero el aire de la calle era casi tan asfixiante como el del piso cerrado. La piel le cosquilleaba bajo un resol filtrado por las hojas de los árboles y el silencio en el parque interior era tan denso que podía oír sus propios latidos. Antes de dormirse con la cabeza recostada sobre el libro pensó en si el gesto de Charro le podría traer problemas pero no pudo llegar a ninguna conclusión.

Estaba adormilada cuando oyó sonar seis campanadas en alguna iglesia cercana y el corazón le dio un vuelco. Se puso en pie y comprobó que lo tuviera todo, el bolso, la cartera, el dinero cosido en el forro de la falda. Algunos

niños jugaban en los columpios y algún que otro padre despistado dormitaba, como ella, en un banco. Se encaminó hacia el túnel y volvió a adentrarse en el vientre de la guarida, sintiendo cómo el frío y la humedad mordían su piel ardiente.

—¡Ya pensábamos que no venías! —exclamó Bosco cuando la vio entrar en el salón. Aunque el tono era recriminatorio, Ruth no creyó que lo dijera en serio.

Todos estaban dispersos todavía, podía oír música reggae que llegaba desde el cuarto del Niño y ni siquiera habían movido sillas y butacas para hacer un círculo en el medio que a ella siempre le recordaba al de Alcohólicos Anónimos.

—Ayúdame con estos sillones, que Arteaga sigue roque y aquí el venerable anciano... no me puede echar una mano. —Bosco señaló el eterno sombrero de Eusebio.

Ambos formaron un círculo irregular de butacas floreadas en medio de la habitación. También podía parecer la reunión semanal del club de ganchillo del barrio.

Mientras cogía la pequeña butaca desfondada que había junto a Canales y Correa, les oyó comentar algo de una ruta a L'Escala. Se demoró un poco para seguir la conversación y Correa le echó una mirada que ella le sostuvo, desafiante, mientras trasteaba con el mueble. Finalmente fue él quien apartó los ojos de ella y volvió a mirar a Canales. Pero a Ruth no le supo a victoria, aquella

tarde no estaba para bromas ni para reprimendas.

Unas horas después, mientras atravesaba los bloques Florida para alcanzar el viejo edificio que todavía le daba cobijo, recapitulaba sobre lo que había dicho Correa aquella tarde. Las antenas que coronaban su barrio parecían palos de barco de los que colgarse. Luego se fijó en los sucios adoquines, alfombrados de chicles ennegrecidos. Esta vez ella no estaría implicada en el golpe y ni siquiera sería un golpe. El Gallego quería entrar en una de las torres de la ladera del Tibidabo. Tan solo entrar y salir, sin ser vistos y sin llevarse nada. Todos parecían entender por qué quería hacer eso, nadie se había quejado, ni rastro de amotinamiento...

Ruth sonrió cuando esa palabra le volvió a la mente. Con la puntera de sus sandalias de esparto, pateó una piedra que le salió al camino y terminó colándola en una alcantarilla. Sentía que se agotaba su suerte, la rueda de la fortuna le daba la espalda. Correa le estaba ocultando algo, la estaban apartando. Y tres mil ochocientos euros no darían para tanto. Como había intuido, en unos meses estaría en la misma situación que antes.

16 de julio

Canales cogió una cerilla de la caja rectangular que

había sobre la mesa plegable y la encendió frotando la cabeza en el lateral. Hundió la llama en la cazoleta de su pipa de madera oscura y mordió la boquilla con un ruido sordo. Bosco se reía por lo bajo mientras expulsaba el humo de su Ducados por la nariz.

—Pareces un detective de tebeo... —dijo—. Ese tipo, el Serloc Joms.

El contable volvió a enfrascarse en los folios grasientos que tenía en la mano.

—Esto es peligroso, Quim, hemos tenido suerte de que no nos pillaran con los cajeros. Estate atento a lo que estamos haciendo —dijo en el tono cansado de un profesor de secundaria.

Junto a ellos había una gran bolsa de basura donde Bosco encestaba las latas de cerveza que llevaba horas bebiendo metódicamente. La habían llenado a lo largo de la noche con las diversas visitas que habían recibido en la guarida.

—Vale vale —dijo—. ¿Qué te ha dicho hoy? ¿Cómo lo está haciendo ese chico, el mecánico de Meridiana?

—¿David? Muy bien, tiene tres furgonetas casi a punto, no sé cómo no lo cogen en ningún taller con esas manos. La gente es gilipollas —suspiró Canales, resignado, recordando su propia experiencia.

Pasaban las tres de la mañana y hacía un rato que tanto David Muñoz como Ruth Santana habían vuelto a sus casas o, en el caso de la Flaca, al lugar donde dormía.

Charro había insistido en acompañarla y todavía no había vuelto. Arteaga había salido a visitar a un conocido que podría serles útil en el asunto que se traían entre manos y Eusebio dormía a pierna suelta entre números de *El Jueves* de los ochenta y botellas de vino peleón en una de las habitaciones del fondo. Por su parte, el Niño estaba en paradero desconocido, a veces desaparecía sin decir nada y volvía con marcas de guerra en el cuello, en la sonrisa y en las ojeras, y con el pelo teñido de azul o verde. Estaban solos en el salón Canales, Bosco y Correa, este último durmiendo descamisado en el sillón más apartado.

—Bueno, hemos decidido que entraréis en la casa el Gallego, Arteaga y tú para la primera inspección. Comprobaréis que no hay nadie, localizaréis...

Un sonoro ronquido ocultó el final de la frase del contable. Las dos cabezas entrecanas se volvieron para mirar hacia su jefe, desmadejado con los brazos colgando a ambos lados de la butaca.

—Tiene que estar hecho polvo, ¿se ha pasado el día allí también? —preguntó Canales.

—Sí, en L'Escala haciendo excursionismo alrededor de la torre, no se fía un pelo de los informes que le hemos ido dando. No se fía un pelo ni de su madre. —Bosco dibujó su sonrisa de trilero y dio un largo trago a su lata—. Y también estará cabreado por ver cómo su gatita se hace cada día más amiga de Charro mientras él se desloma jugando a Heidi. —El extaxista suspiró—. Es

que no tenemos edad para apuntar a niñas tan jóvenes...

—No creo que sea por Charro —dijo Canales—. Santana no quiere nada, es demasiado para Charro.

—La Flaca es demasiada tía para los dos, ¿has visto cómo se está poniendo? Lo que necesitaba esa gata eran unas lentes y ahora que las tiene. ¡Oh là là!, ni las señoritas del carrer d'Avinyó.

—Déjalo, Quim, a lo que íbamos... —Señaló los folios con un lápiz—. Si entráis vosotros, Charro y el Niño os esperan cerca de la puerta para seguirlos en cuanto deis la señal. Si no nos necesitáis, David y yo nos quedamos con los furgones. Eusebio vigila el acceso y controla a la policía. Ruth...

A escasos metros de ellos, Hugo Correa hacía algunos minutos que no dormía sino que estudiaba y analizaba la situación de mierda en la que se había metido. Barajaba y descartaba posibles traidores como en un juego de cartas improbable. Se retorció los sesos pensando en cómo habían podido dar con él y en cuánto valía su cabeza.

Porque, finalmente, lo había visto, había visto la cara del hombre que lo seguía, la del segundo tipo, la del sicario al que, sin ninguna duda, habían enviado para matarlo. Estaba seguro porque conocía su nombre y casi su número de DNI.

Cangas era un antiguo conocido de Galicia, un

exyonqui, matón a sueldo del narco, que se dedicaba a la muerte casi en exclusiva. Lo hacía sin rencores, el Tiburón iba de profesional, pero no era más que un carnicero aplicado y violento al que no habían podido echar el guante porque acababa con los pobres diablos en una chalupa en medio del mar y luego los compartía con los peces.

Por lo que había podido ver, el Tiburón era bastante torpe fuera del agua y no había tenido en cuenta la tecnología del edificio en el que vivía el Gallego ni la configuración de la ciudad. Por esas dos razones tenía su afilada cara de pez capturada más de quince veces por las cámaras de seguridad y había podido perderle sin problemas durante días.

No, no era como el primero que lo había seguido, el tipo moreno y elegante, al que le había costado semanas localizar. El otro había sido prudente, escurridizo. Hasta hacía poco no había estado seguro de que no fuera un policía. Pero ahora lo estaba. No era un poli. Si ahora habían enviado a Cangas a buscarlo, lo más probable era que el moreno fuera un hombre de Conte *el Mazas* y que él le hubiera dado el chivatazo a Veiga: «Tengo al judas que se te escapó, ten más cuidado la próxima vez». Después de más de tres años, lo tenían acorralado.

Al Tiburón lo enviaban para asegurarse de su identidad y para acabar con su molesto aliento en la nuca del narco, para llevar su cabeza a Galicia en una bandeja de plata y

entregársela al pez gordo que creía que lo había traicionado.

Hugo Correa se removió en la butaca. Antes de que Rosadelia se marchara con el hijo de puta de Conte, había estado tonteando con este exyonqui con cara de tiburón. Al menos le debería algo de respeto a su memoria. Pero nada, ni eso. Nada podía esperar de los esclavos sin alma de Veiga.

No sabía qué había visto su hermana, su querida Rosadelia, en el atajo de matones de puerto venidos a más que la rodeaban. No sabía cómo había podido estar tan ciego para no ver cómo iba de mano en mano, sin importarle demasiado en qué cama despertaría por la mañana. Correa sabía que estaba siendo cruel. No estaba siendo justo con ella, las cosas no habían sido exactamente así.

Era Rosadelia quien escogía, quien decidió medrar de esa manera cuando ya era adulta. El problema fue la calaña que iba escogiendo, junto a un porteador que descargaba lanchas en la Costa da Morte o del brazo de un *boss* como Francesco Conte, siempre rodeada de la misma mierda, del mismo peligro. La única diferencia era que, cuanto más arriba apuntaba, más caros eran los regalos que podían permitirse con ella.

Le hervía la sangre y sabía que empezaría a hacer gilipollices. Que se levantaría de aquel sillón y cometería errores, que partiría el cráneo del Tiburón con el canto de

los parterres de su jardín. Si perdía el control, tomaría decisiones arriesgadas, adelantaría el asalto a la casa aunque fuera un suicidio colectivo.

Se le apareció la imagen de Cangas descuartizando a una masa sanguinolenta que había sido un hombre mientras comentaba alegre el resultado del Osasuna-Betis. Se recordó años atrás, agazapado en un rincón, sosteniendo un cigarrillo entre los dedos e intentando con todas sus fuerzas no vomitar. La masa sanguinolenta era el marinero más veterano de su flotilla, que se había negado a colaborar transportando droga desde las nodrizas hasta la costa, hacía más de quince años, en los tiempos del *boom* de la heroína. Había llovido mucho desde entonces pero Cangas seguía teniendo el mismo cráneo pelado, la misma barba rala, ahora tal vez más cana, y la misma cara de tiburón.

Notó que le corría el sudor por la espalda y supo que tenía que relajarse, pensar con calma cuáles eran sus opciones, tomar las decisiones correctas.

Abrió ligeramente los ojos y entre los párpados entornados vio el zapato de tacón negro y suela roja sobre el ordenador de tubo con la pantalla rota. Como un relámpago, le vino a la mente la oscura tez de Ruth Santana, su serenidad helada y su voz ronca y felina. Evocó sus pequeñas manos metiéndole en el bolsillo del vaquero los seiscientos euros que le había dejado en el suelo de piedra el día que la conoció, hacía ya más de dos

meses. Y la cara de idiota que se le había quedado al sentirla tan cerca, en que había estado a punto de cometer el error de cogerla por la cintura y acercarla a su cuerpo.

Pensó en la expresión desencajada que le había visto últimamente, la que mantenía aún al salir del piso hacía un par de horas, en abrir en canal a quien se atreviera a hacerle daño, en que seguramente no fuera necesario y ella se le adelantaría con su agresividad de tigresa. Se dio cuenta de que al fin y al cabo él no era muy diferente del Tiburón, pensando en destripar rivales. Él mismo era un matón para la Flaca, lo sabía, lo había visto en su manera de mirarlo. Ella lo intuía sin que nadie le hubiera dicho nada. Era un matón. Incluso más que Charro. Charro no había visto nunca cargarse a nadie. Charro no planeaba matar a nadie.

Reclinó la cabeza en la butaca. Para distraerse imaginó el pie diminuto de Santana siguiendo el movimiento de su mano y enfundándose en el zapato que tenía a la vista. Fantaseó con los tobillos estrechos que ascendían hasta unas caderas que se iban llenando, con los hombros elásticos y la piel morena que imaginaba salada, con los ojos de sirena insomne y el pecho apenas escondido bajo los vestidos de algodón que llevaba durante aquel verano en la ciudad ardiente. Se imaginó soltándole el pelo, siempre rígidamente recogido en la nuca, y viéndolo caer sobre su cara y su cuello.

Sintió que la erección ganaba fuerza y volvió a abrir los

ojos que no recordaba haber cerrado. Miró a su alrededor. Bosco estaba solo sentado frente a la mesa plegable, encadenando cigarrillos y partidas al solitario.

—Bosco, ¿alguna de tus amigas tiene el chiringuito abierto hasta estas horas?

El viejo trilero lo miró con cara de sorpresa y su carcajada lenta y arrabalera resonó por el ajado salón despertando a toda la casa.

17 de julio

Con un sonoro bostezo, Ruth Santana abrió una gran carpeta roja y revisó los albaranes firmados que se habían acumulado durante el día. Después volvió a consultar en el ordenador los camiones que debían llegar aquella noche. Eran solo tres furgonetas de la central cargadas con paquetes pequeños. Tres camiones en seis horas. En verano había mucho menos trabajo y su cuerpo se lo agradecía.

Los kilos que había ganado también la ayudaban a cansarse menos al descargar y colocar el material. Ya no tenía llagas en los pies por las horas pasadas de pie, y la soledad y la mecanización del trabajo se le hacían incluso agradables, bastante más que el nido de víboras donde pasaba las mañanas. Había engordado cinco kilos en un mes pero luego se había estancado. Ruth suponía que había llegado a su peso natural.

Se levantó y salió del pequeño despacho con el objetivo de estirar las piernas paseando por la gran nave industrial atestada de objetos ajenos: cachivaches que muchos encargaban sin meditar a una web extranjera, productos

de pequeño comercio entre particulares, regalos e intercambios. Caminó hasta los espacios más despejados, destinados a los envíos de empresas. Los toros esperaban con los motores en silencio y las llaves puestas, y los palés se amontonaban sin orden ni concierto junto a cajas de electrodomésticos y de material de oficina. Desde el primer día Ruth había sentido una curiosidad malsana por averiguar qué había dentro de las cajas, una curiosidad que la había llevado a buscar los nombres de las empresas que hacían el envío para saber a qué se dedicaban y a tantear, sopesar, incluso oler los paquetes de los particulares intentando adivinar su contenido.

Cuando pasó junto al despacho de su jefe, oyó la voz de un locutor de radio. Para variar, el hombre estaría teniendo un sueño reparador de cuatro o cinco horas después de haber disfrutado de la sesión de porno de la noche y de dormirse bajo la voz arrulladora de Bruno Cardeñosa. Ruth se deslizó junto a la puerta sin hacer ruido, lo prefería dormido antes que despierto e intentando explicarle cómo hacer su trabajo.

Fue al baño y se lavó la cara con agua fría. Olía a lejía y no estaba del todo sucio. Tenía la suerte de ser una de las tres únicas mujeres que trabajaban en aquella sede. Aquello significaba servicios minúsculos pero aceptablemente limpios. No quería pensar en el tufo que habría al otro lado del tabique, en el servicio de hombres, debía de ser parecido al de los baños de la guarida.

Allí Ruth solo se había atrevido a abrir la puerta del baño una noche que llevaba encima unas cuantas cervezas. Después había cerrado la puerta con calma y bajado al bar de enfrente, el de la camarera de mirada cómplice, donde se había lavado las manos dos veces.

Se fijó en el pequeño reloj adosado a la pared de azulejos blancos. No eran más que las doce de la noche y podía decirse que se acababa de levantar, pero se notaba los ojos cansados y la piel enrojecida. Todavía le quedaban cinco horas allí y después cinco más en la oficina de la imprenta. Vio en el espejo cómo se le fruncía el ceño al pensar en su otro trabajo. Los rumores y las historias se habían calmado pero las miradas de suficiencia seguían ahí. Sabía que era cuestión de tiempo que alguien recordara que su contrato no estaba vigente y la pusieran de patitas en la calle. Por recoger la comida que tiraban los supermercados.

Apoyó los codos en el lavabo y dejó que el agua resbalara por sus antebrazos. Recordó. «Te digo que huele raro.» Siempre podía dejarlo. «¿Tú crees que deberíamos llamar a los servicios sociales o algo así?» Siempre podía dejarlo. «Hay ciertos rumores corriendo sobre ti, espero que no se conviertan en un problema.» Frufrú de gasa lavanda, la jefa de secretarías dándole la espalda. «¿Crees que alguna vez nos ha estafado con el cambio?» Horas ante una pantalla en blanco, sin nada que hacer. La cercanía del mes de agosto. La mitad de las empresas ya

habían cerrado. «¿Crees que es gitana? No lo parece.» La dignidad sobria de las gitanas de Sant Antoni.

La arruga del entrecejo se había hecho más profunda y una de sus cejas la retaba en el espejo, arqueada sobre las pestañas con gotitas de agua engarzadas. La imagen de su madre sacudiendo las manos temblorosas en la terraza del restaurante se le apareció clara como un mal sueño. Se alejó del espejo. No era momento para semejantes evocaciones.

Volvió a su pequeña pecera y cogió un sobado paquete de tabaco de un cajón cerrado con llave. Quedaban cuatro cigarrillos que habían perdido todo el aroma en los más de seis meses que el paquete llevaba allí arrumbado. Ruth volvió a atravesar la nave y salió a la calle por una puerta situada a la izquierda de la persiana automática que se abría para que entraran los camiones.

La temperatura exterior era agradable y el silencio absoluto. La zona industrial dormía y al fondo se veían las luces de la ciudad. Prendió un cigarrillo y expulsó el humo de la primera calada creando una gran nube a su alrededor. Notó cómo la nicotina se abría paso por su cuerpo y le llegaba hasta los dedos de los pies. Aunque el tabaco le sabía rancio, dio otra calada y apoyó la espalda del uniforme en la pared de hormigón.

Justo enfrente, a unos cincuenta metros, se veía el punto anaranjado de otro cigarrillo encendido. Ruth Santana saludó con la mano pero no pudo ver si la otra

figura le devolvía el gesto. Ella quedaba iluminada por los focos del cartel de la agencia, pero la otra silueta estaba a oscuras frente a un taller mecánico cerrado. Durante un momento temió que fuera Charro, al que había tenido que parar los pies hacía unos días, pero desechó la idea. Quizás podía ser algo peor, un policía que estaba vigilando sus pasos porque alguna cámara de seguridad la había filmado vigilando el cajero de Sarrià o tal vez el del Guinardó, que habían reventado hacia solo un par de semanas.

Aplastó la colilla contra el suelo y entró en la nave. El amable sonido de la radio que volvió a oír cuando pasó junto al despacho del jefe la tranquilizó. Reprimió un bostezo.

Cuando llegó al pequeño despacho, el teléfono empezaba a sonar. Descolgó y una voz conocida al otro lado de la línea le dijo que el primer camión llegaría en diez minutos. Se alegró de no tener más tiempo para pensar en chorradas y empezó a preparar el papeleo para la entrada.

19 de julio

—¿No te ibas a ir con tu amiguito? —preguntó el tipo con voz gangosa mientras vaciaba el contenido amarillento de la pipa de agua en el fregadero.

Un hedor acre y vegetal inundó la cocina y Ruth intentó proteger su bolsa de manzanilla encerrándola en el puño.

—¿Perdón? —preguntó sin estar segura de que le hablara a ella, a pesar de que no había nadie más.

—Sí, casi no te pasas por aquí, ¿por qué no te vas a vivir con el churri, la churri, quien sea?

—No hay ningún churri.

—Joder, tía —explotó el de las rastas dando un golpe a la encimera con la palma abierta—, sabes que necesitamos la habitación para Carla. Deja de tocar los cojones y búscate otra cosa ya.

El tipo salió de la minúscula cocina dando un portazo. Ruth terminó de prepararse la infusión preguntándose quién sería Carla y volvió a su habitación. Se sentó en la cama y contó hasta quince. Después se bebió la infusión de un trago, sin respirar, tragándose la hiel que le subía por la garganta, tragándose las ganas de llenarles el azucarero de arsénico.

Alguien puso música electrónica en la habitación de al lado. Luego subió el volumen y empezaron a retumbar las paredes. Ruth notaba cómo su propio corazón saltaba en la caja del pecho. Había pillado la indirecta. Cogió el bolso y una bolsa de deporte, se puso unas sandalias y cerró con llave la puerta de la codiciada habitación.

Pese a la cerradura, no le parecía una idea absurda que, al volver del trabajo con las primeras luces del amanecer, se encontrara sus cosas tiradas en la acera y que su llave ya no abriera la puerta del piso. Hacía algunos días que llevaba consigo todo lo necesario. Si ya no pudiera entrar

en el piso, o si alguien se dejaba una colilla encendida y acababa devorado por las llamas, o si todo saltaba por los aires por un escape de gas, no perdería mucho más que un montón de ropa barata y las sábanas de raso azules, las sábanas de la mala suerte.

Cogió el metro hasta llegar a Sant Antoni y subió a la guarida sin avisar a nadie. Tampoco sabía cómo hacerlo. Bosco la recibió con el tantas veces repetido grito de «¡Hombre, la Flaca!» y siguió a lo suyo, teniendo breves y acarameladas conversaciones telefónicas con mujeres llamadas Stella, Silvana, Maruska o Rita mientras escuchaba el partido de la pretemporada por los cascos de la radio de bolsillo.

Saludó a los demás y se sentó en una de las butacas más cercanas a las ventanas, donde podía huir del olor a humedad, comida fuerte y sudor que siempre reinaba en cualquiera de las habitaciones de la casa. Dejó los bultos a sus pies, cerró los ojos e intentó dormir.

—¿Qué tal, tía? —le interrumpió una voz conocida. Ruth soltó un gemido y abrió un ojo. Charro se había puesto elegante aquella noche, llevaba el pelo negro repeinado hacia atrás y todo su cuerpo desprendía un olor dulce y asfixiante—. Estaba a punto de llamarte.

—He venido a pasar la noche aquí porque no aguantaba en mi piso —empezó a explicar Ruth medio bostezando—. Un tío, no sé ni cómo se llama, se ha puesto a gritarme que me fuera ya, que mi habitación era para Carla, sea

quien sea Carla, y después se han puesto a montar una fiesta tecno solo para mis oídos... Pero esto no ha acabado.

—Qué palo, tía... —se solidarizó Charro colocándole a Ruth un mechón castaño detrás de la oreja—. Entonces, ¿estás muy hecha polvo?

Les interrumpió una voz grave que provenía de una de las butacas floreadas que había a su derecha, de cara a los ventanales tapiados.

—Búscate un piso, ahora puedes.

Ruth volvió la cabeza y vio el perfil tenso y demacrado de Hugo Correa. Quizás lo habían despertado y por su cara parecía que necesitaba más que comer el sueño que estaba echando. Charro apoyó los brazos en el respaldo del asiento de Ruth y le susurró muy cerca de su oreja:

—¿Te vienes a pegar unos bailoteos?

Santana notó su aliento en el pelo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no me apetece.

—Anímate, tía, no seas tan sosa, te lo pasarás bien.

—No —repitió Ruth sabiendo que se trataba de un extraño *tour de force* en el que no podía ceder. Había aprendido que los síes a regañadientes o los «no, es que» traían más problemas que los que evitaban. Se podía decir que lo había aprendido a golpes.

—Venga...

—La señorita te ha dicho que no, Charro, deja de jodernos a los demás con tus lloriqueos.

El salón quedó en repentino silencio. El tono del Gallego había sido demasiado alto y no admitía réplica. Charro cruzó el salón bajo la atenta mirada de Bosco y Arteaga y se fue dando un portazo. Ruth pensó que era el segundo que le dedicaban en menos de una hora.

Volvió a cerrar los ojos y trató de no pensar, sintió en el rostro el aire fresco que se colaba entre las rendijas. Notaba la presencia de Correa cerca de ella, a un par de metros, fatigada pero sólida.

—Gallego —le llamó al cabo de unos minutos.

—Dime —respondió él con voz débil.

—Si alguien me molesta, yo me encargo, ¿estamos?

Se hizo un segundo silencio tenso, que duró incluso más que el primero.

—Estamos.

Pero cuando lo dijo, la Flaca ya estaba dormida.

Se despertó al cabo de un par de horas con las cervicales doloridas pero con la cabeza despejada. Vio que habían apagado casi todas las luces y que tan solo quedaba una improvisada lámpara de pantalla verde sobre la mesa plegable que habían cubierto con un paño también verde azulado.

Minutos después Bosco le aclararía que era para crear

un ambiente a lo *Casino*. Él siempre había querido ser Robert De Niro en aquella película. Eusebio, Bosco, Canales y Arteaga estaban sentados muy juntos en torno a la mesa con un par de cartas cada uno boca arriba sobre el tapete.

—Juegan a las siete y media —le dijo Correa, que tampoco se había movido de su butaca pero que tenía un cenicero cubierto de colillas en el suelo, entre sus piernas—. Prueba suerte, ya te lo dije el otro día, te puedes sacar un par de meses.

Ruth hizo un gesto ambiguo y se levantó desperezándose como un gato. Sin acercarse demasiado a la mesa, observó la cara y los gestos de los jugadores. Charro le había explicado las reglas hacía unas semanas, pero no recordaba algunos de los detalles.

Al parecer, Canales llevaba las de ganar con dos apuestas diferentes que sumaban siete y medio y seis y medio, y Arteaga lo seguía con un caballo y un cinco. No podía ver las cartas de Eusebio porque lo tenía de espaldas pero sí las de Bosco, que jugaba como banca, y lo llevaba muy mal con dos ochos y ninguna figura. Antes de que pudieran cerrar la mano, sonó el móvil de Bosco y la partida pareció disolverse durante unos minutos.

Mientras el extaxista atendía a la oportuna llamada con frases tan pobres como sus cartas, siempre empezadas por «Te juro» o «No es cierto», Arteaga dejó la mesa y se acercó a hablar con Correa. Canales le hizo un gesto a

Ruth para que se sentara con ellos mientras esperaban y ella ocupó el lugar del exmilitar.

—¿No acabaréis la mano? —preguntó al contable.

—No, empezaremos otra, esta ya no vale.

—Es una pena, porque hubieras ganado.

—Sí. —Se rio Canales apurando su vaso de vino—. La primera en toda la noche.

—Tú, Canales, eres demasiado bueno... —intervino Eusebio, escondido tras su sombrero de ala ancha—. ¡Menos mal que no te pilló ninguna mala mujer!

—No porque yo no quisiera.

—Tú, niña, te preguntarás qué hace un viejo como yo aquí metido entre los jóvenes —continuó Eusebio dando un buen trago a su vaso de vino y Ruth reparó en la piel seca y quebrada de Arteaga, en las mejillas colgantes y grises de Bosco, en el pelo cano de Canales—. Pues bien, te lo contaré. Yo estoy aquí porque tengo setenta y tres años y me voy a morir pronto. Y no me quiero morir en la calle.

»Los he visto palmarla en una cloaca, retorciéndose de dolor durante semanas, ahogándose en su propia sangre y nadie ha movido un dedo. Nadie ha llamado para que los vinieran a buscar porque el viejo no quería que lo llenaran de tubos y lo encerraran en una cárcel o porque ya le habían dicho que no había nada que hacer y que no podía quedarse en el hospital... Cualquiera de las garrapatas esas de los médicos te dirá que no es cierto, que nadie se

muere en la calle. Pero yo lo he visto —dijo abriendo mucho los ojos velados por las cataratas.

Entonces solo se oyó la voz lastimera de Bosco susurrando palabras de amor y pidiendo perdón. El viejo Eusebio parecía estar muy lejos de allí.

—No es morirme, no es tampoco la calle lo que me da miedo, llevo más de treinta años con la muy puta y podría haberme tratado peor, no... Es el sufrimiento, es el dolor de morirse. —Acabó el vaso de un trago y se volvió a servir—. Así que, muchacha, vive el momento; como decía el cartel ese de Bacardí, *carpe diem*. Vive el momento y juega —dijo poniéndole un montón de cartas sobre las manos.

Bosco colgó la llamada y se acercó a la mesa con pasos de rumba y murmurando por lo bajo «Pero sigo siendo el rey». Ruth dedujo que la mujer había aceptado las disculpas que le habían oído gimotear al final de la conversación. Ya junto a su silla, Bosco le hizo un gesto a Arteaga para que volviera a las cartas, pero el exsoldado negó con la cabeza. Bosco resopló disgustado pero volvió a sonreír cuando vio a Ruth charlando con Eusebio y Canales.

—Quédate, Flaca, nos falta uno para empezar la mano.

Ruth se arrellanó en la silla de mimbre.

—A ver, recordadme cómo se jugaba a esto.

Cuatro horas más tarde, Ruth Santana había desplumado a toda la mesa y dormía plácidamente oculta a la vista en uno de los sillones orejeros. Hugo Correa había colocado su sillón de cara a la puerta de doble hoja y desde su nueva posición podía contemplar su silueta de sirena, la curva elevada de la cadera, una mano despreocupada rozando el suelo con las puntas de los dedos, los pies descalzos, cruzados por los tobillos, y la melena lacia y desordenada cubriéndole el cuello y los ojos.

Junto a ella, en el suelo, reposaban las mismas sandalias planas que llevaba la noche del Da Mario y una voluminosa bolsa de deporte que le había visto acarrear arriba y abajo desde hacía algunos días.

Antes de dormirse, la Flaca le había preguntado si iba a quedarse allí aquella noche. Empleó su tono frío y altanero, como si le estuviera preguntando cuál era el PIB de Dinamarca a un experto en finanzas. Y cuando le había dicho que no se movería de aquella sala hasta el amanecer, ella solo le había contestado «Vale» y se había echado a dormir en un sillón no demasiado alejado del suyo.

Sin duda, aquella averiguación escondía algún interés, aunque a él se le escapara cuál podría ser. Creía conocer lo suficiente a Ruth Santana para saber que no hablaba si no tenía nada que decir y no preguntaba si no había alguna información concreta que quisiera obtener. A

diferencia de Charro, el Gallego se percataba de que no había sido una insinuación, la Flaca no gastaba de aquellos trucos. Si quisiera arrancarte el corazón y devorarlo, lo haría sin preámbulos, con el mismo tono frío y gestos secos con los que hubiera preguntado por el PIB de Dinamarca.

La imaginaba como un tipo de mujer que no hacía preguntas, que, cuando quería llevarse a alguien a la cama, lo cogía de la mano como a un niño y le abría todas las puertas sin que el elegido pudiera saber por qué la merecía. Volvió a mirar la silueta dormida y sospechó que quizá solo eran fantasías suyas.

Era probable que Santana estuviera jugando con el cocinero. También era probable que Charro estuviera siguiendo los pasos correctos. Se sintió viejo. Se sintió viejo cuando en realidad no lo era. Tenía solo diez años más que aquella mujer pero, desde que ella había entrado en la casa, pensar en tocarla se había convertido en un acto de pederastia.

Él había impuesto aquella línea roja a Bosco, que era el que más le preocupaba, pero también a los demás, aunque no lo había logrado con Charro porque tenía casi la misma edad que ella. «Esa chica flaca —les había dicho—, con sus pintas de niña bien y su voz de película, es la niña del grupo, la protegida, y tan solo pensar en tocarla sería como pensar en tocar a vuestra propia hija, ¿entendido?» Entendido. Pero él no podía evitar pensarlo. Él había oído

su canto de sirena entre las paredes de piedra del barrio Gótico.

Oyó unos pasos pesados subiendo la escalera. Su cuerpo se tensó y las manos se crisparon sobre la tapicería. Por la cadencia dedujo que era una sola persona y, por su velocidad, que había hecho aquel recorrido cientos de veces. Se permitió relajarse un poco ante la certeza de que serían Bosco o Charro, los únicos que quedaban fuera de la guarida aquella noche.

Fue Bosco el que, entrando como un alma en pena, desveló el misterio. Arrastraba los pies, y el alcohol y la falta de sueño afeaban su rostro de gitano que había sido guapo y todavía quería seguir siéndolo. Arteaga se despertó con el sonido de sus pasos y bostezó sin hacer ningún ruido. Hugo Correa hizo centellear su sonrisa de lobo y le acercó un pitillo.

—¿Tampoco ha habido suerte?

—Qué va, vaya nohecita... —dijo Bosco dejándose caer en una silla—. Primero la Flaca, que parecía un demonio de la condenada suerte que tenía, va y nos despluma sin pestañear, y después Rita, que si tenía mucho trabajo, que si era sábado, que si no respetaba su oficio. Pero si es puta, mecagondiós. Y no es que tenga nada contra las putas, pero ¿tienen que hacer ese horario de mierda?, ¿cuándo se supone que un tío decente va a llevárselas de copas? ¿A las dos de la tarde?

Correa se rio por lo bajo.

—Tú no eres un tío decente.

—Ahí te doy la razón, pero mis intenciones con Rita son puras.

—¿Puras?

—No comerciales. O lo eran... ¡Bah! —El extaxista se levantó de la silla con esfuerzo—. En las Seychelles me tiraré a todas las isleñas y después me meteré a monje.

Bosco les dio las buenas noches, o los buenos días, dijo, y se arrastró hasta su cama de dos por dos sin la compañía de la buena de Rita. Correa miró otra vez de reojo la silueta dormida. Había intuido que a la Flaca no le costaría poner a su favor la bondad de Canales, la mala suerte de Bosco y los despistes de Eusebio. Había sido una jugadora astuta y se había sacado un par de meses más de hipoteca. También sabía que Ruth Santana no hubiera aceptado dinero de otra forma.

Al cabo de una hora, con Arteaga dormitando de nuevo a su lado e ideas lúgubres rondando por su cabeza, volvió a oír pasos en la escalera. Esta vez eran incluso más ágiles e impacientes, como si su dueño fuera el amo del mundo y no le importara ser oído. Charro irrumpió en el salón con el ímpetu de un joven galgo.

—¿La Flaca ya se ha ido? —Jadeó a varios metros de distancia, con las manos en las rodillas enfundadas en unos pantalones que Correa consideraba demasiado estrechos para la salud de cualquiera. El Gallego asintió con la cabeza—. Mierda... —susurró el otro y salió del

salón dando un portazo que hizo que Ruth Santana se quejara en sueños.

Ya estaban todos los bandidos en la cueva, pensó Correa. Se levantó a por la botella de Chivas que tenía oculta tras uno de los montones de revistas viejas y volvió con ella y dos vasos de agua de cristal marrón. Faltaba poco para el amanecer, había refrescado y la temperatura era agradable. No estaba siendo un verano particularmente duro para alguien como él, acostumbrado a temperaturas más suaves e incluso mucho más frías. Descartando viejos recuerdos del mar del Norte y alguno de tiempos muy lejanos en Montevideo, sirvió un dedo de whisky en cada vaso y le pasó uno a Arteaga, que se había vuelto a despertar.

—¿Por qué haces guardia? —le preguntó el exsoldado.

—No puedo dormir —volvió a mentir Correa. Después buscó la manera de decir lo que le preocupaba sin exponerse—. Algo va mal, no tiene que ver con lo que nos llevamos entre manos, pero podría llegar a afectar al plan. No te puedo decir mucho más.

—Entiendo —musitó Arteaga. Todavía no había probado su bebida.

Correa sabía que acabaría tomándosela de un trago cuando él hubiera acabado con la suya y se despidieran, como extraños cómplices de un crimen, con las primeras luces del amanecer.

En las últimas semanas, Correa había pasado mucho

tiempo con Roberto Arteaga. Disfrutaban de la compañía del otro sin necesidad de decirse nada. Se había establecido entre ellos un vínculo que los dos conocían porque lo habían vivido antes como hombres solitarios en parajes hostiles. Hugo Correa encontraba en el antiguo soldado a alguien parecido a él, sin la formalidad de Canales ni el desparpajo de Bosco. Alguien que estaba acostumbrado a esperar, a pensar durante horas, durante semanas, antes de poder hacer un movimiento decisivo.

—Si tuvieras que matar a alguien —dijo Correa sin dejar de mirar la puerta—, ¿cómo lo harías?

—Depende. Depende de dónde estuviera, de las razones que tuviera, de si quisiera asumir las consecuencias o no.

Correa no concretó las circunstancias. Todo lo que había planeado durante dos años amenazaba con venirse abajo como si fuera un castillo de naipes. Miró las cartas abandonadas sobre el improvisado tapete verde y sonrió.

—Tu eres marino, ¿verdad? —preguntó Arteaga, y el Gallego asintió.

—¿Tienes idea de cómo puedo conseguir una pistola?

—¿Has disparado alguna vez? —El exmilitar observó el líquido ambarino a través del cristal marrón.

—Solo en la mili.

—Tienes que aprovechar lo que ya sabes hacer, piensa en lo que sabes hacer, a qué te has enfrentado en la vida... Si fuera tú, yo lo haría en un barco. —Arteaga apuró el

whisky de un trago, carraspeando ligeramente al terminar.

Tras ellos las primeras luces del nuevo día empezaban a colarse por los resquicios de los tablones de manera.

20 de julio

Salvador había pedido a la subinspectora Olivia Blanc que no acudiera de uniforme.

Era la tercera tarde que pasaban hablando con las prostitutas veteranas del antiguo barrio Chino preguntando por Rita Red, una extremeña de más de sesenta años cuya especialidad todavía era el beso de Singapur. Pero sus compañeras eran como tumbas.

Hacía algunos meses el subinspector Salvador había visto a la vieja Rita, como empezaban a llamarla, en compañía de uno de los sospechosos de los atracos a los cajeros. Y calculaba que Red le debía suficientes favores como para poder sacarle un nombre o dos. Con suerte, una dirección. Porque a Jesús Salvador no le cabía duda de que las mujeres del Raval lo sabían todo. Él se había criado en aquel barrio, entre guerras de balines y agujas compartidas, y muchas de ellas habían sido clientas de su madre. Pero al parecer estaba equivocado sobre el asunto de los favores. El silencio de las mujeres sobre Rita Red se lo había dejado claro.

Salvador vio cómo Blanc aparcaba su Scooter junto a la parroquia de la calle del Carme. La subinspectora se había puesto unos tejanos ajustados y una camiseta beige y

caminaba hacia él. La esperaba fumando con la espalda chorreante apoyada en una columna barroca oscurecida por el orín y el tiempo.

—Me han dado un chivatazo —dijo Blanc en cuanto llegó y su colega se preguntó de dónde habría sacado esa información una rata de despacho como ella. Hablaba en voz baja, como si alguien pudiera oírles, y le mostró unos dientes blancos y regulares. Unos dientes de chica sana. De eficiente policía de oficina—. Margarita Rojas, conocida como Rita Red, vive ahora en la calle Sant Ramon, en el piso de una tal Maria Zherdeva. Aquí tengo la dirección.

El subinspector Salvador cogió el post-it que le tendía y ocultó una sonrisa con la palma de la mano que sostenía el cigarro.

—Te sigo —dijo.

Pocos minutos después la esbelta y pelirroja Rita Red los había acomodado en un sofá tapizado de rancio terciopelo malva. Salvador y Blanc la veían trajinar en la pequeña cocina americana colocando el juego de té pintado a mano sobre la bandeja de plata árabe. Se acercó con la bandeja en alto, en perfecto equilibrio sobre unos tacones de doce centímetros que rodeaban unos tobillos fibrosos y todavía atractivos. Sirvió el té con gesto de geisha, sin desprender la sonrisa de los labios, y solo

después del primer sorbo habló:

—¿En qué puedo ayudarles, agentes?

—Veníamos a preguntarle sobre una persona —empezó Blanc revolviendo en su mochila y sacando una copia de la fotografía—. Este hombre.

Madame Red cogió la foto con sus largos dedos rematados por uñas color berenjena y la miró con atención.

—Ah, sí... —Sonrió—. ¿Y qué quieren saber?

—¿Qué puedes decirnos? —intervino Salvador.

Rita Red meneó su media melena de leona.

—No lo sé, a voz de pronto...

—Por ejemplo, a bote pronto, podías saber su nombre —dijo Blanc.

Salvador disimuló el golpe. Lo mejor en aquellos casos era no destapar las propias cartas y dejar que el interrogado pensara que sabían más de lo que sabían, pero acababan de perder esa oportunidad.

—No lo sé, cielo, no me acuerdo de los nombres de todos. Solo de cuánto pagan, de qué les gusta, de algunos detalles que cuentan...

—Entonces, ¿de qué te acuerdas, Rita? —preguntó Salvador.

—De detalles sin importancia para ustedes, supongo. A este, por ejemplo, le gustaban los boleros y los dildos.

—¿Está muerto?

Rita abrió mucho los ojos pintados de oscuro y la taza le tembló en la mano.

—No. Bueno, no lo sé. —Dejó la taza sobre la bandeja —. Hace tiempo que no lo veo.

—¿Por eso hablas de él en pasado?

—¿Hablo de él en pasado? Pues supongo que sí, será por eso.

—¿Puedes darme el nombre de alguno de sus amigos?

Rita tanteó sobre la mesa hasta encontrar un paquete de tabaco mentolado. Se lo ofreció a los dos policías y se encendió uno. Después le pasó el mechero a Salvador.

—Creo que salía mucho con un tal Correa.

—¿Correa nada más?

—Se llamaba Bruno o Hugo o algo así...

Era más de lo que Jesús Salvador esperaba sacar de una Rita Red que le hablaba de usted y que parecía haber olvidado que él había crecido a tres puertas de la suya.

—¿Sabes dónde está?

—¿Quién?

—El hombre de la foto.

—Ahora mismo no me acuerdo... —dijo mirando hacia la ventana enmarcada por telas pesadas que daba a una pequeña plaza—. Pero quizás mañana me viene a la cabeza, quién sabe... —Apagó la colilla en la taza que Salvador no había tocado y añadió—: ¿Algo más, subinspector? ¿Hoy no me pregunta por Maruska?

Él negó con la cabeza y se puso en pie. Vio de reojo cómo Blanc fruncía los labios hasta que se le quedaron lívidos.

La subinspectora evitó su mirada en el trayecto hasta donde había aparcado la moto.

La dueña de la pensión no hizo muchas preguntas cuando inscribió a Bruno Maltés. Su examen fue más bien animal. Miró con ojos críticos su ropa raída y la maleta sucia y sin una de las ruedas que arrastraba tras él. Husmeó ligeramente en busca del tipo de alcohol que consumía, y mientras preguntaba nombre, DNI, ocupación y forma de pago, en su cabeza rellenaba otro formulario que listaba los contratiempos que podía suponer cada uno de los elementos que acogía entre sus caritativas paredes.

Después del primer vistazo analítico al señor Bruno Maltés, descartó drogas y negocios sucios pero mantuvo el alcohol en la lista y también algún que otro consuelo nocturno que no le traería problemas. Lo que no podía permitir era que los explotadores de las chicas vivieran bajo su techo, más que nada por cómo quedaba ella delante de los Mossos y de las vecinas del barrio que trabajaban por libre. Pero si un cliente se traía a alguna muchacha de vez en cuando, tampoco iba a montar un cristo, mientras eso los mantuviera alejados de su nena,

que ya casi tenía catorce...

Mientras acababa de rellenar el formulario, echó otra ojeada al cliente que esperaba de pie frente a ella. Lo que le preocupaba de este, como de muchos otros muertos de hambre, era que no pudiera pagar, así que le pidió un mes por adelantado y en efectivo. El hombre le explicó que no tenía ese dinero encima pero que lo conseguiría. La posadera, que oía aquella frase cuatro o cinco veces a la semana, cerró el registro de inscripciones de un golpe, sin dinero no había cama. Entonces el Gallego, porque por mucho que le hubiera dicho que era de León el acento le cantaba como una almeja, se sacó del bolsillo ciento cincuenta euros en billetes de diez y de veinte y los dejó frente a ella, sobre el contrachapado desconchado del mostrador.

—Dos semanas —dijo la dueña de la pensión cogiendo el dinero antes de que el cliente se lo pensara mejor—. Y no incluye cambio de sábanas, toallas ni limpieza.

El Gallego asintió con gesto humilde y preguntó si podía subir ya.

—Un segundo. Aquí tiene el recibo y la llave. Es la 12, en la segunda planta, ha tenido suerte, es una esquinera.

En el primer tramo se cruzó con una adolescente apenas vestida que mascaba chicle y tenía la misma mirada de urraca que su madre. La chica se le arrimó al pasar y lo último que él oyó antes de alcanzar el rellano fue a la posadera gritar: «Però què collons fas, nena? Vine cap

aquí».

Antes de entrar en su habitación, Bruno Maltés recorrió los dos pisos de la pensión. Se accedía a ellos por una sola escalera, sus pasillos no tenían recodos y tan solo había siete puertas idénticas en cada uno, las de las doce habitaciones más un baño por planta. El salón-comedor con la televisión a todo volumen y la cocina estaban abajo, junto a las habitaciones de la dueña y su hija. La 12 estaba al final del largo corredor de la segunda planta. El acceso era difícil y la salida también. Podían pasar un par de minutos desde que salías de la habitación hasta que llegabas a la calle.

El Gallego abrió la puerta y comprobó que todo estuviera en orden. No era tan diferente de su última residencia, tan solo faltaban las lámparas de lágrimas y el armario empotrado de cuatro metros cuadrados.

Por el contrario, había una cama estrecha cubierta por una colcha sucia que se apresuró a guardar en el armario de pino, una mesita de noche, una silla y una pequeña mesa de madera. Como había dicho la posadera, la habitación era esquinera, así que tenía dos ventanas en vez de una: la de la pared de enfrente, que daba a la calle dels Petons, y la de la derecha a la del Comerç. El huésped comprobó con cara de pocos amigos la liviandad de las cortinas amarillentas.

Al cabo de unos minutos volvió a bajar las escaleras con un pequeño petate al hombro y expresión sombría. La

dueña de la pensión le preguntó, sin mirarlo, como si repitiera el texto de alguna película mala que transcurría en un gran hotel, si todo era de su agrado. Le lanzó un correcto «Sí, por supuesto» antes de salir precipitadamente. Habría pasado por educado si no hubiese sido por la sonrisa carnicera con la que acompañó sus palabras.

Caminó sin detenerse, dejó atrás la calle del Comerç, cruzó el barrio del Born en zigzag, subió hasta Universitat para luego bajar hasta L'Hospilatet y vagabundear por sus calles durante más de tres cuartos de hora. Recorrió siempre que pudo zonas peatonales y atravesó plazas atestadas de niños hasta llegar, dos horas después de haber salido de la lúgubre pensión, a un pequeño tugurio cerca del metro de Can Vidalet.

Entró en el bar a las siete en punto, justo cuando en la televisión estaban presentando al equipo ruso de natación sincronizada y todas las cabezas estaban vueltas hacia el espectáculo de muslos y bañadores. El hombre al que buscaba estaba sentado a una mesa del fondo, leyendo una manoseada novela de bolsillo mientras daba sorbos a su cerveza. Llevaba gafas de montura metálica y una camisa de algodón gastada pero recién planchada. Levantó la vista y el que se hacía llamar Bruno Maltés vio su cara de sorpresa mientras se acercaba a él. Paró en la barra y le pidió dos cañas al viejo arrugado y nudoso que estaba sentado con gesto de cacique satisfecho al otro lado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el de las gafas cuando se sentó frente a él.

—Todo se ha ido a la mierda. Todo lo del abogado, toda la historia de Hugo Correa.

El viejo dejó los dos tubos sobre la mesa y volvió moviéndose despacio hasta su reino.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Porque me han pillado, Canales.

—¿Cómo lo sabes? —Se removió incómodo en la silla de plástico.

—He visto al tipo, bueno, a los dos tipos.

—¿Desde cuándo?

—Hará cosa de un mes.

—No me digas eso... —Dejó caer la cabeza entre las manos—. ¿Has dejado el piso de Mercader?

—Sí. Creo que ha sido por ahí por donde han entrado. —Correa apuró de un trago la mitad de la cerveza—. No llegué a intimar lo suficiente con Manzoni, pero supongo que vieron que algo no encajaba y pusieron a un niño a seguirme. A partir de ahí era cuestión de tiempo... Ahora ya deben de saber por qué estaba allí.

—¿Estás seguro de que no te siguieron hasta la casa?

—No, no estoy seguro.

—Joder, Hugo...

—Mira, Canales, no te voy a decir dónde estoy ni qué hago para no complicar más las cosas. —Terminó la

cerveza con una sonrisa que ya no era amable ni peligrosa, solo cansada—. En teoría lo he perdido de vista, lo sabré en unos días. Si es así, podemos continuar como hasta ahora. En el piso de Mercader no había nada sobre el golpe a la torre, toda la tapadera de Hugo Correa era para dar con el italiano, son asuntos separados.

—Lo sé, pero pueden haber dado con la guarida. Pueden habernos fichado a todos, Hugo.

—Espero que no... Nunca lo vi por allí y el segundo, el que me sigue ahora, no es la discreción personificada, se le ve más que a un tiburón en un acuario de doradas. —A Correa le hizo gracia su propia comparación.

—De todos modos, desalojaré la casa —dijo el contable.

—Me parece bien, encárgate tú de los demás, diles que se dispersen. Yo tengo que acabar con esto.

—¿Y la Flaca?

—Ya pensaré en la Flaca...

—Puedo colocarla...

—No, no. Prefiero hacerlo yo.

Correa se levantó y dejó que Canales pagara en la barra. Salieron juntos del local y cruzaron la gran plaza de la Bóbila, donde muchos niños se entretenían con juegos más ligeros y salvajes que los que habían visto en Sant Antoni. Estaba anocheciendo y una inmensa luna llena empujaba por hacerse un hueco sobre sus cabezas.

—¿Cómo puedo contactar contigo? —preguntó

Canales.

—Te llamaré yo.

—¿Y si pasa algo?

—No hables como una madre preocupada. Si os pasa algo, podréis apañáoslas sin mí, y si me pasa algo a mí, tampoco podrías hacer nada para evitarlo.

—Tú tampoco te hagas el gallito. Si el fulano sigue ahí, nos necesitarás. —Canales le dio un golpe suave en el brazo antes de alejarse por una calle lateral.

22 de julio

Una mañana especialmente calurosa en la calle y, por ende, con una temperatura parecida a la de los fiordos noruegos en la oficina en la que trabajaba Ruth Santana, la jefa de secretarias la llamó a su despacho. Era un espacio minúsculo y feo, con las paredes forradas de clasificadores, que solo utilizaba como archivo y cuando quería hablar con alguien con cierta privacidad.

—Hemos estado investigando un poco sobre tu situación —dijo en cuanto intercambiaron las obligadas fórmulas de cortesía.

A Ruth aquella revelación la pilló por sorpresa y sintió una ligera náusea.

—¿Cómo?

—Siempre desde la máxima discreción y respeto hacia la privacidad —cacareó acorralada la jefa.

Ruth recordó la figura que había visto fumando enfrente de la nave de la agencia de transportes. No podía creer que se hubieran gastado dinero para investigar su vida, lo que la jefa había llamado su «situación». Todo por una estúpida escena en un supermercado.

—Y, tanto Luis como yo, estamos muy aliviados y te apoyamos totalmente en los momentos que estás viviendo.

Ruth intentó esconder la perplejidad que amenazaba con asomar por su rostro pero no tardó en comprender. Por supuesto, se dijo, lo que habían encontrado era que estaba arruinada por haber querido llevar la vida perfecta que mandan los cánones de la Iglesia y que había sido el golfo de su novio quien la había abandonado dejando, además, la deuda a su nombre... Casi podía leer los pensamientos de su jefa y del sobretitulado Luis González Rovira o, para aquella mala pécora, simplemente Luis.

—Estáis aliviados de que no sean drogas.

—Sí —murmuró la jefa algo pálida—. No queríamos ver a nadie atrapado en ese mundo tan destructivo.

Exacto, no queréis verlo, los queréis bien lejos de vosotros, en barrios como el mío. Le vino a la cabeza todo lo que le había contado Charro sobre el Niño. Imaginó sus brazos cubiertos de cicatrices púrpuras y recordó el rostro de ángel que se dejaba ver a duras penas por el salón de la guarida. Tenía una cara tan bonita que, si se metiera la mitad de lo que se metía, podría ser modelo, y en su lugar

estaba robando bancos para irse a Holanda en busca de una chica que se había marchado y limpiarse de la mierda que había aprendido a tomar en Barcelona.

—Es mejor que haya sido estafada por una organización bancaria —se oyó decir, y le parecieron las mismas palabras que había usado Hugo Correa.

—Bueno, yo no diría estafada, yo diría que escogiste mal tus opciones y tuviste muy mala suerte.

Ruth intentó aparentar comprensión y esperó a que continuara.

—No podemos subirte el sueldo para que te dé para cubrir la deuda y subsistir todos los meses porque sería injusto para las compañeras, pero hemos pensado algunas cosas. —Se notaba que le hacía ilusión su propuesta, que la había planeado con calma, sintiendo que hacía una buena acción—. Hay un convento de carmelitas... No no, ¡no te asustes! Son muy modernas y no tienes que ordenarte ni nada, acogen huéspedes, acogen a mujeres con problemas. La esposa de Luis es muy devota de las hermanas y ha conseguido que te acojan de manera gratuita, como si fueras una de ellas, a cambio de ciertas tareas de apoyo o de limpieza que no te quitarían mucho tiempo. Eso solucionaría el problema del alojamiento, de las comidas... Después las chicas no tendrían ningún problema en traerte las prendas de vestir que no usan, ya sabes cómo son, cambia la temporada y renuevan todo el armario... —La jefa de secretarías hizo un gesto frívolo

con la mano como si imitara los ademanes de las mujeres de su equipo—. Todo muy discretamente, no te preocupes, me las darían a mí y nadie mencionaría nada. Eso soluciona el problema de la vestimenta. Y lo más importante —añadió con un ligero rubor de emoción cubriendo sus mejillas—: Luis te ofrece un ascenso a jornada completa. Con ese sueldo podrías pagar los setecientos de la hipoteca y todavía te quedaría dinero para algunos caprichitos, ¿verdad?

Ruth se preguntó quién les habría dicho la cantidad aproximada de su hipoteca, qué tipo de crimen era acceder a las cuentas bancarias ajenas y si estaría penado con cárcel. Se sentía mareada. Se pasó las manos por los párpados. Caridad. La palabra se iluminó en su cabeza como un fogonazo. Compasión. Era lo que le estaba ofreciendo y ella era demasiado joven y orgullosa para aceptarlo. Todavía le quedaban otros cartuchos que quemar.

—¿Por cuánto tiempo estaría con las carmelitas? —preguntó sin saber muy bien por qué.

—Hasta que pagues tu deuda o la situación mejorara, naturalmente. Las hermanas saben que no es cuestión de meses.

Que la situación mejorara significaba que le tocara la lotería, que recibiera una herencia o que se casara con alguien que, a cambio de su cuerpo, estuviera dispuesto a pagar la deuda. Ninguna de las tres le parecía una opción

verosímil. Las náuseas desaparecieron y las sustituyó un leve dolor de estómago.

Se imaginó encerrada con las carmelitas durante veinte años y le entraron ganas de gritar, de reír y de llorar al mismo tiempo. La habían arrojado a un mundo que no cumplía con lo prometido, que no cumplía sus expectativas. Le habían negado los sueños que durante años se habían encargado de meterle en la cabeza. La posibilidad de viajar, de ganarse la vida dignamente, de no tener que depender de la caridad, de otros. La casa, los dos coches, la parejita, niño y niña vestidos bien conjuntados, las vacaciones en la costa, las escapadas a París, las tardes en el gimnasio, el carro hasta arriba en el Carrefour, las cenas de Navidad, el divorcio a los cuarenta y cinco... Esa era la vida para la que la habían preparado y le costaba concebir otra.

Aquellas chorradas igualitaristas que había aprendido en el colegio, que le corregían en rojo si no repetía como un loro... Todavía recordaba a la profesora de primaria echándole una buena reprimenda por haber dicho que los negros de África no eran iguales que ellos. «Todos somos iguales.» Claro, y por eso ellos mueren a miles en nuestras costas, ante nuestra real indiferencia, y mientras aquí nos echamos las manos a la cabeza porque secuestran a una niña. ¿No habíamos quedado en que todos valemos lo mismo?

Sentía arder en el estómago aquellas mentiras que

empezaban con «Tú puedes» y que la habían hecho sentirse culpable durante años por no ser feliz constantemente. Porque el mensaje era muy claro: si no aprovechaba cada minuto del día y se abandonaba a la ociosidad o a la inactividad, estaba malgastando segundos de su preciosa vida y era tan solo su culpa, algo de lo que debía arrepentirse, avergonzarse, solucionar. El maldito imán de nevera que le había regalado su madre y que había destrozado con un martillo la noche en la que le entregaron la orden de desahucio: «Si te esfuerzas lo suficiente, todos tus sueños se cumplirán». Pura mentira, y había tardado tanto en darse cuenta que se sentía idiota. Tuvieron que echarla de su casa para que lo viera. La estaban humillando hasta el extremo de querer meterla monja.

Le ardían los ojos y se dio cuenta de que estaba llorando. Tenía ganas de escupirle en la cara a la vida, de gritar por la calle, de avisar a todo el mundo de que todo era una estafa, de liarse a puñetazos con el primero que le dijera que todo iba a ir bien porque nada iba a ir bien, porque en el mundo imperaba la ley de la selva y si te comportabas como una gacela, tendrías a cuatro leones corriendo detrás de tu culo, y si te comportabas como una oveja, alguien se encargaría de esquilarte. La habían educado para ser una oveja, una maldita oveja, y ni siquiera había visto ninguna viva en su puñetera vida. La habían educado, se había educado, para cumplir las leyes, para pagar los plazos, para no ser como el gilipollas de su

padre, para ser honesta, cívica, obediente, respetuosa, sumisa... Era absurdo. Porque ella no era ni la mitad de aquellas cosas.

Se le aceleró el pulso y contuvo las ganas de levantarse y dar un portazo que hiciera temblar el edificio. La jefa de secretarías seguía moviendo los labios pero no oía sus palabras.

¿Qué pasaría si no pagaba, si dejaba de ser una ovejita? Se lo habían contado en Sant Cugat, cuando tuvo que irse del piso. Primero lo subastaban. Aquella parte del proceso ya estaba en marcha porque había dejado de pagar durante unos meses y la habían desahuciado, pero podía alargarse años. El dinero obtenido por la venta saldaba una parte de la deuda pero, como se compró a un precio surrealista y se vendería de saldo, no la cubriría totalmente. Por lo tanto, debería seguir pagando hasta saldarla y con intereses por demora. Si no lo hacía, el banco la denunciaría y un juez podría ordenar que embargaran parte de su nómina, cualquier propiedad de valor, a sus avales si los tuviera. Hacía tiempo que era consciente de que nunca, en los próximos veinticinco años, podría comprar nada. De que tendría más de cincuenta años y continuaría pagando aquella deuda de juego, de juventud.

—¿Ruth? ¿Estás bien?

—Me voy. —Notó un pinchazo en el pecho.

—¿Perdón?

—Me voy —repitió—. Mejor dicho, me echáis, y

quiero firmar al mismo tiempo el finiquito y un contrato nuevo por los meses que he trabajado sin él. Aquí nadie ha parecido acordarse de que mi contrato terminaba en enero y estamos en julio. Trabajando sin contrato las dos estamos en falta, pero estoy segura de que el puro para vosotros es más grande. Quiero mi contrato y los papeles del paro.

—Pero ¿cómo lo vas a hacer? Necesitas este trabajo.

—Buscaré otra cosa.

Estuvo a punto de decirle que no tenían derecho a investigar la vida privada de sus empleados, que ella no había cometido ningún crimen y pese a todo había sido tratada como una criminal. Estuvo a punto de decirle que su solidaridad era hipócrita, que era caridad disfrazada, los ricos arrojando pan desde los balcones, emperadores romanos pagando *panem et circenses*.

Pero no lo hizo, no lo hizo porque era malgastar saliva y porque la mirada de la jefa de secretarías delataba que había ganado la batalla, que ahora era ella quien sentía vergüenza y la salida que le ofrecía Ruth no le parecía tan descabellada. Recordó que el cuarto jinete del Apocalipsis era la Victoria y se preguntó con qué bando jugaría.

Más tarde, en el desagradable búnker en el que se había convertido su habitación de Florida, contó el dinero que le quedaría cuando le ingresaran la nómina de aquel mes, el finiquito y las vacaciones y lo sumó a lo que ya tenía ahorrado.

3.800 bancos
400 cartas
1.700 finiquito, etcétera
Total: 5.900

Ruth Santana suspiró aliviada, con aquello podía pagar ocho meses de hipoteca en caso de apuro. Memorizó la cifra e hizo pedazos pequeños el papel donde lo había escrito.

«Los bancos tendrán que aceptar la dación en pago — recordó que le había dicho un día Bosco, a quien también habían terminado por quitarle la casa—, hasta en América se hace, pero de momento, mientras gente mucho mejor que nosotros, gente que se preocupa por los demás, logra poco a poco que las cosas cambien..., mientras tanto esos gilipollas continuarán ordeñando la vaca de las tetas de oro.»

Esperaba que el extaxista tuviera razón.

La Voz de Galicia

Vecina de O Grove encontrada muerta en una playa italiana

Redacción. 15.07.2011

Un cadáver aparecido en la costa de Calabria ha sido identificado como el de una joven gallega de treinta y un años llamada Rosadelia Carballo Balboa. El informe forense concluye que murió ahogada en el mar después de sufrir un fuerte golpe en la cabeza con un objeto de metal. Originaria de O Grove, sus padres se muestran sorprendidos y destrozados. Hacía unas semanas que no sabían nada de ella.

Los *carabinieri* que investigan el caso barajan varias posibilidades, entre ellas que cayera de un barco de recreo tras resbalar y golpearse la cabeza. Pero la falta de denuncia por su desaparición tras ese supuesto accidente

les hace considerar que pueda tratarse de un crimen.

24 de julio

*E*l hombre que se hacía llamar Bruno Maltés levantó la cabeza del *20 minutos* que leía en un banco de la Ciutadella y lo vio. Estaba a cincuenta metros, fingiendo que miraba un gran letrero metálico con un plano del parque. Llevaba unos pantalones negros y la cazadora vaquera que ya le había visto otras veces. El cráneo blanco y afeitado brillaba como una bola de billar al sol del mediodía. El Tiburón no era el rey del disfraz.

El Gallego dejó el periódico sobre el banco, se levantó con calma y se alejó de la zona de los tilos pasando a menos de cinco metros del sicario al que habían enviado para matarlo. Salió del parque y comprobó que el Tiburón le siguiera los pasos. El sudor le empapaba la frente y le apelmazaba el pelo de la nuca. Había quedado con David Muñoz en la Ciutadella y todavía había posibilidades de cruzarse con él y que el Tiburón lo reconociera. Tenía que alejar a su perseguidor y volverlo a perder. Miró a ambos lados del paseo Picasso y lo cruzó para internarse en el laberinto del Born.

Volvía a tener encima a la caballería, al sicario más

peligroso a corta distancia que había conocido en sus años de trabajo para el narco. Entendía por qué no lo había matado ya, a qué estaba jugando Veiga. Querían ver qué se traía entre manos, por supuesto.

Hacía tan solo cuatro días que se había instalado en la pensión y ya habían logrado dar con él. Qué idiota había sido, claro que habían dado con la guarida, por supuesto que sabían el tipo de gente a la que frecuentaba, por eso lo primero que había hecho el Tiburón había sido visitar los albergues y pensiones donde dormían hombres solos al borde de la indigencia. Pero ¿cuánto más sabría?, ¿cuánto podría haber deducido mirando desde fuera?

Recorrió la calle dels Metges hasta la de Armengol y por ella entró hacia la plaza de Marquilles. Cangas no era tan tonto como para no saber que lo perdería entre los callejones de una ciudad que no controlaba, pero Correa suponía que le daría igual, siempre podía esperarlo en su habitación de la pensión cuando decidiera que se había acabado el juego. La única manera de haberlo encontrado en el parque había sido seguirlo desde allí. Se había confiado demasiado en su seguridad y en su ingenio. La ira contra sí mismo le hacía temblar las manos.

Cuando estuvo seguro de que había perdido al matón, entró en un locutorio e hizo dos llamadas. La primera, al mecánico que le estaba esperando en los bancos de la Ciutadella, para darle otra cita unos días más tarde, lejos de Barcelona, y para decirle que saliera de la zona de

peligro lo antes posible. La segunda, a Canales para asegurarse de que los demás hubieran abandonado la guarida.

—Estamos en ello. No es tan fácil organizarse.

—Hacedlo ya, cuanto antes. Los tenemos encima.

—De acuerdo, hoy mismo.

—¿Se lo has contado todo a Arteaga?

—Todo no.

—Cuéntaselo, él sabrá qué hacer.

Dejó el locutorio y se dirigió hacia la pensión dando un buen rodeo que dedicó a poner sus ideas en orden y calmar un poco los ánimos. Se sabía en peligro. Volvía a ser la presa. Dejar el piso en el pasaje de Mercader no había sido suficiente. Habían tardado muy poco en volver a dar con él.

Nada iba a ser suficiente. Su cabeza le decía que tenía que desaparecer, meterse en un barco y dedicarse a pescar salmones en Canadá. Lo tenía que hacer, pero no podía. No tenía ningún sentido vivir esperando a que lo encontraran, acostarse cada noche temiendo que alguien entrara por la puerta para darle el golpe de gracia. Se sentía acorralado y la adrenalina le hacía comportarse como un lobo acosado entre el fuego y los perros. Su cuerpo le pedía degollarlos a todos. Matarlos o morir matando.

Entró en la pensión cuando empezaba a anochecer y lo primero que vio fue el rictus hipócrita de la dueña. Lo

segundo fue un brazalete de oro que la mujer no llevaba hacía cuatro días. El metal brillaba en su muñeca con la fosforescencia del dinero fácil y ella lo acariciaba ajena al mundo, con una sonrisa extasiada.

—¿Qué tal, señor Maltés?

Al Tiburón o tal vez a los italianos no les había costado mucho comprarla. Correa le dio una respuesta breve y subió a recoger lo que tenía guardado. Comprobó los dos pasillos con la navaja de pescador aferrada en la diestra, dentro del bolsillo. La sacó cuando entró en su habitación.

No había nadie. Cerró con llave y se dirigió al armario. Allí solo guardaba algo de ropa en la maleta sin una de las ruedas que alguien había dejado del lado incorrecto. Tenía pequeñas marcas en los costados como si hubieran intentado abrir un doble fondo que no existía. Dejó allí la maleta y metió la ropa en una bolsa de plástico que luego tiraría en algún contenedor. Se había acomodado, había pasado de un apartamento de lujo a una pensión para individuos fracasados y por eso lo habían encontrado. Por aquel error tan idiota había perdido la identidad virgen de Bruno Maltés y tenía que volver a ser Hugo Correa. Se había confiado al creerse a salvo y había malgastado una de las pocas bazas que le quedaban. Debía volver a la calle. Era el único lugar en el que podía esconderse.

Dejó la bolsa y el petate junto la puerta y miró entre las cortinas que daban a la calle del Comerç. Su amigo estaba en el bar de enfrente mirando el partido, con la misma

chaqueta vaquera y la cabeza algo menos brillante.

Cogió la maleta del armario y la lanzó contra el espejo de la habitación, que se hizo añicos con un quejido. Después lanzó el proyectil contra el pequeño televisor de tubo y lo dejó allí incrustado entre chispas y plástico quemado. Oyó que la dueña de la pensión gritaba:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡Ya estoy llamando a los Mossos!

Segundos después el Gallego bajaba las escaleras como un vendaval y se acercaba al mostrador de recepción. La posadera retrocedió acobardada. En una mano sujetaba el auricular del teléfono y en la otra, temblorosa, una tarjeta blanca con un número apuntado. Tenía algunas cifras más que el 112. De reojo vio que la chiquilla lo miraba con ojos de víbora desde el cuarto del televisor con el móvil en la mano y supuso que ella sí estaría marcando el número correcto.

Cogió uno de los folletos de propaganda que había sobre el contrachapado y escribió en el dorso: «Cuidado con los peces a los que llamas». Dejó el papel frente a la dueña y salió a la carrera de la pensión.

No era solo una amenaza para ella, era una manera de hacerle entender al Tiburón que se había cansado de ser la presa.

25 de julio

Hacía tan solo tres días que Ruth Santana había dejado

el trabajo en la oficina y todavía no había tenido tiempo de aburrirse. El papeleo con la Oficina de Trabajo y la actualización del currículum le habían mantenido la cabeza ocupada y la habían ayudado a no darle demasiadas vueltas a la impresión de que estaba cometiendo un error.

Su parte racional, que hacía años que llevaba las de ganar, le decía que no, que las nuevas condiciones del contrato que le ofrecían eran cercanas a la servidumbre y que la empresa había cometido un inadmisibles acto de intrusismo en su vida privada. Intentaba pensarlo de aquel modo para darle un aire más legal y definitivo. Su parte más visceral estaba insegura y temía hundirse en un pozo de miseria en cuestión de meses, en cuanto se le acabara el dinero.

La tarde de ese viernes, después de llevar unos días sin pasar por allí ni tener noticias de los habitantes de la guarida, cogió el metro hacia Sant Antoni. Quería hablar con Hugo Correa. Sabía que él, con su absurda obsesión por controlar todo lo que pasaba a su alrededor, querría ser el primero en enterarse de algo así. Además, el Gallego se alegraría de que se hubiera despedido del trabajo porque era lo que él le había aconsejado desde el principio. Le concedería aquella victoria personal al capitán pirata, al fin y al cabo, él había accedido a compartir el botín.

Aferrada a la barra cromada del vagón, Ruth Santana

frunció el ceño. Le preocupaba el silencio de Charro y los demás y también no conocer su papel en el golpe que estaban preparando. Aunque la semana anterior Canales le había asegurado que participaría, tenía pesadillas en las que quedaba fuera del plan y acababa con las manos vacías...

Mientras bajaba en la parada de Urgell, supo que se estaba convirtiendo en una auténtica bucanera sin escrúpulos. Tan solo le importaba lo que pudiera llevarse. Ni siquiera sabía en qué consistía el golpe, más allá de que no era un banco y tenía algo que ver con un chalé. ¿Y si lo que querían era asaltar casas privadas y golpear a ancianos hasta matarlos para que les dijeran la clave de la caja fuerte?

No, no imaginaba a Hugo Correa haciendo algo así, pero sobre todo no imaginaba al bueno de Canales o a Charro maltratando a alguien, a alguien atado a una silla, al menos. Tampoco a Bosco, ni a Eusebio, con sus frágiles huesos de pájaro... Quizás sí a Arteaga, tenía algo más siniestro, como un fondo de locura. Recordaba su extraño despertar, mirando alrededor con ojos enloquecidos y febriles, dos grandes lunas de un gris pálido y amarillento que bailaban en las cuencas como animales vivos.

Bajo el calor de las últimas horas de la tarde acabó de recorrer los cien metros que le quedaban hasta el edificio del árbol blanco y subió a la guarida. Le sorprendieron

unas bolsas industriales de basura acumuladas en las escaleras y avanzó con más cautela. Se alegró de que la suela de piel de sus sandalias no hiciera ruido sobre los escalones de cemento armado.

Cuando llegó al rellano del piso, las puertas estaban abiertas de par en par. Avanzó con tiento hacia el salón, donde se oía un arrastrar de bolsas, y vio a Charro de espaldas a ella en la habitación que compartía con el Niño. Ruth Santana saludó para avisar de su presencia y le preguntó si estaban desalojando el piso. El chico la miró con su sonrisa de conejo.

—Todos se han ido ya, esto está cerrado.

—¿Cerrado?

—Sí, parece que alguien nos ha denunciado por okupar el piso y no sería bueno que la policía decidiera pasarse a echar un ojo y nos encontraran aquí juntitos. Correa cree que tienen fichado a más de uno.

De lo que ella había conocido como la guarida tan solo quedaban algunas butacas y los montones de revistas y periódicos apilados.

—¿Y Hans?

—Con una tía.

—¿Y tú te comes el trabajo de recogida?

—Para eso están los amigos.

Ruth puso los ojos en blanco ante aquella gran verdad universal, cogió dos bolsas que esperaban junto a la puerta de la cocina y empezó a arrastrarlas hasta la

entrada.

—Te echo una mano.

Se pasaron la siguiente media hora llenando grandes bolsas negras de toda clase de mierda que se había ido acumulando durante los meses que habían estado allí. Ruth se fijó en que faltaban los mejores muebles y el resto de los espejos. No encontró el zapato de mujer de suela roja que a veces estaba sobre una vieja pantalla de tubo. Se preguntó si estaría en alguna de las bolsas que había en la escalera, con la pantalla del ordenador, de la que tampoco había rastro.

—Ah, sí —dijo Charro cuando ya estaban acabando con la última habitación—. Iba a llamarte, pero ya que estás aquí te lo digo en persona. Correa quiere verte el domingo en el mercado que ponen aquí al lado, a las doce en el puesto 33. Ya no lleva móvil, así que mejor que seas puntual...

Ella siempre era puntual. No como él, que la había hecho esperar más de veinte minutos aquella vez que fueron al cine. Mientras despegaba una de las esquinas del póster de *Pulp Fiction*, pensaba en que todo lo que le había dicho Charro desde que había llegado le olía a chamusquina: dejar la guarida, no tener un contacto directo con Correa... Era la confirmación de que la estaban excluyendo. Como si estuvieran borrando sus huellas también para ella. Tal vez Canales le había mentado y realmente no la necesitaban para el gran golpe.

Santana acabó de despegar el póster, que cayó al suelo junto a la mitad del revoque de la pared. Charro, tumbado en el desvencijado colchón que le había servido de cama, miraba las grietas del techo con las manos apoyadas bajo la nuca.

—Cómo trabajamos, ¿eh? —bromeó ella mientras doblaba la cara de Uma Thurman en cuatro partes y la arrastraba en la última bolsa de basura hacia el salón—. ¿Qué haréis con tantas bolsas?

—Esta noche Arteaga vendrá a por ellas. Es un tipo duro y me ha dicho que se las apañará solito. ¿No quieres descansar? —le preguntó dando un par de golpes en el hueco del colchón que quedaba junto a él.

—No estoy cansada.

—¿Has podido dormir hoy?

—Sí, he dejado el trabajo de las mañanas.

—Joder, tía, eso es bueno, ¿no?

—Sí —concluyó más para sí misma que para él, tras valorar si era realmente bueno, si quería dejarlo antes de que su jefa hubiera intentado arreglarle la vida a su manera—, lo dejé esta semana. Ahora estoy buscando algo.

—A ti no te será difícil. Yo, cuando llegué a Barcelona, pensé que lo iba a tener muy fácil, que me lloverían trabajos del cielo.

—¿Y no fue así? —preguntó Ruth acomodándose contra la pared.

—Qué va, tía. Por eso estoy donde estoy, porque en Salamanca, en Madrid, luego en Cádiz, me iban saliendo trabajillos, con los turistas tenía los veranos cubiertos y, en invierno, pues hacía un apañito por aquí y otro por allá, y ganaba para mis vicios y para ir tirando hasta el verano. Pero aquí nada de nada, no tenía amigos ni familia en los que apoyarme, estaba solo.

—¿Y por eso acabaste en la calle? ¿Por qué no te volviste?

—Porque no tenía dinero para el autobús. —Se rio.

—Siempre te lo podía mandar alguien desde allí.

—Sí, pero no era solo eso... Vamos, no te quedes ahí de pie, siéntate.

Ruth se sentó en el colchón sucio de Hans mientras Charro encendía un canuto que había sacado de una pitillera. Se rodeó las rodillas con los brazos y evitó el fuerte olor blanco volviendo la cara a un lado.

—¿Quieres? —le ofreció él, que se había recolocado para tener la cabeza a escasos centímetros de donde ella se había sentado.

—No, gracias.

—También fue la farlopa, tía —confesó él—. Yo llegué aquí con unos ahorrillos de mis padres para salir de fiesta, pasármelo bien unos meses, encontrar un curro decente y dejar la pasta en su sitio antes de que se dieran cuenta. Pero la fiesta duró más de la cuenta y no me cogieron en ningún sitio. Para cuando me caí del guindo ya le debía

una pasta a un tío y bueno, más cosas, pero ahora no me apetece acordarme de ello.

—Pero ¿quieres volver a casa?

—Sí, hago todo esto para volver a casa, devolverles la pasta a mis padres, buscar algo en serio por allí, o incluso abrir mi propio negocio, ¿sabes?

Ruth se dio cuenta de las esperanzas que tenían todos puestas en los planes del Gallego. Bosco siempre decía, no estaba segura de si era en serio, que se iría a las Seychelles y no volvería. Canales le había contado aquel día en la librería que quería abrir una gestoría. Eusebio le había confiado la noche de las cartas que iba a pagarse una residencia de lujo en Motril para morir bailando tangos con mujeres de su edad. Charro le había contado que el Niño quería dejar atrás toda la mierda que le había pasado en Barcelona y hacerse perdonar por una chica que vivía en Holanda. Ella misma fantaseaba con volar lejos y dedicarse a estudiar algunos años, a averiguar dónde estaba Samoa y tal vez a qué sabían los platos de la Pampa. Correa..., no sabía lo que quería el Gallego.

De repente notó cómo unos labios rozaban los suyos, y un aliento cálido y con sabor a humo y hierba dejó huella en su lengua. Empujó con las dos manos el pecho de Charro para apartarlo y se levantó de un salto.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Porque no.

—Joder, tía, era solo un beso.

—Pero no me apetece.

Charro se dejó caer en el colchón, derrotado y resoplando con cara de mosqueo.

—Ya, pero ¿tú estás segura? Vamos, tía. —La miró con sus bonitos ojos azules implorantes—. Hay buen rollo, aquí no hay nadie, es solo un polvo de despedida. Tú me gustas y yo sé que te gusto, conmigo eres menos seca que con los demás.

Ruth soltó una carcajada y ocultó las manos tras la espalda. No vivía una escena como aquella desde el instituto y, hasta hacía un minuto, estaba convencida de que no tendría que lidiar nunca más con otra parecida. Al menos, estaba actuando de una manera muy diferente a como lo hizo en el instituto. Tal vez, si hubiera hecho algo así, si le hubiera dicho la verdad a Toni, las cosas no serían como eran en aquel momento. Pero con quince años el simple hecho de que un tío como Toni quisiera liarse contigo eliminaba cualquier pensamiento de si tú querías o no querías. No podías no querer, no podía no gustarte, porque era Toni, el que iba para bombero, el macarra de buen corazón, por el que todas las tías suspiraban. Se sintió un cliché. Por el rabillo del ojo vio que Charro se había levantado y recordó que tenía que contestarle algo.

—Pues va a ser que no, lo siento, Charro —dijo colocándose la correa del bolso sobre el hombro.

—¿Es que tienes miedo? Te advierto de que nadie te lo

ha hecho como te lo voy a hacer yo. —Se rio él sin hablar totalmente en broma—. Venga, tía...

Ella endureció la mandíbula y se dirigió sin prisas y con cautela hacia la puerta.

—Joder, qué sosa... —gritó él desde la habitación—. No os entiendo, no entiendo cómo calentáis y después podéis ir por la vida haciéndoos las estrechas.

—Mira, gilipollas, yo no he calentado nada aquí —soltó Santana desafiante—, y aunque lo hubiera hecho...

—Claro —dijo él cruzando el salón a grandes zancadas y con la mirada turbia—, si fuera Correa le dirías otra cosa.

—Tú no te has planteado que no quiera follar con nadie y punto, ¿verdad?

—No.

Ruth no quiso oír más, dio un portazo y empezó a bajar corriendo la escalera. Al principio lo hizo por instinto, porque siempre le habían dado a entender que ese era el gran, el único peligro, peor que la muerte. Y, por supuesto, mucho más peligroso que pasarse las noches durmiendo en un sofá en una casa llena de bandidos, más que trabajar para un gallego robabancos, más que mover maquinaria pesada a las tres de la mañana y con solo cuatro horas de sueño. Se rio de su propio miedo. Cuando oyó pasos tras ella, la risa se le cortó, aceleró el ritmo y apagó la linterna.

Notó las descargas de adrenalina y se concentró en

poner un pie tras otro a velocidad de vértigo y sin tropezar con las bolsas de basura. Sacó las llaves del bolsillo y las palpó con los dedos para reconocer la de la primera puerta. La colocó entre el índice y el pulgar, con la parte dentada hacia fuera, como había hecho tantas veces al entrar en el portal de casa.

Conocía los túneles tan bien como él y le llevaba ventaja. Sobre todo, no podía caer en la tentación de mirar atrás. Aquello la retrasaría y le daría a Charro los segundos que necesitaba para alcanzarla. Bajó el último tramo de dos en dos y corrió hacia la puerta de metal. Introdujo la llave, la abrió de un tirón seco y al cerrarla pudo ver sus ojos enfurecidos a un metro de ella.

Oyó un fuerte golpe contra la puerta y después el tintineo de varias llaves al otro lado. Corrió hacia la segunda puerta, la abrió con lágrimas en los ojos y salió al parque mientras oía chirriar el metal tras ella.

Ruth corrió hasta perder el aliento. Corrió hasta pasar la Gran Via, aunque ya no podía oír si alguien corría detrás. Corrió subiendo la calle Urgell, saltándose semáforos en rojo, esquivando a la gente que se la quedaba mirando, con el bolso golpeándole la pierna izquierda y la cara ardiendo por el esfuerzo. Corrió hasta que le dolieron los pulmones y las piernas le fallaron. Corrió para liberar el miedo y la adrenalina. Corrió hasta encontrarse en la calle Mallorca y allí se sentó en un banco porque era incapaz de dar un paso más. Estaba empapada en sudor. Se sentía

humillada por su propio miedo.

Cerró los ojos, dobló la cabeza sobre las rodillas y se concentró en respirar. Empezó a oír sirenas muy cerca y por un momento temió que fueran a detenerla pero no se sintió con fuerzas para levantarse del banco. Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que el aire era denso y olía a quemado. Levantó la vista y vio que a dos manzanas de allí unas grandes llamas anaranjadas devoraban la planta baja de un bonito edificio esquinero. Se acercó un poco al corro de vecinos que rodeaban a los bomberos y le preguntó qué había pasado a una mujer mayor con aires de gran señora.

—Por aquí creen que ha sido un escape de gas — contestó en catalán—. Una pena, con lo bonita que era aquella casa del pasaje de Mercader, era una de las pocas de menos de tres pisos que quedan en el Eixample.

El mendigo de duros ojos grises observó la ancha bocacalle por la que pasaban, camino de la playa, chamuscados turistas sin camiseta y con una lata de cerveza en la mano. Le pareció ver tras el grupo un chaleco reflectante y una profunda arruga partió su frente en dos. Su mayor temor ya no era no saber dónde dormiría aquella noche, ni en qué ocupar las largas horas de luz del verano, ni siquiera ser reconocido por antiguos camaradas de la calle y que le exigieran un precio por

ocupar su zona. Se sonrió con sorna al reconocer que su gran temor era que pasara la urbana y lo echara de allí.

Estaba apostado sobre un bordillo, en el lugar justo, en un recodo de la calle Rosa Sensat que le permitía ver sin ser visto y, después de rondar algunos días por la zona, creía que podía tener una pista. Todo dependía de que la trampa funcionara.

El sol ablandaba el asfalto negruzco y todavía liso que se extendía como tierra quemada frente a los ojos cansados del mendigo. Junto a unos contenedores, los diversos negocios de primera línea de playa habían acumulado cajas de cartón de mala calidad. Roberto Arteaga se sorprendió valorando qué podría hacer con ellas y se vio de nuevo atrapado por la rutina de un año atrás: durmiendo en los bancos de la Ciutadella, bañándose en el mar a primera hora de la mañana, caminando después de barrio en barrio, con el macuto al hombro y la cabeza tambaleándose sobre sus hombros.

Solo echaba de menos bañarse en el mar, la sensación del agua purificando cada poro de su piel, expulsando la mierda de rata, de piojos, la mierda de la calle que se había adherido como chapapote durante las largas horas del día y la noche. También echaba de menos bañarse en un río, en el Urumea de su infancia, incluso en otros mucho menos amables a los que había tenido que recurrir a lo largo de los años para lavar de su rostro la sangre, el barro y el regusto de las pesadillas que se viven con los

ojos abiertos.

Pasaron dos muchachas rubias hablando en serbio y dejaron un par de monedas en el platillo con mirada temerosa y gesto rápido. Arteaga se preguntó por qué se arriesgaban a acercarse a él si seguía dando tanto miedo. Ocultándose bajo el sombrero de Eusebio, siguió a las chicas con la mirada. Ellas se dirigían a un café cerca de la playa en el que esperaba su familia. No parecían serbias. Por su manera de vestir y de moverse podían pasar por americanas o inglesas.

Pensó en que podía haber conocido a sus madres o a sus hermanas, en que lo único que las separaba del horror era un fino hilo de amable azar que las había hecho nacer dos o tres años después de que la mayoría de la gente como él saliera de allí. Quizás alguna era hija del chaval que casi le rebanó el cuello en los primeros meses del sitio de Sarajevo. Se palpó la gruesa cicatriz, todavía agradeciendo que el encontronazo hubiera sido al principio de la guerra, cuando los muchachos todavía se estaban entrenando. Si no, no habría tenido la suerte o la desgracia de seguir vivo.

Vio cómo las chicas se alejaban tras una esquina. Tendrían la edad de sus hijas, no más de doce años, incluso se les parecían. No echaba de menos a sus niñas.

En las noches difíciles, con el sueño que todo lo aligera bien lejos del jergón en el que estaba echado, su indiferencia por las niñas le hacía sentirse despiadado. Le

pesaba sobre la conciencia más que todas las muertes de las que se sabía culpable porque le confirmaba que era un monstruo, peor que un asesino, un desalmado.

En los días buenos se decía que no las había llegado a conocer y que con él eran dos pequeñas déspotas recelosas que esperaban algo que no les podía dar. Según había dicho el abogado de su mujer, las tres esperaban comprensión, cercanía y muestras de afecto. Tres cualidades que él nunca había tenido y que Afganistán, Irak, El Salvador, el Congo, Somalia y sobre todo los Balcanes no habían logrado infundir en su ya de por sí frío talante. Tal vez Sara debería haberse casado con un médico y no con un militar.

Escupió en el suelo, a cierta distancia del lugar en el que estaba sentado y pensó en que no ganaba nada culpándola a ella de sus propios errores. Seguro que Sara ya tenía sus propios pesares que acarrear. Él mismo entre ellos. Pese a todo, quería culparla de algo, del temor que tenía de acabar como Eusebio, viejo y enfermo en la calle, atracando bancos para poder pasar los últimos años de su vida bailando el pasodoble en Motril.

En un acto reflejo miró a su compañero. Estaba apostado a cuarenta metros, en el cruce con la avenida Icaria. Roberto Arteaga se sonrió. Los viejos volvían a estar diseminados sobre el mapa, haciendo la tercera intentona de atrapar al malo, al otro, al enemigo. De la misma manera que él los atraparía a ellos si estuviera en

su mano.

Después de usar a Correa como cebo durante varios días y de preguntar por los bares, habían logrado cercar la zona en la que podía esconderse su perseguidor. La tarde anterior le habían seguido la pista hasta pasada la Barceloneta, pero no consiguieron llegar más allá. Así que se habían apostado a pocas calles del cementerio de Poble Nou, esperando a que Hugo Correa se lo trajera cogidito de la mano. Los largos días de vigilancia e inmovilidad empezaban a dar sus frutos, algo le decía que aquel día lo atraparían, y ese algo ya había acertado una vez en Kinsasa.

La calle en la que él se había apostado no estaba especialmente transitada y el itinerario de Correa pasaba por el otro lado de la calzada. Vigiló la posición de Bosco, una figura dentro de un coche a más de cincuenta metros. Levantó el brazo derecho dos veces y Bosco le hizo luces una sola vez. Sin novedades.

El sol no tardaría en invadir su zona. Se quitó el sombrero de Eusebio y se rascó el pelo ralo, cortado casi a ras de piel sobre el cráneo hacía solo dos días. Miró con sospecha el interior grasiento del sombrero. Eusebio no destacaba por su higiene personal. Se olió los dedos en los que se mezclaban su propio sudor fresco con el sebo del sombrero y un ligero olor a gasolina que continuaba adherido a sus dedos como la prueba de un crimen.

Cuando notó una vibración en el bolsillo, esperó unos

segundos. Sintió una segunda vibración. Canales le estaba avisando de que Correa estaba a menos de quinientos metros de su posición. Arteaga vio cómo Bosco encendía el motor y dejaba el coche al ralentí. En la distancia apenas podía distinguir su extraño aspecto de gitano converso con una peluca clara, una camisa de Canales y sin su coqueta perilla. Prácticamente había llorado al afeitársela.

Arteaga notó una nueva vibración en el bolsillo, esta vez más larga. Casi podía sentir la excitación de Canales a menos de cien metros. Hundió la barbilla en el pecho, dejando que el ala del sombrero le ensombreciera el rostro y ocultara la llamativa cicatriz que le atravesaba la garganta.

Desde su posición vio pasar a un Hugo Correa demacrado y rígido, pero todavía con paso firme, y esperó sin mover un músculo a su perseguidor. Correa alcanzó el coche de Bosco, se subió a él y el chófer se incorporó al tráfico con una rápida maniobra. Sin ninguna señal visible de otro pasajero en su interior, pasó frente a Arteaga y giró a la izquierda, hacia el sur. Habían hecho desaparecer a la presa en poco menos de quince segundos.

Entonces apareció en la bocacalle, a tres o cuatro metros de Arteaga, una figura familiar. La de un hombre algo más joven que él, con una cazadora vaquera y el cráneo blanco y brillante.

Dada su posición, semioculto entre dos columnas, el

Tiburón no lo vio y siguió avanzando cada vez más rápido y calle arriba. Sus zancadas eran amplias y discontinuas, como si dudara continuamente de sus pasos y al mismo tiempo quisiera moverse a una velocidad superior a la que su cuerpo podía alcanzar.

Corrió hasta el final de la calle, miró a ambos lados y lanzó una maldición en voz alta. Tenía el mismo acento norteño que Correa pero su voz era más ruda, colérica. Volvió sobre sus pasos y empezó a revisar los portales y los comercios de la calle. Sus movimientos eran bruscos y nerviosos y la gente se apartaba de su camino.

Arteaga vio llegar a Canales. El contable se paró en la acera de enfrente y después de dudar unos segundos, se metió en un bar.

El Tiburón pareció rendirse y echó a andar sin prisas calle arriba. Arteaga se levantó, se quitó el sombrero y volvió a pasarse la mano por el cráneo rapado. Dejó el sombrero en el suelo y se puso una camisa floreada sobre la camiseta cubierta de manchas y un pañuelo azul en torno al cuello. Era difícil reconocerlo.

Con una indiferencia profesional fue tras el hombre de la cazadora vaquera sabiendo que perseguía a un cadáver.

La Vanguardia

Incendio provocado en el Eixample pone en peligro varias viviendas

Redacción. 26.07.2014

El incendio producido ayer a las siete de la tarde en los bajos de un edificio de viviendas del pasaje de Mercader obligó a los bomberos a desalojar ocho inmuebles de la zona. Las llamas fueron controladas rápidamente y, según los primeros análisis de los peritos, parece que no han dañado la estructura, por lo que los vecinos esperan poder volver a sus casas en unos días.

Gran parte del piso en el que se originó el fuego ha quedado calcinado. Hay indicios de que el incendio podría haber sido provocado por un artefacto de

fabricación casera, dado que se han encontrado restos de gasolina y elementos plásticos quemados en el dormitorio del piso superior.

Se da la circunstancia de que el último inquilino había rescindido el contrato de alquiler este mismo mes, por lo que el piso estaba deshabitado y no ha habido que lamentar víctimas.

Los Mossos d'Esquadra, en asociación con los bomberos de Barcelona, investigarán las causas durante los próximos días.

26 de julio

*D*esde la terraza en la que estaban sentados, Jesús Salvador tenía una vista completa del gran árbol blanco que adornaba la fachada del antiguo edificio okupa.

—¡Así que es aquí! —dijo apurando su café.

—Baja la voz —le ordenó la subinspectora Blanc.

Le había costado dios y ayuda convencer a Olivia de que no tenía ningún lío con la casera rusa de Rita Red y todavía más que accediera a enseñarle la guarida de los atracadores. Casi se había visto obligado a recurrir a la antigua amistad entre sus padres, pero por suerte no había sido necesario. Al parecer, Blanc se sentía en deuda con él por haberle dado la pista que la había llevado hasta allí.

—¿Qué noticias tenéis hasta el momento? —preguntó el subinspector de los Mossos.

Blanc miró recelosa a su alrededor. A primera hora de la mañana de un sábado no había un alma en la calle.

—Hemos registrado algunos movimientos —dijo partiendo con los dedos uno de los cuernos de su cruasán —. Creemos que entran a través del parque, seguramente

por la portezuela del cuarto en el que se guarda el material de mantenimiento.

Salvador volvió a echar una ojeada al edificio. La puerta principal estaba tapiada, al igual que todas las ventanas. No debía de ser un lugar agradable en el que vivir. Con un gesto llamó a la camarera para pedirle un segundo café.

—¿Habéis visto a mi amigo?

—¿Al hombre que registraron las cámaras? —Blanc esperó a que la camarera se retirara—. No, a ese todavía no. Pero vimos salir corriendo a una mujer.

Correa reposaba sentado en el ardiente banco de metal rojo de la estación costera, tenía los ojos cerrados y parecía dormir. A su lado había un petate de lona impermeable y en la mano sujetaba una carpeta amarillenta de la que asomaban recortes de periódico.

La marea de gente en bañador que bajaba del tren no le prestó atención y pasó junto a él rodeándolo como el agua rodea a una roca. Oyó a lo lejos gritos de chavales que podrían haber sido él muchos años atrás, fragmentos de conversaciones en varias lenguas que había acabado entendiendo, el roce de los juguetes hinchables contra el suelo caliente.

Antes de que llegara el tren con su hedor acre y metálico, estaba concentrado en el olor del mar, de un mar

diferente, saturado, meridional, cálido. Abrió los ojos y observó la playa abarrotada hacia la que se dirigían los bañistas aquel sábado de julio. Veía un mar de un color eléctrico; veía un mar de héroes semidesnudos que decían ser el centro del mundo, de islas rocosas y áridas donde las sirenas cantaban a la vista de todos; veía un mar sin niebla, donde las reglas del juego habían cambiado. Veía un lugar peligroso.

Había encontrado la seguridad que buscaba en aquel pueblo costero y una sensación cálida le recorría las entrañas. Pero sabía que cualquier incidente desbarataría aquella serenidad por la que había tenido que pagar un precio demasiado alto: el de implicar a todos sus compañeros en un asunto tan personal como arriesgado. No podía volver a perder el control.

Antes de separarse, Arteaga le había confirmado que tenía localizado a Cangas, que él se encargaría de registrar sus rutinas, y le había recomendado tomarse un respiro y alejarse a la costa un par de días. Pero era difícil pasar desapercibido como un trotamundos en los pueblos en los que la burguesía catalana veraneaba con sus niños vestidos de Corto Maltés sobre veleros de doce a quince metros de eslora. En los monstruosos puertos deportivos de la Costa Brava ya casi no quedaba espacio para tipos como él.

La irrupción súbita de un nuevo tren cercenó el paisaje ante sus ojos. Correa subió a un vagón y confirmó en la

pantalla luminosa que se dirigía a Barcelona. Después de cinco paradas, en las que el aire acondicionado le secó el sudor sobre el cuerpo y acartonó su ropa húmeda, se bajó en Mataró. Allí era mucho más fácil pasar desapercibido. Se mezcló con el gentío de la estación y dio un rodeo antes de llegar al comedor social de Cáritas. Era un edificio triste y gris, con el revoque de la fachada hinchado por la humedad y un personal agotado que no sabía por cuánto tiempo más podría aguantar aquellas miserias.

Hugo Correa era uno de los pocos hombres autóctonos menores de sesenta años que había aquel día a la hora de la comida. La mayoría eran viejos de la edad de Eusebio, inmigrantes que habían cruzado el infierno para llegar hasta allí y mujeres con la mirada perdida y niños mucho más felices que todos los adultos que los rodeaban.

Se sentó junto a una mujer y sus tres hijos y comió en silencio, sin despegar los ojos de la sucia pared de enfrente.

Arteaga le había dicho que él se ocuparía de todo, pero Correa no podía permitir que se encargara del Tiburón. Era asunto suyo. Cuando lo tuvieran localizado y pudieran anticipar sus movimientos, sería él quien quitaría al sicario de en medio. Era cuestión de días.

Si sirvió agua de la jarra que había en el centro de la mesa y su mirada se cruzó con la de la mujer que se sentaba frente a él. Parecía más joven que Ruth Santana y

no tenía aquel brillo desesperado en la mirada, tan solo parecía infinitamente cansada y temerosa.

Desvió la mirada hacia los críos y los vio salvajes y desdentados. Rosadelia no tuvo oportunidad de tener ninguno. Isabel no quiso ni oír hablar de ello porque sabía que iba a tener que criarlos con un padre que se pasaba siete meses al año en alta mar. Tenía que reconocer que estaba en lo cierto. Los niños habrían sido un grave problema, algo con lo que chantajearlo, con lo que instarle a arriesgarse y salir de la madriguera. O tal vez habría terminado como Arteaga, que no conocía a sus dos niñas medio inglesas, o como Bosco, que sabía que lo despreciaban y se había acostumbrado a poner la otra mejilla.

Volvió a mirar a la mujer que no se parecía a Ruth Santana y se palpó el bolsillo de los tejanos para comprobar que las llaves seguían ahí.

Un par de días antes, en un bar regentado por chinos cerca del hospital Clínic, había conocido a una señora de las que toman su copa de vino, Ducados en mano, a mediodía y a última hora de la tarde.

Estaba arrellanada a una mesa de la terraza y había iniciado la conversación preguntándole si salía de visitar a alguien en el hospital.

—Ah, ¿no? Perdón, con la pinta que tiene y esa cara larga, parecía que estuviera pasando un mal momento.

—Puede que sí, pero por suerte la mala racha todavía

no ha llevado a nadie al hospital.

La señora tenía ganas de hablar y le contó su vida en Bruselas y en Ginebra, los años gloriosos de la diplomacia y lo mucho que se equivocaban las novelas de espías. Al final acabó ofreciéndole a muy buen precio un piso que tenía a unas manzanas de allí.

—Solo quiero alquilárselo a alguien que me caiga bien y usted es una de esas personas.

—No sé si podría pasar allí mucho tiempo, tal vez le interesara a una amiga...

—¡No se preocupe! No soy celosa.

En aquel bar la señora Dalmau y Hugo Correa cerraron el trato. Sospechaba que a largo plazo ella podría buscar algo más que su conversación pero de momento se conformaba con los trescientos euros que pedía por el estudio y con poder subir a charlar con alguien un rato algunos días. Una ganga. Improvisaron sobre una servilleta un contrato privado y la señora, algo achispada pero regia, le enseñó el diminuto y elegante piso con vistas al interior de la manzana. Para una persona era más que suficiente.

El mayor de los niños intentó robarle el postre de la bandeja del comedor social y Correa lo detuvo con un gesto rápido de la mano. El niño se rio mostrando un gran agujero en el lugar de los incisivos y se escabulló de vuelta a su sitio. La madre se disculpó con un gesto indiferente.

Correa le hincó el diente a la manzana ante la atenta mirada del aprendiz de ladrón. Estaba harinosa. Suponía que lo correcto, lo heroico, habría sido ofrecerle la manzana al pobre chaval, pero aquel no era su estilo. El crío ni siquiera había sido capaz de robarla. Masticó la manzana con fruición, casi sensualmente, mientras mantenía el cuchillo aferrado en la izquierda, como una advertencia. Probablemente la hoja se doblaría como la mantequilla antes de hundirse en la piel, pero el gesto resultaba efectivo. El niño sin dientes se mantenía a una distancia prudencial de su lado de la mesa, como el resto de sus hermanos. Si quisiera asustarlo de verdad debería sacar el cuchillo de pesca que llevaba en el bolsillo de los tejanos, pero lo más probable era que llamaran a la policía.

La fiel navaja de pesca era una buena opción cuando tuviera que enfrentarse cara a cara con el Tiburón. Correa dejó el corazón de la manzana sobre la mesa. Era consciente de que se aceleraban los acontecimientos, el asalto a la casa era cuestión de un par de semanas y, si corría la voz de que alguien había matado a Cargas, habría un despliegue de sicarios tras él. Pero si no lo hacía, el Tiburón acabaría descubriendo el pastel y se lo encontrarían en la verja del chalé del narco con veinte mercenarios armados hasta los dientes preparados para la fiesta.

Por suerte para él, sabía cómo pensaba Veiga. Y, si no

hacía ruido, si no había pistas, tendría unos días de margen en los que el sistema, que no era más que una bestia, sería ciego y sordo. El narco siempre busca la ejecución ejemplar, no espera una muerte discreta. Y su banda necesitaba aquellos días de margen para dar el golpe y poner pies en polvorosa.

27 de julio

Ruth Santana no solía usar abanico. De niña su madre le había repetido hasta la saciedad que era vulgar, un accesorio de charnegas y de gitanas, y aunque ya había llegado un punto en el que la opinión de su madre le parecía una auténtica gilipollez, nunca había adquirido la costumbre de llevarlo ni había aprendido a arquear la muñeca sin rigidez.

Aquel último domingo de julio en el mercado de Sant Antoni se daba aire con meneos tan bruscos que la hacían parecer enfadada o impaciente. Barcelona había alcanzado los treinta y nueve grados, su reloj de muñeca marcaba que faltaban pocos minutos para las doce del mediodía y ni una nube tenía la piedad de deslizarse sobre su cabeza y filtrar los rayos solares. Llevaba un mono corto palabra de honor que había recuperado de sus lejanos días de playa y unas sandalias planas atadas con cintas de cuero a los tobillos cobrizos. Pese a la ropa liviana, sentía las manos y los pies hinchados y una gruesa gota de sudor le caía por la espalda.

El puesto 33 vendía libros viejos de gran formato, colecciones de reproducciones de arte que Ruth supuso que fueron caras en su día pero que se ofrecían a tres, cinco o diez euros. Sin dejar de abanicarse, echó un vistazo a los volúmenes. Le sonaban los nombres pero no lograba situar en el tiempo a algunos artistas. La mayoría eran muy fáciles, de aquellos a los que las revistas de divulgación dedicaban un reportaje al menos una vez al año. Vio un álbum de Van Gogh, con un desdibujado campo de girasoles bajo la firma del pintor, otro de Monet, que mostraba los famosos nenúfares, y leyó de pasada los nombres de Ai Weiwei, Françoise Gilot, Robert Doisneau...

Le llamó la atención el titulado *Arte flamenco*. La cubierta mostraba a una pareja sentada frente a frente. La mujer llevaba un manto rojizo y tenía un niño desnudo sobre el regazo, el hombre unía las manos en actitud de rezo. Cerró el abanico y cogió el libro. La etiqueta marcaba cinco euros. Leyó la contracubierta y hojeó las imágenes interiores. Recordó algunos de los conceptos que le enseñaron en la asignatura de Historia del arte de un bachillerato que no llegó a terminar e intentó observar los trazos definidos, los colores cálidos y ricos, el detallismo, el uso del punto de fuga. El conjunto le transmitía contención.

Mientras analizaba los detalles de una escena religiosa, sintió a alguien a su espalda. Miró por encima de su

hombro y vio muy cerca unos ojos oscuros observándola con curiosidad. Reconoció la mirada densa y animal que a veces le dirigía Hugo Correa. Él se apartó del gentío y la saludó escueto. Llevaba unos tejanos blanquecinos que parecían lavados por días y días de mar, una camiseta grisácea de manga corta y el pelo más corto que unos días atrás. A Ruth le pareció que lo estaba viendo sin disfraz por primera vez en los dos meses largos que hacía que se conocían. La ropa lo rejuvenecía pero su rostro mostraba un rictus amargo y amenazador parecido al que tenía cuando vigilaba entre los tablones de madera que aislaban la guarida del exterior.

—¿Qué mirabas?

—Nada, hacía tiempo hasta que aparecieras.

—¿Arte flamenco? —dijo espiando la cubierta que ella ocultaba con la mano—. ¿Te gusta el flamenco?

—No —aclaró Santana—. El arte flamenco es el arte de Flandes, una parte de lo que eran los Países Bajos hace siglos. —Ruth sacó un billete de cinco de la riñonera que llevaba ceñida al mono y pagó el libro. Se lo colocó bajo el brazo y se alejó del puesto, quería guardarse para sí la serenidad que aquellas imágenes le habían brindado—. Trabajé en una joyería y mis jefes tenían muchos contactos en Amberes.

—La conozco.

—¿Has estado en Amberes?

—He pasado por allí, pero no me he movido de la zona

del puerto. Lo mío era más bien Bremerhaven, Akureyri, Chimbote...

—Suenan exóticos.

—Son puertos pesqueros.

Ruth lo seguía entre los tenderetes, esquivando a los atareados comerciantes que ya empezaban a cargar los libros en cajas y furgonetas. El mercado estaba abarrotado de paseantes que echaban un último vistazo antes de irse a tomar el vermut. Esquivaron docenas de cochecitos de bebés y niños a la carrera antes de poder salir a la acera.

—¿Qué querías decirme? —preguntó Ruth cuando alcanzaron la calle Floridablanca.

—Ya te lo han contado todo.

—Solo sé que no se puede subir al piso.

—No, y no es la mejor zona para vernos.

—Tú me citaste aquí.

Correa paró un taxi que se acercaba por Viladomat.

—Creo que me están siguiendo, por eso era peligroso que estuviéramos concentrados en un solo lugar. Hemos acordado que, hasta el momento del golpe, cada uno irá por su lado. —El taxi paró junto a la acera y Correa abrió la puerta y le indicó que entrara—. Todos han estado en la calle, tienen sus recursos para hacerse invisibles.

Ruth subió y se mordió la lengua mientras el taxista arrancaba camino del paseo de la Bonanova. Avanzaron hacia el norte, bajo un sol alto y despiadado. El cuero del

asiento desprendía un fuerte olor agrio; se le había pegado a las piernas, y el aire acondicionado estaba secando el sudor sobre su piel. A su lado, Correa observaba por los retrovisores los coches que circulaban detrás. Estaba más delgado y las mejillas sin rasurar se veían chupadas.

—¿A dónde vamos?

—Quiero enseñarte una cosa.

Santana sonrió al recordar la última vez que le había dicho aquello, cuando lo llamó para aceptar su propuesta de ayudarlo a reventar cajeros automáticos. Entre resignada y curiosa, se recostó en el asiento y dejó de prestar atención al recorrido del coche. Con un escalofrío le vino a la mente la escena con Charro un par de días atrás, cuando le recriminó que su actitud sería diferente si él fuera el Gallego. No quería plantearse si aquel día iba a terminar del mismo modo.

Correa pidió al taxista que parara en la esquina de Bonanova con Calatrava y desde allí caminaron otros diez minutos hasta un lugar un poco apartado en el que tenía estacionada una moto pequeña y de baja cilindrada. Abrió el asiento y sacó dos cascos cubiertos de arañazos.

—No están a tu altura, pero servirán.

Ruth tomó el casco pensando en que cubrirse la cabeza de plástico y espuma era lo que le faltaba con aquel calor.

—Así que ahora vamos en moto, bueno, ¿es una moto o una bici? —bromeó—. ¿Estás seguro de que puede con tu peso?

Correa le rio la ocurrencia mientras comprobaba que el motor respondiera.

—Es lo máximo que puedo conducir, me saqué el carné de coche con más de treinta.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Estaba demasiado ocupado en el mar para pensar en cosas de tierra.

—¿Así que tienes el de barco?

—En barco te puedo llevar al fin del mundo, en un velero si quieres.

Por un momento a ella no le pareció mala idea. Después volvió a recordar el aliento espeso y acre de Charro en su boca y sintió que su cuerpo se ponía rígido.

—¿Por qué el taxi, la moto? —preguntó.

—Ya te he dicho que me están siguiendo. Toda precaución es poca.

Aquello empezaba a parecer una película de espías y, por lo que había visto en el cine, casi siempre era la chica quien moría. Por suerte, Correa no se parecía a ningún James Bond. Dio gracias a algún dios por llevar mono y no vestido y montó a horcajadas tras él. Se aferró a las agarraderas de la moto y pudo ver la sonrisa lobuna del piloto por el retrovisor. Santana tuvo que contenerse para no sacarle la lengua. En vez de eso, soltó una carcajada, entre altiva y descarada. No esperaba que se aferrara a su cintura como una dama desvalida o una italiana de los años cincuenta.

Veinte minutos después, tras dar un gran rodeo, aparcaron a un par de manzanas del hospital Clínic. Al mediodía de aquel domingo de verano, las grandes avenidas del Eixample estaban desiertas. Los turistas todavía no habían colonizado aquella zona y los autóctonos estaban acabando de comer o echando la siesta.

El trayecto en moto la había refrescado y el viento le había hecho recordar un par de preguntas que tenía que hacerle al capitán pirata, aunque todavía no sabía cómo abordarlo sin recibir una respuesta brusca.

—Cuento contigo para el último golpe —dijo Correa mirándola de reojo, como si intuyera su preocupación.

Ruth suspiró, aquí llegaba la parte difícil.

—No sabré si seré capaz hasta que me digas lo que tengo que hacer.

Correa siguió caminando al mismo ritmo.

—Todavía no puedo decirte más. No hay ningún misterio. Simplemente, aún no lo sé.

Ruth se paró en seco frente a una terraza en la que un grupo de turistas asiáticos tomaban paella y sangría.

—Eso no es cierto.

—No, no es cierto —confesó Correa con una mueca esquinada—. No sé si podremos hacerlo o se irá todo a la mierda, y si se va a la mierda, mejor que no sepas nada. —La instó con un gesto del brazo a que se volviera a poner en marcha. Ruth lo siguió a regañadientes—. Si lo

hacemos, será en menos de dos semanas, las cosas se están precipitando. Si todo se cancela, te avisará Canales dentro de unos días. Dame solo eso, unos días más.

Santana pensó que parecía sincero, que todo el mundo parecía sincero hasta que dejaba de serlo.

—¿Por qué Canales?

El Gallego guardó silencio y ella percibió miedo en su mirada. Prefirió no insistir porque no estaba segura de querer saber la respuesta. Se habían parado delante de una gran puerta de forja y cristal que dejaba ver un portal desguarnecido y anticuado que en una época tuvo ínfulas de grandeza. A través del cristal Ruth distinguió una larga fila de buzones de los ochenta, un gran florero con lirios artificiales en el mostrador que un día ocupara el conserje y la caja metálica de un ascensor antiguo.

—Te he buscado un piso —soltó Correa.

—¿Por qué? —preguntó ella sin medir el alcance de la pregunta. La dureza de sus ojos se acentuó.

—Es de una mujer mayor que solo quiere alquilarlo muy barato a alguien de confianza. Me lo ofreció ayer en un bar y pensé en ti.

Ruth amagó una sonrisa mientras se imaginaba a la arrendadora como una exuberante Sophia Loren entrada en años que iba a los bares frecuentados por hombres de aspecto peligroso para llevarse a alguno a la cama a cambio de un par de billetes. Se aferró con la mano a un saliente de la forja y acercó la cabeza al cristal para ver

mejor el interior. Le gustaba pese al aire anticuado y burgués. Aunque tampoco le pondría pegas a casi nada. No era difícil mejorar el cuchitril infernal en el que vivía.

—Espero que barato sea menos de cuatrocientos y poder hacer el pago yo directamente.

—No creo que haya ningún problema.

—Entonces veámoslo.

Hugo Correa abrió el portal, atravesaron el vestíbulo y subieron en el estrecho ascensor al sobreático. La caja de metal ascendía a lentos trompicones y el perfume que se había puesto Ruth aquella mañana saturaba el espacio. Tras aquel olor había otro más sutil, a tabaco rubio, playa y sol caliente que ella había notado impregnado en el casco y en la ropa de Correa.

El ascensor paró con un golpe seco y Ruth se apresuró a salir a un descansillo polvoriento. Los rayos del sol trazaban diagonales desde el tragaluz en forma de bóveda que coronaba el edificio. En el sobreático tan solo había una puerta. Correa la abrió con una segunda llave y dejó que ella pasara primero.

Santana devoró la estancia con los ojos. A su derecha se abrían tres ventanales al patio interior e inundaban la sala con la luz anaranjada y terca del mediodía. A su izquierda, una pequeña cocina bastante antigua pero bien equipada. En el centro, una mesa de nogal con tres robustas sillas, un pequeño escritorio contra la pared que, por su aspecto, podía llevar generaciones en la familia de

la casera y un gran sofá rosa palo y con grandes botones cosidos para fruncir la tela que parecía salido de un cabaret de variedades.

—Es la pieza más grande de la casa —dijo Correa cerrando la puerta—. Lo demás es un dormitorio, un baño y una galería con la lavadora.

—¿Te planteas meterte a agente inmobiliario? — bromeó mientras se descalzaba.

Correa fue a sentarse al sofá de cabaret y le indicó con un gesto que la esperaría allí mientras ella inspeccionaba el resto.

Realizó con calma el breve recorrido por la sala notando en las plantas de los pies el frío y las irregularidades de las viejas baldosas de gres. La ventana de su dormitorio también daba al soleado interior de la manzana, lo que podía traducirse en el silencio que tanto añoraba. Se sonrió al pensar que no le quedaban los suficientes trastos de su vida pasada como para llenar aquella habitación. Decidió deshacerse de las sábanas de raso, deshacerse de todo lo que no fuera estrictamente necesario.

Mientras entraba brevemente en el baño y la galería le rugieron las tripas. Volvió a la sala pensando en proponerle a Correa ir a comer algo y lo encontró discutiendo por teléfono.

—¿Cómo que han entrado? Pero ¿quién cojones les ha dicho que entraran?

Ruth apoyó la espalda contra la pared. Observó su rostro encendido y la mandíbula tensa.

—No me vengas con esas, David —bramaba él—. Pásamelos, joder, ¡sí, ahora!

Se acercó con dos zancadas descalzas al sofá, con una mano cogió la muñeca libre de Correa y con la otra le quitó el teléfono.

—¡Pero qué coj...!

A Santana le bastó una mirada para cortar la imprecación.

—Te llama dentro de unos minutos, ¿vale? —le dijo a la persona que estaba al otro lado de la línea.

Cuando una voz le contestó con un confuso «Vale», cortó la llamada. Lanzó el teléfono sobre el sofá, tomó con la izquierda la muñeca derecha de Correa y, manteniéndolo sujeto, se sentó sobre los talones.

—No vas a arreglarlo así.

Él la miraba incrédulo y violento, a punto de saltar. Ruth notaba sus ojos oscuros taladrándola y sentía el pulso acelerado en sus gruesas muñecas. Sabía que él estaba a un tris de apartarla de un manotazo, estaba jugando la única carta que tenía a su favor, el respeto que él le profesaba.

—¿Y tú qué sabes? —masculló Correa sin dejar de mirarla como si matarla allí mismo fuera una opción plausible.

—Tú también lo sabes —dijo ella intentando mostrar

algo de amabilidad tras su hielo habitual—. Si quieres gritarle a alguien, tienes que hacerlo en frío, después de pensar por qué vas a hacerlo y qué vas a conseguir. Hacerlo en caliente no es más que una forma de masturbación exhibicionista... —Los labios de Correa se pusieron lívidos—. Quiero decir, una manera de sacar toda esa ira en público. Es algo que te deja en evidencia, no es inteligente. Ibas a quedar como un mafioso, un tirano, y perderías su respeto. ¿Has visto *Scarface*? —Volvió a ver al Correa de siempre cuando negó con la cabeza con una sonrisa burlona—. Habla de cómo la ira, la soberbia y la soberana estupidez pueden estropear un buen plan. Y todos necesitamos que este plan salga bien.

—¿Cómo acaba?

—El tío se atrinchera en su mansión, un montón de mercenarios vienen a matarlo y muere en una orgía de sangre, cocaína y armas.

—¿Me parezco al tipo de *Scarface*?

—No. —Aflojó la escasa presión que ejercía sobre sus muñecas y las soltó despacio—. ¿Vas a contarme qué ha pasado?

—Han entrado en el chalé.

Eso es lo que había oído que decía por teléfono. Pero ¿en qué chalé?

—¿La gente que ha entrado es de fiar?

—No.

—¿Cuánto saben?

—Menos que tú.

—Es decir, nada.

—Piensan que somos los propietarios de una finca que ahora está alquilada y que estamos revisando el tendido eléctrico porque da problemas.

—Entonces no va a pasar nada. Aléjalos de esa zona sin llamar la atención. Tu ira solo les hará sospechar que pasa algo raro, e incluso puede que piensen que hay algo ilegal. Tienes que hacer que los tuyos te admiren y te respeten, no tan solo que te teman. El temor, a medio plazo, lleva al desprecio y al motín.

—¿De dónde has sacado todo eso? —preguntó Correa mientras se levantaba y volvía a coger el teléfono.

—De revistas de divulgación. La memoria para estas cosas es uno de mis talentos inútiles. —Recogió sus sandalias y propuso—: ¿Bajamos a comer algo?

1 de agosto

Su casera, Gloria Dalmau, que se parecía bastante poco a Sophia Loren, se había acercado a primera hora de la mañana para preguntarle si necesitaba algo del supermercado. Hacía cuatro días que Ruth Santana se había mudado al estudio de la calle París pero ya sabía la vida y milagros de tres generaciones de los Dalmau y cuatro de los Recasens. Le había dicho que no necesitaba nada y Gloria se había marchado decepcionada porque tendría que inventarse otra excusa para subir a verla a lo

largo del día.

Ruth abrió el precinto de la última caja de mudanza y colocó su contenido sobre la mesa. Contra la madera oscura destacaban un pequeño neceser blanco de maquillaje, el libro de Salgari que le había regalado su antiguo jefe, el señor Ambrós, un costurero de los chinos, dos pares de zapatos de invierno en bolsas de la compra y tres toallas muy usadas. Una de las toallas no era suya y el costurero estaba vacío.

La mudanza había sido un caos, un peregrinaje en taxi y metro desde la zona de Florida hasta la Esquerra de l'Eixample con prisas, gritos, peleas entre los que hasta hacía cuatro días eran sus compañeros de piso porque no todos estaban de acuerdo con su marcha, que implicaba un nuevo equilibrio de poder.

La misma tarde en la que Correa le dio las llaves del estudio, Ruth bajó al veinticuatro horas a pedir algunas cajas y empezó a meter en ellas sus escasas pertenencias. Después había pasado su primera noche en mucho tiempo en una habitación amplia, silenciosa y sin olores.

La amplitud de la cama de matrimonio le resultó incómoda y durante un momento absurdo, entre el sueño y la vigilia, había temido que Hugo Correa tuviera otro juego de llaves y se presentara allí de madrugada. Pero no se levantó para bloquear la puerta con un mueble y eso le había dado mucho que pensar por la mañana.

Al día siguiente había vaciado las cajas, las había

desmontado y atado con un cordel y había hecho el trayecto inverso en metro para recoger el resto de sus cosas. No le quedaban muchas y además había decidido deshacerse de los recuerdos de su antigua vida, así que le bastaron dos trayectos más.

Colocó las toallas y el neceser en el baño, los zapatos y el costurero en el armario medio vacío y el libro en el otro extremo de la mesa, sobre un montón que había cogido de la biblioteca.

Se dirigió a la cocina y poco después se sorprendió tarareando una de las canciones de Bosco y Eusebio mientras preparaba el desayuno. Tenía motivos para estar alegre, aunque su futuro estuviera al filo de la navaja. Su situación había cambiado mucho en un par de meses. Vivía sola en un piso pequeño y desvencijado, de acuerdo, pero a un precio irrisorio, tenía dinero suficiente para pagar su castigo por creer en el sistema durante trece meses más y su sueldo en la agencia de transportes le daba para vivir sin ningún lujo pero manteniendo la dignidad.

Dejó escapar un corto suspiro mientras volcaba el café sobre la leche. Intentaba no pensar en cuándo se le acabaría la racha de suerte. Correa le había dicho que con el último golpe tendría dinero suficiente para pagar su deuda de una vez por todas y que todavía le sobraría para vivir unos años sin trabajar, pero esa promesa no hacía más que aumentar su miedo y su incertidumbre. No quería

aferrarse a aquella esperanza, no creería nada hasta que viera los billetes bañando aquella mesa con sus propios ojos.

Encendió la vieja radio que había sobre la nevera y empezó a sonar una voz gangosa hablando de amor desesperado. Ya había tenido suficiente amor gilipollas al menos para aquella década y cambió de emisora. «Nuevo incendio en el centro de Bar...» Cambió de emisora. «Esta mañana tendremos con nosotros a Alberto Garzón.» Cambió de emisora. «Ara sentireu l'obertura de la *Scheherazade* de Rimsky-Kórsakov.» Decidió darle una oportunidad a la pieza clásica porque se le enfriaban las tostadas.

Fue a sentarse ante la imponente mesa de nogal y dejó el plato y la taza directamente sobre la madera. Junto al desayuno tenía el gran álbum de arte flamenco que había comprado en Sant Antoni, abierto por el retrato de una mujer con una gran cofia blanca.

No tenía televisor y hacía meses que había vendido su portátil, así que pasaba las mañanas leyendo libros como aquel y algunas guías de viaje. Había descubierto que en la biblioteca pública que estaba a tres manzanas había decenas de volúmenes parecidos al que había comprado esperando a que ella los hojeara, y la tarde anterior había escogido para llevarse a casa los cinco o seis que más le habían llamado la atención. El Bosco, Van Eyck, El Greco, Courbet, Anguissola y Arcimboldo la esperaban al

otro lado de la mesa junto a una guía de Argentina y otra del sureste asiático de las que no creía que pudiera sacar nada en claro. Pasarían juntos un fin de semana tranquilo. Los libros tenían algunas páginas gastadas y otras llenas de huellas digitales y no entendía algunos de los conceptos más técnicos, pero las telas la fascinaban. El hecho de que tuvieran cientos de años y que un conjunto de artistas les había dedicado décadas a cada una de ellas la serenaba y le daba cierta perspectiva sobre su propio tiempo.

Pasó la página y mordió una tostada. Si todo iba bien, podría incluso estudiar. Era algo a lo que sus padres siempre la habían animado, pero en segundo plano, en su tiempo libre, como *hobby*, porque lo primero eran las cosas prácticas que dieran dinero... Tal vez podía dedicarse a algo relacionado con la pintura o con viajar. Trabajar en un museo o una biblioteca, un sitio silencioso y amable. No aspiraba a mucho más. O, por supuesto, podría seguir viviendo como una pirata hasta que los colgaran a todos del palo mayor. No, le parecía más segura la primera opción.

Por un momento se vio a sí misma desde fuera, aquella melodía hipnótica sonando en la radio, la regia mesa de nogal con aquellos libros de arte. Soltó una carcajada que retumbó en la sala medio vacía. Al final acabaría siendo una intelectual.

Todavía estaba acabando el desayuno sin prisas y en

pijama cuando llamaron al timbre y se apresuró hacia el interfono. Una voz entrecortada le dijo que le traían un paquete de MRW y abrió. Corrió a la cocina, abrió un cajón y cogió uno de los largos cuchillos Solingen de la señora Dalmau. Lo aferró con el puño y después lo dejó sobre la encimera, no tenía ni idea de qué hacer con él. Oyó pararse al ascensor en su piso, volvió a coger el cuchillo y se acercó sigilosamente a la mirilla. El chico iba vestido con el uniforme de la competencia y llevaba una pequeña caja envuelta en plástico en las manos. Llamó al timbre con cara de fastidio. Ruth dejó el cuchillo en el suelo y abrió la puerta.

—¿Mercedes Herrera?

Asintió y firmó en el pequeño papel en el que no ponía su nombre. El chico le tendió el paquete y volvió al ascensor con gesto malhumorado.

Una vez sola, Ruth dejó el paquete sobre la mesa y recogió el cuchillo del suelo. Empujó el cajón con fuerza tras devolverlo a su sitio. Hacía mucho que no sentía miedo porque no le importaba lo que pudiera pasarle, hacía mucho que se arrastraba por la vida dejando que el barro y la mierda resbalaran sobre su piel. Esa había sido su estrategia de supervivencia. Y, al reconocer de nuevo el miedo, no estaba segura de si quería enfrentarse a él una vez más, de si le interesaba aquella nueva oportunidad de entrar en el juego. Tener algo que perder y algo por lo que luchar hacía la apuesta más complicada.

Nadie lo dice en voz alta pero la esperanza es uno de los grandes males de la humanidad.

En la caja estaba dibujado a lápiz, con un trazo firme y cuidado, un gran árbol parecido al de la fachada de la guarida. Ya sabía de dónde provenía el paquete. Habían sido aquellos tipos de la calle, mucho más bregados que ella en el arte de pasar hambre, los que le habían dado a probar el fruto envenenado de la esperanza. No se había dado cuenta de lo que echaba de menos las semanas pasadas en su compañía.

Desgarró el cartón. El famoso zapato negro de suela roja descansaba entre un montón de papel burbuja.

En el pequeño pueblo costero no quedaba más que una cabina telefónica que funcionara, en la estación de autobuses. Un hombre que llevaba unos vaqueros deslavados y una camiseta gris se acercó a ella y marcó el número que mostraba el dorso de una tarjeta en relieve dorado «Sandro Balaguer, administración de fincas».

—Sí, buenas tardes, señor Correa —respondió una voz amable al otro lado de la línea en cuanto se identificó—. Hace días que le busco, no podía localizarle.

—He estado viajando, pero ahora vuelvo a estar disponible. Lo he visto en el periódico, ¿qué pasó con el apartamento?

—Forzaron la puerta unos días después de que usted lo

dejara, en plena noche.

—¿Y la alarma?

—Exacto, la alarma no sonó.

—¿Y el fuego?

—Eso es lo peor. Por suerte no ha dañado la estructura del edificio. Los bomberos dicen que pudo ser una venganza de los ladrones. A veces lo hacen, cuando no encuentran nada de valor en una casa que tenían marcada como valiosa. Un gesto bastante ruin.

—Ya veo. Venganza. Gracias, señor Balaguer.

Hugo Correa colgó el teléfono y leyó el ejemplar atrasado de prensa que sostenía arrugado en la mano.

El Periódico

Segundo incendio en el centro de Barcelona en tres días

Famosa casa okupa arde en el corazón de Sant Antoni.

Los bomberos confirman que ha sido provocado.

Redacción. 29.07.2014

Hacia las dos de la pasada madrugada empezó a arder la popular Carbonería, el antiguo centro social okupado que la Generalitat desalojó y tapió hace año y medio para edificar en el terreno un centro escolar.

El portavoz de los bomberos ha confirmado que en el edificio, durante

muchos años corazón de la vida alternativa del barrio, no había nadie y que no han encontrado pruebas de que nadie viviera allí recientemente. El incendio fue provocado en el cuarto piso y se extendió a las viviendas contiguas pero no afectó a los inmuebles cercanos.

A pie de calle, los vecinos describían el suceso como un espectáculo impresionante y triste, con el famoso grafiti del árbol blanco iluminado por las lenguas de fuego que salían por las ventanas.

La policía ha abierto una investigación para indagar si este nuevo incendio está ligado al de la semana anterior en el pasaje de Mercader, en el Eixample, por haberse producido a menos de ocho manzanas de distancia en el intervalo de tres días.

Lanzó con fuerza el periódico a una papelera y caminó hasta el paseo que se encontraba a veinte metros de la estación. Tenía fecha para Cangas. Fecha, lugar y modo.

Se sentó sobre un murete frente a la playa y miró más allá de los campos de sombrillas las olas que lamían la arena. Pensó en llamar otra vez a Ruth Santana. Por teléfono, unos días atrás, la había notado suave y soñolienta y quería volver a oírla decir naderías. Por otro lado quería confirmar que estuviera bien. Nadie más

conocía su nueva dirección en la calle París y él no podía permitirse el lujo de visitarla, ya se había arriesgado suficiente llevándola hasta el estudio en vez de dejarle las llaves en un sobre.

El calor le hacía empapar la camiseta y boquear por un poco de aire fresco. Finalmente decidió llamar a Arteaga. Hugo Correa se levantó despacio y volvió a encaminarse hacia la cabina.

Jesús Salvador observaba de pie la descomunal mancha de café que adornaba la mesa de su compañera de despacho, Sílvia Magallanes. Su mente se había desviado de la investigación de Olivia Blanc para centrarse en la gran incógnita de cómo era posible conseguir un círculo perfecto de un color homogéneo dejando reiteradamente el culo de la taza que Sílvia acababa de guardar en un cajón.

—¿Algún problema? —dijo ella levantando la vista de su pantalla—. ¿Quieres una a juego en la tuya o algo así?

—Con las tuyas tenemos suficiente —bromeó él.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Estaba pensando en la investigación de Blanc.

—¿La que se ha quedado estancada?

—Esa misma—dijo él mientras volvía a sentarse ante su escritorio—. No me encaja, Sílvia. Blanc se había

acercado mucho. Hace unos días, en el Raval, nos dieron un nombre y Robos logró tirar del hilo pero, justo cuando empezaron a investigar la casa, todo voló por los aires.

Magallanes empezó a despejar su mesa de bolígrafos y carpetas. Era algo que la subinspectora solo hacía dos veces al año: en verano y en Navidad. La mayor parte del contenido iba a parar a su cajonera, de la que salía en el mismo orden cuando acababan las vacaciones. La otra parte iba directa a la papelera.

—Tiene sentido. Si son una banda que se dedica a hacer explotar cajeros, no les sería difícil poner un artefacto en su propio piso franco en cuanto se sintieron acorralados.

—No, no tiene sentido —replicó Salvador—. No tuvieron tiempo para notar nada raro. Hace apenas unos días que Blanc logró situarlos en el mapa.

—¿Crees que sabían que los estaban investigando?

El subinspector Salvador guardó silencio. Sospechaba que Rita Red se había ido de la lengua y que la investigación estaba condenada desde que hablaron con ella. Magallanes ya estaba apagando su lámpara de mesa y cogiendo el casco de la moto.

—Jesús, siento decirte que, mientras no hayan matado a nadie, no es asunto tuyo. Vuelve con el chino ese que nos trae de cabeza. Yo me voy de vacaciones. —Con una sonrisa hizo tintinear las llaves del despacho.

—Las hay que tienen suerte...

—Ya te diré yo lo mismo cuando estés en octubre en alguna playa paradisíaca sin un solo turista estropeándote la foto.

El ruido de las máquinas atravesaba la puerta de PVC del pequeño despacho que David Muñoz se había montado en un rincón de la nave industrial. Conseguirla a las afueras de Vallbona había sido cosa de Bosco, que se la había alquilado a unos chinos por una buena suma. Pero era perfecta y contar con la protección de una de las mafias más poderosas del mundo no les hacía ningún mal. Nadie tendría interés en hacer una inspección por allí y, por lo tanto, no verían los seis furgones robados en los últimos dos meses que estaban reformando a la vista de todo el que quisiera asomar la cabeza por el taller.

David releía la lista de nombres y números que le había dictado por teléfono Hugo Correa. En renglones apretados y desordenados podían leerse tres nombres de pila debajo de otro que estaba subrayado y que pertenecía a un miembro de la banda: cada uno de los organizadores del golpe proponía a tres personas de confianza para conducir los camiones cargados con el dinero. David escogería tres de aquellos nombres al azar y marcaría su número. Si alguno no estaba disponible, pasaría al siguiente. Hasta hacía unos días, los conductores iban a ser los chicos que estaban trabajando en los furgones robados, pero dos de

ellos habían cometido el error de creerse demasiado su papel y habían llamado al timbre equivocado.

Según el nuevo plan, los conductores no sabrían el punto de origen real ni el destino de las furgonetas, conducirían desde Montcada hasta un área de servicio de La Bisbal y un par de horas después volverían a coger las furgonetas desde La Bisbal a Montcada. Tampoco sabrían lo que contendrían los furgones, serían los elementos de la operación más expuestos a ser interrogados por la policía porque serían sus rostros los que captarían las ciento veintitrés cámaras que el joven alemán que trabajaba con Correa había detectado en aquel tramo.

Ellos tendrían su documentación en regla y su contrato firmado para una empresa que no existía. Tras el golpe, tanto los furgones como la mercancía y sus empleados habrían desaparecido, la nave estaría limpia y no podrían cargarles el muerto. Principalmente porque no habría ningún muerto. Se llevarían seis mil euros en efectivo, que verían cuando la conmoción se hubiera calmado.

—Eh, jefe, el Matías pregunta qué hacemos con la chapa del último —preguntó uno de los chicos desde la puerta.

Los chapistas no tenían ni idea de que los furgones fueran robados ni de qué iban a hacer con ellos. Acababan de salir de la FP y estaban convencidos de que trabajaban para una gran empresa y de que cobraban un sueldo digno por un trabajo igual de digno en un país en el que ambas

circunstancias juntas eran siempre raras y motivo de sospecha.

—Pues igual que con los demás, Matías, prepara los vinilos.

Habían firmado unas cláusulas de confidencialidad que le daban miedo hasta a él, sabiendo que eran más falsas que un billete de treinta euros. Todo el papeleo lo había hecho Canales, desde la constitución de la falsa empresa hasta los contratos para los chapistas y los conductores.

David tachó un par de nombres de la lista y se guardó el papel en el bolsillo del mono. La nave estaba sucia y hacía un calor de mil demonios. Los muchachos trabajaban bien y había empezado a pedirles que hicieran tareas superfluas porque no le apetecía decirles que no volvieran al día siguiente. Eran jóvenes, se creían muy duros, hablaban por los codos sobre lo que harían aquel fin de semana de la tía a la que habían conocido en Pachá o tarareaban en falsete la canción de moda. En los descansos comparaban los torsos bronceados y se sentaban a ver dibujos animados comiendo el bocata. Quería ofrecerles al menos el verano completo, sin nubes ni borrascas que enturbiaran su buen humor.

El sonido del teléfono le sacó de sus reflexiones. Solo podía ser una persona. Descolgó el auricular mientras buscaba un bolígrafo entre los papeles de la mesa.

—Dime.

—Se ha decidido que será la semana que viene, ¿por ti

bien? —contestó una voz grave y ronca.

—Bien.

—Quiero verte por otro asunto que no tiene nada que ver con este.

El mecánico anotó el lugar y la hora en el dorso del papel que había sacado del bolsillo. Nunca se acostumbraría a aquellos intercambios lúgubres con Correa, en los que todo se decía a medias y los datos estaban en clave. Zaragoza era un bar de Calella que realmente se llamaba Asturias y las siete eran las cinco.

Mientras volvía a mirar a los chicos, pensó en su mujer, Esther, que creía que había conseguido un buen trabajo que les permitiría pagar la hipoteca y, en un tiempo prudencial, devolver el dinero que les debían a sus padres. Pensó en su hija Nerea, feliz porque en casa volvían a estar contentos. Recordó las fotos con teleobjetivo que él y Correa habían sacado del interior de la casa del hijo de puta al que iban a robar y no se sintió culpable. Solo esperaba que saliera bien.

3 de agosto

*L*as noches de los sábados eran las que menos le gustaba trabajar a Ruth Santana. No era porque tuviera nada mejor que hacer, sino porque el resto del mundo sí que parecía tenerlo y se esforzaba en demostrarlo con sus gritos y berridos etílicos, ojos vidriosos, maquillaje corrido, ropa ajustada y flúor y, en el caso de los guiris, algún complemento ridículo como coronas de flores o sombreros mexicanos. Por otro lado, en el metro tenía suerte si se encontraba con latas de cerveza derramadas por el suelo y el líquido sucio moviéndose al ritmo del convoy en vez de con vómitos recientes de comida basura y vodka barato.

Aquella madrugada se encaminaba hacia la estación de Marina a paso rápido tras haberse cruzado con dos o tres grupos de adolescentes rubios que se dirigían a los locales a pie de playa del Port Olímpic. Arrastraba por la Meridiana los pies cansados, enfundados en gruesas botas de trabajo desde hacía demasiadas horas.

La habían llamado para cubrir una baja en la oficina de Poble Nou ese sábado y había empezado a trabajar más

pronto, así que, aunque no eran más de las dos de la mañana, sentía la cabeza pesada de sueño y los brazos agarrotados. Sin dejar de caminar, se descolgó la mochila de un hombro, la abrió y comenzó a buscar entre los bolsillos el monedero en el que llevaba el billete de metro. A unos diez metros a su derecha, echado entre cartones, había un hombre vuelto de cara a la pared.

Parecía de la edad de Hugo Correa y llevaba un corte de pelo parecido al suyo cuando lo vio la última vez, en Sant Antoni. Entre las piernas aferraba un petate de lona impermeable y su espalda tensa no daba la impresión de un hombre dormido, sino al acecho. La curiosidad pudo más que el miedo y pensó en acercarse un poco más para ver su perfil.

Imposible, pensó al mismo tiempo que encontraba el monedero, ya no tenía sentido que Correa ni ninguno de los demás durmieran en la calle, no con miles de euros en el bolsillo. Sacó el billete de metro, cerró la mochila y bajó las escaleras camino de su ducha tibia y su cama mullida.

Cangas variaba poco su itinerario y sus costumbres se habían relajado desde que pensaba que su presa había huido de la ciudad. Vivía como si estuviera tomándose unas merecidas vacaciones pagadas: sol, fiesta, coca, chicas bonitas a buen precio y alcohol y más alcohol.

Según le había soplado Arteaga, Correa sabía que los dos italianos encargados de ayudarlo facilitaban mucho aquel tipo de vida y los últimos días habían sido una rutina de fiesta y playa.

El Tiburón se alojaba en un hotel frente al tanatorio de Sancho de Ávila y todas las noches, tras calentar motores en la habitación con la misma cubana y un par de botellas de vino, bajaba paseando hasta los locales playeros. Parecía escoger las calles al azar, pero el exmilitar había visto un patrón en su deambular que le hacía pasar todas las noches por un pasaje estrecho y casi deshabitado, con un descampado rodeado de oficinas desiertas en uno de sus costados.

Hugo Correa había dejado allí lo necesario para llevar a cabo su plan, había pedido a Arteaga y a los demás que se mantuvieran al margen y en aquel momento vigilaba la puerta del hotel de Cangas apostado entre cartones. Su apostadero quedaba a cubierto y no se le veía desde el hotel ni desde sus ventanas.

Ajustó la vieja navaja de pesca al cinturón y palpó con los dedos el cuchillo de caza que le había conseguido Bosco. Pesaba más que las cuchillas que él solía manejar y ese detalle lo inquietaba. Rozó la empuñadura de plástico negro y comprobó que saliera bien de la funda sujeta al otro lado del cinturón.

Le vino a la cabeza su hermana, tres años atrás, cuando la encontró haciendo las maletas para irse a Italia. Abajo,

en un coche que irradiaba soberbia, la esperaba aquel al que ahora esperaba él, con el encargo de entregar el paquete y subirlo a un avión, listo para quitar al hermano mayor de en medio si se interponía.

Le había costado muchas noches de insomnio en un cajero comprender que Rosadelia era una mujer mucho más inteligente que él y que había escogido aquel camino para salir adelante, al igual que él había escogido el suyo, revendiendo material de contrabando entre los comerciantes de la zona y pilotando planeadoras para Veiga.

Le había costado mucho tiempo comprender su sonrisa infinitamente triste cuando él le había gritado que el italiano solo la quería para follársela un par de días y tirarla a los peces. Su gesto con la cabeza, que ahora sabía que quería decirle: «Claro que lo sé, *pailán*, lo raro es que tú no lo supieras hasta ahora». Cuando Rosadelia había decidido seguir a Conte, sacar de él todo el dinero que pudiera e intentar labrarse un futuro con el botín, lo había hecho con la cabeza fría, sopesando sus opciones como hija y hermana de pescadores en una aldea perdida de la costa gallega. Lo había hecho siendo consciente de que ya no encontraría trabajo, de que sus padres estaban mayores y enfermos y de que su hermano se embrutecía cada día más y era cuestión de tiempo que los aduaneros lo alcanzaran en una de sus locas carreras por la Costa da Morte.

Quien había tomado la decisión no había sido la niña que le enviaba postales idiotas desde el colegio de monjas, había sido la mujer de la última fotografía, la que estaba sobre la cubierta del *Pompeo* con un vestido floreado. La que días después de hacerse aquella foto había aparecido muerta en las costas de Calabria. Había sido la mujer cabal con la que había vuelto a discutir por teléfono la misma noche de su muerte.

A cien metros de su escondite vio salir del vestíbulo iluminado la cabeza brillante de Cangas. Colgada de su brazo iba una mujer hermosa, mulata de ojos grandes y piernas generosas que asomaban bajo la minifalda. Correa se alarmó. Arteaga le había dicho que siempre bajaba solo, que la mujer se arreglaba arriba y después cogía un taxi para volver al piso en el que trabajaba, en la calle Nápoles. Tal vez esa noche quería llevársela a bailar a los chiringuitos de la playa. Correa sintió cómo la sangre le huía del rostro. Sus planes se iban al traste.

Bajo la luz de una bombilla, David Muñoz escudriñaba las instrucciones de uno de los aparatos de escucha que habían instalado en el chalé. Nunca hubiera pensado que sería tan fácil como acercarse a una tienda de artículos de espionaje y comprar a precio de oro cuatro cachivaches electrónicos que después se había entretenido en mejorar. La idea la habían sacado del caso Método 3 con el que

habían estado dando la lata en los periódicos hasta hacía bien poco.

Después de un par de minutos encontró la manera de descargar los archivos en el ordenador portátil, se puso los cascos para que el sonido no resonara en la nave vacía y empezó a escuchar las conversaciones telefónicas mantenidas en los últimos días a trescientos metros alrededor del chalé. Al cabo de tres cuartos de hora de banalidades sobre comida, tías, fútbol y familia se dio cuenta de que hablaban en clave y ahogó un par de tacos. Aquello le ocuparía más tiempo del que esperaba.

El mecánico se levantó de la silla y salió del despacho. Fuera de la jaula de PVC, la nave ardía con el calor que desprendía el techo de chapa, acumulado durante el día. A cinco metros estaba aparcada una de las furgonetas que utilizaría al día siguiente para cumplir el extraño encargo que le había hecho Correa. Necesitaba un carrito de la compra reforzado para soportar ochenta kilos de peso y que pudiera desplazarse sin hacer demasiado ruido. David tenía que dejarlo en un descampado de la zona de Poble Nou siguiendo la ruta exacta que le había dado en el bar de Calella el día anterior. El mecánico se había pasado la mañana buscando y modificando el carro que había cogido de un Ikea y ya lo tenía cargado y asegurado en la parte trasera de la furgoneta. Lo dejaría en Poble Nou antes de que amaneciera y después volvería a la nave a por su coche.

Siguió escuchando las grabaciones telefónicas durante un par de horas hasta que encontró algo que le pareció interesante. Se apresuró a transcribirlo en un papel.

voz 1: Sí, papá llegará del trabajo sobre las seis.

voz 2: ¿Y estará muy cansado?

voz 1: Sí, por eso hay que prepararle un baño. El tío Lucho también estará.

voz 2: Ah, bien, se lo diré a Marisa.

voz 1: Sobre las seis.

Decidió probar suerte con las escuchas que habían puesto en el chalé. Tal vez habían sido lo suficientemente bocazas para comentar la jugada una vez cortada la llamada. Comprobó el día y la hora de la conversación y volvió a pelearse con las instrucciones de los micrófonos hasta que logró descargar los archivos en el ordenador. Fue probando archivos hasta encontrar el día y la hora exactos.

voz 3: El jefe dice que el día 11 tenemos que ir a buscar al Mazas.

voz 4: ¿A quién?

voz 3: Al italiano, a Conte.

voz 4: Ah...

voz 3: El jefe estará aquí sobre las tres y tenemos que acompañarle al aeropuerto a las cuatro.

voz 4: ¿Cuándo?

voz 3: Ya te lo he dicho, el día 11.

voz 4: Pues habrá que recoger toda esta mierda.

voz 3: ¿Para qué, si ni van a entrar?

voz 4: ¿No?

voz 3: No, se quedan en el hotel, el Hesperia.

voz 4: Ah...

No podía creer la suerte que tenían. Oyó cómo la nave le devolvía el eco de sus carcajadas y no le importó que lo oyeran las trabajadoras chinas que hacían turnos de catorce horas en la nave de al lado. Cuando se calmó un poco abrió la cartera y sacó una tarjeta con el número de Canales. Le había dicho que podía llamar a cualquier hora del día o de la noche. Antes de cerrar la cartera vio la foto de su niña, Nerea, y la cubrió de besos.

Ruth Santana no pudo dejar de pensar durante todo el día en el indigente que había visto en Marina la noche anterior. No tenía manera de comunicarse con Hugo Correa ni con los demás y esa ignorancia la inquietaba y avivaba su imaginación. El domingo por la mañana, mientras leía en el sofá las biografías del Greco y de Anguissola, socorrida por un ventilador y un té con hielo, le daba vueltas y más vueltas al detalle que demostrara si

era o no era Correa de manera irrefutable.

Horas más tarde, cuando se dirigía a la sucursal de Poble Nou en el último día de su sustitución, pasó por delante del mismo lugar, pero descubrió decepcionada que estaba vacío. Pese a la desilusión, continuó pensando en ello durante las seis horas de su turno y, cuando salió, pasadas otra vez las dos de la mañana, estaba decidida, si volvía a encontrarse con el vagabundo, a acercarse lo suficiente como para verle la cara.

Poco después bajaba la calle Marina con la chaqueta naranja y gris del uniforme colgando de un brazo. Inquieta ante lo que esperaba encontrar doscientos metros más allá. A cien metros, cincuenta, treinta... Vio el perfil afilado de Correa apostado en un callejón, tras unos coches aparcados. Lo reconoció en el acto, el pequeño detalle había resultado ser una gran evidencia.

Ruth contuvo el aliento. Él estaba atento a algo que pasaba en la acera de enfrente y ni siquiera la vio cuando se paró a menos de diez pasos de él. Santana miró en la dirección en la que Correa miraba. Un hombre calvo de aspecto desagradable magreaba a una chica mulata que estaba subiendo a un taxi. El Gallego no se había movido, parecía acechar con los ojos de lobo entornados y la respiración pausada.

No parecía una buena idea molestarlo, pero para llegar a la boca de metro tenía que pasar frente a él. A su derecha se abría un pequeño portal destartado. Probó

suerte y el pomo giró sin esfuerzo. Entró en el portal y entornó la puerta, decidida a ver qué se llevaban entre manos Correa y el cerdo del calvo.

El tipo seguía hablando con la puerta del taxi abierta, gesticulaba exageradamente como si a la chica le estuviera explicando algo muy importante y a ella le costara horrores entenderlo. Luego cerró de un portazo violento la portezuela del taxi que se puso en marcha dirección sur. Y él se tambaleó calle abajo. Pareció dudar qué dirección tomar y finalmente optó por la calle Almogàvers.

Ruth oyó que alguien se movía fuera, a su izquierda, y segundos después vio pasar a Correa con paso firme y sin perder de vista al calvo indeciso. El Gallego se había puesto una capucha y ya no pudo verle la cara. En aquel momento oyó un ruido suave, como una respiración entrecortada, a su espalda. Al jadeo le acompañaban unos pies que trastabillaban hacia ella. Ruth abrió la puerta de un tirón brusco y, sin mirar atrás, corrió hacia la calzada desierta. Allí vio de nuevo la fila de taxis que esperaban frente al hotel, corrió hacia ellos, se metió en el primero y le indicó su nueva dirección.

Todavía tenía la respiración agitada cuando, con mucha precaución, subió al sobreático en ascensor, comprobó que no hubiera nadie escondido en la casa, cerró la puerta con las tres vueltas de llave y se dejó caer cuan larga era en el sofá rosa. Solo entonces se permitió echarse a llorar.

No sabía si lloraba por el susto del portal, que le había recordado la escena con Charro, si era por Hugo Correa, de cuya escaramuza solo se podían esperar consecuencias horribles, o si simplemente estaba muy cansada.

Hugo Correa vio cómo la mulata se metía en un taxi y avanzó un par de metros hasta situarse detrás de una fila de coches aparcados. El Tiburón siguió hablando con ella a través de la portezuela abierta al menos diez minutos más; ante las protestas de la mulata, miró el taxímetro, le alargó al conductor un billete de cincuenta y cerró la puerta con un golpe violento.

Cuando el Tiburón torció por la calle Marina, Correa resopló: había escogido una ruta repleta de cámaras de seguridad de diversos bancos que la banda había estudiado unos meses atrás. No había paso seguro posible.

Se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera y siguió al sicario los primeros cien metros, después se desvió por Joan d'Àustria. A partir de allí, fue siguiendo su propio camino, cuidadosamente trazado por los suyos con precisión. Aceleró el paso, tenía que llegar al descampado antes que Cangas.

Pasadas dos calles, torció a la izquierda, cruzó de acera y avanzó tres manzanas más, hasta colarse por el pasaje estrecho y desierto. Caminó unos treinta metros hasta llegar al descampado en el que había preparado la

emboscada y se internó en la oscuridad. Poco después oyó pasos en la bocacalle que le quedaba de frente. Allí estaba el Tiburón, mucho más rápido de lo que había calculado.

Los pasos, acompasados y briosos, se dirigían directamente hacia él. Correa desenfundó el cuchillo de caza y lo aferró con la diestra. Respiró hondo y pegó la espalda a la pared.

Una silueta se perfiló a diez pasos de él, parecía más grande que Cangas y su caminar era distinto. Correa esperó. Era un hombre rubio con aires de vikingo que avanzaba resoplando.

El vikingo pasó de largo sin verlo. Correa se pegó más contra la pared y escuchó cómo sus pasos se alejaban. Notó el yeso desprenderse y caer por el contacto con su espalda y se separó un poco del muro. A su derecha quedaba el carro, cuidadosamente forrado de plástico y mantas, que usaría para transportar el cuerpo hasta el puerto. Frente a él, el espacio al que debía arrastrar al Tiburón para no ser visto por algún vecino curioso al que el ruido le hiciera salir a la ventana. Todas las luces del edificio de oficinas desde el cual sí podía verse el descampado estaban apagadas y Hans había comprobado unos días antes que las cámaras de seguridad eran falsas.

Oyó nuevos pasos. Aquella vez supo que eran los que buscaba, desacompasados y altaneros. El sicario se asomó a la bocacalle caminando distraído, con sus piernas cortas dibujando esos más por desidia y abandono que a causa

del alcohol. Cruzó la calzada mirando al suelo y no vio al encapuchado lanzarse sobre él con el cuchillo de caza en la mano. Correa usó los segundos de sorpresa para arrastrarlo fuera del círculo de luz, pero una vez en el descampado, el Tiburón se revolvió. Su atacante perdió uno de los brazos que tenía inmovilizado y tuvo que colocarse a su espalda para sujetarle la cabeza con un brazo y el codo derecho con el otro.

Correa notó que algo rasgaba su ropa y el frío del acero antes de hundirse en su costado. Apretó su brazo de hierro contra la garganta del hombre hasta que la tráquea cedió bajo su peso. La mano que sujetaba la navaja se debilitó, pero la hoja del sicario había llegado a hundirse en la carne, marcándolo con una puñalada de un dolor agudo. El Tiburón soltó la navaja, que cayó con un ruido sordo al suelo, y se llevó las manos a la garganta. Correa cargó el peso muerto y boqueante hasta el carro forrado de plástico y mantas viejas y lo dejó caer dentro con un gran estruendo metálico. Cangas tenía los ojos muy abiertos y abría y cerraba la boca entre bajos gemidos. Se ahogaba.

Con una sangre fría de la que no se creía capaz, Correa se enfundó unos largos guantes de plástico y procedió a degollar al sicario como si abriera las tripas de un pescado. La sangre cayó a borbotones sobre los guantes y dentro del carro y Cangas fue palideciendo hasta que un par de minutos después, tras unos últimos estertores, dejó de moverse.

Mientras lo vigilaba de reojo, Hugo Correa se había apresurado a quitarse los guantes, recoger el arma del otro manchada con su sangre y un poco de tierra que quedaba alrededor. Lo guardó todo junto al cuchillo de caza en un bolsillo de la sudadera y volvió junto al carro. Se preguntó si el Tiburón lo habría reconocido o si habría muerto sin saber quién lo estaba expulsando de este mundo.

Un gato callejero surgió de entre las sombras y empezó a restregarse contra sus piernas. El animal ronroneó y luego fue a olfatear el lugar donde había caído la navaja de Cangas, atraído por el olor de la sangre. La misma que empapaba poco a poco su camiseta y la sudadera oscura. Fugazmente pensó en qué podía hacer para retener la hemorragia. Nunca lo habían herido de aquel modo, igual que nunca había matado a nadie.

Se apresuró a coger un trozo limpio de plástico del carro. Abrió la cremallera de la sudadera y se envolvió con él como con una faja. Apretó los dientes, el dolor era intenso pero soportable. Con movimientos rápidos, cerró el paquete que contenía al muerto bañado en sangre todavía caliente y arrastró el carro hasta situarlo fuera de la gravilla del descampado. Miró a su alrededor y no vio luz en ninguna de las ventanas. Se dirigió calle abajo, en dirección al Port Olímpic.

Gracias a los arreglos que le había hecho la tarde anterior David, las ruedas del carro se deslizaban sobre la

acera rugosa como sobre una pista de hielo. Rodeado del silencio que le confería aquel truco, Correa zigzagueó calle tras calle, bajó hasta el puerto sin apenas vigilancia y llevó el carro hasta el lugar que había escogido para esconder el cadáver del Tiburón.

Dos horas más tarde el plástico que le rodeaba los riñones había cedido y la sangre comenzaba a humedecerle también la cintura de los pantalones oscuros. Correa se sentía mareado y le costaba leer los nombres de las calles. Sabía que subía por Villarroel y que hacía más de veinte minutos había dejado caer las dos armas y la tierra en una alcantarilla por la que le había parecido oír correr el agua, pero le costaba concentrar la mente.

A lo lejos vislumbró la fachada lateral del hospital Clínic, al que había estado dirigiéndose sin pensarlo. Mientras se encaminaba con pasos torpes hacia la entrada de urgencias, supo que si llamaban a la policía estaba perdido, pero no tenía fuerzas para obligarse a no entrar. Se había acostumbrado al dolor, pero la falta de sangre le hacía desorientarse y el temor a una infección, incluso a un veneno, cobraba fuerza en su mente confusa.

Ruth dejó de llorar sobre las tres de la mañana. Seguía en el sofá rosa, con la cabeza apoyada sobre uno de sus brazos. Ni siquiera recordaba todas las razones que tenía para sentir miedo, confusión, rencor e ira.

Se levantó del sofá y recogió las decenas de pañuelos de papel que había empapado. Tenía mucho sueño y quería aprovechar el momento de calma para irse a la cama. Se quitó la ropa de trabajo, que quedó en un rincón del baño, y se metió debajo del agua fría de la ducha. Aún con el pelo goteándole por la espalda se puso una vieja camiseta con el logo de Superman que había sido de Toni.

No quería pensar más en Correa aquella noche, en lo que iba o no iba a hacer, en si eran imaginaciones suyas, en si la policía se presentaría en su casa para preguntarle lo que había visto. No quería reconocerse a sí misma las esperanzas que todavía tenía en el último golpe y cuánto temía que no pudiera llevarse a cabo o que fuera algo demasiado sórdido, repugnante y mezquino como para poder aceptarlo. No quería pensar en el plazo de la hipoteca que acababa de pagar ni en todos los que le quedaban por delante en los siguientes treinta años. No quería pensar en su antigua vida, en Toni, en la joyería de Ambrós, en sus padres, en todo lo que habría podido tener. Y pensando en todo aquello se quedó dormida.

La doctora rubia se frotó los ojos cansados tras más de veinticuatro horas de guardia y leyó las notas que había tomado el estudiante en prácticas al ingreso del paciente.

Varón, aprox. 40 años, constitución fuerte, olor a alcohol, aspecto desaliñado.

Presenta una sola puñalada en zona lumbar que no ha interesado el riñón izquierdo. Ha perdido gran volumen de sangre. Procedemos a recuperarlo, desinfectar y suturar herida. Tratamiento con antibiótico. Esperamos a que recupere consciencia para proceder a su identificación.

La doctora asintió levemente y sonrió ante la humanidad que destilaba el informe, ella se hubiera conformado con algo más breve.

—¿Dónde está el 23? —le preguntó a la enfermera de sala.

—¿El indigente?

La enfermera retiró la cortina del extremo derecho y descubrió una cama vacía. Retiró una a una todas las demás y palideció.

—Se ha ido.

—¿Cómo?

—El mendigo se ha ido.

—Esta gente no tiene remedio. —Suspiró la doctora mientras se quitaba las gafas de montura de pasta y frotaba los ojos cansados—. ¿Cuál es el siguiente?

4 de agosto

*R*uth apretó los párpados con fuerza pero tan solo consiguió que una voraz llamarada cegara sus ojos. El globo solar se acercaba a ella a toda velocidad y ella estaba asida al mástil de un gran barco que zozobraba sobre un mar rojo sangre. Gritaba y pedía ayuda pero nadie acudía. Llamaba a los piratas que hasta hacía poco habían ocupado aquel barco, y no había respuesta. Tal vez estaban muertos o demasiado ocupados bailando boleros en las Seychelles. Llegó a suplicar a su madre y a Toni, que la observaban desde unas gradas lejanas.

Tras el impacto de una gran ola que la bañó de sangre extraña, Ruth recordó que sabía pilotar barcos y aferró con fuerza la rueda del timón. La tormenta seca comenzó a calmarse pero el peligro del sol perduraba. Cada vez estaba más cerca. Cada vez hacía más calor.

Un ruido persistente, como el tictac estruendoso de las agujas de un reloj, empezó a taladrarle los oídos. Tras las montañas de fuego debía de ocultarse aquel reloj gigante y antiguo. Sin previo aviso, el calor de las llamas empezó a menguar y el escenario anaranjado se apaciguó hasta

tornarse gris y luego negro.

Paulatinamente Ruth comenzó a ver formas que se recortaban en las tinieblas y frente a ella apareció el contorno de un armario y el respaldo de una silla de madera. Se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos y de que estaba tumbada en la cama del que desde hacía poco era su dormitorio. A lo lejos se oía un repiqueteo sordo, como si un pájaro carpintero estuviera trabajando a deshoras.

Levantó la cabeza, aturdida, y comprobó en el reloj digital que no hacía ni una hora que se había acostado. El ruido volvió a sonar en la otra punta del ático y Ruth supo que no era parte de su sueño. Su cuerpo se puso en tensión y se agazapó en silencio dentro de la cama. Aguzó el oído. El golpeo era acompasado y suave al otro lado del pasillo, hacia el salón y la cocina. Alguien llamaba discreta pero insistentemente a su puerta.

Ruth contuvo la respiración esperando que los golpes cesaran, pero según pasaban los minutos se volvían más tercos. El suave martillar empezó a sacarla de quicio y, conteniendo un juramento para no hacer ruido, decidió ir a ver qué pasaba.

Se levantó de la cama despacio para no hacer crujir el somier y avanzó a tientas y descalza por el pasillo de gres. A medida que se acercaba a la fuente del sonido, este se hacía más intenso pero mantenía su ritmo lento y acompasado. Ruth se deslizó hasta la cocina y cogió un

largo cuchillo del escurridor.

Con el miedo pintado en la cara se acercó sigilosamente a la mirilla. Las llaves seguían puestas en la cerradura y la cadena de seguridad en su lugar. Apoyó con cuidado las dos palmas en la puerta y se puso de puntillas. Siempre había temido, de una manera absurda e infantil, que al otro lado hubiera alguien con una pistola que le pegara un tiro a través del cristal cóncavo de la mirilla.

Aferró el cuchillo con la mano derecha y con la izquierda apartó la pequeña tapa metálica. Fuera estaba la cabeza descubierta de Hugo Correa y uno de sus brazos que descansaba apoyado contra la puerta. Estaba pálido y tenía el rostro desencajado.

Volvió a la cocina para dejar el cuchillo y se sentó en el sofá escuchando los golpes rítmicos a menos de seis metros de ella. Cruzó los brazos sobre la camiseta con el logo de Superman. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí Correa, pero no parecía dispuesto a renunciar en su empeño.

Era probable que el ruido terminara por alertar a los vecinos y, por consiguiente, a la policía. Por otro lado, Correa no tenía pinta de estar allí para molestarla o divertirse, parecía necesitar ayuda. No sabía qué le daba más miedo.

Todavía con los brazos cruzados y una mueca de resignada determinación, dio tres largas zancadas sin ningún cuidado hacia la puerta, retiró la cadena, giró la

llave y la abrió.

—Pasa.

Correa se lo agradeció con un asentimiento de cabeza y se arrastró tambaleándose hasta el sofá mientras ella cerraba y volvía a echar la cadena. Una nube de alcohol, sudor y antisépticos le hirió en la nariz. Bajo una chaqueta que le venía pequeña llevaba una bata de papel como las que ponen en los hospitales. Los pantalones estaban cubiertos de tierra y manchas.

—¿Puedo dormir aquí? —preguntó él sin darle tiempo a decir nada.

Ruth asintió y rodeó el sofá para echar las cortinas. El cielo todavía era azul oscuro, pero en menos de una hora amanecería.

—¿Tienes algo de ropa? —preguntó Correa mientras ella encendía el fluorescente de la cocina.

Ruth le indicó con un gesto que esperara y se encaminó hacia su dormitorio. Dudaba de que a Correa le cupieran sus vaqueros de la talla treinta y seis o sus camisetas S. Las únicas piezas de ropa de Toni que conservaba eran la camiseta que llevaba puesta y unos pantalones de deporte que usaba para dormir en invierno.

En el armario rebuscó entre la ropa hasta encontrar los pantalones grises y lavados mil veces. Sacó también un vestido blanco de verano que cambió por la camiseta. Se miró en el espejo de la cómoda y se vio los labios contraídos y los ojos de hielo que tantas veces le había

echado en cara su madre.

Algo dentro de ella pugnaba por echar al Gallego a patadas, gritándole que no era asunto suyo lo que hubiera hecho y que se buscara otro lugar donde lamerse las heridas. Sabía que debía sentir compasión y alegría por que fuera él, y no el cerdo calvo, quien había salido vivo, pero no era así. No sentía nada, y esa ausencia le hacía saberse terriblemente egoísta y al mismo tiempo asustada de su propia indiferencia.

Regresó a la sala con el pantalón y la camiseta todavía tibia en la mano y se los lanzó a Correa por encima del sofá. Él no hizo ningún esfuerzo por atrapar las prendas al vuelo y dejó que cayeran al suelo. Había cogido un cigarrillo del paquete de Marlboro que ella tenía sobre la mesa y sostenía otro encendido entre los dedos. Se lo alargó a Santana.

—Gracias. Solo tengo eso —aclaró señalando la ropa. Fue a la cocina y sacó una taza del armario.

El Gallego recogió las prendas con un gesto de dolor.

—Dame diez minutos.

Se levantó y se dirigió al baño con la espalda encorvada bajo un peso invisible. Ruth se preguntó si le dolería algún golpe o si tendría alguna herida más grave. Le sorprendió aquella cortesía de Correa, aquel miedo a molestar. Como si fueran las dos de la tarde de un domingo cualquiera y se hubiera dejado caer por allí para tomar el vermut en vez de aporrear su puerta a las cinco

de la mañana huido de un hospital.

Correa tardó más de diez minutos en salir del baño. Ruth oyó correr el agua y pararse a intervalos muy cortos. Sacó una caja de ibuprofeno y otra de Gelocatil y las dejó en la mesita baja, frente al sofá. Entreabrió una de las ventanas, encendió el ventilador y colocó una bajera en el sofá y una sábana junto a los cojines que hacían de almohada. Como el agua todavía corría, preparó una jarra de té frío y unos frutos secos y calentó una taza de caldo de tetrabrik en el microondas.

Mientras colocaba la taza humeante junto a un vaso grande de agua sobre la mesa baja, Correa abrió la puerta del baño y entró en la galería contigua. Dos minutos después la lavadora empezó a funcionar. Ruth recuperó su lugar encaramada a un taburete, tras la barra que separaba la cocina del salón, y vio a un Correa mucho más aseado dejarse caer en el sofá.

—Gracias —le dijo.

Santana hizo un gesto ambiguo con la mano y se sirvió té con menta en un vaso mientras reprimía una sonrisa burlona. La camiseta con el logo de Superman le quedaba muy tirante en el pecho y, junto a los pantalones de gimnasio, parecía recién salido de una sauna gay del Eixample.

Correa había fijado la mirada sobre el montón de libros donde descansaba el zapato de suela roja que le había enviado por mensajero unos días antes. Sonrió más

relajado ante aquel objeto encantado que había presidido tantas noches de soledad.

Ruth espió su perfil demacrado, volvió a sorber su té helado y picó un par de nueces. Luego se fijó en la marca de un golpe reciente en la base del cuello, que estaba enrojecida y se empezaba a hinchar.

Él también bebió de su taza humeante y se tomó una de las pastillas. Ruth era consciente de que su mirada y su silencio la hacían parecer hostil y contenida, como una mina antipersona que solo necesita que el condenado de antemano levante un poco el pie para explotar en mil pedazos, pero no le importaba lo más mínimo. No era ella quien había irrumpido en casa de otra persona a las cinco de la mañana.

—¿No quieres saberlo? —dijo él finalmente.

—¿Saber qué?

—Qué hago aquí.

—No sé si quiero. Pero si tú quieres contármelo, adelante.

La expresión del herido cambió y pareció mucho más viejo y cansado.

—No me llamo Hugo Correa.

Ruth asintió, era algo que ya había pensado.

—Pero no me dirás cómo te llamas en realidad porque tendrías que matarme —se burló.

—No. —Se rio él—. El nombre real no importa, es

fácil de encontrar, me llamo Antonio Carballo Balboa y el hombre al que acabo de matar lo sabía muy bien.

Ella luchó por mantener la expresión serena. No esperaba que se lo confesara a bocajarro.

—Continúa —lo animó y le indicó con un gesto que le alcanzara otro cigarrillo.

—Vengo de O Grove, un pueblo pesquero de Galicia, en la costa de Pontevedra. —Mientras hablaba sacó dos Marlboro y los encendió al mismo tiempo. Inhaló, se levantó y se acercó a Santana para dejarle el cigarrillo encendido entre los labios. Ella no rechazó el gesto pero le lanzó una mirada helada cuando dos de sus dedos ásperos le acariciaron la mejilla por accidente—. Nací y me críe allí. Soy hijo, nieto y sobrino de pescadores... Te cuento esto para que entiendas que yo no debería estar aquí.

»Faené desde los catorce años, a los dieciséis embarqué en mi primer gran pesquero y a los veintiocho, muy tarde, me casé con una asturiana que había venido a trabajar de enfermera a Galicia. Un par de años después dejé la pesca industrial y me asenté en Vigo. Quería hacer lo que todo el mundo: sentar la cabeza, tener dos o tres críos que harían lo mismo que yo y cuando me hiciera viejo pasarme las mañanas en el Ultramar, un bar del puerto, viendo a los jóvenes descargar.

—Pero no lo hiciste.

—Bueno, eso era lo que quería hace unos ocho años

pero me puse a patronear barcos de recreo para turistas de interior, hice pequeños arreglos en el puerto, llegué a limpiar cascos... Nada que me diera lo suficiente para plantearme en serio formar una familia, el tipo de familia que quería yo. Una casa que no fuera la miseria, ¿comprendes? Ahora no sabes cuánto me alegro. — Apagó la colilla en el gran cenicero vacío y levantó unos ojos repentinamente dulces—. Los críos lo habrían complicado todo.

—¿Complicado el qué? —preguntó Ruth dándole la última calada a su Marlboro. Aquel discurso la divertía y la entristecía al mismo tiempo. Le sonaba demasiado familiar.

—En Galicia hay una manera de hacer dinero, no mucho al principio, pero puede...

—Contrabando —cortó ella con un tenue brillo de interés en los ojos.

—Algo así, esa es una manera poética de decirlo, más bien es tráfico de drogas. No te voy a aburrir con los detalles, solo te diré que empecé a trabajar para Mauro Veiga, un capitoste de la zona que estaba en alza. No me mires así, sé que podría haber hecho otras cosas, podría haber entrado a trabajar para otro o vuelto a los grandes pesqueros, donde siempre necesitan gente, pero entonces no quería aquello. Estaba enamorado, quería estar en casa, cuidar de mis padres, dormir con mi mujer, ver nacer a los críos. Yo qué sé... No quería pasarme seis meses al año

en alta mar. —Se rio en silencio, de una broma que solo había entendido él, y continuó con algo cercano a la súplica en la voz—: Ruth, no tengo estudios. No sé hacer nada más que esto. Pilotar barcos, manejar maquinaria, cargar y descargar toneladas de bacalao.

—No te juzgo.

—Por tu cara diría que sí.

—No hagas ningún caso de mi cara, escucha mis palabras. —Dio el último sorbo al té helado—. Me decías que empezaste a trabajar para un tal Mauro Veiga, supongo que para aclararme por qué has matado a un hombre esta noche.

—Veiga es uno de los mayores narcos de Galicia. Sobrevivió a la purga de finales de los noventa y se mantiene gracias a sus contactos en Italia. Por lo que yo y toda Galicia sabemos, los italianos controlan la distribución de gran parte de la cocaína que llega a Europa desde México y una de las entradas de esta mercancía es todavía la costa gallega. Eso da dinero a muchísima gente que, si no, no tendríamos dónde caernos muertos. Yo estuve trabajando para él ocho años, hasta que Rosadelia se fue.

—¿Tu mujer?

—Mi hermana. —Un gesto de dolor contenido cruzó la frente de Correa—. Mi exmujer se llama Isabel y me dejó también por esas fechas. Se volvió a Asturias, pensaba que yo no tardaría en matarme en el mar y no quería ser

una viuda de la mafia, como las llamaba ella. Lo más absurdo es que yo me metí en los negocios de Veiga por ella, para tener una familia.

Ruth no sabía qué habría hecho en la piel de aquella mujer. Probablemente no casarse con alguien como Correa.

—¿Ella te lo pidió?

—No.

—Pero tú sentías que no le estabas dando lo que le habías prometido.

Correa asintió con un brillo remoto en los ojos.

—No vale la pena hacer promesas —zanjó Ruth y él volvió a la realidad con un pestañeo, como si le hubieran dado un golpe y todavía estuviera aturdido.

La vio trastear por la cocina, descalza tras la barra americana, e intuyó una vez más que no podría hacer nada para domar aquellos ojos glaucos, que si alguien caía en una trampa allí, sería él.

—Me hablabas de tu hermana.

—Sí, hasta hace poco no he comprendido a Rosadelia. Pensaba que era una mujer infantil y superficial a la que habían cegado los oropeles del narco.

—¿Y no era así?

—Ya no lo creo.

—¿Por qué?

Ruth aprovechó para servirse otro té con un montón de

cubitos de hielo.

—¿Eso tiene alcohol?

—Con la cantidad de antibióticos que te habrán metido en el hospital no puedes tomar nada. Además, no tengo alcohol en casa.

Correa la miró como si fuera de otro planeta.

—Rosadelia estaba en la misma situación que yo. Era una mujer pobre, educada por monjas en un pueblo perdido y sabía que solo le quedaba casarse, compartir con alguien la miseria mientras se dedicaba a la casa y a parir un crío tras otro.

—Podría haberse mudado a alguna ciudad.

—¿Para limpiar culos de viejos o trabajar en un bar? —replicó Correa con un gruñido de lobo viejo—. Sí, claro, seguro que ella también lo pensó, pero eligió el mismo camino que yo. Conoció al tal Conte cuando vino a darle un toque a mi jefe porque los de Aduanas estaban interceptando muchas de nuestras planeadoras y enseguida supo que estaba interesado en ella. Estuvieron un año tonteando... Como ella estaba en paro, Conte le pagaba el piso y algunos caprichos. Se veían mucho aquí, en Barcelona, cuando él la llamaba, siempre de un día para otro, ella cogía un avión y se venía aquí. Al verano siguiente de conocerse, él le ofreció que hiciera de niñera de sus hijos durante el verano, para estar más tiempo juntos. Ella aceptó. Luego supe que tenía planes para sacarle algo de pasta al italiano y largarse a Alemania o a

Bélgica y buscar un trabajo allí... No supimos más de ella. —Cogió un cigarrillo más y le preguntó a Ruth si quería, ella negó con la cabeza—. Yo me sentía culpable porque creí que no se habrían conocido si no hubiese sido por mí y dejé de trabajar para el narco. La verdad es que dejé de trabajar para cualquiera. Me encerré en casa de mis padres y esperé noticias de ella. Por esa época me dejó Isabel, la relación ya estaba muy quemada, y me di cuenta de que me daba igual.

»Estaba obsesionado con Rosadelia y solo vivía para las llamadas que nos hacía diciendo que estaba bien una vez cada dos semanas. La última noticia que tuve de ella es una foto que me mandó a bordo de un yate. La recibí cuando ya estaba muerta. Indagando más tarde descubrí que hablé con ella la noche que murió, por videollamada desde el puerto de Tropea, mientras los niños dormían y los padres cenaban en tierra. La policía dijo que murió ahogada en las siguientes veinticuatro horas. Reconocí las señas del barco y lo rastreeé hasta Barcelona. Está amarrado aquí, en Fòrum.

»Una semana no llamó y tampoco la siguiente. Por aquella época estalló el escándalo de las orgías de Berlusconi y empecé a salir a los bares a leer todos los periódicos para ver si veía el nombre de mi hermana. Conte fardaba de conocerlo bien y no podía dejar de pensar en que podría haber cedido a mi hermana a aquel viejo verde. Pensé mucho en los clubs de Róterdam, de

Bremerhaven, de Vigo, de Singapur, en las mujeres a las que yo había frecuentado allí. Albanas, serbias, eslovenas, rusas, nigerianas, alguna italiana... Y de repente podía ser mi hermana. Me torturaba imaginándola... Entonces hubiera sido incapaz de tocar a una mujer sin imaginar la cara de Rosadelia y sus gritos de horror.

Ruth se mordió la lengua para no soltarle que podría haberlo pensado antes, que todas aquellas mujeres también eran hermanas de alguien, también eran alguien por sí mismas. Pero no era un buen momento para decirle aquello y en su lugar apuró la segunda taza de té. Correa, por su parte, apuró el tercer cigarrillo hasta ver cómo quemaba el filtro y buscó los ojos de la Flaca, queriendo encontrar algo parecido al consuelo. Pero en los ojos rasgados de ella solo encontró una mirada antigua y resignada, que guardaba una cólera lúcida. Imaginó que sería la misma que surgía de todas las mujeres cuando les contaban aquel tipo de historias.

—Un día mi padre me entregó un sobre con el membrete de la Policía Nacional fechado dos semanas atrás. Me dijo: «Lo siento, rapaz, no quería darte un disgusto». Dentro había una carta de la policía y un montón de recortes de prensa. Hacía un mes que Rosadelia estaba muerta y todo el mundo parecía saberlo menos yo. Comprendí las miradas turbias de los hombres de Veiga y los silencios de mi madre. Todos esperaban mi reacción, mi venganza, o que desapareciera roído por la

vergüenza.

—Vaya... —murmuró Santana enarcando una ceja.

—Funciona así. Poco después un gran alijo mexicano que debía recoger Veiga fue interceptado a pocas millas de la costa por tres barcos aduaneros. Alguien se había ido de la lengua y todos me señalaron a mí, aunque yo no sabía ni que iban a desembarcar aquel material. Pero conocía a gente que lo sabía. Salí de Galicia aquella misma noche y no paré hasta Barcelona, donde sabía que estaba amarrado el *Pompeo*, el yate en el que habían matado a mi hermana. Estuve pensando en qué podía hacer durante las treinta horas de viaje, y antes de poner un pie en la estación de Francia ya me había convertido en Hugo Correa.

—Entonces es una historia de venganza... —dijo Santana jugando con el cuenco vacío de frutos secos.

—Supongo que sí. —Correa soltó una risotada amarga.

Una sombra de barba le oscurecía las mejillas y los ojos ardientes como brasas la miraban sin verla. Ruth se fijó en una cicatriz que asomaba por la clavícula y se acordó de Arteaga. Parecía que ninguno estaba entero. Volvió a ver en Correa aquel destello denso que la ponía a la defensiva.

—Bosco y Canales me contaron que os conocisteis en la calle.

—Sí, es uno de los mejores sitios donde esconderse, pero no fue algo que tuviera pensado. Es más simple que

eso. Me había gastado todo el dinero en viajar de forma segura hasta Barcelona y no podía ir a un cajero. Deambulé durante unos días por una ciudad extraña y hostil. No podía buscar un trabajo legal porque si usaba mi nombre sabía que tarde o temprano me localizarían y las cosas estaban demasiado calientes como para pedir ayuda a conocidos. Tampoco me interesaba exponerme demasiado porque uno nunca sabe quién puede conocer a quién y de qué... Y no tenía sentido acercarme al puerto porque era el primer lugar donde iban a buscarme. — Correa bebió un gran trago de agua. Ruth vio que en el hospital le habían puesto una vía en la muñeca y que la herida todavía sangraba—. Hice pequeños trabajitos que me permitieron realquilar una habitación un par de meses, pero cuando comenzó el invierno acabé en la calle. La calle es más dura que cualquier puerto, que los veinte bajo cero de aquel barco de Canadá, que las manos sangrando o saberte solo en medio de la tormenta, incluso que la muerte de Rosadelia. Porque todo lo demás tiene un final, incluso un porqué... Si te mata la mar, te mató, es algo rápido, como un cartucho de dinamita explotándote en las manos. Ya está. Todas las heridas curan o matan, aunque sigan doliendo de vez en cuando. Pero en la calle estás solo rodeado de un montón de gente que te desprecia; de otra que está en la misma situación que tú y que, sin tener nada personal contra ti, querría que desaparecieras del mapa.

»Esos años me permitieron enfriar los ánimos y dejar

pasar el tiempo porque la supervivencia diaria, el no saber dónde vas a dormir o qué vas a comer al día siguiente, el desprecio de todo el mundo, no me dejaba espacio en la cabeza para nada más. Poco a poco dejó de hervirme la sangre pero no me serené por completo... Era como un día de mar calmo que esconde fuertes corrientes. —Se inclinó hacia delante y disimuló una mueca de dolor. Ruth escuchaba sin querer interrumpirle, saciando una curiosidad voraz de la que hacía unas horas apenas era consciente—. La calle te absorbe por completo y desafía todo tu sistema de vida... No sabía si me daban por muerto, pero podrían haberlo hecho sin miedo a equivocarse, sentía que se me empezaba a ir la cabeza, como a muchos a los que conocí aquellos días. —La cara se le iluminó con una sonrisa febril y pareció mucho más joven—. Hasta que conocí a Bosco y Canales. Al principio no me fiaba de ellos. Los creía polis, enviados de Veiga, de Conte, tardé meses en contarles esta historia y no la supieron entera hasta hace muy poco, hasta que les propuse el último golpe.

Ruth se sorprendió por la ingenuidad de un lobo viejo como Correa. Por lo que él sabía de ella, podía ser una espía de aquellos mafiosos y estar apuntándole con una pistola que sacara del canalillo como las mujeres fatales de las películas en blanco y negro.

—¿Cómo empezó toda esta historia de los cajeros, y el último golpe?

Correa se levantó del sofá con el vaso vacío en la mano y se acercó a la barra, hasta apoyar los codos en ella, a dos palmos de Santana. Incluso sentada en el taburete le sacaba más de una cabeza.

—Después de más de un año compartiendo cajero con Bosco y Canales, vi en un periódico viejo que unos tipos de Badalona estaban reventando cajeros con acetileno. Conocía el gas porque lo había visto usar en los barcos para soldar, pero nunca me había planteado que pudiera usarse para hacer que algo explotara. En el periódico incluso ponían cómo hacerlo... Conseguí algo de gas y estuve haciendo pruebas en una nave a las afueras, temí volarme las manos un par de veces, pero al final conseguí hacerlo de manera estable. Lo demás ya lo sabes. Comenzamos a planear golpes y a reclutar gente, Bosco se encarga de conseguir el material y Canales, que trabajó mucho tiempo en un banco, de ofrecernos objetivos y llevar las cuentas. Los chicos siempre son de ayuda para gestionarlo todo.

Ruth sabía que se estaba alejando de la historia que había empezado a contarle y acercándose demasiado a ella. Rodeó la barra y recogió de la mesita el cuenco de caldo vacío. Lo puso junto a su vaso en el fregadero. Correa seguía mirándola desde la barra con una expresión de animal al acecho o como si fuera el ser más fascinante de la creación. Ruth se apoyó en la encimera de la cocina.

—El tío al que has matado hoy, ¿era con el que se fue

tu hermana?

—No, ojalá fuera tan fácil —respondió Correa con una mueca siniestra. Llenó el vaso con agua de una jarra y recuperó su lugar en el sofá.

—Aún no me has contado por qué lo has matado —dijo Ruth empezando a fregar los cacharros.

—Para que él no me matara a mí. Lo habían enviado a hacerlo, era cuestión de tiempo. Necesitamos unos días más.

Ruth se volvió. El agua del fregadero le había mojado el vestido. Sintió frío.

—Así que no ha sido venganza.

—No —confirmó él, y pareció triste al decirlo.

Ella se frotó los ojos y apagó el fluorescente de la cocina. Solo le quedaba una duda por resolver.

—¿Por qué venías con una bata de hospital?

—Porque en la refriega me llevé esto. —Correa se llevó una mano al costado y levantó la camiseta gris dejando al descubierto una gasa que le cubría los riñones.

Alrededor de la gasa la piel era oscura, del mismo color que el cuello o los brazos, y podía verse el final blanquecino de la cicatriz que empezaba en la clavícula.

—Y el otro, ¿cómo ha quedado? —bromeó apoyada en la jamba de la puerta de la cocina.

—Peor.

—¿Estará mañana en los periódicos?

—No, todavía no.

Ruth se acercó a la cortina y atisbó por el este destellos ambarinos que dejaban entrever las sombrías figuras de los gatos durmiendo sobre las planchas de metal de los tejados.

—Todo lo que me has contado no justifica nada.

—No —convino el Gallego con voz queda.

—Pero yo habría hecho lo mismo.

Se distrajo con el movimiento sutil de un gato atigrado y se volvió a tiempo para ver a Correa acercarse a ella con hambre en los ojos y decisión en los gestos.

—Siéntate —ordenó sin moverse.

Correa obedeció y Ruth se permitió un suspiro discreto.

—Una biografía interesante —murmuró mientras se acercaba al respaldo del sofá.

—¿La tuya no lo es?

Santana apoyó las muñecas sobre el respaldo sin llegar a tocarlo.

—Mi historia es mucho más convencional.

—Quiero oírla.

—Ya la conoces —dijo Ruth mientras rozaba con las yemas de los dedos la tela gris de la camiseta que todavía debía de oler a ella—. Te la conté en la catedral. Además, yo tengo sueño. —También podía oler su champú en el pelo seco de Correa, su cabeza le quedaba a la altura de la barbilla—. Tiene que ver con las expectativas y lo que le

pedimos a los demás y a nosotros mismos. Es una historia de matrimonios que se destrozan mutuamente y de personas que no han aprendido a estar solas. Mira, yo no sé si quiero una vida de pirata. —Vio tensarse los músculos de su mandíbula y se preguntó cuál de las sonrisas sería, si la de lobo o la de bucanero, y si realmente habría alguna diferencia—. Yo ahora quiero estar tranquila, porque estoy muy cansada. Muchas mañanas querría quedarme en la cama y dejarme morir. —Ruth le palpó el cuello hasta encontrar el golpe que le había dado el otro, presionó la contusión levemente con dos dedos hasta que Correa ahogó una queja sorda. Él levantó las manos para tocarla y Ruth volvió a susurrarle que se quedara quieto—. Yo ahora tengo que construir un mundo nuevo, porque todo en lo que me habían educado para creer se ha derrumbado llevándome consigo y ahora, bueno, tengo que decir que gracias a ti, a un desinterés que tú tienes y que yo no tengo, estoy empezando a sacudirme el polvo de las ruinas. —Ruth acercó su cara a la mejilla de él sin llegar a tocarla. Sus manos reposaban inertes sobre los hombros del gigante—. Además, yo no he tenido una mujer en cada puerto, marinero, y quiero tenerla.

—Barcelona tiene puerto.

—No. —Se rio ella—. De momento no me vale.

Ruth se alejó hasta la esquina del pasillo. Las finas cortinas comenzaban a teñirse de malva.

—Duerme —dijo mientras se volvía sin una última mirada que la hiciera dudar.

Cerró la puerta del dormitorio tras ella. Le recorrió un escalofrío que hacía mucho que no sentía y apoyó la espalda contra la madera fría de la puerta. Le pareció oír pasos en el salón y aferró con fuerza el pomo cromado. Miró a su derecha y encontró la cómoda en la que guardaba la ropa de cama. Arrastró el mueble el metro escaso que necesitaba para bloquear la puerta del dormitorio. Al menos impediría que nadie entrara o saliera sin meditarlo antes.

Mientras se quitaba el vestido blanco miró en el espejo del armario sus ojos enrojecidos y las ojeras pronunciadas. Se metió en la cama desnuda, sintiendo cómo el tacto áspero del algodón le mordía el cuerpo y no queriendo imaginar que eran las manos de Correa.

La despertó el sonido martilleante de la vibración del móvil en la mesita de noche. Lanzó un corto gemido y buscó el aparato a tientas, con los ojos medio cerrados. No recordaba haber dejado puesto el despertador. Apretó el primer botón con el que dieron sus dedos y se dio media vuelta en la cama. «Hola, ¿Flaca? Flaca, ¿estás ahí?» Ruth se volvió confusa y miró de nuevo el aparato. La voz de Canales le llegaba desde muy lejos y la pantalla iluminada marcaba un número que no conocía. Cogió el

móvil y lo pegó a su oreja.

—Dime —dijo con voz adormilada.

—¿Estabas durmiendo? Perdóname. Solo te llamaba para preguntarte si todo iba bien, si habías hablado con el del colmado.

Ruth intentó recordar qué significaba aquella clave... El del gas era Bosco; el del parking, Canales; el pintor al que se le tenía que pedir presupuesto, el Niño; el del colmado, Correa.

—Sí —respondió Ruth reprimiendo un bostezo—, yo ya me he hecho cargo de la compra.

—Ah, muy bien, muy bien —suspiró el otro perceptiblemente aliviado—. Pues un beso y hasta otra.

Ruth colgó el teléfono riéndose entre dientes. Según el reloj digital era la una y media del mediodía. Hacía un calor espantoso. Pese a haberse deshecho de la sábana, seguía teniendo calor. Se juró que, si todo salía bien y se hacían tan ricos como el Gallego prometía, instalaría un aire acondicionado el verano siguiente.

Intentó volver a dormirse pero la llamada, la luz, el calor y el ajetreo que una vez despierta percibía en el edificio, la habían desvelado. Alguien tenía puesta la televisión en el piso de al lado y la voz chillona y robotizada de una presentadora aullaba a través de las paredes. También se oía el entrechocar de cazuelas y el golpear de un cuchillo contra una tabla de madera. Las risas de unos niños. El ladrido de un perro pequeño,

seguramente el de su casera, la señora Dalmau.

Se levantó de un salto y se puso el mismo vestido que llevaba la noche anterior. Antes de salir al pasillo, tuvo que apartar la cómoda de la puerta. Después de pasar por el baño, se acercó sin hacer ruido al salón. Correa seguía durmiendo en el sofá de cabaret, tapado con la sábana. El pantalón que llevaba cuando llegó estaba tendido en la repisa de la ventana, donde le daba el sol, y la ropa que le había prestado estaba en el suelo.

Cuando el olor a café caliente empezó a inundar la cocina, vio a Correa revolverse y quejarse en el sofá.

—Ha llamado Canales.

—¿Qué ha dicho?

—Quería saber si estabas bien.

Ruth llenó una taza de café y le añadió dos grandes piedras de hielo y una cucharada de azúcar.

—¿Quieres?

Aún tumbado, asintió con la cabeza. Ruth preparó otra taza y la llevó a la mesita baja. Correa se incorporó en el sofá y ella pudo ver el apósito en la espalda, la sangre había llegado a manchar el esparadrapo hasta los bordes.

—¿Duele? —preguntó arrodillándose junto a la herida.

—Me duele todo.

—¿Estás seguro de que no necesitas más antibiótico?
—preguntó acercándose para ver mejor el color negruzco de la sangre.

Correa le acarició el pelo con la palma de la mano. Ruth le miró arqueando una ceja y se levantó de un salto.

—Mira, Edmundo Dantés, que si ahora te mueres de una infección de caballo sin haber llevado a cabo tu venganza... —Y se volvió a la barra.

—¿Edmundo Dantés?

—Es un personaje de una película o de un libro, no lo sé, un hombre que quiere vengarse de quienes lo metieron veinte años en la cárcel.

—¿Y lo consigue? —preguntó acercándose la taza a los labios.

—Podría decirse que sí.

Ruth sacó un par de paquetes de galletas de un armario y los abrió para comprobar que no estaban vacíos. También sacó un tarro de margarina de la nevera y un cuchillo.

—No es el Ritz —dijo lanzando el paquete más lleno hacia el sofá—, pero esto te pasa por llegar más tarde de la hora del *check-in*.

—Es mejor que lo que he comido toda la semana. —Apartó la sábana y se levantó del sofá.

Tenía la piel oscura, de la misma tonalidad en todo el cuerpo, como si llevara toda la vida trabajando desnudo en el mar. Menos vello que Toni y un cuerpo más robusto, con los muslos fuertes y la cintura ancha y sólida. Aparte de la cicatriz que le atravesaba el pecho, pudo contar dos más, una redonda en el bajo vientre y otra alargada en la

pierna izquierda, más algunos tatuajes desvaídos. Era un cuerpo bello y Ruth se dio cuenta de que no le importaría quedarse allí mirándolo toda la tarde. Se apenó de solo haber visto a un hombre desnudo en su vida. Bueno, pensó cogiendo otra galleta y untándola con una gruesa capa de margarina, con este dos. Se prometió ver unos cuantos más antes de morir, si todavía estaba a tiempo.

—Anda, vístete —dijo cuando la erección se hizo demasiado evidente.

Correa tardó un poco más de lo que ella hubiera deseado en reaccionar.

—Ya voy, ya voy... ¿Tanto te molesta?

—No sabía que esto fuera un mercado de esclavos, ¿enseñando la mercancía antes de venderla? —replicó con esmerada indiferencia.

Correa se vistió con gestos lentos pero bruscos bajo la curiosa mirada de Santana. Al verle otra vez la camiseta de Superman, pensó que ganaba bastante más desnudo y que ya no parecía un gay del Eixample salido de una sauna, sino uno recién levantado. Correa tomó su taza de café de un solo trago y volvió a encerrarse en el baño.

Cuando salió, Ruth había tenido tiempo de poner sus ideas en orden y fumarse dos cigarrillos. El juego había sido divertido pero tenían negocios que tratar.

—Ahora vas a contarme el dichoso golpe maestro y la gran venganza.

Correa se sentó en el sofá, sacó una pastilla del blíster

de plástico y se la puso entre los labios.

—De acuerdo —dijo.

—¿Has mirado cómo está la herida?

Correa negó con la cabeza.

—Déjame verla —dijo ella, pero en vez de acercarse al sofá se dirigió al baño, de donde volvió con un pequeño botiquín—. Tienes suerte de que las botas del trabajo me rocen por todas partes. Túmbate boca abajo.

El Gallego le lanzó una sonrisa depredadora pero obedeció y Ruth despegó el apósito para ver que ocho de los burdos puntos cosidos con hilo negro parecían en su sitio pero dos tenían sangre seca y pus alrededor.

—Se está infectando —dijo desgarrando el envoltorio de la gasa limpia y abriendo el frasco de alcohol—. Háblame mientras trabajo.

—A ver, por dónde empezar, mi capitán. Joder —se quejó cuando le aplicó la gasa—. A la mafia no se le puede robar, te persiguen, te encuentran y si no es a ti, a tu familia, a quien sea mientras puedan hacerte daño.

—Pero tú lo estás haciendo —comentó Ruth con el yodo en la mano.

—Yo estoy intentando... estafarles, que no sepan nunca quién ha sido o, si lo saben, que no puedan encontrarme.

—¿Y tu familia?

—Ya no tengo familia, mis padres murieron hace dos años. No tengo a nadie más.

—¿Y todos los demás que están metidos en esto?

Hugo Correa volvió el rostro sobre el brazo del sofá y se enfrentó a los ojos fríos de Santana. Se le formaba una arruga apesadumbrada en la frente.

—Pondrán todos sus esfuerzos en mí, yo soy el capo; los demás, mercenarios pagados. Aunque si fuera uno de ellos, tampoco querría que me encontraran.

—¿Ellos lo saben?

—La mayoría sí.

—Pero no todos —replicó mientras terminaba de sujetar la gasa limpia con el esparadrapo.

—No.

—Yo no lo sabía.

Correa se volvió de medio lado y la sujetó del brazo.

—Tú no has hecho nada. Aunque no sé si ha sido un error venir aquí esta noche.

—Alguien..., quien sea, ¿podría venir a preguntar?

—Sí.

—¡Pues qué bien! —dijo soltándose y volviendo a la barra—. ¿Y qué les digo? ¿Que escogiste un piso al azar?

—Lo que quieras, menos la verdad, esa no se la van a tragar.

—No te han seguido, ¿verdad? —No quería dormirse cada noche con miedo a que unos sicarios entraran en el piso y la mataran o algo peor.

Correa frenó a tiempo el gesto de cogerla por la

barbilla. Los ojos de Santana volvían a mostrar la calma glacial de la noche en la catedral. Lo que fuera que él había creído ver en ellos había desaparecido.

—No.

Ruth se volvió con un gesto brusco y se llevó la cafetera a la cocina.

—Por cierto, anoche me quedé con ganas de preguntarte una cosa. Vi tu pasaporte de Hugo Correa, ¿de dónde lo has sacado?

—Todo el mundo tiene sus fuentes.

—Ajá... Sigue con el plan.

—La casa que vamos a asaltar es de Veiga. Tiene tres repartidas en la costa catalana y las usa de enlace para transportar la droga, guardar el dinero negro que aún no ha podido blanquear o, muy pocas veces, acoger a gente que tiene problemas con la pasma. Vamos al chalé donde tiene la mayor parte del dinero.

—¿Cuánto?

—Por lo que hemos visto a través de las ventanas, varios cientos de miles de euros.

Ruth lo miró con los ojos tan abiertos que le dolían.

—¿Quieres llevártelo todo?

—Sí.

—¿Y hacer algo más?

—Tal vez atraer a la policía.

—Así que quieres joderle la vida. —Ruth sintió una

punzada de remordimiento, pero se acordó de un documental sobre la heroína en Galicia que había visto en la televisión y el ligero sentimiento de culpabilidad se esfumó como una voluta de humo—. ¿Y al otro?

—Para el otro preparo algo diferente.

Ruth repasó los puntos negros y las preguntas que le asaltaban sobre cuestiones que no sabía si Correa tendría resueltas. Todo se parecía demasiado a una película de mafiosos.

—Me has contado un cuento muy bonito —dijo finalmente—, pero ¿puedes decirme ya qué pinto en todo esto?

Transcripción de la denuncia hecha por el ciudadano
Ferran Casals el 9 de agosto del año 2014.

Subinspector Salvador: Cuéntemelo otra vez, por favor.

Ferran Casals: Bueno... Pues yo estaba en mi barco.

Subinspector: ¿A qué hora llegó al barco?

Casals: A las diez, más o menos.

Subinspector: ¿Puede decir, para que conste, el modelo y la matrícula?

Casals: Es un yate de recreo, un Guy Couach 1701 del 91, el número de matrícula es 7^a-BA-3-003-92, está a mi nombre.

Subinspector: Gracias, continúe.

Casals: Llegué allí, iba a pasar el domingo navegando con un par de amigos, ellos tenían que venir más tarde, sobre las once, y yo me había acercado algo más pronto para prepararlo todo. Lo siento, no sé cómo decirlo...

Subinspector: Solo diga lo que hizo, punto por punto.

Casals: De acuerdo. A ver, metí el champán en la nevera, comprobé el combustible y que todo el material estuviera bien, la limpieza del interior, que llevara todos los papeles, ustedes ya saben cómo van estas cosas... Después salí a cubierta a comprobar el exterior...

Subinspector: Continúe, por favor.

Casals: Tengo que decir que me olía raro, como a podrido, pero pensé que era cosa del agua del puerto. Me acerqué al bote salvavidas para comprobar que estuviera bien amarrado y que no se cayera durante las maniobras. Había un bulto en la lona. Allí olía todavía más raro, o más fuerte, temí que hubiera algún pájaro o algún bicho se hubiera refugiado dentro y que me atacara o algo así. Aparté la lona con mucho cuidado y dentro... Dentro estaba aquel cuerpo. Negro, casi momificado, cubierto de una nube de moscas que salieron en desbandada en cuanto levanté la lona. Dios, me entran arcadas solo con pensarlo.

Subinspector: Entonces, ¿qué hizo?

Casals: Llamarles a ustedes.

Subinspector: ¿Fue lo primero que hizo?

Casals: Por supuesto que sí, ¿qué quería que hiciera, bailar un vals con el muerto?

11 de agosto

—Aquí no se ve un pijo, picha —soltó una voz en la oscuridad.

Alguien la acalló y cogió a su dueño del brazo para apartarle de la puerta abierta. Todos guardaron silencio. De la sala en la que todavía no se habían atrevido a entrar no salía ningún sonido. Solo podían oír sus propias respiraciones, las de siete hombres encapuchados, pero no podían estar seguros de si entre sus tensos alientos mezclados se ocultaba alguno más aferrando una Uzi o un AK-47.

Uno de ellos se adelantó y descorrió las cortinas. Desveló una habitación rectangular, completamente inundada de billetes amontonados en ordenadas filas de diferentes colores. Billetes morados, rojos, azules, verdes, la mayoría de euros pero también dólares y pesos de diversos países, liras turcas, y billetes de los que ninguno de ellos conocía la procedencia. En la pared de la izquierda estaban las monedas, que pesaban considerablemente más y que habían decidido, tras muchas deliberaciones, no llevarse.

—¿Cómo huevos vamos a sacar todo esto de aquí? —preguntó Charro, el primero que había hablado.

—Para eso hemos traído los furgones —respondió David Muñoz—. Cada uno ya sabe lo que tiene que hacer. —Y avanzó hasta la zona de los billetes más grandes mientras todos contemplaban extasiados la sala del tesoro.

Tres de los hombres empezaron a envolver el dinero en fundas de plástico negras y a trasladar los fardos con una carretilla. Cuando lo tenían en las plataformas, dos de ellos lo transportaban hasta los furgones que esperaban frente a la puerta principal del chalé. Habían calculado que no podían tardar más de cuarenta minutos en cargarlo todo.

Mientras sellaba una funda de plástico con cinta aislante, Charro echó una ojeada preocupada a la ventana descubierta.

—¿Por qué no encendemos las luces y echamos la cortina? Así nos pueden ver desde cualquier sitio, no quiero acabar mis días con la cabeza atravesada por la bala de un francotirador.

Sus dos compañeros, Bosco y Canales, le echaron una ojeada divertida al jefe, que ya arrastraba la primera carga hasta la entrada.

—Hemos cortado la corriente —respondió el Gallego—. Y no saben que estamos aquí. Si lo supieran, no se tomarían la molestia de poner a un francotirador, Charro, vendrían aquí y nos volarían la cabeza cara a cara.

Continuaron trabajando en silencio y con rapidez. No habían pasado más de cinco minutos cuando un leve ruido metálico llamó la atención de David. Echó una mirada fugaz al jefe y este le respondió con una señal tranquilizadora de la mano. Correa y Arteaga se internaron en el pasillo del que había surgido el ruido, que nacía en la parte izquierda de la sala.

David Muñoz quedó al mando y sustituyó al jefe durante los siguientes minutos. Miraba el reloj impaciente cada vez que uno de los grupos salía a cargar los furgones y aguzaba el oído para distinguir cualquier sonido entre el ruido del plástico y la cinta aislante.

Los demás trabajaban sin pausa y aparentaban con aplomo no notar la tardanza de los dos hombres que se habían internado en la casa. Pero ellos también aguzaban el oído, respetando con escrúpulo el silencio que se había instaurado desde la última explicación del Gallego.

El primero de los tiros rompió el silencio. Después sonaron dos más, que retumbaron en el pecho de aquellos hombres como un presentimiento de muerte.

El subinspector Salvador se acercó al hospital Clínic la mañana del 11 de agosto maldiciendo el sol de Barcelona y que a su mujer le hubiera dado por cogerse las vacaciones en octubre. Todavía no habían identificado el cadáver del yate, pero el forense le había adelantado que

la víctima había muerto degollada y que había ofrecido resistencia. Tenía la mano bañada en sangre que no era suya, probablemente resultado de una puñalada que había dado desde abajo.

Salvador llamó a todas las urgencias de la ciudad para comprobar si las noches del 3 o el 4 de agosto habían atendido a un hombre sospechoso herido de arma blanca. Después de muchos trámites, preguntas y minutos de espera, una recepcionista seca y metódica del Clínic le había dicho que tal vez tuvieran algo así, pero que si quería más datos tenía que acercarse a hablar con la doctora que estaba de guardia aquella noche.

El subinspector empujó la pesada puerta de seguridad como si fuera un papel de fumar y arrastró sus más de noventa kilos, todavía en buena forma, hasta las consultas de urgencias. La sala estaba abarrotada. Frente a una de las puertas cerradas, una doctora rubia, con melena rizada recogida sobre la nuca y gafas de pasta negra, hablaba con un hombre más joven, atlético, de punta en blanco y visiblemente nervioso. Al acercarse, Salvador pudo oír como ella le susurraba, dándole un leve apretón en el brazo:

—Tú déjame a mí, no has hecho nada malo.

—¿Doctora Bosch? —preguntó el subinspector.

La mujer se volvió.

—Yo misma.

Salvador le resumió la situación; cualquier dato que

podieran ofrecerle podía resultar útil para su investigación.

—Le diremos todo lo que sepamos. Este es el doctor Casavella, fue quien atendió al paciente.

—¿La herida era de abajo para arriba? —preguntó el subinspector al médico joven.

—La lesión —aclaró Bosch sin que hubiera necesidad.

—Sí, lo sé —respondió Casavella—. Estaba en la parte baja de la espalda, entraba por debajo del riñón y se abría a lo largo, no hacia el interior, como si la persona que lo hizo estuviera en una postura extraña o no tuviera un completo control de su mano.

—Tal vez ya estaba herido —murmuró Salvador—. ¿Cómo era el hombre?

—Parecía un indigente. Un hombre más o menos de su edad y constitución, pelo oscuro, con la ropa sucia, olía a alcohol. Tenía algunos tatuajes, una cicatriz que loide que le llegaba hasta la clavícula.

—¿Que loide?

—Como enquistada.

—¿Se vería con la ropa puesta?

—Con la ropa que llevaba sí, un poco.

—¿Conservan algo del hombre, restos de ropa, sangre?

—No, todo residuo se incineró hace más de una semana, es una cuestión higiénica —intervino la doctora Bosch—. Si nos hubieran avisado antes, habríamos

guardado las muestras. —Se frotó el puente de la nariz con gesto cansado—. Pero supongo que ustedes tampoco lo sabían.

El subinspector asintió con fastidio. Una muestra de sangre les habría permitido comprobar si estaba relacionado o no con el muerto del yate.

—¿Habló? ¿Saben si tenía acento extranjero?

—No —retomó el doctor Casavella—, no contestó a ninguna de nuestras preguntas. La herida no era grave, pero llegó débil. El protocolo era tenerlo unas horas más aquí y, en cuanto entrara el turno de mañana, llamar a los centros que se ocupan de este tipo de personas.

Por supuesto, pensó Salvador mientras tomaba notas rápidas, porque hay tipos y tipos de personas y la diferencia entre el indigente apuñalado y el joven doctor pulcro y metódico es insalvable.

—¿Hicieron fotos?

—No.

—¿Lo reconocería si lo volviera a ver?

El médico joven le dirigió una mirada suplicante a su jefa, después negó con la cabeza.

—Subinspector —intervino la doctora Bosch—, mire a su alrededor, mire cómo está esto. Atendemos trescientas urgencias al día, casi todos doblamos turno y dormimos un par de horas en los catres de los despachos. No, no creo que Casavella pueda reconocer a la persona a la que buscan, no sé si es incluso usted mismo. ¡Podría ser! —

Los cristales de sus gafas se empañaron.

—Al igual que usted —respondió Salvador—, yo solo estoy haciendo mi trabajo.

Una hora antes del tiroteo, los tres furgones avanzaban sin dificultad por la carretera nacional que lleva a L'Escala. Hacía diez minutos que habían dejado a los conductores oficiales en una zona de descanso y Bosco, Correa y David iban al volante. En la parte trasera del furgón de Bosco, los demás repasaban nerviosos el plan del asalto.

—¡Estamos como una cabra! —explotó Charro liberando la tensión que se respiraba en el vehículo—. Imaginaos los titulares: «Diez tíos, entre camioneros, taxistas, mecánicos, un cocinero —añadió señalándose—, un contable..., todos sin armas, asaltan un chalé de trescientos metros cuadrados, propiedad de un conocido narco gallego en el que se guardaban varios millones de euros». En letra más pequeña: «Los hábiles ladrones aprovecharon un momento en el que los guardas de la casa estaban recogiendo en Girona al *boss* Francesco Conte y se llevaron varios millones en efectivo en menos de cuarenta minutos». Eso se llama eficacia.

Eusebio y Hans se carcajaban mientras Canales se reía por lo bajo.

—Por nuestro bien, que no salga en los periódicos —

murmuró Arteaga, sentado un poco apartado de los otros.

Oyeron unos fuertes golpes en la reja metálica que los separaba del conductor, Canales abrió la cortina y apareció la cara del extaxista:

—¡Camaradas!, ¿qué pasa ahí? Yo también quiero reírme.

El subinspector Salvador había quedado con el Inglés en un bar de la calle Escudellers. Era noche de fútbol y, aunque todavía no eran las seis, en el sucio local no había un alfiler. Mientras sorbía sin prisas su cerveza, Salvador escuchaba retazos de conversaciones a su alrededor. Algunos eran vecinos del barrio y otros turistas despistados que se alojaban en los apartamentos ilegales de aquella zona. A su izquierda, dos hinchas del Glasgow Rangers estaban a punto de darse a base de bien. Era cuestión de segundos que el antiguo boxeador que regentaba la barra los sacara de allí a rastras.

Salvador oyó una voz conocida entre las demás, a poca distancia de él:

—*Enjoy the rest of your day, go to the other side of las Ramblas!*

Cerca de la puerta reconoció al hombre con barba cana y piel rojiza, con pinta de profesor alcohólico y un ridículo gorro de *hooligan* en la cabeza. Frente a él, un grupo de jóvenes altos y rubios se encaminaba en la

dirección que su guía les indicaba.

Cuando los turistas salieron, el hombre del gorro sustituyó la sonrisa de Papá Noel por una mueca de fastidio y entró en el local.

—Hostias, estás aquí.

—Aquí estoy —contestó el subinspector con un mohín burlón—. Comprobando que el centro no ha cambiado nada desde que me fui, como mucho ha ido a peor.

El Inglés se sentó en la silla libre frente a él.

—Las cosas funcionan más o menos como siempre —dijo quitándose el gorro de *hooligan* y pasándose la mano por la calva—. Tengo otro grupo de aquí a quince minutos, así que dime, qué quieres saber.

—Estoy siguiéndole la pista a un tipo, y quiero saber lo que tú puedas decirme de él.

El Inglés paladeó la satisfacción de que la policía tuviera que recurrir a él.

—Dispara.

Salvador le resumió la descripción que le habían dado en el hospital.

—Uf, Jesús, podría ser cualquiera... —dijo el otro con un gesto teatral.

—No me jodas, Jimmy, que nos conocemos.

—Por lo que me dices, podrían ser tres —contestó marcando el número con el pulgar, el índice y el corazón.

—Pero uno se parece más que los otros dos.

—Podría ser, podría ser... —El Inglés enseñó sus dientes amarillos—. Pero este favor algún día te podría salir caro, *darling*.

El subinspector le dio a entender que estaba dispuesto a asumir el riesgo.

—Hay un tipo que tiene una cicatriz parecida. Llegó hace un par de años o tres al centro. Se movía con otros dos y al principio lo pasaron muy mal, aunque últimamente se les veía repuestos. Pero, Jesús, ya te digo yo que esos fulanos no tienen nada que ver. No, eran buenos chicos, tal vez el Gallego..., pero no.

—¿Uno era gallego?

—Ah, no lo sé, le llamaban así... al que dices que buscas. Bueno, se dicen muchas cosas de ellos, pero yo no me creo nada. Que si drogas, mujeres, atracos a cajeros, que si movían dinero, que si asaltaban casas, joyerías, que si simplemente eran pobres diablos que se habían quedado en la calle... Yo me creo más esta última.

—Cuando quieres, eres un alma cándida. —Se rio Salvador—. Ya me imagino yo tus razones para tantas buenas palabras... Por cierto, has dicho «eran».

—Porque hace unas semanas que desaparecieron del mapa, cuando quemaron aquella casa cerca del mercado de Sant Antoni.

¿El incendio del caso de Blanc? Podía ser el mismo nombre que les había dado Rita Red. Relacionado con diversos atracos. El incendio. Y ahora el fiambre.

—¿Te acuerdas del nombre, Jimmy?

La cara del Inglés se volvió pálida, parecía dudar entre la lealtad por la gente de la calle y sus propios intereses. Pero solo lo parecía.

—Hugo Correa —soltó.

El subinspector Salvador desplegó una sonrisa de triunfo. El tal Correa estaba haciendo un máster en actividad criminal. Punto por punto.

Sonó un tiro. Luego dos más. No se oyó ningún grito ni llamada de auxilio. Tampoco la caída de un peso muerto o pasos apresurados. Los hombres que embalaban, cargaban y trasladaban billetes se quedaron congelados en el movimiento que ya habían comenzado. Uno agachado sujetando la lona de plástico con una mano y un pedazo de cinta aislante en la otra, otro a medio camino entre el tesoro y los furgones. Todos escuchando, atentos a cualquier señal de vida o de peligro que procediera del pasillo a oscuras.

El primero en reaccionar fue Canales, que con gestos firmes y sin pronunciar una palabra indicó que acabaran el trabajo y salieran de allí cagando leches. Después le hizo una señal a Bosco y los dos cogieron un arma de una gran mesa de madera cubierta de colillas y desperdicios.

—¿Sabes usarla? —le susurró Bosco a Canales.

—Yo en la mili estaba en la cantina —respondió el contable, y apoyó la espalda contra la pared desde la que se abría el pasillo en el que habían desaparecido el Gallego y Arteaga—. Pero no será tan difícil.

Charro y Hans estaban desplazando el último fardo hacia la entrada. David les indicó a todos que en cinco minutos saldrían los furgones y se puso a ayudar con la carga. Tres minutos después, encendía el motor de su Renault modificado en el taller. Esperaba que los que quedaban dentro de la casa oyeran el ruido y no tardaran en salir. Enviar a alguien a buscarlos podía acabar en un segundo tiroteo. Mientras hacía tiempo asegurando la carga, intentaba no pensar en qué les habría pasado a Arteaga y el Gallego. Pero su mente hacía mucho que le había ofrecido una respuesta.

Tres tiros. Tres muertos.

Eran más de las ocho cuando el subinspector Salvador llegó al parque de bomberos del Eixample. Un gran bloque gris y rojo prefabricado que habían dejado caer en medio de un parque público, devorando la mitad de la pista de cemento que los críos usaban para patinar o montar circuitos de monopatín. Pronto haría cinco años que era provisional pero ningún político tenía interés por terminar la remodelación del viejo parque y devolver la unidad de bomberos a su lugar original. Como pasaba con

los colegios públicos o las comisarías, tendían a olvidarse del estado de las instalaciones que no solían frecuentar.

Una pancarta en la que se leía «Salvamos a personas, no a bancos» cruzaba la fachada. Jesús Salvador amagó una sonrisa amarga. Joaquín, el jefe de la unidad y amigo en los viejos días del boxeo clandestino, le había dicho que ese tipo de detalles los habían ayudado a capear el rechazo de los vecinos.

El mismo Joaquín, en uniforme, lo esperaba junto a las taquillas. Jesús entró por la puerta abierta del garaje y se dio un fuerte apretón de manos con su antiguo rival.

—Me he vuelto a mirar el informe —dijo el jefe de bomberos sin más preámbulos— y no queda nada de la casa, al menos nada que te pudiera interesar. Todas vuestras pruebas biológicas, o como las llaméis, están calcinadas.

El subinspector asintió resignado, era algo que ya imaginaba.

—¿Fue provocado?

—Sin duda.

—¿Te suena el nombre de Hugo Correa?

—Nosotros no nos ocupamos de esas cosas. Ya le pasamos el informe a tus compañeros hace unas semanas. Lo más raro del incendio fue el explosivo que utilizaron. Muy específico. Es peligroso y está en desuso, no ha sido usado de manera más o menos oficial en ningún lugar de Europa desde los primeros tiempos de la guerra de los

Balcanes.

—¿Lo habéis encontrado en algún sitio más?

—Provocó un incendio más, en la parte alta del Eixample, calle Mallorca.

—¿Y ningún cajero?

—Esa bomba es demasiado para un cajero.

Avanzaban por un pasillo estrecho con Hugo Correa a la cabeza. Según los planos que habían podido estudiar semanas antes, desembocaba en un distribuidor amplio que daba acceso a lo que el arquitecto marcaba como los tres dormitorios principales del chalé.

Ninguna bombilla lo iluminaba. Los ojos de Correa fueron acostumbrándose a la falta de luz. Cuando llegaron al distribuidor en tinieblas, distinguió los contornos de algunos muebles. Una de las puertas estaba entornada y entraba un débil haz de luz azulada.

Arteaga le agarró del brazo para detenerlo. Las otras dos puertas estaban enfrentadas a ambos lados de la primera, así que acercarse a ella podía ser una trampa mortal. Estaban en una ratonera.

Escucharon.

Nada.

Correa se situó a cinco pasos de la puerta entornada, intentando vislumbrar el interior. Nada. Se acercó un poco

más, procurando que sus pasos no se oyeran en el suelo de gres. De la sala surgió un ligero golpeteo frenético, como de alguien tecleando a toda velocidad.

Correa intuyó que la luz provenía de la pantalla de un teléfono móvil. Por suerte, él y David habían instalado inhibidores de señal que bloqueaban la recepción de la línea telefónica, y toda la instalación eléctrica y fibra óptica de la casa habían sido manipuladas por si sucedía lo que estaba sucediendo en aquel momento. Pensó que las tiendas que vendían los cachivaches que habían usado deberían ser ilegales.

El sonido de los dedos contra la pantalla cesó y segundos después la luz azul se desvaneció. Volvía a no oírse nada en absoluto. Tal vez la persona que estaba al otro lado de la puerta sabía que ellos estaban ahí. Retrocedió con cautela hasta la boca del pasillo, donde lo esperaba Arteaga.

Una figura oscura apareció en el hueco de la puerta entornada y encañonó al vacío. No era más que un muchacho. Sus ojos todavía tenían que habituarse a la oscuridad y blandía el arma frente a él como si fuera una espada. Correa pensó que, si hubieran tenido armas de fuego, el chico habría sido un blanco muy fácil. Pero no las tenían y si el muchacho lo adivinaba, saldría tras ellos y los cazaría uno a uno.

El chico paró en seco, por fin seguro de un objetivo, y desvió la pistola hacia su posición. Aquel chico iba a

disparar. Hugo Correa inició el movimiento de escudarse contra la pared. La primera detonación rasgó el aire. Notó un calor cortante. El brazo le quemaba mientras su espalda resbalaba hasta el suelo. Tanteó con la derecha la funda del cuchillo de pesca. Poco podría hacer aquello contra una pistola, pero si lograba llegar hasta él con vida, lo destriparía. Y eso les daría tiempo a los demás para salir de allí.

Dos detonaciones más resonaron contra los tabiques. Hugo Correa aferró la navaja en el puño y tanteó con los pies en busca del cuerpo de Arteaga. No lo encontró. El exsoldado debía haber pensado lo mismo que él y se había expuesto saliendo al recibidor.

Gateó hasta asomarse a él. Un cuerpo bloqueaba el paso hacia la sala en la que estaba el chico. Intentó aguzar el oído pero solo oía la sangre bombear dentro de su cabeza.

Alguien lo cogió con fuerza del brazo y Correa lanzó una puñalada que el otro bloqueó sujetándole la diestra con mano de hierro.

—Tranquilo —le susurró la voz ronca de Arteaga.

Correa reconoció a su amigo en la oscuridad. Este, con un gesto del brazo, le indicó que mantuviera bloqueada la puerta de la derecha del distribuidor mientras él comprobaba las demás.

El exmilitar se arrimó contra la pared e iluminó la estancia del fondo con una potente linterna que cegaría a

cualquiera que hubiera dentro. Pero no había nadie más. Tan solo unos cuantos muebles y diversos ordenadores apagados. En el suelo, el chico parecía dormir con una bala atravesándole el cuello y otra el ojo izquierdo. Correa se dio cuenta de que el aire hedía a sangre.

Con gestos precisos, Arteaga retrocedió hasta la puerta de la izquierda y la abrió. Iluminó un dormitorio vacío. La persiana estaba echada, la gran cama de matrimonio deshecha y el suelo cubierto de prendas de lencería femenina y botellas vacías. Arteaga cerró la puerta y, por último, comprobó la estancia que custodiaba Correa. No era muy diferente a la anterior, pero en aquel caso la persiana estaba levantada y dejaba entrar la luz serena de la tarde de agosto. A Correa aquella luz le pareció intrusa, inapropiada para aquella situación. Arteaga cerró también aquella puerta y le pidió que sostuviera la linterna y la pistola. Se acercó a su brazo para examinar la herida con semblante serio.

—Solo me ha rozado —explicó Correa.

Arteaga asintió y sonrió con una mueca de viejo pirata. Después entró en la primera habitación y Correa le vio sacar un pequeño paquete envuelto en papel de periódico de la mochila que llevaba a la espalda y colocarlo a la cabeza del cadáver. En la parte superior del paquete se encendió un LED. Arteaga volvió al distribuidor a buscar la pistola, la limpió cuidadosamente con la camisa del muerto y la dejó a su lado. Se encendió un segundo LED.

Correa vio que su amigo clavaba sus ojos grises en lo que quedaba de la cara del chico muerto como si quisiera grabársela a fuego en la memoria.

—Tenemos veinte minutos —dijo Arteaga y se encaminó hacia el pasillo.

El sol todavía estaba alto y la primera furgoneta ya se había puesto en marcha cuando Correa y Arteaga salieron corriendo del chalé. Bosco dio un frenazo y con una agilidad sorprendente saltó del furgón para abrazar a sus amigos.

—¡Cabronazos! —gritó—, casi me matáis del susto, pero ¡qué cabrones!

Los recién llegados le devolvieron el abrazo y subieron a la parte trasera de su furgón.

—¿Quién conduce el mío? —preguntó Correa a través de la ventanilla.

—Canales.

Correa asintió aprobando la elección y se dejó caer sobre las mantas manchadas de grasa que cubrían el suelo. Arteaga vio que le temblaban las rodillas.

El vehículo arrancó bruscamente pero los fardos, asegurados con cuerdas a varios ganchos, no se movieron del centro.

Arteaga pensó que tenían treinta minutos para alejarse

de la zona y hacer el cambio de conductores, y luego una hora más hasta que la policía y los bomberos empezaran a comprender qué había pasado.

—Los incendios, ¿fuiste tú? —preguntó el Gallego al cabo de unos minutos de marcha.

Arteaga asintió y esperó pacientemente a que Correa le preguntara algo más, pero el Gallego no lo hizo. Le decía sin palabras que lo comprendía todo, que sabía cosas de él que no se había atrevido a confesarle, que él también había visto a las mujeres destripadas entre los campos de maíz y los niños despedazados por la metralla repartidos por la nieve manchada de sangre.

Arteaga sabía que no era cierto, que tras aquella mirada no había más que compasión, pero prefería convencerse de que en Correa había encontrado a un igual, si no a un hermano, de esos que nunca hay en las guerras, porque, si puedes elegir, siempre prefieres que muera el de al lado.

Miró el cielo de verano que se adivinaba, azul e imperturbable, desde la ventanilla abierta. No había sentido nada al matar a aquel muchacho. No había sentido nada al matar a ninguno de los hombres que había matado porque creía firmemente que había sido inevitable. Esta vez lo había hecho porque a Correa le habría pesado en la conciencia toda la vida. Y a él no. A él le daba lo mismo uno más.

El furgón paró unos minutos para hacer el cambio de conductor y Bosco se unió a ellos en la parte trasera.

Correa saludó al recién llegado llamándole hermano y volvió a sumirse en sus pensamientos. Había algo de exultante en el rostro del Gallego, de esperanzas recobradas y de honor antiguo, pero también se leía la marca indeleble del asesino y la nostalgia de quien sabe que no tiene ningún lugar al que volver.

El vehículo volvió a ponerse en marcha con una sacudida y Arteaga perdió de vista el rostro de Correa. Él tampoco tenía un lugar adonde volver, pero pensaba crearlo en la tierra de sus padres, rodeado de verde y del silencio de la soledad. Pensaba luchar así contra las pesadillas, contra sus fantasmas. Contra las mujeres del maíz.

Pero antes, todavía quedaba una de las partes más vulnerables del golpe. Tenían una cantidad indecible de dinero entre manos. Debían volver a entrar en la ciudad y dejarlo en un lugar seguro desde el que cada uno pudiera recoger su parte.

Arteaga sabía que, después de aquel día, ninguno de ellos volvería a saber de los demás. No estaba seguro de que el resto recordara aquella parte del plan.

12 de agosto

*R*uth Santana volvió a actualizar la página informativa de última hora sobre Cataluña. Nada. La última noticia seguía siendo: «Los usuarios de redes sociales se autocensuran cuando su opinión no es mayoritaria». Ruth lanzó una mirada de desprecio a la pantalla y se levantó bruscamente. Recorrió los seis metros cuadrados del pequeño despacho cuatro o cinco veces y volvió a sentarse, esta vez sobre el escritorio.

Desde la ventana veía la gran puerta abatible de la nave. Solo la había abierto una vez para recibir dos cajas de un avión de mercancías malayo. Contrabando, sin duda. En los meses que llevaba allí había aprendido a distinguir los encargos aburridos, los que eran algo extraños, los muy raros y los claramente ilegales. Los de los malayos estaban entre los muy raros. Pero siempre tenían su número de identificación, su garabato que los justificaba, el DNI que podría ser de una jubilada de Salamanca o el CIF de una empresa de los sesenta porque en la agencia nadie se ocupaba de comprobar nada. Eran normas de la empresa. Y, al fin y al cabo, ella no era

responsable directa de nada de lo que pudiera pasar. ¿Ántrax, cartas bomba, piojos de ratas que propagaban la peste? En teoría todo debía pasar por las manos de su jefe, que en aquel momento charlaba con una señora bastante pintarrajeada en su despacho del piso de arriba.

Oyó la sirena de una ambulancia y Ruth se alarmó. Era la tercera vez que le pasaba aquella noche. Consultó su pequeño reloj para comprobar que solo habían pasado cuatro minutos desde que había actualizado las páginas de sucesos. Empezó a tamborilear con las uñas sobre la chapa de madera. Eran más de las doce y el golpe había sido a primera hora de la tarde. Había leído la noticia de un incendio en L'Escala y no habían dicho nada más. Pero era probable que los estuvieran interrogando a todos y que su nombre saliera de un momento a otro.

¿Qué había contra ella?

Tres mil euros en efectivo escondidos dentro del libro del señor Ambrós.

Ocho albaranes falsos esperando para ser sellados aquella misma noche.

Sangre de Hugo Correa en su horrible sofá rosa.

Volvió a mirar el reloj tratando de relajarse, de que su mente dejara de pensar en opciones posibles, en finales atroces y cuerpos con agujeros de bala o quemados en el incendio, en coches de policía deteniéndose delante de la puerta cerrada de la nave. La vida es como las cartas, como las incursiones de los piratas. A veces acabas

cubierto de oro y otras colgado del palo mayor. Y otras escapas por los pelos. Su dilema era salir corriendo mientras todavía estaba a tiempo o esperar un poco más.

Miró de reojo la bolsa de deporte con todo lo necesario para marcharse aquella misma noche y volvió a consultar la hora. Las doce y veintiún minutos.

El último autobús para Perpiñán salía a la una y media.

—¿Cómo están las cosas por allí? —preguntó Correa por teléfono.

—Bien, por lo que he podido oír, de momento están ocupados en el chalé. La han liado bien gorda —respondió Canales al otro lado de la línea.

Correa vio que Arteaga acababa de volver de mear entre los hierbajos de los alrededores de la nave.

—¿Nada nuevo?

—Nada —confirmó el contable.

—Bien, ya vendrás a almorzar un día.

Correa colgó. A aquella señal, Canales sabía que era el momento de reunirse con ellos para entrar juntos en la ciudad. Habían esperado en Montcada más de lo necesario y se les echaba el tiempo encima. Miró hacia los furgones que estaban más alejados y vio a Bosco, el Niño y Charro fumándose un canuto apoyados en pesados paquetes envueltos en plástico oscuro. Eran casi las once

de la noche y hacía un par de horas que trabajaban en completa oscuridad. Pero los paquetes ya estaban preparados. Dos millones y medio de euros para cada uno, empaquetados, marcados y listos para entregar en paquetes de metro y medio por metro y medio.

Billetes grandes, medianos y pequeños. Habían contado billetes lisos y nuevos, recién salidos del banco, y otros sucios y arrugados, tan finos como el papel de fumar, con cifras y versos escritos en tinta azul, rasgados en los bordes, enrollados, pasados por la lavadora. Todo a partes iguales. La Flaca en aquel punto había sido una negociadora inflexible y sorprendentemente los demás no habían tenido nada que objetar. Qué importaban dos millones y medio o tres.

—Canales ya ha dejado a los conductores en el pueblo, estará aquí en veinte minutos —anunció a los hombres, sentados dispersos en los alrededores de los seis furgones.

Habían cargado el dinero en tres furgonetas distintas a las que habían usado para desplazarse hasta L'Escala, y las tres con publicidad de una compañía local de mensajería se quedarían en aquella nave hasta que el chino que se las había alquilado a Bosco pasara a deshacerse de ellas. A destiempo, Eusebio hizo una señal de asentimiento con la cabeza y volvió a hincarle el diente a uno de los bocadillos que había llevado Charro. Las manos negras de contar billetes manchaban la servilleta con la que lo sujetaba. Correa miró sus propias manos con

asco.

Subió a la furgoneta de Bosco y cogió una botella de dos litros de Coca-Cola llena de agua. Se lavó las manos, las secó en la pernera del pantalón y fue a sentarse junto a David, que cenaba un poco apartado de los demás, con mirada abatida. Correa intuía la razón de aquella actitud, se sentó sin decir nada y alzó la vista hacia unas estrellas que nunca había llegado a comprender, aunque supiera leerlas.

—Si vosotros estáis aquí, es que lo habéis matado —dijo el mecánico al cabo de un rato.

Correa asintió e hizo un gesto discreto a Arteaga para que se acercara. El exsoldado se levantó despacio, con la cabeza gacha, como si buscara algo que había perdido entre la maleza.

—No quería decir que no me alegre de que estéis vivos —se disculpó David cuando Arteaga llegó a su altura—, es que es un peso dentro, en la conciencia. Hemos matado a un hombre...

El exmilitar se sentó a su lado y colocó las manos huesudas sobre las rodillas.

—He matado a un hombre —dijo—. Podría haberlo herido pero yo decidí matarlo y es mi responsabilidad. Es un peso en mi conciencia, no en la tuya.

El mecánico no parecía consolado con aquella idea.

—Lo sé, si hubiera ido yo, no le habría matado. Pero no quise ir, avisé a Correa para que se encargara él.

Arteaga levantó la vista al cielo mostrando la blanquecina cicatriz del cuello.

—No lo habrías matado, pero él te hubiera matado a ti, como casi mata a Correa. El chico no dudaba.

—El chico estaba acorralado.

—Eso es cierto —concedió Arteaga—. Pero si no hubiera estado jugando con el móvil, no le habríamos oído y podría haber acabado con nosotros sin problemas.

—Eso no arregla nada —dijo el mecánico.

—Lo sé —dijo Correa.

Quince minutos después los furgones estaban cerrados y los hombres esperaban de pie la llegada de Canales. El Gallego paseaba entre ellos con las manos en los bolsillos. El silencio era denso y las miradas de todos basculaban entre la euforia contenida y el miedo a perderlo todo ahora que lo tenían tan cerca. Todavía no se creían lo que acababan de hacer.

Correa miró a Bosco y lo vio rodeado de agua clara y arena blanca en las Seychelles. Ya había comprado el billete y su avión salía en menos de una semana. De cómo trasladar su dinero al Índico se encargaría Canales, como también se encargaría de lavar parte del de aquellos que se lo pidieran. Hugo Correa meneó la cabeza contrariado. Aquellos detalles eran los que los dejarían más vulnerables a largo plazo, Canales podría ser la clave que los relacionara. Pero no podía forzarlos a vivir en la clandestinidad, con el dinero escondido detrás de los

zócalos del baño y falsificando unas pocas facturas al año para justificar los ingresos extra. Solo podía avisarles de lo que podía pasarles si los mexicanos llegaban a tener una mínima idea de quién se la había jugado. Porque todo aquel dinero no podía ser solo de Veiga, ni siquiera de Conte. Era demasiado.

—Hemos hecho un buen trabajo —dijo mientras continuaba paseando entre sus compañeros—. Solo os quiero dar unas cuantas recomendaciones. Sabéis que los cabrones a los que se la hemos jugado son peligrosos. No son solo uno o dos, si queréis que os diga la verdad, no tengo ni idea de quiénes son, pero sí que, si encontraran a uno solo de nosotros, lo reventarían hasta que no le quedara un hueso sano en el cuerpo y matarían a su familia. —Observó el efecto de sus palabras en la piel cetrina del mecánico y de Bosco. Probablemente estarían pensando en sus hijas—. El dinero no era solo del narco al que yo conocía, también de los mexicanos y de los italianos. Eso triplica el riesgo. Mi consejo es: no habléis con nadie de esto y simplemente desapareced, no llevéis una vida ostentosa y alejaos de las zonas que frecuenta esta gente. Salid de Barcelona y no os acerquéis a Italia. Convinceos de que esto no ha sucedido.

Los faros de un coche se acercaban por el camino de tierra y todos se pusieron en tensión pero se relajaron cuando vieron a Canales a través de la luna delantera. El contable se detuvo dentro de la nave. Charro y Hans

subieron a la parte trasera de su furgoneta intercambiando algunas palabras de ánimo. Parecía que el miedo les había librado una sensación más clara de la realidad; si la parte mala era real, por fuerza había de serlo la buena. Dos millones y medio de euros por barba. La vida resuelta o perdida, como ellos quisieran o pudieran resolverla.

Bosco se había adelantado al encuentro de Canales y ambos charlaban bajo la luz amarillenta de los faros de uno de los Renault. Correa oyó una chanza de Bosco y la carcajada de Canales. Sí, empezaban a creer que lo habían logrado.

A su lado quedaba Arteaga, abrigado con guerrera caqui en pleno mes de agosto. Asistía a la escena como si no fuera con él y su rostro mostraba la misma templada serenidad que el primer día.

—¿Necesitarás algo? —le preguntó Correa. Y, después de soltarla, la pregunta le sonó idiota.

—Recuerda hacerlo en el mar —susurró el otro con voz ronca, le palmeó el brazo y le deseó suerte. Después subió al segundo furgón.

Cuando Correa volvió la cabeza, Canales y Bosco, sus compañeros de correrías, ya se acercaban a él. Eran los últimos que quedaban en tierra.

—Anda, galleguiño, vente para acá —dijo Bosco y lo abrazó con fuerza—. Y cuídate y corre detrás de esa Flaca, déjate ya de venganzas y de hostias.

Hugo Correa asintió recordando el último consejo de

Arteaga antes de irse. Canales y Bosco también conocían su próximo paso.

—Claro —bromeó—. Yo ahora me retiro, como tú, y me tumbo en una playa a tostarme al sol y beber todo el día.

—¡Eso mismo! —El extaxista le dedicó su mejor sonrisa de trilero mientras subía a la parte delantera de su furgón—. Pero no en la misma playa, que me robas a las titis.

—No le hagas mucho caso —dijo Canales abrazándolo a su vez—. Haz lo que tengas que hacer.

—Échale un ojo a la Flaca cuando yo no esté —dijo.

—Descuida.

Ruth Santana estaba fumándose un cigarrillo en el exterior del recinto cuando vio llegar la primera furgoneta. Conteniendo la respiración, apagó la colilla contra el pavimento. El furgón, cubierto con un vinilo de publicidad de Hipercor, se acercaba por su izquierda. Ruth no podía identificar con claridad al conductor pero enseguida supo que no lo conocía. Apoyó la mano en el pomo de la puerta lateral de la nave y esperó a que el vehículo aparicara a pocos metros de ella. Podía tratarse de una entrega que no tenía programada para aquella noche, eso era algo habitual, pero también podían ser muchas

otras cosas y las más negras probabilidades se agolpaban en su cabeza como una manada de caballos desbocados.

Antes de que el conductor apagara el motor, la puerta trasera de la furgoneta se abrió y una figura saltó en la oscuridad y profirió un corto gemido:

—Mierda...

Ruth reconoció la voz de Correa y esbozó una sonrisa de alivio. Lo más probable era que con el salto se le hubiera abierto la herida de la espalda. Entró en la nave para abrirles la persiana automática. Gran parte del miedo que la atenazaba se había desvanecido y en su lugar se notaba los músculos pesados y la cabeza cargada. Pero todavía le quedaba una noche muy larga por delante.

El primero en entrar a la nave fue Correa, vestido con una mezcla de disfraz de caco y de uniforme militar que ella no le había visto nunca ni creía que volviera a ver. Si lo volvía a ver. Se acercó a ella con pasos ligeros pero algo encorvado.

—Buenas noches, señorita —dijo con voz chulesca que resonó en el vacío de la nave—, ¿es usted la encargada de las entregas?

Siguiendo con el paripé que tenían montado para las cámaras de seguridad, que de todos modos ella se encargaría de borrar en las siguientes semanas, Ruth le respondió que el responsable era su jefe pero que estaba reunido en aquellos momentos, así que ella podría ayudarles, y después de indicarles dónde debían dejar la

mercancía, desapareció en el despacho acristalado.

La primera furgoneta había aparcado en un ángulo muerto para las cámaras que Ruth le había dibujado a Correa unos días atrás y el conductor al que no conocía, Hans y Charro habían empezado a descargar los paquetes sobre un palé. Correa se acercó a ayudarlos mientras Ruth ordenaba la documentación falsa que había preparado en las horas muertas de las noches anteriores. Salió, comprobó que los nombres que había en los paquetes y el de sus papeles coincidieran y se acercó al conductor, que llevaba un mono gris.

—Transportes Herrera, aquí —le dijo señalando el recuadro de entrega.

El hombre firmó sin una palabra. Parecía preocupado o distante.

La descarga no duró más de cinco minutos. Y cuando hubieron acabado, el furgón se fue llevándose a todos sus ocupantes excepto a Correa y a Charro.

—¿No se quedan? —preguntó Ruth.

—No, mejor no estar juntos demasiado tiempo. Ahora viene la siguiente —contestó Correa en un susurro.

Ruth asintió con una sonrisa triste. Le habría gustado volver a verlos a todos juntos. O tal vez no. Todo era más sencillo así, sin riesgos ni despedidas. Correa les había prometido eficacia, planificación y entre dos y tres millones de euros. De momento había cumplido las dos primeras partes, y la tercera estaba en aquellos paquetes.

Se volvió para recoger la documentación de las dos furgonetas que quedaban y vio el perfil de Correa iluminado por los fluorescentes de la nave, en el brazo llevaba atado un trozo de tela sucia y con grandes manchas oscuras.

—¿Otra vez? —le preguntó.

—¿Sabes esos japoneses que se lanzaban contra los aviones enemigos aunque supieran que iban a morir? —preguntó él.

—Los kamikazes.

—Pues soy uno de esos.

—Sí, un colador. —Se rio Ruth.

Palpó la improvisada venda y notó en sus dedos un tacto grasiento. El trozo de tela olía a gasolina y grasa de coche. Resopló y se fue a buscar algo limpio con lo que cubrir la herida. Mientras revolvía en los cajones de su despacho sorprendió a Charro mirándola con una sonrisa de roedor triste y respondió con una ceja arqueada y una expresión gélida. Encontró la chaqueta de cachemira verde que a veces se ponía cuando refrescaba y se la tendió a Correa junto a unas grandes tijeras. No hizo caso de sus protestas y le señaló el baño, en el que había un frasco de alcohol entre los productos de limpieza.

En aquel momento sonó el motor de otro vehículo que se acercaba. Después de comprobar que era uno de los suyos, el Gallego se encerró en el baño y Ruth y Charro se acercaron al furgón.

—¿Sin rencores? —preguntó él.

Ruth no respondió y se acercó a la ventanilla del conductor, donde la esperaba Canales con su aire de profesor de Matemáticas a punto de jubilarse.

—¿Todo bien, Ruth?

Ella asintió. El segundo envío se descargó con la misma rapidez que el anterior. Cuando acabaron, ella les dio los avisos de entrega y Charro subió a la cabina del conductor.

—Sin demasiados rencores —dijo Ruth tendiéndole la mano.

Charro la estrechó sin fuerza pero con una amplia sonrisa.

—Si un día quieres ver Cádiz, pásate por las casas de la plaza de la catedral, número once. Allí están mis tíos, ellos me avisarán.

Con una mirada irritada, Ruth cerró la portezuela. Habría preferido que no le hubiera dicho aquello. En teoría, después de aquel día no tenía que haber manera de ponerse en contacto con los demás. El furgón se alejó llevándose la mirada azul de Charro, que seguía centrada en ella.

—Solo una más, ¿no? —le preguntó a Canales mientras miraba alejarse los faros traseros del furgón.

—Eso es —dijo el contable colocándose las gafas metálicas sobre la nariz—. Ruth —la llamó con una expresión grave—. Tanto si quieres que te ayude a

gestionar el dinero como si necesitas algo o crees que empiezan a pasar cosas raras, puedes contar conmigo. — Rebuscó en su desvencijada cartera de piel y sacó un trozo de papel doblado—. Llama a este número.

En él había un número de móvil, sin ningún nombre. Parecía que todo el mundo quería mantener el contacto, pero en el caso de Canales, Ruth sabía que para llevar a cabo los planes que se iban formando tímidamente en su cabeza lo necesitaría. Le dio las gracias y se guardó el papel en el bolsillo del uniforme. Poco después Correa salía del baño y le devolvía las tijeras y la chaqueta sin una de las mangas.

—Quédatela —dijo ella recogiendo las tijeras pero dejándole el cuerpo de la chaqueta—. Para el resto de las heridas. Si vas a una por semana, la pobre no durará ni un mes.

Canales se alejó hacia la persiana metálica, al parecer impaciente por la llegada del tercer y último furgón.

—¿En qué puerto has dicho que puedo esperar para devolvértela? —le susurró el Gallego.

—No creo que me apetezca pasarme por los puertos que frecuentas tú, Correa. Por lo que me has contado, huelen a tripas de pescado y a diésel.

—No me pareció que te molestaran las tripas de pescado.

Ruth soltó una carcajada y se dirigió a la furgoneta que ya entraba.

—Entonces será por el diésel —contestó.

El tercer furgón aparcó en el mismo ángulo muerto que los demás y de él bajaron Bosco, Arteaga y Eusebio.

—¡Fla... —Bosco ahogó el saludo con un ataque de tos ante la mirada de advertencia de Canales—. Bueno, señorita —prosiguió con cara de chiste cuando pareció recuperarse de la tos—. Aquí estamos, tercera furgoneta de los Hermanos Herrera.

No entendía la manía que les había entrado a todos de llamarla «señorita», pero siguió con la farsa y le firmó los papeles. Descargaron con rapidez y cuando acabaron, subieron todos menos Correa y Arteaga.

—Encantado de haberte conocido, Flaca, mucha suerte —le susurró Bosco desde la ventanilla mientras le estrechaba la mano con fuerza.

Segundos después la furgoneta daba media vuelta y se alejaba por el paseo de la Zona Franca. Ruth se acercó a Correa y Arteaga, que charlaban en voz baja junto a la persiana abierta. Por primera vez se fijó en que se parecían, tenían algo en común que no lograba situar. No era solo algo físico, era un aura de peligro viejo, una resolución fatigada en los gestos, y las miradas, que siempre iban de frente.

—Yo no voy a usarla más, solo ocúpate de que no la encuentren —oyó que decía Arteaga antes de que lo interrumpiera.

—De acuerdo, señores —dijo Santana—. Ya pasarán

sus respectivos dueños a recoger los paquetes que han traído. Ahora tengo mucho trabajo que hacer y en una hora llega un camión de Madrid.

Los dos asintieron y Correa le tendió una mano áspera y cálida que en algunas de las pasadas noches había querido retener y guiar por su cuerpo.

—Hasta la vista, Flaca.

Ella se despidió con un gesto de la cabeza y volvió a entrar en la nave.

Mientras la persiana se cerraba, miraba los tres palés cargados con nueve ordenados paquetes envueltos en plástico negro preguntándose cuánto dinero habría allí. Todos los paquetes medían lo mismo y las etiquetas parecían puestas al azar.

Colocó ocho de los paquetes en el lugar que les correspondía del almacén y se dio cuenta de que había perdido el tren a Perpiñán. Eran más de las dos de la mañana y, en algún momento, la mujer que hacía compañía a su jefe en la planta de arriba se había escabullido por la puerta lateral.

Ruth cogió su parte del tesoro, la única que estaba sin marcar, y la arrastró a su despacho. La dejó junto a la bolsa de deporte. Se sentó en la silla giratoria porque notó que le temblaban las rodillas. Sabía que tenía que cargar aquel paquete en el coche que había alquilado antes de que a alguien se le ocurriera pasarse por allí y preguntarle qué era, pero la perspectiva de salir de la nave la asustaba.

Faltaban diez minutos para que llegara el camión de Madrid. Se armó de valor y cargó el paquete en un carrito. Comprobó que el jefe durmiera sus cinco horas reglamentarias encerrado en su despacho y salió por la puerta lateral. Como de costumbre, no había nadie por la zona a aquellas horas. Lo metió en el maletero y volvió a la nave a la carrera. Estaba temblando pero, cuando volvió al despacho, se relajó.

Pensó en los ocho paquetes que quedaban en el almacén. Los piratas solo tenían que pasar por allí a recogerlos, durante el día, cuando ella no estuviera, como particulares corrientes que han encargado material de bricolaje a una pequeña empresa especializada, según constaba en los albaranes. Ni siquiera eran paquetes raros. Entonces sonó el teléfono. Llegaba el camión de Madrid.

19 de agosto

El subinspector Salvador se acomodó en la butaca de imitación de piel de su oficina e intentó unir los puntos para formar una imagen clara del caso. Sobre su mesa descansaban alineados varios informes con la misma cabecera escrita a mano: «Hugo Correa».

El cadáver que apareció degollado en el barco había sido identificado como José Cangas, un sicario gallego de poca monta, y de momento los Mossos creían que se trataba de un ajuste de cuentas entre mafias.

La misma noche habían registrado a un mendigo

apuñalado en el hospital Clínic. Podía ser el asesino, otro sicario contratado para acabar con él, o tal vez el ejecutor de una *vendetta* personal. Por la descripción, el mendigo podría ser también gallego, uno de los principales sospechosos del asalto a varios cajeros automáticos en Barcelona y su área metropolitana, conocido como Hugo Correa. La línea de aquella investigación apuntaba a que eran una filial de los atracadores originarios de Badalona, pero los subinspectores Blanc y Salvador habían empezado a dudar de aquella teoría.

Por otro lado, aquel nombre también estaba relacionado con tres incendios provocados con el mismo explosivo usado en la guerra de los Balcanes: el primero en un piso del pasaje de Mercader, alquilado a nombre de Hugo Correa, el segundo en una casa okupa de Sant Antoni, de la que solo quedaban cenizas, y el último en el chalé de un narco, Mauro Veiga, otro gallego más, en L'Escala.

Galicia y Hugo Correa eran los elementos recurrentes, lo único que parecía hacer encajar todo aquello.

Habían recuperado un cadáver en el chalé del narco, muerto de un balazo que le había entrado por el ojo izquierdo. Habían encontrado restos de dos tiros más, disparados con dos armas distintas que también estaban en la casa. Al chico, aunque todavía no le habían identificado y no tendría más de veinte años, le habían disparado a cierta distancia y el subinspector Salvador no creía que muchos mendigos gallegos relacionados con el

narcotráfico pudieran tener semejante puntería sin algún tipo de instrucción militar. Por lo tanto buscaban a un gallego que hubiera sido militar, mercenario o policía. Alguien con formación previa. Y una buena dosis de ambición. Y otra de agallas.

Del chalé incendiado se habían volatilizado centenares de miles de euros en efectivo, imposibles de rastrear, que Mauro Veiga guardaba como seguro de pago de la ‘Ndrangheta. Quien fuera el autor de aquel golpe había firmado su sentencia de muerte.

Una semana después habían encontrado las furgonetas en las que habían desplazado el dinero en un desguace del interior. Estaban limpias. Y a nombre de Hermanos Herrera, una empresa cuyo único socio era Hugo Correa.

El subinspector profirió una sonora carcajada y bebió de un trago el café de máquina que se le había quedado frío. Todo encajaba demasiado bien. El tal Correa era un fantasma, tenía una historia como indigente durante dos años, pero no habían encontrado nada relacionado con él antes de su llegada a Barcelona. Por otro lado, sus confidentes no le habían hablado en ningún momento de mafia, ámbito militar ni violencia. Cuando se referían a Correa, parecía siempre el corderito blanco del rebaño. Y sus conocidos más cercanos, uno de ellos el cliente de Rita Red, sospechoso de actuar con él en los cajeros, habían desaparecido sin dejar rastro.

El subinspector Salvador descolgó el teléfono y marcó

la extensión de su colega Blanc. Antes de que sonara el primer timbrazo, colgó. Ordenó los informes en un único montón y decidió dejar los archivos sobre su escritorio hasta tener alguna pista más, porque aquel tipo de delincuentes no sabía estarse quieto, siempre volvía a actuar.

Dibujó una mueca de satisfacción al encontrar un recorte de periódico debajo del informe del asalto al chalé. Gracias al incendio, los compañeros de Crimen organizado habían logrado entrar en uno de los seis chalés que Mauro Veiga tenía en la Costa Brava y descubrir un par de claves que les habían abierto la puerta al resto de viviendas.

Releyó el recorte que colocó sobre el resto de papeles:

El País

Cae el Reis, uno de los últimos narcos gallegos

Redacción. 13.08.2014

La Policía Nacional detuvo ayer en las afueras de Barcelona a Mauro Veiga, conocido como el Reis, empresario imputado por blanqueo de capitales y proxenetismo y uno de los narcotraficantes más activos en los últimos años en las costas gallegas. Junto a él viajaban Bieito Bellón y Silvano García, que también han sido puestos a disposición judicial.

Veiga se disponía a recoger personalmente en el aeropuerto de Girona a su socio napolitano Francesco Conte, que se encuentra en paradero desconocido.

La detención se produjo tras el asalto y posterior incendio en un chalé aislado de L'Escala (Girona), una de las lujosas villas que tiene Veiga en propiedad en la Costa Brava. En su interior se encontró el cadáver de un joven todavía sin identificar, diversas armas de fuego, más de doscientos kilos de cocaína, así como otras drogas y monedas de curso legal parcialmente fundidas por el fuego. Se cree que los asaltantes pudieron llevarse una suma importante de dinero en efectivo y provocar el incendio como venganza personal.

Tras el descubrimiento del alijo, los Mossos d'Esquadra se coordinaron con la Policía Nacional, que ya estaba tras los pasos de Veiga, y procedieron a su detención. Las fuerzas de seguridad están a la espera de la orden del juez Saavedra para registrar el resto de propiedades de Mauro Veiga.

Octubre de 2015.

Mar Mediterráneo. n 40° 47' 10" e 013° 26' 54"

*E*l barco estaba a nombre de Arturo Gamboa, el último de los alias que había podido conseguir el hombre que nació como Antonio Carballo y había vivido los últimos tres años de su vida como Hugo Correa. En el casco podía leerse *Rosa del fuego*, el nombre que tenía la embarcación cuando la compró y que no había cambiado porque lo consideraba adecuado para las circunstancias. Era una verdadera máquina con dos motores fueraborda y diseño deportivo. Justo lo que necesitaba para rastrear y dar caza al *Pompeo*. En el extraño caso de que lograra salir vivo, un velero pequeño y discreto, con solo ocho metros de eslora, lo esperaba amarrado en un puerto pesquero cercano a Sorrento. Con él, si tenía suerte, cruzaría el Atlántico.

Sentado en la cabina del *Rosa del fuego*, con el resplandor de las pantallas como única iluminación, veía aparecer a su izquierda las decenas de luces que iluminaban la más aislada de las islas pontinas, Ventotene, verde y blanca a la luz del sol. Hacía un par de

horas que había anochecido y el mar estaba calmo, con viento de menos de un nudo. Se encontraba a más de doscientas millas de las aguas en las que había muerto su hermana.

En el radar podía ver que el *Pompeo*, el hermoso yate de más de treinta metros de eslora que llevaba semanas estudiando, avanzaba sin prisas en dirección a Nápoles y cada vez lo tenía más cerca. Ya no los separaban más de diez millas. Según había oído por radio, algunos hombres habían desembarcado en el puerto de la isla más grande, Ponza, para hacer unas visitas mientras el *boss* y sus guardaespaldas seguían rumbo a la bahía. Correa había aprovechado aquella parada para adelantarse hasta Ventotene, donde esperaba a que el barco de Conte se acercara para darle alcance con la lancha.

Calculaba que en el *Pompeo* no podían quedar más de tres personas con dos o tres armas de fuego que no iban a tener tiempo de utilizar.

Dejó de estudiar el punto verdoso en el radar y programó el piloto automático para pasar de largo Ventotene y acercarse al islote de San Stefano. Entonces cogió una carpeta vieja de cartón amarillento y salió al aire fresco de cubierta. Estaban a finales de octubre y el Mediterráneo se había vaciado progresivamente de la ingente cantidad de turistas que lo surcaban en los meses de verano. En esta última travesía Correa solo se había cruzado con algunos holandeses y alemanes solitarios a

los que reservaba un trato de respeto porque eran lobos viejos con los que se podía contar si venían mal dadas.

Se ajustó el cortavientos sobre el pecho y abrió la carpeta. En el primero de los papeles podía leerse el nombre de Ruth Santana y debajo una dirección de Buenos Aires. Correa volvió a memorizar sus datos, lo arrugó y lo arrojó dentro de un contenedor metálico. Tras él cayeron decenas de recortes de periódicos, papeles con el membrete de la Gestoría Jorge Canales, un par de postales con una playa de arena blanca y grandes palmeras que no contenían más texto que un «Cuídate, hermano», una foto del viejo Eusebio con un sombrero nuevo de dandi, rodeado de señoras rubias con estolas de piel... Lo dejó caer todo. Finalmente cayó también la carpeta de cartón vacía. Entró a la cabina a por una botella y arrojó lo que quedaba de whisky en el bidón. Después le prendió fuego.

Cuando el alcohol se consumió, las llamas perdieron intensidad hasta ahogarse en la humedad del aire.

Hugo Correa, Antonio Carballo o Arturo Gamboa miró en la dirección por la que debía acercarse el *Pompeo*, y sus ojos, acostumbrados a la oscuridad del mar, creyeron ver una de las luces del yate. Entró en la cabina y comprobó que no tardaría en llegar a la zona en la que podía fondear. Redujo la velocidad de los motores y bajó al camarote a por el equipo que había sobre la litera.

Se había deshecho de todo lo que le quedaba excepto

de la última foto que le había enviado Rosadelia, aquella en la que estaba tumbada sobre la cubierta del *Pompeo*. La había pegado con dos trozos de cinta aislante negra sobre el hornillo de gas que hacía de cocina. Era un mensaje. Si lo mataban y abordaban el barco, sabrían a quién estaba vengando. Sabrían por qué se había lanzado como un kamikaze contra ellos. O tal vez un enorme mercante destrozaría el pequeño yate a la deriva y sus razones, como su cuerpo, serían pasto de los peces.

Se quitó el cortavientos y se colocó debajo un viejo chaleco antibalas, aseguró las dos navajas a las perneras y comprobó que la M-82 que le había dado Arteaga seguía en su lugar, a su espalda.

Con la sangre golpeándole las sienes, subió a la cabina, apagó los motores, comprobó que el localizador que había instalado seguía en funcionamiento y salió a la bañera a echar los cincuenta metros de cadena que anclarían el barco al fondo marino de San Stefano. Después botó la Zodiac y bajó hasta ella. Dentro de la lancha estaba todo preparado desde hacía varias horas: el control del localizador, los cabos para amarrarse al *Pompeo*, una pequeña bomba de mano para mandarlo todo a tomar por culo si se veía acorralado. Puso en marcha el motor de la neumática y se separó del barco con cautela. Todos aquellos movimientos rutinarios lograron tranquilizarlo lo suficiente como para poner rumbo a la tenue luz de alcance, difusa en la lejanía. Si no quería que lo oyeran,

debía acercarse a sotavento y abordar el yate por estribor.

Avanzó conteniendo la respiración durante unos minutos que le parecieron eternos. La hélice del motor escupía agua en todas direcciones y la espuma acre iba calando en la ropa y en su pelo. Tenía la mirada fija en la luz blanca y redonda como una estrella amable. Cuando distinguió con claridad el contorno del yate, apagó el motor. Hizo los últimos metros a remo, acercándose a la popa con golpes silenciosos de antiguo contrabandista. Cuando estuvo casi en paralelo, amarró un cabo al pasamanos de popa y saltó a bordo.

Sin atreverse a respirar, escuchó.

Oculto en el medio metro que había entre los aparejos, no podía oír nada. No llegaba ningún sonido, ni rastro de pasos ni voces, del rumor de aire al expulsar el humo de un cigarrillo o el leve rozar de los dedos por los cantos de las cartas. Dejó ir el cabo que había atado a la neumática hasta que la perdió de vista. Después echó una ojeada a la bañera y saltó sobre la madera con la habilidad que da haberse criado en un barco. Cayó con un leve rumor. La puerta de la bodega estaba cerrada. No había señal de vida en la cubierta.

Avanzó por el lateral de la cabina hasta la puerta acristalada. Tras ella, un guardaespaldas con pinta de gorila dormitaba con la radio a bajo volumen. Una voz melosa que amaba el amor y la vida en un italiano con fuerte acento de Nápoles canturreaba en la emisora. Hugo

Correa desenfundó una de las navajas y abrió la puerta. Antes de que se diera cuenta, el gorila tenía la hoja del cuchillo, similar a una misericordia, hundida en la tráquea y abriéndose camino hacia la carótida.

El hombre era fuerte y se debatió entre los brazos de hierro de Correa mientras perdía el mundo de vista. La sangre salpicó el cristal delantero de la cabina y empapó los mandos. Con dos movimientos bruscos y precisos el Gallego le seccionó ambos lados de la garganta y dejó colgando la cabeza de las vértebras superiores. La chaqueta de Correa se había teñido de rojo y un fuerte olor a orines y sangre invadía la cabina. Correa salió y cerró la puerta para ocultar el olor. Echó un vistazo nervioso a la escalerilla de los camarotes. La música seguía sonando en la radio y el cantante esta vez lamentaba la infidelidad de su amante y la amenazaba con matarla.

Correa oyó unos pasos subiendo apresurados por la escalerilla y retrocedió hasta la puerta acristalada.

—¿Sandro? ¿Qué cojones estás haciendo?

El sicario no tuvo tiempo de decir más, la misma hoja que había matado a su compañero se le hundió en la nuca. Su último movimiento fue disparar el arma que llevaba amartillada en la mano. La bala de la semiautomática perforó la cubierta y dejó un agujero limpio en la madera. Después el cuerpo cayó como un fardo del que manaba una fuente de sangre espesa.

Correa cogió el arma del guardaespaldas y la lanzó al agua. Francesco Conte ya estaba al corriente de su visita y no era cuestión de facilitarle las cosas poniendo armas cargadas a su alcance. Desde el camarote se oyó el mismo ruido metálico que les había llamado la atención en el chalé de Veiga. El italiano lo esperaba abajo con una sorpresa.

Volvió a la cabina y apagó la radio. Inutilizó los mandos del barco que todavía funcionaban y recogió el arma del gorila para lanzarla al mar.

De la parte inferior del barco no llegaba ningún sonido. Correa se sentó a esperar sobre la madera ensangrentada de la cubierta. El líquido empezó a calarle los pantalones, estaba caliente y bailaba con el vaivén del yate. Tal vez sus sesos acabaran desparramados por la misma superficie lisa y pulida. Tal vez no.

Barrio de San Telmo, Buenos Aires

El sol de octubre, un sol diferente, cálido, de primavera, hacía bailar sombras chinescas en los párpados cerrados de Ruth Santana. Su piel recibía el primer rayo a través del cristal de la ventana, todavía cerrada a las frías corrientes procedentes de la Pampa.

Tendida de espaldas sobre la cama, escuchaba perezosa los latidos del viejo edificio. Se oían los televisores y las radios de las matronas, gritos, risas e improperios de niños desafiándose de camino a la escuela, el rumor del

tráfico bajo la ventana. Un olor dulce y pesado, a un desayuno que envidiaba, subía por la escalera. A punto de dejarse vencer por el sueño, pensaba que las cosas no eran muy diferentes un año atrás, que tan solo había cambiado su manera de recibirlas. También había cambiado de ciudad, de hemisferio, de categoría en las encuestas socioeconómicas, de peinado, de estado de ánimo, de opinión, de sábanas, de compañías.

Algo suave y cálido pasó rozándole la planta del pie y a Santana se le escapó una risa suave y breve. Miró al gato atigrado a los pies de la cama y se dio la vuelta bajo las sábanas. Se encontró con la espalda de Gauna mucho más cerca de lo que ella creía. Acercó la mejilla a la piel cálida y aspiró su olor intenso y conocido. Al saberlo dormido, rozó su espalda con la yema del dedo índice y empezó a dibujar círculos, después los versos de un tango que él muchas veces cantaba. Se quedó en la segunda estrofa.

—¿Tenés hambre?

Ruth apartó la yema del dedo y lo sustituyó por su lengua, pegando su cuerpo desnudo al de Gauna.

—Sí, pero también tengo clase.

—Y por qué no te quedás. —El argentino se volvió y la agarró de la cintura tumbándola de espaldas en la cama.

—Porque aún hay un par de cosas que me tomo en serio, Gauna —dijo entre risas pero desembarazándose de él y poniéndose una bata—. Puedes quedarte si quieres, yo volveré en dos o tres horas.

Ruth acabó de vestirse bajo la atenta mirada del joven, se arrodilló en la cama y abrió la ventana. El cielo blancuzco, en el que planeaban algunas gaviotas despistadas, empezaba a teñirse de azul. Una ráfaga de viento le trajo el lejano olor a salitre de la ciudad porteña y apoyó la cabeza en el alféizar de madera oscura. Diez metros por debajo de ella, el barrio de San Telmo, patrón de los marineros, empezaba a despertar. Notó una mano debajo de su falda y estuvo a punto de dejarse vencer por los persuasivos argumentos de Gauna, pero antes de que fuera demasiado tarde se convenció para levantarse de la cama y pasar al baño.

—Si no estoy acá, pasate esta noche por el boliche —le dijo él cuando salió.

—Ya veré si te quiero ver —respondió ella con una mirada rasgada y desafiante.

—Mirá que sos cruel, vení para acá.

Ruth se arregló el pelo ante un espejo y se calzó unos salones negros. El cuero de uno de los zapatos estaba ligeramente más gastado, como si fuera el ejemplar que se ofrece de prueba en las zapaterías.

—Si voy para allá, no llego a clase.

—¿Y qué?

Ruth se acercó a la cocina y vertió pienso de una bolsa de plástico en el comedero de cerámica del gato, que abandonó las sabias manos de Gauna y no tardó en acudir.

—Ojalá las minas fueran tan fáciles.

—¿Como los gatos?

—Vos ya sos una gata, una gata un poco flaca, pero linda.

—Eso dicen. Hasta la tarde.

—¿Ni un beso?

Ruth le lanzó un beso desde la puerta y vio cómo él caía derrotado sobre la cama. Con la promesa de verlo aquella noche, empezó a bajar las escaleras. En el segundo piso, ya no se acordaba de las milongas de Gauna. Había cumplido con su palabra de grabar en su memoria unos cuantos cuerpos bellos antes de morir y tras varios asaltos y seducciones mutuas había conocido a algunos hombres mezquinos, engallados y broncos, y a otros cálidos, revoltosos y desinteresados. Pero no se había permitido sentir nada por ninguno de ellos, ni había tenido que hacer un gran esfuerzo para lograrlo.

Cuando llegó al primer rellano, una puerta se abrió a su espalda.

—Gallega —la llamó una mujer madura y alta, vestida con un salto de cama que llevaba con la soltura de un uniforme de trabajo—, tenés una carta. El cartero la dejó acá ayer.

Ruth recogió el sobre de las manos nervudas de la mujer y le dio las gracias.

—Ni gracias ni pavadas, gallega.

Su oyó un murmullo débil a espaldas de la mujer y esta se despidió y cerró la puerta tras ella. Ruth continuó

bajando las escaleras mirando el sobre basto con curiosidad. No tenía remitente, y ni siquiera ponía su nombre, tan solo la dirección, escrita con unos rasgos torpes que había visto antes. Estaba franqueado en Europa, en una ciudad que supuso que sería italiana, Sorrento.

Ruth notó cómo la sangre huía de sus mejillas y tuvo que luchar para mantenerse en pie y no apoyarse en la pared encalada del portal. Guardó el sobre en el bolso cogiéndolo con las yemas de los dedos, como si de repente se hubiera convertido en una posible arma bacteriológica, y echó a andar hacia una Scooter aparcada junto a muchas otras frente al edificio.

Arrancó la moto y condujo por las grandes avenidas hasta la mole blanca e imponente de la facultad de Letras. El miedo inicial fue remitiendo y lo sustituyó una familiar sensación de alerta que llevaba varios meses con ella. La carta podía ser una amenaza, fotografías de cuerpos destrozados, pruebas que la incriminaran. Pero no sucumbió. Una fugaz evocación de la palabra «aventura» la hizo sonreír con una mueca peligrosa.

Aparcó en un espacio entre dos coches frente a la facultad, guardó el casco bajo el asiento y volvió a sacar el sobre del bolso. Rasgó el papel marrón y dentro encontró otro sobre, esta vez blanco. En la parte frontal ponía su nombre pero no su dirección y en el remite: Edmundo Dantés, isla de Montecristo, Mediterráneo.

Ruth soltó una carcajada que casi la hace caerse de la moto. En aquel momento empezaron a sonar las campanas de las nueve y se encaminó hacia el aula a toda prisa con el sobre en la mano y una sensación de euforia recorriéndole el cuerpo de una manera que no habían logrado ninguno de sus últimos amantes.

Llegó a clase antes que la profesora, sacó la novela sobre la que estaban trabajando y se sentó en su lugar habitual. El aula era un caos de sillas dispersas, pancartas y mensajes escritos en las paredes. Rasgó el sobre blanco y sacó una postal con una imagen de una ciudad pardusca encaramada a un acantilado sobre el mar. La fotografía estaba enmarcada por una rama cargada de limones y en la base ponía el nombre del pueblo costero, Sorrento. La otra cara estaba escrita con la misma caligrafía gruesa del sobre. Cuando empezó a leer las primeras líneas, una voz la interrumpió.

—Ruth, ¿venís? La profesora dijo que vamos a ir a audiovisuales.

Ella asintió y, mientras se levantaba, acarició la postal con las yemas de los dedos y la guardó dentro del libro de Roberto Arlt.

—¿De quién es la postal, de un amigo de allá?

Agradecimientos

A Wen, por todo.

A mis primeros lectores, por sus consejos y entusiasmo. En especial a Anna Sifas, Melanie Rostock, Paolo Roseano y Gemma Lienas, sin la cual hubiera tardado mucho más en poner una historia por escrito.

A Pili, Jose, Héctor, Gemma, Juan Antonio y Alejandro, por darme de comer literal y metafóricamente. Gracias por ser «el lugar al que sabes que puedes ir cuando quieras, aunque no vayas nunca».

© Laura Gomara, 2017

Primera edición en este formato: septiembre de 2017

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN DIGITAL: 9788416867837

Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Contenido](#)

[20 minutos](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[20 minutos](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[La Voz de Galicia](#)

[9](#)

[La Vanguardia](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)